



Lemir 24 (2020) - Textos: 453-680

ISSN: 1579-735X

RODRIGO CORREA CASTELBLANCO

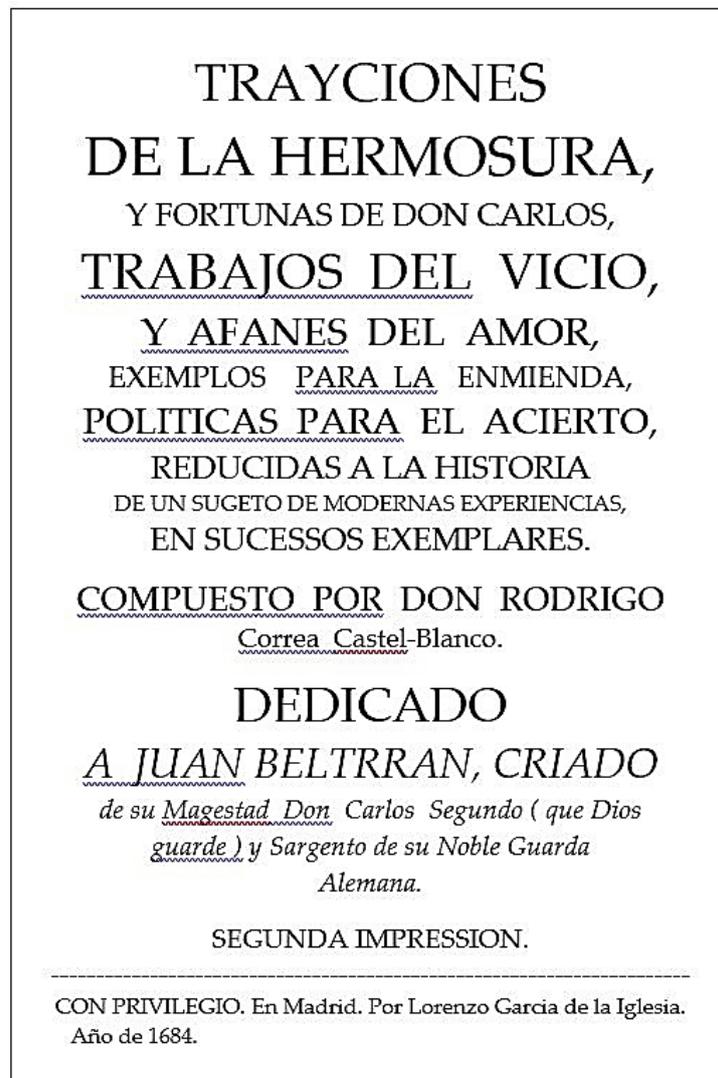
TRABAJOS DEL VICIO



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

ESTA modesta edición digital de los *Trabajos del vicio*, del militar Rodrigo Correa Castelblanco (que confiesa no ser el verdadero Autor), sigue el texto de la primera edición (Madrid-1680, por Lorenzo de la Iglesia). Existe una «segunda impresión» (Madrid-1684; misma imprenta, mismo número de planas de texto a 2 columnas, pero dedicada a otro personaje (Juan Antonio Pacheco Osorio Toledo y de la Cueva había fallecido en 1680): probablemente se trate de ejemplares no vendidos de la primera edición. En su densa portada se lee:



En cuanto a quién pudo ser el verdadero Autor, fácil es sospechar del fraile agustino Simón de Castelblanco, quien con la preceptiva aprobación de sus superiores ya había

publicado (Madrid-1669, Imprenta Real) su obra *Virtudes y milagros en vida y muerte del Beato Padre fray Juan de Sahagún, de la orden de Nuestro Padre San Agustín*. Y esas sospechas se confirman con sólo echar un vistazo a esta última, pues rápidamente se detectan en ella diversos tics del Autor de los *Trabajos del vicio* (donde no faltan cariñosas alusiones la orden de San Agustín). Así pues, cabe pensar que el buen Simón recurriría a su pariente Rodrigo para acabar sacando a la luz un libro cuya temática podría ser considerada como poco apropiada para un hombre de religión.

Estos *Trabajos del vicio* se enmarcan perfectamente en el popularísimo género de novela cortesana, pero en la variedad *in itinere*: Carlos, el joven protagonista, sale de los tranquilos Montes de Toledo para ser educado por su tío en la imperial ciudad y vivir peripecias amorosas (y participar de las ajenas) en diversos puntos de la geografía hispano-portuguesa, sin que falten episodios en Flandes, en diversos lugares de Italia y un cautiverio en Túnez resuelto con una valerosa fuga. Se recogen anécdotas satíricas referentes a varias poblaciones, y las picardías y líos con la Justicia corren por la cuenta de Andrés, criado de Carlos. Tampoco falta un debate retórico sobre qué debe apreciarse más en una mujer: la hermosura o el entendimiento. Como remate, tras vivir el «furioso tropel de los trabajosos accidentes deste siglo», el protagonista renuncia a una sustanciosa herencia y decide regresar al terruño a vivir una vida eremítica con intención de acabar entrándose en alguna orden religiosa.

La novela contiene, pues, todo lo que los lectores de la época (y especialmente las lectoras) podían esperar; la narración es ágil, divertida a veces, y ayudada de un vocabulario y sintaxis poco complicados. No es una obra maestra, pero no tiene nada que envidiar a otras de su época que han gozado de mayor recorrido. Transcurridos más de tres siglos de su publicación sin que nadie se acordase de ella, bien dijo Begoña Ripoll lo siguiente:

Es ésta una singular obra en la que nadie parece haber reparado. No consta en el catálogo de Bourland, ni es su autor mencionado por Formichi en la *Bibliografía crítica*, siendo, no obstante, un excelente ejemplo de las últimas manifestaciones barrocas en la prosa española (*La novela barroca*; Eds. Univ. de Salamanca-1991, p. 48).

Para preparar esta edición he compulsado de cabo a rabo dos ejemplares de la *editio princeps*, sin que haya detectado la menor diferencia entre ellos, ni siquiera en las imperfecciones de estampación (ver Fig. 1). Dejo nota de todas las intervenciones practicadas en el texto.

E. S. F.
Barcelona, febrero 2020

seguirlo que tanto desseo. Y
 porque conozeais mi fortuna,
 hagoos saber que solo vivo
 de la esperança, de que podrè
 alcançar vn favor de la her-
 mana de Don Alonso, esso es
 lo que desseo, esso es lo que
 pretendo; pero a todo se opo-
 ne vna hermana mia, que es la
 que impide el buen sucesso de
 nuestra pretension, esta lo ba-
 raja todo, esta hermana, ami-

BNE R/8617

go

seguirlo que tanto desseo. Y
 porque conozeais mi fortuna,
 hagoos saber que solo vivo
 de la asperança, de que podrè
 alcançar vn favor de la her-
 mana de Don Alonso, esso es
 lo que desseo, esso es lo que
 pretendo; pero a todo se opo-
 ne vna hermana mia, que es la
 que impide el buen sucesso de
 nuestra pretension, esta lo ba-
 raja todo, esta hermana, ami-

UNIV. TORONTO

go

Figura 1.- La única diferencia mínimamente relevante que he detectado en los dos ejemplares compulsados se encuentra en la plana 139-col. 2-lín. 26.

TRABA J O S
DEL VICIO.
AFANES DEL AMOR
VICIOSO,
MONSTRVOS DE LA INGRATITVD,
EXEMPLOS PARA LA
ENMIENDA, POLITICAS
PARA EL ACIERTO.
REDVCIDAS A LA HISTORIA
de vn fugeto de modernas experiencias.
COMPVESTO POR DON RODRIGO
Correa Castelblanco, Sargento Mayor de el Tercio de
Granada, y Governador del Peñon.
DEDICADO
AL EXCELENTISSIMO SEÑOR DON
Juan Antonio Pacheco Ossorio Toledo y de la Cueva,
Marques de Cerraluo, y de San
Leonardo, &c.
CON PRIVILEGIO
En Madrid. En la Imprenta de LORENZO GARCIA
DE LA IGLESIA. Año de
M.DC.LXXX.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JUAN ANTONIO PACHECO OSORIO TOLEDO Y DE LA CUEVA

Marqués de Cerralbo¹ y de San Leonardo,² Conde de Villalobos,³ Comendador de las Encomiendas de Fuente el Moral⁴ y de Hornachos,⁵ Administrador de las de Almodóvar de el Campo⁶ y Herrera⁷, Alcaide del castillo de la Alberguería⁸ y de Almorchán,⁹ Gentilhombre de la Cámara de Su Majestad, de sus Consejos de Estado, Guerra, Indias y Cámara de ellas, Capitán General de la Artillería de España, etc.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR

SI la tierra bronca y adusta le corresponde al Sol con flores y frutos en reconocimiento de sus benévolas influencias, qué mucho¹⁰ que un honrado racional agencie demostraciones con que publicar las favorables influencias con que V. Excelencia en Flandes y en Cataluña me honró, que fueron nobles impulsos de su generosa sangre para que haya servido el Rey mi señor con el acierto deseado, de que al paso que me hallo honrado me reconozco obligado y deudor de V. Excelencia, pues todos mis aciertos los debo al valeroso influjo de V. Excelencia, a quien, como a noble Sol de los ilustres solares de España de Pacheco, Osorio, Toledo y Cueva, rindo las gracias de las mercedes recibidas postrado a los pies de V. Excelencia en este curioso papel,¹¹ que no siendo mío, sino de un amigo, consigo dos intentos: el propio de agradecido y el del Autor que granjea un patrón tan favorable como V. Excelencia, a quien Dios guarde como este su más obligado desea y ha menester.

A los pies de V. Excelencia B. S. M.¹² su más obligado,
don Rodrigo Correa Castelblanco
Gobernador del Peñón

1.- En la prov. de Salamanca.

2.- San Leonardo de Yagüe (prov. de Soria). El marquesado lo aportó su esposa Juana Fajardo y Manrique de Mendoza.

3.- En la prov. de Zamora.

4.- En la prov. de Ciudad Real.

5.- En la prov. de Badajoz.

6.- En la prov. de Ciudad Real.

7.- Herrera de Alcántara (prov. de Cáceres).

8.- Alberguería de Argañán (prov. de Salamanca).

9.- O 'Almorchón'. Está cercano al pueblo de Cabeza del Buey (prov. de Badajoz).

10.- ¿Qué tiene de extraño...

11.- Escrito.

12.- Besa su mano.

APROBACIÓN DEL MAESTRO FRAY ÁLVARO OSORIO Difinidor de Castilla del Orden de San Agustín

POR mandado de el señor don Alonso Rico, Vicario de esta Villa de Madrid, se me remitió un libro cuyo título es *Trabajos del vicio y afanes del amor*, compuesto por don Rodrigo Correa Catelblanco, Sargento Mayor de el Tercio de Granada y Gobernador de el Peñón; y aunque ocupada la atención al examen, le he leído con curiosidad, admirado y gustoso, que el gusto le trae consigo la admiración: *Quod admirabile est, delectabile est*, dijo Aristóteles.¹³ Admirele, porque sacar del mal el bien es maestría que del empleo militar es de quien podía esperarse menos; con que podré decir del Autor lo que a contrario intento dijo nuestro gran filósofo español Séneca: *Quid spectat, qui offendit, dum obligat*. Mucho bueno se puede esperar de quien con sucesos que estragan edifica.

Leíle gustoso, más que por lo divertido (con serlo tanto), por lo provechoso que puede ser a la juventud si en la escuela de los sucesos quieren ser discípulos¹⁴ de los escarmientos; que ese es el intento de el Autor, y ese motivo una de las razones que hallo para su aprobación, pues le basta a la obra, para buena, la loable intención con que se escribe. *Opus bonum intentio facit*, dijo mi Augustino, siendo en sentir de mi grande Padre la mejor censura el dolerse de lo que neciamente tuvo por gusto: *Operum honorum initium confessio malorum est*. Con que siendo este libro, como le hallo, cabal en la fe, y para los que con prevención cuerda le leyeren, no sólo no disonante, sino provechoso con lo que les avisa a las costumbres, siento que se le puede dar la licencia que pide para darle a la estampa, porque con su comunicación (si no le vicia la malicia) ganará, quien le tuviere, un amigo que en lo político y moral le¹⁵ dé doctrina con que acorte los pasos al despeño, sin que el riesgo de peligrar el poco seso de la mocedad sea tacha para sacarla a luz, porque eso, más que nulidad de la obra, será mal gobierno de quien se maleare con ella; que el mal bien ejercitado es lustre, como usar del bien mal es ignominia. San Pablo hizo instrumento de Satanás para sus virtudes: *Datus est mihi stimulus cernis meae Angelus Sathanae, qui meco la-phicet*, y Judas, de la triaca¹⁶ del Sacramento, veneno para su ruina; con que de quien usare mal de los sucesos será la culpa, y para el Autor no puede dejar de ser excelencia y lustre grande saber salir de el mal tan bien aprovechado. Este es mi sentir. En San Felipe el Real de Madrid, a 17 de diciembre de 679 años.

Fr. Álvaro Osorio

13.- Orig.: 'Artes'

14.- Orig.: 'di-|discipulos'

15.- Orig.: 'se'

16.- Remedio, antídoto.

LICENCIA DEL ORDINARIO

NÓS el Licenciado don Alonso Rico y Villarroel, Consultor del Santo Oficio y Vicario desta Villa de Madrid y su Partido, etc., por el presente, y por lo que a nós toca, damos licencia para que se pueda imprimir e imprima el libro intitulado *Trabajos del vicio y afanes del amor vicioso*, compuesto por don Rodrigo Correa Castelblanco, atento que de nuestra orden y comisión ha sido¹⁷ visto y reconocido, y no contiene cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid a veinte y dos de diciembre de mil seiscientos y setenta y nueve años.

Lic. don Alonso Rico y Villarroel

Por su mandado,
don Lucas de Cabañas,
Notario

APROBACIÓN DE DON JUAN BAÑOS DE VELASCO

Coronista General destos Reinos

M. P. S.¹⁸

VUESTRA Alteza se ha servido mandarme lea un libro intitulado *Trabajos de el vicio y afanes del amor vicioso*, compuesto por don Rodrigo Correa Castelblanco, y diga mi parecer para que se sirva dar licencia para su impresión. Y cumpliendo con el precepto, lo cual hallo en este libro son unas morales advertencias que, dulcemente alegando los sentidos, pretenden introducirse a la compostura de las potencias, y lo que es parabólico en la metáfora sea doctrina prudencial en el uso de las virtudes, si quien le leyere no descompone por su mal afecto el oficio con que está taraceado,¹⁹ pues no tuvo culpa la flor que alambicada de la oficiosa abeja no produjo el sabroso panal en el venenoso enredo de la malévola araña, pues su mala complexión de ésta hizo tosigo de lo que la otra miel. Dulce es la narrativa de este tratado: mucho tendrá que aprender en él quien, sirviéndole de espejo, reparare si le ha sucedido o puede ocurrirle lo propio, para fabricar el escarmiento a la vista destos tan artificiosos desengaños, sin que haya hallado en él cosa que se oponga a nuestra santa fe ni a la soberanía y obediencia de Su²⁰ Majestad. Este es mi sentir, *salvo meliori*. En Madrid, a 22 de enero, 1680.

Don Juan Baños de Velasco

17.- Suplo 'sido.'

18.- Muy Poderoso Señor.

19.- El artificio en que está embutido.

20.- Orig.: 'la.'

EL REY

POR cuanto por parte de vos don Rodrigo Correa Castelblanco nos fue fecha relación habíades compuesto un libro intitulado *Trabajos del vicio y afanes del amor*, de el cual hacíades presentación en debida forma, y para poderle dar a la estampa sin incurrir en pena alguna nos suplicasteis os mandásemos conceder licencia para ello y privilegio por diez años o por el tiempo que fuésemos servido, o como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los de el nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la pregmática últimamente hecha sobre la impresión de los libros dispone, se acordó debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y Nós lo tuvimos por bien. Por la cual os damos licencia y facultad para que vos, o²¹ la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir el dicho libro, de que de suso²² va fecha mención, en todos estos nuestros Reinos de Castilla por tiempo y espacio de diez años, que han de correr y contarse desde el día de la data desta nuestra cédula en adelante, pena que la persona o personas que sin tener vuestro poder lo imprimiere o vendiere, o hiciere imprimir o vender, por el mismo caso pierdan la impresión, con los moldes y aparejos de ella, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrahiciere; la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para la persona que lo acusare, con tanto que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro durante el tiempo de los dichos diez años lo²³ traigáis al nuestro Consejo juntamente con el original que en él fue visto, que va rubricado y firmado al fin dél de Domingo Leal de Saavedra, nuestro Escribano de Cámara de los que en él residen, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original, y traigáis fe en pública forma de cómo por Corrector nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión por el original y se imprimió conforme a él y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber. Y mandamos al impresor que así le imprimiere, no imprima el principio ni el primer pliego dél, ni entriegue más que un solo libro, con el original, al Autor o persona a cuya costa lo imprimiere, ni a otra alguna, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y sucesivamente esta nuestra cédula, y la aprobación, tasa, y erratas, pena de caer e incurrir en las penas

21.- Orig.: 'y'

22.- O 'desús': arriba, antes,

23.- Orig.: 'la'

y pragmáticas contenidas en las leyes de nuestros Reinos. Y mandamos a los de el nuestro Consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes y Alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y a todos los Corregidores, Asistente, Gobernadores, Alcaldes Mayores y Ordinarios, y otros jueces y justicias destos nuestros Reinos y Señoríos, y a cada uno dellos en su jurisdicción, que os guarden y cumplan, y hagan guardar y cumplir esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Dada en Madrid a veinte y ocho días del mes de enero de mil seiscientos y ochenta años.

YO EL REY

FEE DE ERRATAS

ESTE libro, intitulado *Trabajos del vicio y afanes del amor vicioso*, con estas Erratas²⁴ corresponde con su original. En Madrid, a 13 de abril de 1680 años.

Lic. don Francisco Murcia de la Llana

SUMA DE LA TASA

TASARON los Señores del Consejo este libro, intitulado *Trabajos del vicio, afanes del amor vicioso*, compuesto por don Rodrigo Correa Castelblanco, Sargento Mayor del Tercio de Granada, a seis maravedís cada pliego, como más largamente consta de su original, despachado en el oficio de Domingo Leal de Saavedra en 15 de abril de 1680.

24.- Las aquí declaradas (unas 30) se han incorporado en el texto sin dejar nota. Como era habitual, el texto contenía muchas más, incluso en la propia fe de erratas.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO

Cap. 1. De la patria y padres de don Carlos	466
Cap. 2. Llega Carlos a Toledo y da principio a su primer empeño	470
Cap. 3. Empéñase Carlos en su amoroso empleo, hasta salir por él de Toledo	475
Cap. 4. De los sucesos del viaje de Carlos	482
Cap. 5. Da cuenta el Solitario a Carlos de los raros sucesos de su vida	491
Cap. 6. Prosigue el Ermitaño, hasta dar fin de la historia de su vida	499
Cap. 7. Llega Carlos a Soria, sabe la ingratitud de doña Beatriz, con que la olvida por otros amores	508
Cap. 8. Relátase algunos lances del empeño de doña Francisca, hasta que por el postrero la deja Carlos	513
Cap. 9. Sale Carlos de Soria, llega a Ágreda, de adonde da vuelta a Vizcaya y Navarra; dase cuenta de los lances de su jornada	521
Cap. 10. Prosiguen los sucesos de la jornada de Carlos	528
Cap. 11. Entra Carlos en Pamplona; lo que le sucede hasta salir de la ciudad.....	533
Cap. 12. Prosigue Laureana los trabajos de su vida.....	539
Cap. 13. Sale Carlos a proseguir su viaje; llega a un lugar cerca de la raya de Castilla, donde le festejan una noche	544
Cap. 14. Llega Carlos a Moncayo; lo que le sucede hasta llegar a Zaragoza, donde da principio a su mayor empeño	550
Cap. 15. Sigue Carlos el empeño, hasta la permisión del premio	556
Cap. 16. Prosigue el primer encuentro del mayor empeño	563

Cap. 17. Prosigue el suceso del empeño, hasta ausentarse de Zaragoza.....	570
Cap. 18. Vuelve Carlos a Zaragoza, donde su dama procura quitarle la vida	576
Cap. 19. Sana Carlos de su achaque, vuelve a los montes donde se crio; entra en Toledo, donde le sucede un azar.....	587
Cap. 20. Da cuenta el Bravo de los varios accidentes de su vida.....	595
Cap. 21. Prosigue el Bravo con la relación de su vida	602
Cap. 22. Trátase una curiosa cuestión del amor mundano	607
Cap. 23. Salen de Madrid, sucédeles ²⁵ en Móstoles una burla.....	614
Cap. 24. Siguen don Antonio y Carlos su viaje, hácenle a Andrés una burla.....	620
Cap. 25. Entra Carlos en Lisboa con intentos de retirarse de el mundo, pero embará- zase con nuevo empeño.....	623
Cap. 26. Sale Carlos de Lisboa con don Basilio, el cual hace relación de los naufragios de su vida ²⁶	631
Cap. 27. Acaba don Álvaro de contar los sucesos de su vida.....	642
Cap. 28. Descríbese el alegre viaje que tuvieron hasta llegar a Madrid	649
Cap. 29. Suceso de doña María, por cuya causa sale Carlos de Madrid	657
Cap. 30. Muere doña María, con que escarmienta Carlos.....	664
Cap. 31. Apriétanle más ²⁷ a Carlos los desengaños del mundo.....	671
Carta de Carlos en despedida de la Corte ²⁸	679

25.- Orig.: 'sucedenles'

26.- Orig.: 'naufragois de sus vidas'

27.- Orig.: 'ma' Bien pudiera deberse a fallo de estampación.

28.- Cierra el libro, pero no se incluyó en la Tabla.

PRÓLOGO AL LECTOR

BIEN entiendo, curioso Lector, que habrás²⁹ reparado en el sobrescrito deste librito, donde parece se le da por autor a un soldado que desde su niñez no ha tenido otro ejercicio que el manejo de las armas; las cuales, aunque Julio César las concordó con la pluma, pero no pudo ajustar a que le siguiesen todos los militares el dictamen, porque es imposible el servir a dos señores, y mucho más emplearse en dos ejercicios tan opuestos como la espada y la pluma. Yo soy uno de los que no han sabido seguir el ejemplar de tan ilustre caudillo: conténtome con procurar servir a mi Rey y señor con lealtad, y heredada, dejando para los sabios políticos³⁰ el empleo acertado de la pluma. Con que confieso que este librito es de un amigo que no quiso que pareciese en público su nombre. A mí me pareció bien, con que he permitido que salga en mi nombre, pero confesando no ser mía la obra, porque nunca me precié de lograr aplausos a costa de méritos ajenos. Y así, con toda legalidad confieso que lo que es de mi cosecha es sólo el buen deseo de que aprovechen escarmientos, ya que los propios no los regulamos por penosos afanes, sino por necesarios accidentes de la bizarría humana. Parecerán ficciones del ingenio, pero aseguro que todo son verdades, mudados los nombres y lugares. De mucho dello me consta, porque asistí a los contrayentes; y así, lastimado de sus ahogos, deseo que aprovechen para la enmienda, que es lo que me toca, ya que mi obligación militar no me ha permitido que agencie el caudal para el acierto de la pluma. Vale.



29.- Orig.: 'avrà'

30.- Cultos.

TRABAJOS DEL VICIO
AFANES DEL AMOR VICIOSO
MONSTRUOS DE LA INGRATITUD
EJEMPLOS PARA LA ENMIENDA,
POLÍTICAS PARA EL ACIERTO
REDUCIDAS A LA HISTORIA DE UN SUJETO DE MO-
DERNAS EXPERIENCIAS

CAPÍTULO PRIMERO

De la patria y padres de don Carlos

ENTRE la obscura breña de los Montes de Toledo³¹ yace un lugar, por corto, no conocido; por humilde, no buscado, y por pobre, fuera de la estimación de la memoria cortesana. Éste, pues, es silvestre corte de aldeanos, humilde asiento de consejeros de las selvas, apacible colonia de los habitantes de los montes. Su deleitoso paraje es entre dos, si no caudalosos ríos, a lo menos ríos sin el caudal de la hinchazón de las aguas; que por coger niñas las fuentes no son gigantes sus padres, si³² naturales y claras sus abundancias.

Repátese la amenidad florida en varios y admirables países,³³ guardando el corazón de aquella aldea por centro alegre de la primavera. Sombra le hace un bosque, albergue bruto y común del ligero gamo, del corzo corredor, del tímido gazapo, del cerdoso animal³⁴ y de la montaraz volatería, cuyas espaldas guarda la altivez de una roca, asiento de los reyes de las aves, de cuyo pecho vierte sus aguas una fuente, undosa guarnición de aquellos valles. Y por que no quede sólo en flor el fruto deste vergel de la montaña, la sabrosa corona de frutales le hace sombra con su cercanía, que a su tiempo le rinde colmados frutos de sazones varias.

Tal cerco ponen las abundancias a tan fecundo suelo; pero él, ufano de la apacible muralla, la desdeña desde una alta eminencia, corriendo su habitación hacia el monte, donde se retira hallando refugio más seguro de la oposición de los aires, que soberbios de fuerzas por invierno, pretenden derribar a violencias furiosas la corona de los valles, la cabeza del imperio de las selvas. Sus edificios son humildes; sus cortesanos, verdaderos, profesando

31.- Al sur de la ciudad, entre las cuencas del Tajo y Guadiana.

32.- Si bien, aunque.

33.- Paisajes, espacios.

34.- Jabalí.

más la verdad, por no admitida, que la mentira por buscada. Viven gustosos con su suerte, porque no hay más gozar que contentarse con no apetecer.

En este, pues, paraíso de los montes, vivía un pobre caballero en compañía de su esposa, que en amigable trato ayudaba a llevar con alegre semblante la falta de las riquezas de la vida. Conformábanse tan discretos con la felicidad del estado, que les servía la memoria de sus perdidos bienes de milagroso accidente para estimar la igualdad de el descanso que gozaban. Sustentábanse de una corta hacenduela que, cultivada de dos mozos de el campo, les contribuía lo suficiente para el regalo de la vida humana, pues cuando los perdidos bienes les acarrearón penas, la cortedad de unos desperdicios olvidados les granjean³⁵ descanso y alegría. ¡Ah mundo, que quien más posee de ti más trabaja, que quien menos te goza vive con más sosiego!

En esta prudente retirada de la borrasca del bullicio cortesano los favoreció el Cielo con darles a los dos consortes un deseado hijo, fruto apetecido de algunos años logrado en el tiempo de la alegre soledad. Pusiéronle por nombre Carlos, o ya por apellidarle como mereció su amor o ya por pronóstico de las esperanzas que se podían tener de un hijo tan apetecido de su anhelo. Creció en pueriles juegos, dando luces en ellos de lo mucho que cubría el villano sayal³⁶ de prendas³⁷ no conocidas; pero como éstas eran más atendidas de los ojos de sus padres, no permitieron que le faltase la escuela de las artes liberales, en que puliese, si hermosease con el estudio, los naturales dones de que el Cielo le dotó.

Enviáronle a Toledo, a casa de un tío suyo, prebendado³⁸ de aquella Santa Iglesia, el cual le recibió con amor, porque siempre el estado eclesiástico es el refugio de necesitados. Diole al punto maestro de latinidad en el doctor Canales: un ciego que en aquel siglo³⁹ fue muy celebrado en la ciudad de Toledo; y por que aprovechase todo el tiempo, le dio lección de danzar, tocar una guitarra, con que le apartó con prudencia de los divertimientos viciosos, porque la ociosidad es madre de los vicios cuando⁴⁰ la ocupación es escuela de la virtud. Dentro de dos años se lució bien el cuidado de sus maestros con la aplicación del discípulo, pues así en letras de humanidad como en la destreza de la guitarra, gala y donaire en el danzar, fue Carlos el primero, o el más aventajado en sus ejercicios. ¡Oh, dichoso el hombre que le da Dios padres que le engendran segunda vez hombre en la enseñanza que le dan! ¡Oh, infeliz aquel hijo que le cupo por suerte padres que, habiéndole engendrado para hijo de bendición, le dan enseñanza para que sea verdugo de su honra! Bien afortunado, pues, fue Carlos, que habiendo perdido a sus padres en las conveniencias de la hacienda, halló un pariente padre que le dio la enseñanza como si fuera padre y más que padre.

Vivía junto a su casa un caballero de los muchos que hay en la imperial Toledo, cuyos hijos no inclinándose a las letras, era su estudio el de las armas, con que Carlos, con el deseo de aprender todas buenas artes, se introdujo a jugar las armas, a hacer mal a un

35.- Producen, porporcionan.

36.- Vestido de gente rústica.

37.- Cualidades.

38.- El eclesiástico que tiene asignadas rentas de la Catedral a cambio de desempeñar ciertas funciones. Ya en la época se llamaba "prebenda" al puesto de trabajo que daba mucho dinero con poco esfuerzo.

39.- Aquel tiempo, aquellos años.

40.- En tanto que.

caballo:⁴¹ lecciones todas que en breve tiempo le adornaron de perfecto retórico, de gran humanista, de cortesano, de diestro en todas armas, con que era querido y amado de toda la ciudad de Toledo, la cual en apoyo de la estimación de los nobles amigos de Carlos, se esmeraba en aplaudir sus prendas, con tanto exceso, que no había bizzarria que no le acumulasen o sentencia que no dijese o habilidad y destreza que no ejecutase.

Seis años vivió Carlos gozando de esta felicidad con sosiego del ánimo, con seguridad de conciencia. Poco tiempo le permitió el mundo de gusto en desquite de tantas penas como pasó desde edad de veinte años hasta los cuarenta y dos de su edad; pero ¿cuándo el mundo supo dar gustos sino para enmendarlos con penas? Mas ¿cuándo éstas se multiplican si no es en sujeto que merece ser coronado de lauros vencedores? El primer golpe con que le molestó la Fortuna fue la nueva de que su madre luchaba con una mortal enfermedad, para cuya asistencia pidió permiso a su tío para acudir a esta forzosa ocupación, la cual el religioso prebendado le concedió, encargándole la brevedad de la vuelta en estando fuera de peligro su madre, porque ni su amor ni su soledad permitían largas a su ausencia.

Recibió Carlos su bendición aquella noche, por no inquietarle a la mañana, y como el cuidado acorta las horas al sueño, Carlos, como hijo amante de su madre, cuidadoso de su enfermedad, no se quedó hasta ponerse en camino, que fue fin tropiezo (que no fue poco, pues nunca vino el mal sin compañía). El cuidado puso espuelas a la diligencia, la cual se logró⁴² con brevedad, llegando Carlos, como deseaba, a la casa de sus padres, al cuarto donde su madre, fatigada de la mortal dolencia, peleaba con la muerte. ¡Oh deuda común, que quien más presume de desobligado por pocos años, más apriesa la paga sin llegar a la vejez! ¡Oh descuido humano, que debiendo morir pagando esta deuda con la vida, vivimos como si no hubiéramos de acabar, acabando como si no hubiéramos vivido para morir!

No quiso Carlos privarse de las albricias que su imaginación o su deseo le prometían con su vista. Juzgando por milagroso al amor, o por más valiente que la muerte, entendió que la fuerza de el cariño, envuelta con la alegría de su vista, milagrosamente la despojase a la muerte de sus fuerzas con que pretendía acabar con la vida de su madre; pero engañose, pues sólo la comunicó alientos para encomendarle a la obediencia de su padre dándole su bendición, que por postrera memoria de su amor no pudo ser sin lágrimas. Enojada o celosa la muerte con el amor de ver que pretendía burlar todas sus fuerzas con los alientos del cariño, hizo mayor esfuerzo, con que acabó con la vida combatida de mortales accidentes.

Sintiolo con tanto extremo⁴³ su esposo, que acabadas las exequias le hirió el sentimiento con mortal achaque, que fue la misma enfermedad con mayores accidentes, porque eran penas de una memoria atormentada con los asombros de la muerte, o dolores de una enfermedad originada de la congoja en la ausencia mortal de su esposa. Y no sé cuál era mayor causa de dolor al sentimiento de Carlos, si el ver despojada de la vida a su querida madre o si reconocer a su padre fatigado de las congojosas ansias de la muerte. Ambas dos son causas de estremado sentimiento, pero mayor la congoja presente, aunque se goza con vida lo que se ama; porque aunque al parecer no hay más pena que experimentar la

41.- A la monta de caballos.

42.- Dio el fruto apetecido, valió.

43.- Orig.: 'extremò' (plana 5).

muerte en el amado, pero en viendo que fenecía lo que se ama se da principio a olvidar la congoja con saber que se le acabó el penar, quedando un género de consuelo en el mismo afán, porque se advierte que tuvo fin el mortal dolor que fatigaba la querida prenda; pero temer la pena con pronósticos fatales de la muerte, sintiendo con el amado las fatigas de el dolor, más es que llorar o sentir lo fenecido, porque con el fin de la vida se acaba el temor de mayor mal, pero mientras se vive temiendo se profetizan males, con que todo es morir con vida, acabar permaneciendo y permanecer en peor estado que si hubiera fenecido. ¡Oh vida desdichada, que por ser humana llega a tal paraje⁴⁴ de miseria, que es mejor al que la posee fenecer de una vez, para acabar con penas, que permanecer edades por no experimentar más muertes!

Entre las borrascosas olas de este temeroso naufragio fluctuaba el combatido bajel del sentimiento de Carlos, sin más vela y remo que el valor que le acompañaba, sin más norte⁴⁵ que las cortas esperanzas que los amagos lastimosos le prometían. Variaba el sentimiento en amarguras, ya con la congoja de la muerte de su madre, ya con el dolor de la enfermedad de su padre, con que apretaban su corazón de manera que se asomaban a las ventanas de sus ojos las amarguras tiernas en que estaba, y según lo que más permanecía eran más o menos los ahogos, hasta que Dios puso término a la vida de su padre, con que en igual pareja de debido llanto lloró amargamente la muerte de sus padres, que ayudado de la consideración del acabar, pagó en lágrimas lastimosos presagios de su mala fortuna.

Quince días fueron solos los que gastó Carlos desde que salió de Toledo hasta que quedó sin padres, sepultándolos en la iglesia de aquel pueblo con la pompa acostumbrada en lugar apartado de todo género de vanidad. Hizo todo el bien que pudo por sus almas situándoles una capellanía,⁴⁶ con que pagó en mejor moneda la deuda que les debía de la naturaleza.⁴⁷ Compuso lo restante de su hacienda, por consejo de su tío, dándola en arrendamiento; despidiose de sus amigos y paisanos, dio a los pobres vecinos las alhajas⁴⁸ menores de la casa, con que se vistieron aprovechando lo que no servía, y con lo demás volvió Carlos a Toledo a la casa de su tío.

44.- Punto, estado.

45.- Guía, referencia.

46.- Asignar una renta a la iglesia a cambio de decir misas por el alma del difunto.

47.- De haberle dado el ser.

48.- Equipamiento (mobiliario, cortinajes, menaje, etc.)

CAPÍTULO II

Llega Carlos Toledo y da principio a su primer empeño

ERA por mayo cuando la contraria Fortuna comenzó a mostrarse ceñuda contra los méritos de Carlos; por mayo era cuando el acero riguroso de la muerte cortó el hilo de la vida de sus padres; era por mayo, cuando el tiempo, con el halago del sol y el fecundo humor de las aguas del invierno fructificaba flores, fertilizaba prados y montes adornándolos de nueva y verde gala; y siendo un mismo tiempo el de mayo, en que se alegraban los campos festejando la venida de las flores con su risa, para Carlos las flores de esta primavera fueron lágrimas, las galas deste mayo fueron lutos: pero ¿qué mucho, si lo florido desta vida son penas, si los frutos lágrimas amargas?

En suspensión triste de sentidos pasó Carlos la distancia del camino que hay desde los Montes de Toledo a la Imperial Ciudad de las Águilas. Entró por la celebrada y antigua puente de San Martín, y por calles escusadas,⁴⁹ sin mostrarse a los amigos, se retiró a casa de su tío, que le recibió entre dos extremos: con pena por la muerte de sus padres, con alegría por verle ya en su casa, fuera de los ahogos de la ausencia. A tan buena voluntad procuró Carlos pagar con la debida asistencia, sin perder de vista la persona de su tío; sólo el tiempo que le permitía lo pasaba retirado leyendo diferentes libros, que son maestros cortesanos, padres de buena lección, escuela de toda buena enseñanza. De aquí resultaba el que en las conversaciones se moviesen varias cuestiones, porque es traza de la mayor política⁵⁰ tratar entre los propios materias que se desean acertar en la palestra de la publicidad.

Gustosamente se esmeraba Carlos en entretener a su religioso pariente, el cual en trueque de la atención de su prudente sobrino le prevenía galas, le agenciaba aliños, y para mayor conveniencia le disponía a nuevo estado procurando enlazarle en la suave coyunda⁵¹ del matrimonio. Era el sujeto con quien el atento pariente pretendía casar a Carlos una viuda vecina de su casa, hija única de sus padres, nobles y ricos; sus prendas, aunque retiradas a fuerza del recato, eran bien parecidas y estimadas. Sólo Carlos era el que más las atendía, porque había algunos días que, por medio de su vista, cual basilisco le había herido de muerte, porque la vecindad lo ocasiona, la vista es presta; la mocedad, curiosa, con que con facilidad se sintió Carlos rendido a la sujeción de su amoroso imperio. Y aunque las calidades del amor son publicidades de la inquietud, no permitía Carlos que pasase de los términos del silencio a la ruidosa plaza de la publicidad, porque es singular prenda de la nobleza pretender con el silencio por no desacreditar con lo público.

Era su habitación la de un cuarto bajo cuya ventana registraba por verano el patio de la casa de su dama, la cual con la ocasión del tiempo, y en Toledo, permitía con descuido cuidadoso que gozase Carlos muchas veces de su vista. Estos relámpagos o rayos de la presencia de doña Beatriz (que este era su nombre, por que no la faltase ni aun el nombre de dama) causaban en su apasionado amante, si embeleso gustoso por breve rato, tormen-

49.- Poco frecuentadas.

50.- Urbanidad cortesía.

51.- Orig.: 'conjunda', por única vez en el texto.

toso parasismo por su ausencia. Rayo era la vista de la dama, pues a dulces violencias de sus ojos ocasionaba mortales efectos en el alma dejando entera la corteza de aquel cuerpo. Pero Carlos, cual osada mariposa, se acercaba más a lo efectivo de su llama; por la breve brújula de una celosía participaba, si corta luz de su prenda amada, mucho alivio a su desesperada congoja; con que unas veces se quejaba del diáfano embarazo que tan avaro le comunicaba el bien de la vista de su dama; otras disculpaba la avara permisión, porque aunque deseaba más patente la presencia de su dueño,⁵² pero temía su cercanía, por no perder en turbaciones públicas lo que lograba en sus retiros.

En la medrosa suspensión de amar sin saber si era correspondido vivía Carlos contento de su empleo, temeroso de su fortuna, que le amenazaba con ingratos retiros de su dama; pero no era así como Carlos lo temía, porque si el donaire la gala; si lo jarifo⁵³ y hermoso de doña Beatriz le había aprisionado en sus amores, el talle, lo brioso lo entendido y lo modesto de Carlos había ya rendido el corazón de su dama con tan dulce violencia de cariño, que muchas veces quiso dar voces pidiendo favor contra la fuerza del fuego de el amor; pero la modestia más puntosa la obligaba disimulos a sus ojos para que no publicasen con lenguas de el alma, ternuras del corazón. En este paraje de el caos de el amor estaban los dos amantes, encontrándose a cada paso con la vista, desmintiendo cada verdad que sus ojos publicaban con medrosos retiros de el semblante. Muchas ocasiones logró Carlos, dando a entender a su dama su voluntad sin que jamás el fuego que la abrasaba diese respuesta a tan debido cuidado; pero no por eso aflojó Carlos en su empleo, hasta que un accidente impensado le dio a entender que era pagada su fineza, y cuando entendió no era admitido su cuidado se halló correspondido, oyendo de la boca de su dama mucho de lo deseado, poco menos de lo apetecido.

El descuido o el sueño de un sirviente con una pequeña luz ocasionó en el primer cuarto de la calle,⁵⁴ en la casa de los padres de doña Beatriz mucho incendio. Al ruido de los golpes que daban a sus puertas despertaron los dueños, turbáronse con la impensada desgracia; viendo que la llama, envuelta con el humo, les impedía el paso para su fuga, embarazolos la turbación para buscar el remedio, pero la violencia de los que venían al socorro les franqueó la salida echando las puertas en el suelo. Pero la llama había crecido con tal fuerza que les imposibilitaba la salida, y como la vida es amable, se determinaron a romper dificultades por medio del voraz enemigo que les impedía el paso. Pero, ¡oh fragilidad humana! ¡Oh amable vida! ¡Oh descuido de la tierra, que siendo doña Beatriz la vida por quien vivían, la luz de sus ojos, el aliento de su vejez, el consuelo de sus años, se le olvidó su socorro, negociando en primer lugar su seguridad sin atender al mayor peligro que amenazaba a su hija doña Beatriz!

No le sucedió así a Carlos, pues llegando a sus oídos el ruidoso estruendo de las voces de el pueblo, temeroso de lo que podía suceder, sin temer el peligro conocido de la vida salió a la calle, donde encontró con los padres de su dueño, a quien asustado preguntó si faltaba alguna persona de su familia. Fue la repuesta un desmayo de la madre, un suspiro de su padre, no dándoles el dolor más palabras que las señas con que daban a entender

52.- Hoy diríamos 'dueña', pero en la época sea aplicaba indistintamente. 'Dueña' era la criada de acompañamiento de la señora de la casa, y solía ser de edad y viuda.

53.- Bien compuesto.

54.- En la primera planta.

su sentimiento. No hubo menester más retórica el amante Carlos para persuadirse a su desgracia, para empeñarse en el mayor peligro en defensa de la vida de su dama, cuyos padres dejó sin respuesta, porque es bizarría del lenguaje del amor olvidársele las palabras cuando lo remite a las obras. Cual herida fiera del sentimiento de ver que los cazadores maltratan a sus hijos entre los colmillos de los perros, así se arrojó Carlos al socorro de su dama buscándola entre la voracidad de las llamas, que aunque más soberbias se mostraban en la monarquía del incendio, no pudieron obligar a Carlos a que desistiese de su pretensión amante.

Dichoso fue su atrevido arrojó, pues la caída de un paredón le dio paso para el cuarto donde doña Beatriz peleaba varonilmente entre la muerte y la vida por derribar un tabique que se le oponía al tránsito de otro cuarto. Llegó a tiempo Carlos, que quitándola el instrumento violento de las manos, a pocos golpes abrió puerta franca por donde pasar a la segunda estancia, donde sin darles el peligro lugar a demostraciones del cariño (que no siempre el trabajo permite tiempo a los amantes para repetir sus ansias), huyendo del voraz enemigo pasaron Carlos y doña Beatriz otras tres cuadras hasta llegar a lo último del cuarto, donde pensaban hallar salida a tan gran peligro; pero con la experiencia se hallaron cercados de mayor dificultad, porque por los dos lados les impedían la fuga dos paredes maestras, y por el otro les amenazaba de muerte la voraz llama. Aquí fue donde el femíneo valor perdió el aliento dejándose caer en los brazos de su amante, con que por remate de su angustia le coronó de favores diciéndole:

—¡Ay Carlos mío, págame lo que me debes de amor con libramme deste peligro!

No perdió Carlos el brío cercado de dos tan valientes contrarios como el favor no esperado de su dueño y la llama que le amenazaba rigurosa; con que aunque el ceño del peligro era terrible, más turbación le pudo causar el verse en los brazos con su dama, que en la congoja de un desmayo confesaba que le correspondía amante, que le pagaba con fineza; pero como le faltaba el tiempo para discurrir en su dicha, cortó por todo, porque apenas daba término el peligro para agenciar el remedio. Dejó a doña Beatriz en el desmayo; discurrió cuidadoso por las cuadras buscando modo como librar la vida de su amado dueño: no halló su diligente pesquisa más que una pequeña reja por donde se comunicaba la luz a un aposento de una criada; y como al amor no se le hace nada imposible, probó Carlos sus fuerzas con el terco si villano engace de la reja; pero viendo no ser posible el destrozo del tocoso impedimento, se valió de su daga, con que rompió el pedestal de una cama que le sirvió de palancuela, que entrándola entre la pared y la reja, quiso la suerte que por medio de su industria⁵⁵ y fuerzas diese lugar la reja a escapar del incendio.

En albricias del buen suceso de su agencia volvió Carlos a buscar a doña Beatriz, la cual ya fuera del desmayo venía en busca de su amante, que la recibió modesto con amoroso semblante, y por pagarla despierta lo que la debió en desmayo, en breves palabras (que no permitía más el tiempo) la dijo su amor y la hizo noticiosa de su antigua voluntad; pero porque el fuego se alargaba ya sobre el cuarto, con toda diligencia se valió Carlos de los cordeles de la cama de la criada, con que descolgó a doña Beatriz por la reja (que aunque no muy distante del suelo, bastante a temer la caída). El cuidado, con la diligencia de Carlos, con toda brevedad pusieron a doña Beatriz sin peligrar en la calle; con que viendo

55.- Ingenio.

Carlos lograda ya su diligencia, se resolvió a salir del riesgo que por instantes le amenazaba. Ató los cordeles al pedestal de la cama (que la atravesó en la ventana), sacó el cuerpo fuera a tiempo que se cayó el techo del aposento, con tan gran ruido y polvareda, que juzgaron los dos amantes se venía el lienzo de la pared abajo y los sepultaba entre sus ruinas. Dejose caer Carlos asido de los cordeles (que no le dejaron salir sin sangre del empeño).

El asombro del suceso, la humareda del polvo, los detuvo algo en la confusión de la calle, hasta que la misma luz de el fuego los guio para escapar de el peligro, con que a pocos pasos dieron vuelta a la calle y se hallaron dentro de su misma casa de don Carlos, donde estaban sus padres de doña Beatriz sin hallar consuelo en la imaginada pérdida de su hija, juzgándola ya pavesa de las tragadoras y voraces llamas. Era el dolor tan sin alivio, que no le daba lugar al tío de Carlos a la averiguación de saber dónde estaba su sobrino, habiéndole visto salir tan aceleradamente al socorro peligroso de aquel incendio. A todo este ahogo de lágrimas y llanto fue arco de serenidad la venida de doña Beatriz y Carlos, con que renovaron los padres con su hija las lágrimas, siendo éstas de alegría habiendo sido las antecedentes de mortal ansia, y siendo tan contrarias como vida y muerte, engendraron un mismo efecto de llanto (con que no todas veces son señas de la pena que padece el corazón, porque algunas veces son efecto de demasiada alegría).

Contó doña Beatriz a sus padres y a los circunstantes cómo su amante Carlos había sido el amparo de su vida estando ya a los umbrales de la muerte. Ponderó sus valerosas atenciones, que como quien le⁵⁶ salía tan del alma, les supo dar la vida para que sus padres conociesen la obligación en que estaban a su amante Carlos, a quien ellos dieron las gracias; y aunque las palabras eran hijas de su agradecimiento, decía más su suspensión que su retórica, más su silencio que su elocuencia, más su buen modo de callar que su mucha fecundidad de razones para agradecer. Admitió el agrado Carlos, procurando corresponder con rendimientos,⁵⁷ que juntos con las obligaciones que reconocían los padres de doña Beatriz, le eligieron por yerno cada uno de por sí en el silencioso tribunal de su voluntad (porque un beneficio no esperado hace gran batería⁵⁸ en un corazón agradecido).

No daba lugar el incendio para más comunicación, y así Carlos, ya como dueño de las reliquias a quien perdonó la llama, volvió al socorro. La diligencia del Corregidor, con sus ministros, fue poderosa para atajar la voracidad del elemento; el fiel cuidado de los religiosos reservó en depósito lo que su caridad robó a la tragadora llama del incendio, con que con toda diligencia se trasladó a su casa todo lo reservado, y dejando muerta la llama volvió Carlos a su casa a encenderse en mayor fuego de la vista de su dama doña Beatriz, con quien sus padres, viendo que la tenían presente tras los asombros de la imaginada muerte, se alegraban con mayor consuelo, y aunque antes del susto la gozaban con segura posesión, pero como este hallazgo tuvo su ser en los términos del dolor, fue poderoso accidente para ennoblecer la posesión de la dicha.

Teatro de este alegre suceso fue el cuarto donde el tío de Carlos los hospedó con toda urbanidad y ostentación, no conforme al deseo de un generoso, pero bastante para el tiempo de tan impensada tragedia. Al ahogo y al susto se les siguió el descanso, y a éste la

56.- Orig.: 'les' (p. 13).

57.- Acatamientos, cortesías, buenas palabras.

58.- 'Dar batería' es castigar con artillería los muros de una fortaleza.

cortesana urbanidad de las visitas de parientes y amigos, que duraron por algunos días. En uno éstos se les ofreció la ocasión tantas veces buscada por los dos amantes, de la cual se valió Carlos, rompiendo temores de cobarde, relajando cortedades de atento, para buscar a doña Beatriz dentro de los límites de su cuarto, y fue en tan buena sazón que ocupaba a sus padres una visita, con que tuvo lugar Carlos para sin el embozo de mirado lograr dulces efectos de cortesos atrevimientos. Procuró doña Beatriz el retirarse, pero como no nacía del alma, sino del bien parecer, poca fuerza hubo menester Carlos para que atendiese a sus afectuosas palabras. Las cuales, a pesar de intercadencias amorosas, dijo así:

—No sé, hermoso dueño, si estime por lisonja de mi buena fortuna las luces con que se publicó mi dicha, o si tema por mal presagio del suceso de mi amor hallar entre la voraz llama del incendio el bien de vuestra correspondencia a mi buena voluntad. Si lo miro como lisonja de mi fortuna, con temerosas suspensiones lo agradezco; porque aunque sabroso manjar a mi deseo, es la lisonja en la casa del amor muy sospechoso veneno de la vida del querer. Si lo atiendo como mal agüero de mi dicha, que por corta se acaba como la brevedad de la fogosa exhalación, no quisiera solemnizar con presagioso llanto lo que en alegre risa me promete mi fortuna. De lo uno y de lo otro sois vos, señora, la causa con tantas suspensiones en la fineza de mi amor, con que me dais a entender que debo yo más a la pavorosa llama que os obligó a confesar la deuda tan debida a mi cariño, que a vuestra voluntad, que tan reacia se muestra a la atención de mi cuidado. Mucho, señora, era el ardor de mi afecto; pero al oír pronunciar el acento de vuestra voz apellidándome vuestro creció a mayor incendio. Mostraos, pues, dueño mío en el trato, pues lo confiesan los labios, y pagad en buena correspondencia lo que me debéis de voluntad. Y si sola la lengua publica lo que niega el corazón, débaos yo este cuidado: decidme que el temor del incendio os hizo engañadora, lisonjeándome con desengaño⁵⁹ para que os venere aunque ingrata, con que quedaréis desobligada, quedando yo, si no satisfecho, gustoso a lo menos por desengañado.

Con esto acabó Carlos su breve razonamiento, con que dio lugar a que le respondiese doña Beatriz; la cual entre la modestia de puntosa y el melindre de dama, dijo así:

—Querer negar lo que mi corazón publicó con los labios, pregoneros del alma, ni la razón lo consiente ni mi voluntad lo permite. Dar más ocasión a vuestro amor, ni me atrevo por modesta ni lo prohíbo por amante, porque lo que la voluntad apetece, la modestia lo desmaya. Dejaros sin el verdadero conocimiento de lo que me dicta mi afecto, pasara plaza de ingratitud cuando me precio de muy agradecida: embarazos excesivos para quien pretende mostrar modestia y amor. Éste no podré negarle en mi vida, pero con la atención debida a mi respeto os coarto los arrojos cuando os permito lo lícito de la voluntad. La mía tenéis muy propicia, pues os confieso que desde que perdí a mi esposo sólo en vos he imaginado ganancias de lo perdido. Mis padres son por cuya cuenta ha de correr el buen suceso de nuestro amor: solicitadlo de vuestra parte, que por la mía está segura la palabra que os di entre las llamas del incendio. Y por que en el primer encuentro de nuestras vistas no tropiece la malicia, retirémonos, que el tiempo nos dará ocasión a mayores empleos de comunicarnos.

59.— Orig.: 'desengaño' (p. 15).

Quiso doña Beatriz retirarse sin más favor que lo dicho cuando la voluntad de Carlos le calumniaba de cobarde, con que sin premeditar el delito llegó sus labios al término vedado de una mano. Dio a entender en lo exterior la dama su sentimiento cuando su cariño amoroso festejaba la soltura, pero no quiso Carlos perder el lance por cobarde que pudo ganar por atrevido.

CAPÍTULO III

Empéñase Carlos en su amoroso empleo, hasta salir por él de Toledo

RETIROSE doña Beatriz, quedando Carlos cual caminante en montuosa si descaminada senda que le faltó el día, que con las zozobras de la perdida huella, la falta de la luz no se determina a seguir el viaje, aguardando a que la Aurora traiga en sus brazos al Sol, padre del ausente día. En esta suspensión cogió a Carlos el aviso de que le buscaba su tío, con que trató de ir a ver a su religioso prebendado, al cual encontró en su cuarto deseoso de comunicarle, porque había algunos días que le faltaba a sus años este alivio. En diferentes materias se dilató la conversación, hasta que se tocó en los huéspedes que albergaba su casa, con que fue fuerza declararle a Carlos el intento que tenía su tío de enlazarle en suave coyunda de el matrimonio con doña Beatriz, agencia en que hasta esta ocasión no se le había dado parte al interesado Carlos, el cual le dio las gracias a su tío por el cuidado de la buena elección que tuvo en favorecerle.

En el modo del agradecimiento conoció el cuidadoso prebendado el achaque de amor de su sobrino, con que con silencioso disimulo solemnizó el acierto de su elección, porque la continuación de los años enseñan cuando la juventud, por menos experimentada, es poco celadora del secreto. Con la seguridad de que había acertado a dar gusto a su sobrino, se adelantó su cuidado en prevenir un regalo para los padres de doña Beatriz que siendo con el sobrescrito suyo, fuese empleo de su dama, y así, le dio diferentes juguetes con que acompañó la sazón del agasajo. Entregáronsele al ama para que le hiciese llevar al cuarto de los huéspedes, con que el anciano tío se fue a su iglesia y Carlos entre gustosas suspensiones se retiró a su cuarto, donde la fuerza de su imaginación le hizo tomar la pluma, con que en los pocos versos de una décima dibujó la dicha de su amor, hallada entre los incendios de una llama:

Por Elena en llama obscura
la Troya se vio abrasada;
que sólo se puede hallar
por el fuego la hermosura.
Mayor, más alta ventura
me dio el amor: mi ardimiento
halló entre el fuego violento
belleza más superior;
que ¿dónde pudo el amor
estar sino en su elemento?

Cuando el ama llegó al cuarto de los padres de doña Beatriz los halló en visita con dos caballeros, hermanos del difunto yerno; dio el recado en nombre de su amo el mayor, fue admitida con todo cariño, despidiéndola con toda urbanidad. A todo lo cual atendieron los dos cuñados de doña Beatriz; quitaron el rebozo a las bandejas, con que se les manifestó en el agasajo el cuidado, el aliño, la curiosidad y el buen gusto del que lo enviaba, de que resultó en su imaginación una maliciosa sospecha que les obligó a decirles a los padres de doña Beatriz lo mal que podía parecer su asistencia en casa donde vivía un mozo galán, siendo fuerza topar cada instante con su hermana, de pocos años, con muchos de hermosura, recién viuda, en lugar corto, donde podía reinar la malicia, pues la ocasión era tan próxima; que les parecía tratasen de volverse a su casa, pues el fuego había andado tan comedido que les había dejado bastante habitación para poderse acomodar sin necesitar de ajeno solar; que esto se lo advertían como tan interesados en su crédito, pues su sobrino era hijo de un hermano suyo a quien debían todo respeto, por cuya causa corrían por su cuenta estas atenciones. Además, que no era buena amistad la que pudiendo escusar un enfado al bien hecho, a título de segura amistad le molestaban. Tan vivas razones les supieron decir, que los obligaron a los padres de doña Beatriz a tratar aquella misma tarde de pasarse a su antigua habitación.

Entendieron los dos amantes la novedad, habiéndoselo dicho las voces de los ministros de semejante ejecución, con que cada uno con el achaque⁶⁰ que le ofreció el tiempo concurren a averiguar el susto impensado de su principiado amor. Doña Beatriz, como de cosa propia, no se quiso dar por entendida; Carlos, cortésmente quejoso, les dijo que no pensaba él que la casa de su tío era tan de pasaje en su servicio, que a juzgarlo así no fuera la retirada tan sin saberlo, porque hiciera la diligencia para que la Justicia los detuviera; pero que un engaño, cualquiera le padecía, que el presente era muy sensible, pues se iban de casa de su tío sin permitirles tiempo para que los pudiesen servir conforme a su buen afecto. Fuele respondido a su queja con la misma urbanidad, insistiendo en la mudanza, pero no se les permitió aquel día por causas que alegó Carlos en su abono, atendiendo a que para aquella noche estaba dispuesto por los dos amantes para que se viesen, como sucedió, en que brevemente determinaron (por causa de los sustos de los criados) que por una ventana que salía a la misma calle por donde escaparon del incendio, que era más baja, de mejor calidad para evitar las zozobras que traen consigo los amantes, que por allí se podían ver y tratar con seguridad sus amores. Aunque el verse fue con harta zozobra, no pudo permitir su amor que se despidiesen sin ternuras, si no se arrullaran⁶¹ con caricias; retiráronse con cuidado, por que no los saltease la curiosidad de algún sirviente, porque el cercenar de gustos con prudencia perpetúa la comodidad en mil sazones.

Llegose el día en que los huéspedes, acompañados de Carlos y su tío, se pasaron a su casa, donde los dejaron por no hacer sospechosa la visita. Acercose la noche, y como cada amante la deseaba, aborreciendo la duración del día, tan puntuales como solícitos llegaron puntualmente al puesto señalado. Como primerizo en amor, no supo Carlos cómo trabar esta primera pendencia de voluntad, y como tan poco diestro, no halló como dar a entender a su dama la estimación del favor. Faltáronle palabras cuando le sobran

60.- Apremio.

61.- Orig.: 'arrullaron' (p 18).

estimaciones, con que lo que suele ocasionar la malicia del aire, que es sellar los labios o turbar la lengua, el mismo efecto ocasionó en Carlos la vista de su dama, con tan indisoluble lazo, que más parecía enfermedad la suspensión, o éxtasis, que turbación amorosa; pero conocida por doña Beatriz la novedad de la suspensión de su amante, o la causa que le detenía, si no bien creída, a lo menos imaginada, le salió al camino a asaltar lo gustoso de su pasmo, con que al menor silbo de sus amores despertó Carlos, reconociendo la seña de que eran ladrones sus cariños, pues le robaban hasta la gloria de imaginarse dichoso, porque el hallarse despierto con tan gran fortuna le daba a entender que más le favorecía la experiencia de lo que le pudo profetizar la imaginación, porque oyéndose nombrar por dueño se aseguró en el crédito de esposo, experimentando que si la imaginativa gustosa le suspendía los sentidos, la experiencia tratable le embargaba las potencias. Pero por no caer en falta con su dama, o en descredito con su pundonor amante, pagó rendido prisionero con las prendas de la estimación, recogiendo favores a manos llenas por obligarse a pagar coleo obligado y no a satisfacer como presumido. Acercose a la reja, aunque por no comenzar con hierros se apartó dellos, terminando al seguro acierto de la mano su dueño, que como su estimación amorosa aseguraba que tenía el cielo de su mano, por mantener su gloria se trasladaron sus labios desde la mano a la boca.

En este amoroso congreso se les pasó a los dos amantes la noche con tanta brevedad, a su parecer, que la imaginaron noche de junio, a no desmentirlos la húmeda frialdad del otoño. Despidiéronse con tiernas ansias de que les obligaba la fuerza del imperio de la luz a vivir en la tiniebla de la ausencia; dejaron dispuesto para la siguiente noche el verse dentro de su mismo cuarto de doña Beatriz (porque el comenzar a perderse no da treguas hasta acabar). Retiráronse los dos amantes, doña Beatriz a su cuarto, Carlos para su casa; pero al revolver la calleja tropezó con un hombre, el cual pretendió reconocerle. Eran ya las cuatro y media de la mañana, peligrosaba el ser conocido Carlos a aquella hora fuera de su casa, con que se determinó⁶² a sacar la espada para obligarle al impertinente reconocedor a que le diese paso. En los primeros encuentros se halló el contrario mal herido, lo cual conoció Carlos en que pretendía retirarse, y como su intento no era más que escusar de que le conociesen, así como halló lugar, sintiendo ruido de gente que venía a socorrer la pendencia se retiró; con todo cuidado dio vuelta a algunas calles por desmentir indicios, para dar lugar a que se sosegase el barrio para entrar en su casa.

Así como mostró la cara el día supo la Justicia la pendencia de aquella noche, en que un caballero quedó mal herido, hizo averiguación de quién había sido el delincuente pero como Carlos tenía buena opinión⁶³ y no tenía enemigos, nada se averiguó; sólo el herido tuvo mala sospecha de que Carlos era el que le había maltratado, porque la calle, la hora y otras circunstancias le hacían fuerza que era Carlos el agresor. Y es el caso que el herido era un cuñado de doña Beatriz que tenía su cuidado⁶⁴ en aquella calle, y como se recelaba de su cuñada, así como vio a aquella hora salir a un hombre de la calleja malició la causa, dando por cierto ser Carlos su contrario. Procuró conocerle para certificarse; pero sucedióle mal, y aunque su malicia aseguraba que Carlos era su enemigo no se dio por enten-

62.- Orig.: 'de-|minò' (p. 20).

63.- Buena fama.

64.- Amorío.

dido, y Carlos le visitó en su enfermedad y siempre le trató con igualdad. No obstante, Carlos sospechó que su contrario le había conocido, pero es gran política la urbanidad modesta, cuando cabe, si da lugar para el disimulo.

Cuidadosa estaba doña Beatriz de su querido amante cuando supo la pendencia, la hora y la calle en que sucedió, y como acudió a la ventana para averiguar si su Carlos había sido el actor o por su desgracia le costaba sangre, le halló en su ventana, que con su vista la sacó de la temerosa sospecha y con el alma en los labios la dio los buenos días. Aquél pasó tardo y perezoso con pies de plomo para los dos amantes, que le pasaron asomándose por instantes a la ventana por ver si se acercaba la noche para que se acabase el día y de camino se congraciaban los corazones con la vista, siendo su imaginado y vicioso deleite acreditada gloria mundana para alma y cuerpo.

Llegó el término del día, dando principio a la noche tan deseada de los dos amantes, y como cada uno apresuraba el lance, no fue bien hecha la seña del solícito amante Carlos cuando ya doña Beatriz le asistía diligente, previniéndole de que era temprano, pero que mientras se hacía hora y daba vuelta a su casa se ocupase en destrozarse una débil si pequeña reja para que le franquease el paso. Hízolo así Carlos a pesar del herrado estorbo; la reja se desvió, por donde entró Carlos en casa de doña Beatriz, gozó sus brazos, con que dio principio a trabajosos azares, que por una amorosa liviandad, por un fácil devaneo le sucedieron. ¡Oh amor vicioso, qué caros, qué breves, qué azarosos das tus gustos cuando los prometes baratos, duraderos y sin zozobras!

Llegó la hora en que era fuerza dividirse el amoroso lazo de los dos amantes, dejando Carlos con silencio lastimoso la estancia de su dueño; pero no le sucedió a Carlos lo que a muchos, pues aunque había gozado a su prenda se encendió más la llama de su amor, pues embebido en la dulce consideración de su mundana fortuna, tras haber recuperado el perdido sueño (si es que duermen los enamorados) hizo Carlos este romance al amoroso lazo si feliz memoria de la posesión de sus amores:

A la gala de una rosa
 con que se enlaza un clavel,
 hace fiestas todo el mayo
 en la plaza de un vergel.
 Mantenedor de unas cañas
 de plata un arroyo es,
 que como es desvanecido,
 quiere en el aire vencer.
 Parejas corren las flores
 en lucir y en parecer,
 que el vencer en competencia
 nueva gala es del placer.
 Ya la pompa de las aves
 en sus penachos se ve,
 que quiere también el mayo
 en sus plumas florecer.
 Alfombra es de los amantes

el pie de un fresco laurel,
por que los sirvan sus ramas
de corona y de dosel.
El músico ruiñeñor
clarín alado se ve,
que clarines de las selvas
ruiñeñores han de ser.
Suenan al romper del alba,
que tocan a acometer
a los caballos del Sol
infantes de Aranjüez.
A una fuente presumida,
en pena de su altivez
la asaltan por todos lados
cuatro escalas de ciprés.
Verdes castillos se oponen
a su vana candidez,
y ella de todo hace risa,
como es bella y es mujer.
Juega el aire entre las flores,
haciendo burla tal vez,
que le sigan de cabeza,
no pudiendo por sus pies.
Enlazadas ya las ramas
de los álamos se ven,
que hacen amistad los troncos
por sólo bien parecer.
Esta es la fiesta, pastores,
que a una flor le sabe hacer
el mayo para sus gustos.
¡Viva mil siglos, amén!

Las heridas del cuñado de doña Beatriz permitieron por algunos días gustosa posesión a los dos amantes, hasta que cobrada salud el herido, o la venganza o la curiosidad velaba sobre descubrir a su enemigo, con que fue fuerza andar con más cuidado. No fue éste el mayor embarazo que la Fortuna trató de poner a doña Beatriz y a Carlos en su amoroso empleo. Un indiano pariente deseó en esta ocasión enlazarse en la coyunda del matrimonio con su prima doña Beatriz; habló a sus padres, los cuales codiciosos del oro del indiano pariente, le dieron buenas esperanzas. Consultáronlo con su hija, la cual con modesta resolución les afeó el intento de faltar a la palabra que dieron al tío de Carlos, con la cual tácitamente la permitieron le diese lugar en la estimación de su voluntad, con que ni era bien engañar a su primo, y menos faltar a la palabra que habían dado. Además, que su gusto era el que había de gobernar este lance, y no estaba de parecer de faltar a lo tratado con el tío de Carlos. Esta resuelta determinación supieron los cuñados, y como el herido no

estaba aún sano del achaque de su malicia, se persuadió con este accidente a que llevaba camino su juicio malicioso.

Nada desto fuera bastante para embarazar el empeño si el padre de doña Beatriz, codicioso de la hacienda del pariente indiano, no se hubiera encaprichado con tal empeño que sin consultar la acción derribó el partido de Carlos. Díjole a su tío cómo las palabras de los hombres, en lo que tocaba a casamientos, no tenían firmeza, porque dependían de la voluntad de las partes; que él por la suya lo deseaba, pero que su hija y su madre no estaban de ese parecer; que le perdonase, que harto lo sentía, pues ganara tanto en tener por hijo a Carlos; que faltando él en su casa, sabía muy bien que era el perdidoso, pero que su hija no asentía a ello.

Con esta novedad se enfadó el tío de Carlos, respondiéndole con despego, con que todo se barajó,⁶⁵ amenazando ruina el edificio de la esperanza de los dos amantes. Los dos cuñados de doña Beatriz, deseosos de la venganza, hacían todo esfuerzo por que se efectuase el casamiento con el primo, pero hallaron siempre la imposibilidad por la parte de doña Beatriz, con que, reconociendo el empeño, mudaron de parecer, procurando alentar el partido de Carlos. Hablaron a su tío, el cual como estaba sentido del mal término de el padre de doña Beatriz, respondió que su sobrino ya estaba empleado en otra parte; que aunque no lo estuviera, no permitiera diese la mano a hija de quien quebraba su palabra por cuatro maravedís,⁶⁶ que esta era su postrera resolución. Con la cual se vieron los cuñados atajados, sin saber cómo dar fin a este empeño con reputación.

En gran conflicto se veían también los dos amantes, porque los padres de doña Beatriz la amenazaban con su maldición al mismo tiempo que Carlos rompía, por la obediencia de su tío, por ganar con la mano de su dama los premios de su cariño. A tan determinada resolución no acababa doña Beatriz de premiarla con seguir el mismo rumbo, porque o la modestia o el miedo de sus padres la impedían el resolverse, con que ocasionó a sus cuñados formasen duelo,⁶⁷ el cual trataron de remediar a fuego y sangre. Hicieron con gran secreto la pesquisa, y como el amor y el dinero, por más que le oculten, se sale a la plaza a los ojos de los hombres, vinieron a alcanzar la ilícita correspondencia de Carlos con su cuñada, cómo entraba las más noches en su casa, la hora y por dónde (que nada hay que se oculte a una honrada pesquisa). Consultaron entre los dos qué se debía hacer en este caso: salió decretado que muriese Carlos, y para ponerlo en ejecución dispusieron aguardarle al salir de la casa de doña Beatriz, por ser hora acomodada para ejecutar cualquier hecho; previniéronse para cumplir con su duelo, que fue tan apresurado como les incitaba su coraje. Llegó la noche, la cual Carlos, como acostumbraba, había gastado con su dama, y al desasirse de sus brazos fue el despedirse con mayor extremo de terneza, tanto, que la hizo asustada novedad a doña Beatriz; pero como la voluntad vive siempre temerosa y el mismo susto le cuesta el bien que el mal, no quiso calumniar accidentes cuando se aseguraba de la verdad del amor de Carlos.

El cual salió de entre el halago de su dama con pesarosa suspensión, porque nunca el corazón deja de adivinar el mal, pero como se apartaba del deleite, tuvo por necesario su

65.- Malogró.

66.- Por una miseria, por nada. Un real de plata equivalía a 34 maravedís.

67.- Se diesen por ofendidos.

pesar. Pero luego se desengañó, pues no hubo bien dado la vuelta a la calleja cuando reconoció a dos contrarios que le tiraron dos carabinazos con más ruido que efecto; púsose en defensa a tiempo que le embistieron, hallándole ya dispuesto a la resistencia afianzada en su valor, con su espada y broquel,⁶⁸ y como la experiencia le enseñaba que en la buena diligencia de sus manos aseguraba su vida, procuró con todo valor y destreza acabar de una vez con el empeño: cubierto del broquel, al rebatir de una punta le entró al contrario otra dando con él en tierra, donde a grandes voces pedía confesión. No fue bastante esta temerosa voz para que el segundo competidor dejase la contienda, antes con mayor empeño le perseguía de muerte, y más cuando el herido se volvió a levantar y con mayor coraje le apretaba por un lado. En gran peligro se vio Carlos cercado de dos tan valientes enemigos; valióle su valor con su destreza, y un hombre que con una alabarda se entró de por medio (que a no tener esta ayuda peligrara su vida); pero no obstante el embarazo del que metía paz, no curó⁶⁹ de retirarse el enemigo, antes con mayor coraje se arrojó a Carlos pretendiendo acabar la contienda con una estocada, la cual recibió Carlos tan en sí,⁷⁰ con tan buen tiempo, que hizo el reparo con la ejecución de otra que, o por más diestro o por más presto dichoso dio con su contrario en tierra pasado de una venturosa herida.

A este tiempo acudió gente que barajó la pendencia, con que tuvo lugar Carlos de retirarse al convento del Carmen,⁷¹ donde tenía un religioso amigo. Era la sazón en que se decía la misa de el alba, con que sin ser conocido se entró en la celda del amigo, donde guardó reclusión algunos días, en que curó los rasguños que hubo en la refriega,⁷² sin que su tío ni doña Beatriz supiesen dónde se ocultaba. Sus contrarios no le buscaban porque sus heridas los tenían ligados en la cama; la Justicia era la que de oficio le rondaba, pero la buena diligencia de los religiosos le ocultó de la rigurosa pesquisa. En esta reclusión pasó algunos días, en que las heridas de los dos hermanos no sólo no acababan de sanar, sino que se juzgaba estaban de peor calidad, por cuya causa se determinó Carlos de avisar a su tío por medio del confidente religioso, el cual lo hizo con toda disimulación, y su tío, por no dar que sospechar y poner a peligro a su sobrino no permitió que le viese: proveyole de dinero y mula, con que por un papel⁷³ se despidió de Carlos echándole su bendición.

No permitió Carlos tanto rigor en el despego en quien tenía librado todo el cariño de padre, y así, aquella noche entró en casa de su tío, donde recibió su bendición; y porque no le culpase el amor, ya que había cumplido con la sangre dio vuelta a la calle de doña Beatriz, la cual triste y afligida, se consolaba con asistir al portillo por donde su galán entraba a gozar de sus brazos. Hizo Carlos la seña, a la cual acudió toda asustada la dama (porque tanto susto cuesta un bien no imaginado como si se perdiera). Viéronse los dos amantes en su acostumbrado retiro, y aunque el amor y el vicio los embargaban los pasos, el crédito, con el temor de la Justicia, los obligaron a desasirse, dejando la amorosa coyunda bañada en tierno llanto, pues deshechos sus corazones en lágrimas, vertían de sus ojos sus sentimientos.

68.- Escudo pequeño y redondo. Se llevaba colgado al hombro en las salidas nocturnas.

69.- Cuidó.

70.- Prevenido, atento.

71.- Estaba situado en ladera entre el Alcázar y el río.

72.- Orig.: 'refriga' (p. 26).

73.- Billete, nota.

Aquí fue donde Carlos necesitó de su valor para romper el amoroso lazo, con que sin más palabras que suspiros, sin más razones que el agua de sus ojos, sin más respeto a su amado dueño se desasíó de sus brazos, con que en tiernas lluvias de amor padeció su corazón furiosa tempestad de una lastimosa despedida. Con este ahogo aceleró el paso, dando alcance a un criado que en la puente de Alcántara le aguardaba con dos mulas, en que siguieron su viaje para la ciudad de Soria, antigua si celebrada Numancia.

CAPÍTULO IV

De los sucesos del viaje de Carlos

QUÉ bruto apetece su precipicio, qué alta roca su ruina, qué tremolante garzota⁷⁴ su destrozo o qué altivo laurel su menoscabo, qué lozana flor su desmayo o qué viviente su fin y temprana muerte? Nadie desea el fenecer; sólo el hombre, arrastrado del engañoso atractivo de la hermosura del fementido veneno de unos ojos, corre desbocado sin freno, tan ciego, que tiene por lisonja la muerte, deseoso siempre de acabar la vida que a su parecer le sobra. Gran ejemplar tenemos en nuestro Carlos, el cual al salir del sol del día siguiente se halló cerca de la villa de Ocaña, tan suspendido en su dolor, tan maltratado de su congoja, tan ahogado de su memoria, que le obligó a su criado Andrés a procurarle el consuelo preguntándole la causa de su congoja. Fuele respondido que eran muchas las causas de su ahogo: la primera, un fino amor correspondido, que con aquella ausencia se rompían los lazos de su gozo; la segunda, el dejar a su patria, a su tío, a sus amigos; la tercera, que era la más principal, era la pena que le causaba el apartarse de su dama, pues quisiera más haber muerto manos de sus enemigos que a rigores de la ausencia de su dueño, porque vida sin su dama no era vida, sino muerte; no era permanecer, sino acabar; no era respirar, sino fenecer.

Admirado quedó el mozo de ver y oír el sentimiento de su amo, envuelto en un torbellino de lágrimas y suspiros, y como la compasión aun en el más villano pecho se halla, no fue mucho que en el de un criado antiguo se hallase, pues consideraba a su amo, mozo y galán, valiente, desahogado, discreto, congojado con un dolor tan sensible que le sacaba a los ojos el corazón deshecho en lágrimas. Movido, pues, Andrés de un tan lastimoso espectáculo, se determinó compasivo a buscar modo como consolar a su amo, y no halló otro más eficaz que la rústica retórica de su oración.

—Señor —le dijo—: vive el Alto Coime⁷⁵ que me admiro de vuesa merced que siendo un hombre cuerdo, de buen juicio, que haga tanta impresión en su sufrimiento el trágico suceso de una voluntad. Sepa vuesa merced que yo soy ya viejo, y al Diablo le dicen que por ser viejo sabe mucha letra. Entienda vuesa merced que las mujeres no quieren a nadie, y así, es locura morirse por ellas, pues nos dan en risa lo que lastamos⁷⁶ a peso de lágrimas.

74.- Penacho de plumas.

75.- En bable, '¡caramba!'; pero aquí Andrés lo usa evitando decir 'Dios'. En otros casos usará 'el señor de Pinto'.

76.- Pagamos. En el orig.: 'lastamosos' (p. 28).

A un amo serví yo en mis niñeces muy dado al ejercicio de atabalero⁷⁷ de amor, el cual siempre andaba en pependencias, ruidos, alborotos por sus damas, y se consolaba con que le dejaban la honra y la vida de barato,⁷⁸ ya que el gusto, la hacienda, el sosiego, con la moza se lo llevaba el Diablo. Ésta, señor, es gran lección, porque es de hombre acuchillado.⁷⁹ Repare vuesa merced en ella, abra los ojos, dejándose llevar del tiempo, que es el gran componedor de semejantes cosas. Y por que vuesa merced sepa que hablo de experiencia, sepa vuesa merced que también los de escalera abajo tenemos nuestras controversias de amor. Oiga vuesa merced, por su vida, que le quiero contar la mía, ya que el camino da lugar para todo: quizás oyendo mis andanzas se divertirá vuesa merced del mal humor que le affige.

—Yo, señor, nací en Oviedo. Mis padres no los conocí: un tío mío me crió hasta edad de diez y ocho años. Éste tenía su caudal en aloja⁸⁰ y barquillos; venía a Castilla al tiempo del gusto desta mercadería, en que procuraba aumentar el caudalejo hasta que llegaba el invierno, que volvía a la tierra ciendoblado el peujal,⁸¹ si no es que hacía compañía con otros de su país para la provisión en Madrid de buñuelos, obleas, lituarios⁸² y aguardiente. Oíle yo a mi tío, un año que volvió con próspero viaje (pues habiéndose vestido de paño azul y llevado para mi tía una saya⁸³ con su corpiño de paño del mismo color, y para mis primos no sé qué zarandajas, quedándose el bolsón muy bien preñado de las ganancias de aquel año), que Madrid era patria común, albergue de pobres, tesoro de invencioneros, refugio de mendigos y solar dichoso de forasteros.

Con esta memorable si codiciosa relación me determiné a pedirle que me llevase en su compañía, lo cual hizo él de muy buena gana por echar la costa de casa y tener quien sin gasto le ayudase en su provechosa agencia. Alentome con grandes ansias a seguir esta derrota⁸⁴ el ver que las drogas⁸⁵ que traía para emplear, volviendo con ganancias considerables, eran su cuerpo gentil, el peor vestido de todos, unas polainas⁸⁶ remendadas, dos camisas de estopa, una alforja entre blanca y negra, una montera de narices de sayón⁸⁷ mal encarado y un capote de dos haldas:⁸⁸ señas todas para alentar al más cobarde corazón para salir de su patria llevándole por piloto para surcar el mar de la Corte, adonde llegamos hechas nuestras jornadas al pie de la obra.⁸⁹ Aportamos a la casa de un paisano que nos recibió alegre, convidándonos generoso con sardinas asadas y un jarro de vino medio cristiano,⁹⁰ al

77.- Tamborilero.

78.- De gracia.

79.- Experimentado.

80.- Bebida hecha con agua, miel y canela.

81.- O 'peujal': peculio, caudal

82.- Letuario o lectuario: confitura compuesta de miel y cáscaras de naranja amarga. Junto con una copa de aguardiente, solía el desayuno para 'entonar' el cuerpo.

83.- Falda.

84.- Rumbo.

85.- Tretas, mañas.

86.- Prenda que cubre desde la rodilla hasta el tobillo, muy usada en el mundo rural.

87.- Verdugo. Se entiende 'capirote': gorro de forma cónica.

88.- Poncho, como usan los indígenas en Perú y Bolivia.

89.- Puntualmente, oportunamente.

90.- Rebajado con agua.

cual, entre pregunta y pregunta de nuestro país, le sacamos el alma, sepultándola con toda solemnidad de brindis en nuestras tripas. Acabado el convite, preguntó mi tío al paisano en qué estado estaban sus mercaderías, si el puesto era seguro, quién había venido de nuevo por atravesador⁹¹ de sus ganancias y a cómo valía la miel, con los demás adherentes necesarios. Fuele respondido que todo estaba a buen precio, que aquel año había nevado mucho el invierno, con que de placer dio una zapateta en el aire diciendo:

—¿La aloja con barquillos en su punto? ¿La nieve y miel barata? Hocaño⁹² me hago yo rico y salgo de este modo de vivir y me meto a caballero en La Montaña,⁹³ que, Dios sea alabado, de casa solariega somos. Vamos de aquí Andrés, no perdamos tiempo.

Y asiéndome de la mano, me llevó hasta la plaza, donde hallamos paisanos del trabajo, que con las armas de una espuerta⁹⁴ ganan la vida. Llegáronse a mí algunos de mi tiempo para persuadirme a las conveniencias de su ejercicio, pero yo nunca quise seguir su derrota, porque tuve siempre más altos pensamientos. Rogueles que me buscasen un amo a quien servir; uno de ellos, más antiguo, me dijo:

—Pues si tú quieres servir, vente conmigo.

Díjeselo a mi tío, que estaba en otro corro, que lo llevó muy mal, porque quisiera que le ayudase al ejercicio de la aloja y barquillos, con que ahorraba otro mozo; pero yo, como había visto en aquel corto viaje que hay de la posada a la plaza tantas libreas⁹⁵ con tan vistosas galas de criados, fuéronseme los ojos tras ellos y resolvime a ser uno de los muchos que pisan aquel charco logrando provechos propios en la vanidad de sus amos.⁹⁶ Al fin, yo me determiné sin dar oídos a los regaños de mi tío; fuime con mi paisano a una casa, donde llegamos en tan buena sazón que encontramos al dueño della, que era mozo de hasta veinte y cinco años, alegre de ojos, ajustado de talle, galán del tiempo, mayorazgo⁹⁷ en posesión de siete mil ducados, de renta, sin padre ni madre ni persona que le molestase, una ama que cuidaba de su casa, un cochero que le servía de paje, de mayordomo, de lacayo y de corredor⁹⁸ de sus gustos: éste entre yo a ser en mis pocos años. Vistiome luego de pies a cabeza, con que quedé como una Pascua, imaginándome ya caballero andante con ejecutoria⁹⁹ de La Montaña; diome tres reales y cuartillo de ración,¹⁰⁰ cama con ropa limpia, y como me vio muchacho, sin pelo de barba, hízome toda conveniencia por hacerme a sus mañas.

No se engañó, pues a pocos días de entrado en casa experimentó en un lance mi buena habilidad. Enviome a casa de su dama, a la cual hallé retirada en paños menores con un escolar, de estos que campan entre gorrón y manteísta;¹⁰¹ mandome mi amo que la dijese

91.- Competidor.

92.- Este año, esta vez.

93.- El territorio al norte de Burgos. Ser nativo de la Montaña equivalía a hidalguía y pureza de sangre.

94.- Cestón. Alude a mozos de carga.

95.- Uniformes de la servidumbre en las cosas principales.

96.- Orig.: 'manos' (p. 30).

97.- Heredero principal.

98.- Intermediario en amoríos.

99.- Certificado de hidalguía.

100.- Asignación diaria que percibía el criado para su mantenimiento.

101.- Los estudiantes solían abrigarse con el 'manteo', una capa larga atada al cuello con cordones. Escolar, estudiante y manteísta venían a ser sinónimos, así que el Autor quizá alude a robar capas (en línea con 'gorrón').

que enviase la criada por un poco de dinero; pero como yo vi el encierro malicioso, enmendé el recado diciéndola que mi amo la besaba la mano, que la daba el parabién de la buena venida de su primo, por cuya causa no la enviaba el dinero, porque juzgaba que el señor licenciado traería para todos. Quedó la pobre mujer atolondrada, pero cobrando aliento se resolvió a responder que la aguardase a que se pusiese el manto para ir a responder a mi amo. Como vi la determinación de la taimada, prevíneme de cuidado, con que de un salto avisé a mi señor del fracaso de su gusto, que como tan impensado, se alborotó al principio, pero reparando en el lance se salió de casa dejándome dicho que pues había hecho tan bien mi papel en su abono, que le acabase de perficionar, que él se iba a misa. Con este salvoconduto me quedé, prevenido de disimulo, aguardando a la tal señora, la cual no tardó mucho, acompañada de la trompeta de la criada preguntando por mi amo, que sabiendo que no estaba en casa, me dijo que mi amo la debía cuasi su honra, porque se había empeñado con él siendo una mujer honrada, hija de buenos padres, nacida en Granada, criada en Sevilla, venida a Madrid por desgracias de su marido; que no tenía primo que viniese de Salamanca, que mi amo era un pícaro, ruin caballero sin palabra, que más hacía ella en admitir el dinero que mi señor en servirla con él; que en esa miseria por cierto se había criado ella junto a la Aduana de Sevilla, con más barras de oro y plata que maravédises de renta mi amo. Yo que no entendía aquella algarabía,¹⁰² la respondí:

—Señora: mi amo no está en casa, porque así que me dio el recado se fue a la de una señora que se le anda la cabeza de achaque de matrimonio. Dejome dicho que fuese por recaudo¹⁰³ a la plaza: si vuesa merced le quiere aguardar, lo haga, por que yo me voy.

Levantó el bramo la rabiosa dama, diciendo:

—¿Cómo se puede casar tu amo con las obligaciones que me tiene, que menos lo de doncellez, todo lo demás me debe? Pero yo le pondré impedimentos, y para ésta¹⁰⁴ que él me lo pague.

Con que se fue, dándome lugar para que buscase a mi amo, a quien le conté todo el suceso, que le festejó como quien deseaba salir del empeño. Diome un real de a cuatro:¹⁰⁵ moneda que en mi vida había visto, ni de tanta plata me imaginé jamás señor. Creciome el brío con la avenida de mi plata y unos cuartos que tenía ahorrados, con que me di a enamorar por que no fuese sólo mi amo el amartelador,¹⁰⁶ porque en casa del tamboritero todos los hijos son danzantes.

Vivía junto a nuestra casa, sirviendo a una dama de Corte,¹⁰⁷ una mozuela agridulce con trenzas a lo castizo,¹⁰⁸ con tufos¹⁰⁹ a lo de no casta, la cabeza bien peinada, con el aliño de mantilla, camisa limpia con caireles¹¹⁰ negros, corpiño de seda, enaguas coloradas en

102.- Lenguaje incomprensible, palabrería.

103.- O 'recado': provisiones.

104.- O 'por ésta(s)': fórmula de juramento. Solía reforzarse haciendo una cruz con los índices de ambas manos (por 'Cristo crucificado') o llevándose las manos a las barbas ('por vida mía').

105.- Moneda con valor de 4 reales de plata.

106.- Se llamaba 'martelo' a la correspondencia amorosa.

107.- Cortesana, prostituta.

108.- Natural, sin sofisticación.

109.- Rizos laterales, pero el autor lo usa por 'aires, apariencias' (nótese: trenzas/tufos, castizo/no casto).

110.- Bordados, puntillas.

cintura, media encarnada de Inglaterra, zapato alpargatado;¹¹¹ al fin, toda ella un aliño gorrón¹¹² que publicaba ser la reina de las moscorras.¹¹³ Di en encontrarme con ella, retozábala a cada esquina, convidábala siempre, ya a turrón o ya a castañas, y siempre a beber. Fue en tan buen tiempo esta mi galantería, que la moza se derrengó¹¹⁴ por mi amor; dimos ambos en querernos con grandes veras, hasta que ella, viciosa de mi cariño, se levantó a mayores cobrando nuevos bríos con el galanteo de un lacayo del señor Nuncio,¹¹⁵ con que dejó de lavarme los pañuelos, almidonarme las valonas¹¹⁶ y hacer otras menudencias. Requerila muchas veces de celos, pero no hallaba en ella sino tramoyas, enredos, por cuya causa me determiné a buscar otro amor, que le hallé como deseaba en una sirviente de un bodegón, moza rolliza, galiciana, que cuidaba de mi regalo a todas horas, por la mañana con las tajadillas,¹¹⁷ a mediodía con el puchero, a la tarde mi buen porqué,¹¹⁸ y a la noche manos y mondongo¹¹⁹ a pasto. Sólo del vino cuidaba yo; que en él se desquitaba la galiciana de todo su gasto y mi regalo, porque todo mi salario me bebía. No obstante, la quería mucho, aunque era polilla de Alaejos.¹²⁰

Viéndose mi primero amor tan olvidado, trató de volver a mi empeño; habló a un amigo mío para que me persuadiese a la vuelta de su amistad. Hízolo así el buen Toribio, obligándome a ello con razones de conveniencia. Oíle con toda atención, a que le respondí, concluyéndole con la verdad, diciéndole que la amistad de la gallega era provechosa por todos lados, que la suya sólo era de gasto, ocasionada a mil mohínas,¹²¹ porque la había dado unas medias que me costaron catorce reales, unos zapatos que me hicieron de gasto ocho; de otras medias usadas, cuatro; de listones, diez varas, remendado zapatos, plantillado medias, sortijas de azabache; cada día y cada hora la convidaba, ya a comer, ya a beber, fuera de otros gastos impertinentes, y tras todas estas galanterías me ponía los cuernos a cada esquina; y así, que no quería ni era mi voluntad le respondí a mi amigo. El cual oyendo mi razón, me dijo:

—Par Dios, Andrés que tenéis muy buen gusto el olvidar esa mozuela. ¡A toda ley la galiciana! ¡Valga el Diablo carne tan cara! Más destrozo hizo la picaña¹²² en vuestra bolsa que Barbarroja en las costas de España. ¿Qué más gasto podía hacer una duquesa de Trapisonda?¹²³ ¿Quién la oye?, que parece una buena alma y tiene más malicias que una ama de un cura. Amigo: bien está lo hecho; a la gallega me atengo, que ya que lo bebe, va

111.- Con aberturas laterales.

112.- Regalado, cuidado. 'Gorrón' valía por prostituta.

113.- Sirvientas.

114.- Se inclinó, se decidió.

115.- El Delegado del Papa. El Arzobispo de Toledo era el principal cargo eclesiástico en España.

116.- Cuello de lienzo blanco caído sobre pecho y espalda del jubón.

117.- Asadura de vísceras de cordero.

118.- Ración, porción. Aquí, merienda.

119.- Pies y tripas de cerdo.

120.- Pueblo de la prov. de Valladolid. Entre sus refranes: 'Vino de Alaejos: cerca de mí y no lejos.'

121.- Disgustos, riñas.

122.- Pícara.

123.- Antiguo imperio en Asia Menor, frecuentemente citado en los libros de caballerías.

a partir, y de más a más cuida del regalo del hombre. No tengo que deciros más; pero si yo la cojo, yo la haré un sermón como para ella.¹²⁴

Con esto se fue mi amigo, dejándome con su consejo amigable con más bríos que un villano en casa de su suegro. Di en hacerla mohínas, convidaba a otras no haciendo caso della, con que la taimada gorróna trató de vengarse de mí. Dio en carearse con un lacayo de un señor de la Corte, destes que tratan de la mercancía de amparar valientes,¹²⁵ con que a este título es su casa retiro de facinerosos, asilo de ladrones. Tomó el lacayo por su cuenta la venganza de su daifa,¹²⁶ porque la pícaro le había dicho que yo la había repasado el cuerpo a puntillazos, señalándola la cara de mi mano debiéndola no menos que su segunda honra, porque la primera se la quitaron sin sentir. Con este criminal informe, se revistió el lacayo en vengativo sayón, jurómela de tajo y de revés, con que anduvo de aviso para que en la primera ocasión que se ofreciese pegármela con la de rengo.¹²⁷

Quiso el Diablo (que siempre quiere semejantes cosas) que volviendo una noche con mi coche muy contento, porque le traía vacío, con que podía irme a pasear, estaban a la esquina de mi calle el lacayo de mi gorróna con otros de el gremio a quien la pícaro mantenía platica, y al tiempo que quise dar la vuelta arrimose la mozuela al estribo dando gritos diciendo por qué no rompían la cabeza a un pícaro borracho que la atropellaba. Los bravos que oyeron el deprecatorio clamor, sin consultar con la razón arrancaron las espadas tirándome cuatro tantos,¹²⁸ que el uno dellos se puso en cuatro puntos¹²⁹ con mi cabeza, los otros sólo me aporrearon. Como me vi herido, sin más armas que el azote de mi oficio, di en sacudir con él, con tan buen tiento, que le llevé la cara a mi contrario de un latigazo. A este tiempo se juntó mucha gente, con que tuve lugar de arrancar las mulas, que a carrera abierta me llevaron a mi casa, donde encontré a mi amigo Toribio que me aguardaba. Entreguele las mulas con el coche para que le pusiese a todo recado, avisándole me buscase en Antón Martín,¹³⁰ donde me iba a curar; hízolo lindamente Toribio, pues por asirle a él dejó la Justicia de seguirme, lleváronle a la cárcel juzgando ser él el que con el instrumento cocheril había hecho más riza¹³¹ que el cochero de Aquiles en Troya.¹³² Escapeme con lindo compás de pies; fui a casa de un cirujano amigo que me tomó la sangre¹³³ dándome muy buenas nuevas de la calidad de mi herida: díjome que no tocaba al casco, que en cuatro días estaría bueno.

No me pareció a mí estar bien vengado sin que la pícaro entrase a la parte en el duelo quedándose riendo de mí, y así, determiné que aquella misma noche derramase también su sangre, como sus galanes lo habían hecho. Acabado de curar, la aguardé con un cuchillo bien amolado, y viendo que salía por recado la rebané un palmo de asentaderas

124.- La reprensión que se merece.

125.- Matones, pendencieros.

126.- Manceba, concubina.

127.- Cogermela a traición.

128.- Golpes, espadazos.

129.- Puntadas de aguja, por el tamaño de la herida.

130.- Plazuela en que estaba el hospital de San Juan de Dios.

131.- Destrozo. En el orig.: 'risa' (p. 34).

132.- El cadáver de Héctor fue atado al coche de Aquiles y arrastrado por el campo.

133.- Cortar la hemorragia.

cubriéndome la cara, con que las afufé¹³⁴ muy gustoso de que la dejaba aullando con su merecido. Con este sabroso hecho me fui a Antón Martín, donde tenía a un hermano enfermero de mi tierra, el cual me hizo una cama donde con todo sosiego me acosté. Avise a mi amo del suceso, el cual juzgando ser yo el preso había acudido a un Alcalde¹³⁵ que le dijo miraría con todo cuidado por la justicia, con que me envió a decir que no me afligiese, que él estaba enterado de la pendencia, que no se iría alabando el valentón cruzado del azote. Al otro día se visitó¹³⁶ Toribio, y con la buena diligencia de mi señor, siendo justicia le echaron puerta fuera sin costas; pero mandaron los señores Alcaldes que trajesen a la cárcel al inventor de la pendencia. Hízose así, con otro que le acompañó, el cual no hubo bien entrado en la trena cuando le embargaron por ciertas niñerías de robos y capeos; quisieron hacerle montar en el bridón de madera;¹³⁷ temió sus corcovos, con que cantó de plano declarando por cómplices a sus compañeros. Con este testigo fue fuerza hacerle también danzar al valiente Macías¹³⁸ lacaíl,¹³⁹ el cual temió el destrozo de sus huesos, con que confirmó lo declarado de su compañero. Sentenciáronlos por seis años a las gurapas¹⁴⁰ a batanar¹⁴¹ lenguados, y por contrapeso docientos tocinos¹⁴² debajo del jubón y la camisa. Ejecutose lo acordado, por más que el amo¹⁴³ los quiso amparar.

Mi causa quedó pendiente; aconsejéronme que me presentase, no lo aprobé, porque sólo la Presentación de la Virgen Santísima es buena. Víneme a Toledo, donde me acomodé con mi señor, a quien he servido hasta ahora que salgo de Toledo con vuesa merced camino de Soria. Y viéndome enfrente de la villa de Ocaña,¹⁴⁴ le requiero a vuesa merced que tome ejemplo en mi suceso, con que abrirá los ojos para conocer que mujeres, todas son unas en el sexto mandamiento;¹⁴⁵ aunque parecen ángeles, son demonios, que harán un enredo sobre la cabeza de un tiñoso, emblecarán al diablo cojuelo, echarán a perder a un santo. Al fin, señor, eso que dicen por ahí de su amor, vive Dios que es engaño, porque en nosotros es apetito lo que en ellas liviandad. No las creas, señor, porque las que se entretienen en el galanteo no tratan sino de engañar y holgarse. Esto te protexto delante de Dios a vista de la gran villa de Ocaña, donde está la Madre de Dios de los Remedios: Ella nos favorezca y nos dé buen viaje.

Acabó Andrés su oración consolatoria a tiempo que se acercaban a las puertas de la villa, con que no hubo más lugar que para responderle Carlos en breves palabras, dándole a entender la diferencia que había de mujer de obligaciones a mujer que no las tenía; que la por quien se ausentaba era de grandes prendas, en quien conocía voluntad a fuerza de

134.- Mes escabullí.

135.- Los Alcaldes de Casa y Corte administraban justicia y ejercían el gobierno de la ciudad en que residiese el Rey.

136.- Acudió al tribunal.

137.- El tormento del potro.

138.- Orig.: 'Masias' (p. 35). Macías fue un trovador gallego del s. XIV con fama de enamorado.

139.- O 'lacayuno'.

140.- Galeras.

141.- Apalea, machacar.

142.- Azotes.

143.- El amo de los matones.

144.- Porque la Virgen de los Remedios es la patrona de la villa.

145.- No cometerás actos impuros.

experiencia de obligaciones. No quiso Andrés pasar por la doctrina de su amo, y así, le respondió diciendo:

— Señor: todas son unas; delas al diablo. La experiencia se lo mostrará a vuesa merced; porque, según mi mal caletre, yo sé que si vuesa merced hace más ausencia que de dos o tres meses, y es mucho, que la tal mi señora buscará otro con que consolar su soledad.

Enfadose Carlos del dicho de Andrés (porque verdades fatales amargan), con que dio de espuelas a la mula tratándole de loco. Se entró en el lugar, donde a pocas calles entraron en la posada, que era la casa de un amigo de su tío, que por ser temprano aún no había salido de casa. Recibíole con todo cariño, y aunque no aguardaba tal huésped fue fácil la prevención, por ser Ocaña lugar bastecido y la casa era rica. Apenas se apeó Carlos cuando trató de visitar la Virgen Santísima (porque los trabajos, aunque sean por culpas, despiertan al corazón más olvidado de su bien). Oyó tres misas, para que dio la limosna, con que sin ser conocido dio la vuelta a su posada, donde le procuraron festejar con toda atención para que echase de sí tan profunda y mortal melancolía; pero fue ociosa la diligencia, porque los males que maltratan al alma tienen dificultosa la cura.

Este deseo de desahogar a Carlos pervalecía en la voluntad de sus huéspedes,¹⁴⁶ pretendiendo detenerle para divertirlo, pero no pudieron conseguir con Carlos que se detuviese, con que a las dos de la tarde se despidió de sus huéspedes dándoles las gracias del hospedaje, con que hizo su jornada sin querer admitir más descanso del que le permitía su cuidado. Aquella noche la pasó en un lugarejo, con que al otro día fue a comer a Guadalajara, donde visito a un amigo suyo con quien se había criado en Toledo, el cual le hizo grande empeño para que se quedase en su compañía, pues era bastante la distancia para no ser conocido, y grande la ocasión de poder saber lo que pasaba en Toledo, pero no fue posible recabar con Carlos se detuviese, dando por razón la obediencia que debía a su tío en tiempo que las heridas de sus contrarios estaban de peligro, que como personas de tanta estofa¹⁴⁷ le podían hacer una mohína, por cuyas causas no admitía el agasajo de la buena voluntad de su amigo, a quien dio palabra de venirse por allí a la vuelta, para estarse en su compañía algunos días gozando con más gusto que de presente los cariños de su amistad. Vista la determinación de Carlos, no quiso el amigo molestarle más con porfías, con que le dejó hacer su viaje, encomendándole le avisase de su llegada.

Prosiguió Carlos su camino hasta llegar cerca de la ciudad de Sigüenza, donde al tiempo que anochecía, en un pedazo de monte cerrado por todos lados de la espesura¹⁴⁸ de robles, al querer atravesar un valle los detuvieron doce hombres armados de bocas de fuego, caladas las monteras, amenazándolos de muerte si no se rendían. Consultada la ocasión con la prudencia, viendo que no servía el valor donde era evidente la muerte en el empeño, se apeó Carlos, dejando un bolso con ducientos escudos metido entre la baqueta de la silla (que por la mucha obscuridad de la noche lo pudo hacer sin nota). Con este rendimiento los hicieron caminar desviados¹⁴⁹ del camino más de media legua¹⁵⁰ hacia unos

146.- Alojadores.

147.- Categoría social.

148.- Orig.: 'esपुरa' (p. 37).

149.- Orug.: 'desviadados' (p. 37).

150.- La legua castellana equivalía a 5,5 km (aprox.).

pantanos, donde los desvalijaron hasta dejarlos desnudos, permitiéndoles sólo los vestidos de camino; lo restante se llevaron. Gozosos con la presa la infame canalla, consultaron entre sí lo que se había de hacer de los despojados, y fue acordado que los cubriesen con una capa, intimándoles no se levantasen en una hora, porque a no cumplir con esto quedaba a la vista quien los arcabucease. Obedecieron los dos desgraciados compañeros hasta que a Carlos le pareció tiempo, aunque Andrés no lo juzgaba así, pues con medrosa voz le dijo a Carlos, sin atreverse a descubrir la cara:

—Señor: por media hora más o menos asegurémoslo mejor. No se levante vuesa merced, porque esta gente está en su jurisdicción, donde tienen horca y cuchillo en las bocas de sus arcabuces sin que se lo estorbe rey ni roque.¹⁵¹

Vio Carlos que el monte estaba sosegado, que se traslucía con un rayo de luna, con que obligó a Andrés a que se levantase, que lo hizo de muy mala gana. Hicieron diligencia por las mulas, las cuales a poco trecho hallaron, juntamente con los ducientos escudos en el bolso, que no fue poca fortuna, porque lo pasaran muy mal en tierra ajena sin tener qué gastar. Andrés que vio el hallazgo de su amo, se consoló de la pérdida de un vestido, dos camisas, con cinco¹⁵² de a ocho que le llevaron. En gran confusión se vieron los dos caminantes robados sobre qué derrota llevar, porque no sabían a qué lado quedaba el camino real, y así, se determinaron seguir el norte de una luz que divisaban. Era por últimos de octubre; la tierra, fría; el tiempo, áspero; los lodos, grandes, los arroyos a cada paso. Sin saber senda ni camino, con sólo el consuelo de la luz que atalayaban permanecía el ánimo de los dos perdidos caminantes, que a pie, por no poderse aprovechar de las mulas, procuraban dar alcance al farol de que iban guiados. Cayendo y levantando anduvieron distancia de una legua, hasta que les faltó la luz en quien llevaban puesto el fin de sus esperanzas; pero no obstante su falta, no desmayó Carlos, antes con muy buena gracia le dijo a Andrés:

—Nuestro norte nos ha faltado: la habilidad será ahora acertar con los pastores a ojos cerrados, porque la luna también nos quiere dejar.

—Todo eso, señor —respondió Andrés—, es muy bueno para quien se va a costar en cama blanda bien cenado y mejor bebido; pero para quien a esta hora, con el rigor de la noche, va sin senda ni camino, muerto de hambre, abrasado de sed, faltarle el gobierno, romperse la aguja de marear,¹⁵³ morírsele el sol, aumentarse la tempestad, vive Dios que es poco menos que ahorcar a un cristiano.

A este tiempo dieron en un arroyuelo, que pasó Carlos aunque con trabajo; Andrés, que venía convoyando las mulas, procuró que tomasen el vado que Carlos había pasado; pero no sucedió así, porque torciendo el camino dieron en un pantano tan cenagoso que no pudieron salir por más diligencias que se hicieron, con que desesperados de poder sacar las mulas, viendo que peligraba su vida con el rigor de el hielo de la noche, se determinaron a seguir una senda que con el corto reflejo de la luna les pareció ser trillada, por la cual caminaron media legua de muy mal camino, y al cabo dél oyeron ladrar un perro, cuyo ladrido alentó de manera a Andrés, que a carrera abierta le fue siguiendo hasta dar en lo alto de un collado con una ermita, donde estaba la fiel centinela. Llegó Andrés a la

151.— Roque es la torre del ajedrez. La expresión significa: 'absolutamente nadie.'

152.— Cinco monedas de a 8 reales.

153.— Navegar. Se refiere a la brújula.

puerta, la cual por entre sus rendijas le franqueó un poco de luz, que reconocida por Andrés, llamó a toda prisa, como quien venía huyendo de sus trabajos. Tanta fue la batería que dio, que le respondieron, con que entró el consuelo en tiempo que tan imposible le juzgaba. Abrió el ermitaño la puerta, habiéndose primero certificado de que era un perdido caminante el que daba tanta prisa a que le abriesen. Reparó Andrés el venerable aspecto de su milagroso refugio; echósele a los pies dándole gracias del consuelo impensado que hallaba en su ermita juntamente con su amo, el cual venía subiendo la cuesta (que como menos acostumbrado a semejantes ahogos se venía poco a poco).

Llegó a este tiempo Carlos, saludó al ermitaño, a quien en breves palabras le contó su desgracia, la cual agenció en la voluntad del solitario consuelo con muy buenas palabras llenas de prometidas obras. Entraron en la ermita, donde sin permitirles más descanso que el de dar gracias a Dios de la merced que les había hecho los sacó de la ermita en compañía de un criado que le asistía, que todos juntos volvieron al arroyo donde dejaron las mulas, las cuales con dificultoso trabajo sacaron, que la buena maña, con los instrumentos que llevaron, lo facilitó de manera que dentro de dos horas habían vuelto a la ermita, donde al fuego en buena conversación del ermitaño procuraron aliviar las pasadas fatigas.

CAPÍTULO V

Da cuenta el Solitario a Carlos de los raros sucesos de su vida

ERA el ermitaño que ocupaba aquella casa de Dios, además de ser virtuoso, muy capaz en todo género de urbanidad cortesana. Bien se conoció en el conocimiento que tuvo de Andrés, al cual viéndole volver cada instante la cara a una y otra parte sin sosegar, le dijo riendo:

—Vos, mancebo, debéis de tener alguna enfermedad que no os da treguas al sosiego. Decídmelo, por vuestra vida, porque los que vivimos en esta soledad nos preciamos de arbolarios, y podrá ser que conozca alguna yerba medicinal que aplicándoosla os dé salud.

—Pardiez, padre mío—respondió Andrés—, bien sé yo que su reverencia me hará merced, pero mi achaque se curara mejor en poblado que en el yermo.

—Pues para que echéis de ver que la mano de Dios a todos se comunica —dijo el Solitario—, aguardad.

Y entrándose en un aposento que cercano estaba a la cocina, sacó unas morcillas acompañadas de un pedazo de solomo,¹⁵⁴ un pan, una cestilla con camuesas,¹⁵⁵ diciendo:

—Veis aquí, amigo Andrés, cómo curaré yo vuestra enfermedad. Veis aquí las yerbas medicinales que hay para sanar vuestra dolencia, y más si Francisco os comunica, de un jarro que allí hay, algo del licor de Baco.

Apenas vio Andrés que el ermitaño le había conocido su achaque, cuando con grande alegría dijo:

154.- Lomo de cerdo adobado.

155.- Una variedad de manzana.

—Muy sabio es Su Reverencia. Si así conocieran los médicos los accidentes, no ganaran tanto sacristanes y sepultureros. Bien haya, amén, Su Esencia,¹⁵⁶ que tan buen ojo tiene: esa es mi enfermedad. ¡Venga, que yo asaré!

Y diciendo y haciendo, cogió el asador y con muy buen aire se puso a asar la cena, procurando alegrar la fiesta con una docena de jácaras¹⁵⁷ de los poetas de Toledo. No se lo permitió el ermitaño, diciendo que en la casa de Dios no se debían de consentir cosas que aun en el rastro¹⁵⁸ eran indecentes. Calló Andrés, disculpóse Carlos, lo cual fue fácil con el entendido Solitario. Cenaron todos con mucha alegría; sólo Carlos con la memoria de doña Beatriz se afligía; no obstante, como cortesano entendido siguió la conversación, porque es descrédito del talento faltar a la urbanidad por empeños de la pasión.

Levantose la mesa, dieron gracias a Dios y al ermitaño, por cuya mano fueron socorridos, y como era ya tarde, tiempo de descansar, le convidó el Solitario a Carlos con su pobre cama, que era una tabla aforrada con unas pieles, dos frazadas,¹⁵⁹ con un madero por almohada. Escusose Carlos estimando el agasajo; rehusando la comodidad, dijo que sus penas no le daban lugar al debido descanso de la naturaleza, pues desde que salió de Toledo no había pagado¹⁶⁰ a sus ojos el sosiego que se les¹⁶¹ debía. Reparó el anciano ermitaño en los pocos años de Carlos, su buena disposición, su ajustado juicio, las buenas señas de¹⁶² sus muchas prendas, lo que se mostraba sentido de pasiones doloridas del alma, que considerado¹⁶³ todo atentamente del ermitaño, se le vinieron las lágrimas a los ojos, que acompañadas de un sentidísimo suspiro, le dijo a Carlos estas palabras:

—¡Ah hijo, qué novel que sois en las penas, afanes y trabajos de la voluntad viciosa, qué principiante en los trabajosos lances del amor mundano! Gran lástima os tengo. Adviertoos que si no ponéis freno a vuestro liviano antojo, que padeceréis lastimosa ruina. Ahora comenzáis a padecer, porque en la carrera del vicio todos son ahogos, penas, afanes y trabajos; pero no os quiero ahora ahogar más con la memoria desta verdad. Desahogaos, hijo, contadme vuestras lastimas, que yo os prometo, como tan experimentado, de procurar vuestro consuelo.

—Sí haré, —dijo Carlos— pero habeisme de dar palabra de que os ha de obligar mi sosiego a decirme la causa de vuestra asistencia en esta soledad, porque me parece será muy particular, pues vuestro talento no se cubre con ese saco sin causa de notable admiración.

—Yo lo prometo —respondió el ermitaño—, por si acaso escarmentáis con los asombros de mis trabajos. Quiera la Divina Misericordia que la relación de mis naufragios causen en vos dolor con escarmiento, y en mí vergüenza con arrepentimiento. Decidme vuestras penas, que yo os prometo toda atención.

Hízolo así Carlos, y con la mejor disposición que pudo le contó en breves razones todo el exceso de su mala fortuna. Consolole mucho el siervo de Dios; obligole a que descan-

156.- A su manera, Andrés trata al ermitaño de 'Su Eminencia', como si se tratase de un alto cargo eclesiástico.

157.- Romances de asunto picante.

158.- En el matadero, entre matarifes.

159.- Mantas.

160.- Orig.: 'pegado' (p. 41). La fe de erratas pide leer 'lagado'.

161.- Orig.: 'le' (p. 41). Quizá no sea errata, sino lapsus del Autor.

162.- Orig.: 'da' (p. 41).

163.- Orig.: 'considerando' (p. 41).

sase, porque él tenía que cumplir unas devociones, que a la mañana se podían comunicar más de espacio.¹⁶⁴ No quiso Carlos embarazar su santo ejercicio, con que se despidieron ambos a dos, el Solitario para la oración, Carlos a la contemplación de sus trabajos.

Apenas el alba entre confusas si alegres luces dio nuevas del día, cuando salió el ermitaño a darle los buenos días a Carlos para cumplirle la palabra que la noche antes le había dado de comunicarle los trabajosos sucesos de su vida; pero antes que se apartasen de aquel eremítico lugar quiso que diesen gracias a Dios, pues les daba otro día para servirle, habiéndolos el antecedente sacado de los asombros de la muerte. Obedeció Carlos, porque el buen ejemplo no hay pecho noble que no arrastre, con que en compañía del solitario huésped se encomendó a Dios por espacio de media hora, y al cabo della se fueron mano a mano los dos encontrados amigos a una solana amparada de una eminente roca que hacía oposición al cierzo¹⁶⁵ para que a sus espaldas se pudiesen gozar los halagüenos alientos del sol sin los desabridos envites del aire. No quiso el ermitaño alargar el deseado plazo a Carlos, con que sin más exordios ni preámbulos dijo:

—Mi patria es Granada; mis padres, nobles, pero menesterosos. Criáronme con todo cuidado y cariño, enviáronme a la escuela, diéronme maestros que me doctrinasen en todo lo que tocaba a mis pocos años, hasta que alargándome en edad crecí en mayores empeños de saber. Estudié con todo cuidado las Artes,¹⁶⁶ siendo el primero de mis condiscípulos en la inteligencia de la Filosofía, tuve mis actos¹⁶⁷ con el mayor aplauso que se había visto en aquella escuela. En este crédito me sustenté, contra el cual se levantó la envidia de los pretendientes de puestos de la escuela, siendo los más empeñados en mi despeño los maestros, temiendo se levantaba de la tierra quien les quitase su crédito. En un acto que tuve de todas las Artes me quisieron atropellar, y como mi presidente era un religioso augustino, no me permitió salir de los términos de la modestia, respondiendo a los argumentos sin hacer cara a la ofensa. No fue bastante esta religiosa traza para que mis émulos dejasen de proseguir en su mal intento. Entre los baldones¹⁶⁸ de que usaba su enfado era la calumnia de necio, porque con el freno de mi religioso presidente no respondía a sus desahogadas desazones. Irríteme como mozo, precipíteme como hombre sin experiencia, porque no me pareció bien la lección de mi prudente maestro, con que di traza de sustentar otras conclusiones¹⁶⁹ sin dar parte desta mi determinación al que con tanta prudencia religiosa me tenía el freno a mis arrojos.

Al fin, imprimí mis conclusiones; dediquése las al mayor opuesto mío. Úsase poner por cabeza de las conclusiones o bien¹⁷⁰ las armas¹⁷¹ del a quien se dedican o un jeroglífico, y para vengarme de mis émulos inventé un emblema que fue causa de que saliese de Granada. Pintaba un prado muy alfombrado de flores, sobre cuyo tapete se reclinaban diversos instrumentos sonoros: arpa, cítara, laúd, guitarra, lira, con otros diversos instrumentos

164.- Con más calma.

165.- Viento del norte.

166.- Lógica, Filosofía Moral y Filosofía Natural.

167.- Lecturas en público y sujetas a debate.

168.- Injurias, insultos.

169.- Propositiones a debatir en acto público.

170.- Orig.: 'o con' (p. 44). Quizá no sea errata, sino lapsus del Autor.

171.- El escudo de armas.

con que se singulariza la sonora y dulce armonía. Servíale de cielo a esta florida amenidad una densa nube, de cuyo cóncavo seno se descolgaba un brazo en cuya mano tenía un instrumento que vulgarmente se llama matraca, con una letra¹⁷² que decía *CREPITANTE SILENT*, que en buen romance quería decir que al disparatado ruido de aquel bárbaro instrumento, la sonora si deleitable armonía de los demás estaba en silencio. Sintieron en el alma mis contrarios la ingeniosa traza con que los motejé de bárbaros, que enfadados de mi desahogo, temieron mi determinada lozanía, con que dieron traza de echarme de Granada. Hablaron a mi padre; unos le aconsejaron, a título de amigos, que me enviase Salamanca a estudiar Cánones y Leyes, que era lástima que me quedase en Granada pudiendo en la universidad de Salamanca ser insigne en mi profesión. Otros, pronosticándome por mi arrojado fatales fines, procuraron amedrentar a mis padres para que me echasen del lugar por que no me sucediese un enfado. Al fin, todos hicieron su diligencia, que la lograron en los temores de mis padres.

Esto era a principios de octubre, con que les pareció a mis padres muy conveniente que yo saliese fuera de Granada a estudiar. Un primo mío estaba para ir aquel año a Salamanca; parecióles a mis padres buena ocasión, con que hicieron la diligencia para acomodarme con él, por tener padres ricos cuando los míos necesitaban deste socorro. No fue posible ajustarlo con mis tíos que me hiciesen este bien, con que mis padres se vieron destituidos de poderme apartar de Granada. Encomendáronlo a Dios, que no me faltó, que es fiel Padre, pues movió el corazón de mi primo a tan noble caridad que sin que lo entendiesen sus padres me dijo que no me desconsolase, que tratase de ir a Salamanca, que él tomaba por su cuenta mi gasto, porque le daba gran lástima que un primo suyo por falta de tener quien le amparase dejaba de seguir sus estudios, de que se tenían tan grandes esperanzas. Admití el agasajo, dando gracias Dios que disponía mi remedio de manera que la misma hacienda del avaro remediaba mi necesidad sin que él entrase a la parte en el mérito. ¡Oh bárbaro si desgraciado vicio, pues le sucede servir al menesteroso sin que Dios ni el mundo se lo agradezca!

Empeñáronse mis padres para el viaje, con que me dieron algún dinero, aunque poco, porque la cortedad de su hacienda no se alargaba a más. Hice mi jornada en compañía de mi primo, el cual me sustentó todo el curso con el lucimiento que prometía su noble natural. Apenas me vi en Salamanca, que entraba en la palestra más célebre de ciencias, a vista de tantos bonetes y capillas¹⁷³ que ilustraban la escuela siendo aplaudidos de todo el orbe, envidié su sabiduría, con que traté de prevenirme de estudios para dar alcance a tanto magisterio de letras. Mucho hace el apetito en el vicio, pero mucho más la virtuosa envidia para alargar el paso en la carrera del estudio de las letras. Estudiaba de día y de noche, con que se me logró tan bien el trabajo, que, aunque era mi primer año, saqué en público al fin dél los frutos de mi cuidadoso estudio, que llevaron los ojos, con la atención, de todos, con grande admiración de toda la escuela.

Esto se supo en Granada antes que volviésemos por Pascua a casa de nuestros padres, y porque mi dicha no fuese más que flor, sin que llegase a coger fruto, se le antojó a un rico mercader de aquel lugar ilustrar su casa con la nobleza de mis padres y las buenas

172.- Un lema, un rótulo.

173.- Doctores.

esperanzas de mis letras, con que por el camino que él se imaginó ganancioso ocasionó su ruina con mi destrucción. Tenía este mercader una hija a la cual quiso acomodar, para cuyo efecto se valió de los caballeros mandones de aquella república, de algunos señores oidores, que todos hablaron a mi padre, que no se hizo muy de rogar, respecto¹⁷⁴ de su poca hacienda. ¡Oh pobreza, qué de vilezas cometes, qué de ruindades calificas a fuer¹⁷⁵ de mendigo noble! Ajustose el contrato con mi padre a fuerza de dinero, y como si yo fuera esclavo o animal irracional, vendieron mi libertad sin dar parte a mi consentimiento. Fue el trueque que el mercader diese su hija cargada de riquezas, y mi padre su hijo ligado de obligaciones. Si es dificultoso sustentar una mujer liviana en el yugo de la sujeción del matrimonio. ¿qué dificultad tendrá obligar a la obediencia a una necia y pesada mujer cargada de oro y plata?

Esta negociación estuvo oculta hasta que yo volví de Salamanca con diferentes intentos que el que me propuso mi padre; el cual sin tentar el vado de mi voluntad, sólo con el fiador del sí de su conveniencia asegurado de mi filial rendimiento, me mandó que me vistiese de corto,¹⁷⁶ porque aquella noche me había de desposar, porque todo estaba prevenido; las amonestaciones y las galas, hechas, que no había que responder sino dar gracias a Dios, que me daba hacienda habiéndome dado nobleza. Quísele responder que pensásemos bien lo que había de ser para toda la vida, pero ni mi padre me dio lugar ni yo me atreví, con que obedecí sin saber lo que me hacía. Aquella noche nos desposaron con gran fiesta, gusto y ruidosa celebridad; sólo mi corazón celebraba exequias, siendo pronóstico de mis futuras desgracias.

Hasta aquel punto que nos juntaron en la sala para darnos las manos no había yo tenido noticia de mi mujer, ni mis ojos la habían visto, pero así como la vi se me desmayó el corazón, con tan gran desaliento, que no sé cómo no perdí los sentidos, porque aunque Dios es Autor de todas las cosas, no me pareció a mí, en aquella ocasión, que de su mano pudo salir tan monstruoso animal racional; porque corcovada, negra, gorda, legañosa,¹⁷⁷ eran las gracias con que salió en público aquella rica humanidad, todo lo cual ponderado de mi arrebatado juicio, me obligó a pretender hacer fuga de entre roda la nobleza que me acompañaba. Reparó mi primo en mi congoja, que conociendo mi pretensión, se llegó a mí para persuadirme a que callase mi desdicha, supuesto que había llegado a tan gran empeño, que era fuerza callar o morir sin hacer sentimiento, porque hay males que ni suspirar permiten. Tanto me persuadió, con tan vivas razones me lo dijo, que me obligó a dar la mano en público, procurando retirar mis sentimientos al barrio de la discreta prudencia, verdugo sangriento de todas mis lastimadas potencias.

Acabose el sarao¹⁷⁸ con inmenso gasto de dulces; trataron de que se acostasen los novios; retireme, por dar lugar a mi esposa para que con más desembarazo se acostase, quedando mi corazón tan medroso como si le aguardara a ir a pelear a la Libia con una fiera. Apenas entré en la cama cuando mi consorte saltó della, que a toda prisa se fue a la de

174.- A causa.

175.- A título, con título.

176.- Sin el manteo de estudiante.

177.- Lagaña es el exceso de secreción glandular que se concentra en los párpados y ángulos de los ojos.

178.- Celebración festiva.

sus padres. Estimé el melindre desairado como si fuera favor, porque, ahogado de mi mala suerte, tuve por dicha el desaire, rompiendo en lágrimas de sentimiento delante de un Santo Cristo, a quien pedí con grande ansia socorro para mi mal. Cerré la puerta, volvíme a mi lecho, donde continué las horas de la noche en vela, porque la turbación de mis potencias no me daban lugar para el descanso.

Muy fuera de entender mis penas estaban los padres de mi mujer, pues juzgaron la fuese yo a buscar cuando yo estaba de parecer de ausentarme del mundo; pero el tiempo les dio a entender mi cuidado, con que a las cuatro de la mañana, desesperados de mi poca galantería, llamaron a mi cuarto, que como velaba con mis penas fue fácil oír los golpes para abrir la puerta. Riñéronme de poco enamorado, calumniando mi tibieza; disculpeme con que no sabía la casa, que siendo de noche podía ir a parar entre la chusma de sirvientes, con que por no hacer cuento¹⁷⁹ de novios me había quedado sin ir en busca de mi esposa. Admitieron la disculpa, que el que la desea, es fácil de contentarse; volvió mi mujer a ocupar el tálamo más humana, aunque siempre fiera.

Pasose aquel día, con otros muchos, en que mi esposa mostró otras calidades que dieron mayor torcedor¹⁸⁰ a mi desazonado gusto. Era de mala condición, no había criada que la sufriese ni criado que quisiese asistir en casa dos días; ni comía ni cenaba sin voces, sin ruidos, formando pesadumbres con todos. A mí me pedía celos de que me aliñaba, de que salía de casa, de que comunicaba a mi primo con intimidad, de que me bajaba a mi cuarto a estudiar, que no la asistía. Al fin, su condición, su necesidad, se dieron tan buena maña y tanta priesa, que obligaron a hacer verdad lo que a mi pensamiento no había llegado, que fue desta manera.

Vivían enfrente de mi casa unos pobres casados con algunos hijos y mucha necesidad; tenían una hija de edad de diez y ochos años, hermosura singular, gentil disposición, con gallardo entendimiento y, sobre todo, virtuosa y recogida. Caía su ventana enfrente de mí estudio, pero como la vista es el mayor enemigo que tiene el sosiego, el Demonio, que conoce su fuerza, se vale della. Viéndonos cada día, se encendió la llama en nuestros corazones; no obstante, por el recelo de sus padres y de mi mujer no nos atrevíamos a comunicarnos de palabra, remitiéndonos a la expresiva de la vista, pero como el Enemigo andaba en el alcance de nuestras almas velando en la solicitud de cómo nos había de enlazar, dispuso cómo nos viésemos para comunicarnos. Ofreciose que un día, muy temprano, me levanté o a estudiar, o a huir del lado de mi mal acondicionada esposa; oí ruido en la calle, asomeme, para ver lo que era, al tiempo que dos alguaciles llevaban a la cárcel a los padres de mi vecina, la cual viendo que yo me asomaba, me dijo:

—¡Socórranos vuesa merced, señor don Juan, por amor de Dios!

Atendí a la voz de mi oculto cuidado, con que con facilidad me persuadió al empeño; llamé a los alguaciles, que al punto volvieron; abrí la puerta, entrelos a todos en mi estudio, pregunteles la causa de la prisión; fueme respondido que porque entraban mercaderías de contrabando, que tenían orden de la Sala¹⁸¹ para rondar y registrar las casas de algunas personas que eran indiciadas; que aquella noche habían hecho la ronda, que al

179.- Historieta, chiste.

180.- Disgusto, mortificación.

181.- La Sala de Alcaldes.

tiempo de recogerse vieron a aquel hombre que se procuraba retirar de su pesquisa, que le dejaron ir por dar la vuelta a su casa, donde, aunque no hallaron lo que buscaban, sintieron olor de mercadería de contrabando; que ésta era la causa de su prisión, pero que, si gustaba, que ellos lo compondrían de manera que estuviese bien a todos, supuesto que nadie lo había visto.

—En eso me harán vuestras mercedes merced —les respondí—. Dejen vuestras mercedes los presos que se vayan a sus casas, que aquí nos quedaremos nosotros.

Hiciéronlo así los alguaciles, fuéronse los presos; repartí unos doblones¹⁸² entre aquellos ministros de justicia, con que se acabó la pesadumbre. A mediodía me dieron las gracias mis vecinos, a quienes admití con todo agrado, ofreciéndoles mi casa para todo lo que se les ofreciese. Su hija me agradeció la acción, con que de allí adelante admitió como agradecida los descuidos de mis ojos o los disimulados cuidados de mi amorosa pasión, que poco a poco o mucho a mucho se introdujo en nuestras voluntades con imperio tan absoluto que ya no permitía la ausencia de la comunicación de los ojos aunque fuese por breve rato, con que ya que la cercanía no se nos permitía más que a la vista, se nos pasaba el día en sólo mirarnos, de que resultó el incendio de nuestras torpes voluntades, que no paró hasta dar traza como llegásemos a poseernos, por no vivir en el sangriento rigor de la esperanza.

Mi ordinaria asistencia era en el estudio, que era un cuarto bajo, que siendo verano permitía más desahogo, particularmente las noches, que a título de tomar el fresco, mi vecina se pasaba a la casa de una amiga, donde la buscaba mi cuidado, porque el que vela en su deseo, el corazón le pronostica aciertos de su pretensión. Algunos días se pasaron en este género de vida, hasta que el fuego de nuestras viciosas voluntades dio en la mina que se ocultaba en nuestros corazones, pues en conformidad de entrambos dimos traza como comunicamos más de cerca sin embarazos que lo impidiesen, porque un apetito torpe no sabe sufrir largas en su anhelo. El modo que elegimos para salir con la deseada empresa fue que, supuesto que había de volver a Salamanca a proseguir mis estudios, con cuyo título saldría de mi casa, que, dando la vuelta en la primera jornada, que sería fácil volver a Granada, donde podía robar a mi dama de su casa para pasarnos a parte donde viviésemos con gusto, sin los embarazos de sus padres y mi mujer. Fácil fue la concordia en el intento, porque a todo se allana un temerario lascivo, porque no hay dificultad que le embarace. Asentada esta determinada locura, traté de poner todo mi cuidado en sacar dinero de mi casa, para cuyo efecto pedí las joyas a mi mujer diciéndola que me las habían pedido para unas fiestas fuera del lugar. Con mi suegro fingí papeles falsos, trampas, enredos, con tan buen color, que le saqué un golpe¹⁸³ de dinero.

En estas agencias se llegó el tiempo de hacer mi jornada, que ejecuté con gran gusto mío, aunque poco de mi mujer. Caminamos cuatro leguas, hasta un lugarejo donde comimos; volvimos a montar, y dando vuelta a Granada, donde llegamos ya de noche, apeámonos en casa de un amigo, que nunca faltan para ejecutar maldades. Despedí al mozo que me acompañó, regalele, dile dinero para¹⁸⁴ que luego se fuese a Sevilla, de adonde era.

182.- Monedas de oro con valor de dos escudos. Un escudo equivalía a 16 reales de plata.

183.- Una buena cantidad.

184.- Orig.: 'pa-' (p. 50).

Aquella noche, por ter tarde, no vi a mi dama, la siguiente sí, aunque no la pude hablar más que brevemente, aplazándonos para la noche siguiente en casa de una amiga. ¡Oh pestilencia de amigas, qué de males no ocasionan, qué de honras no acaban!

Siguióse al día la noche, en que acudí al puesto señalado, y aunque mi dama no se podía detener mucho, fue el tiempo bastante para que dispusiésemos su fuga para de allí a seis días, tiempo en que sus padres tenían trazada una fiesta con otros vecinos. Con esta disposición nos retiramos. Pasáronse los días más tardos que nunca para nuestro sentir, llegó al fin la noche tan alegre a nuestro lacivo apetito cuanto infausta para nuestras almas. Halló la ocasión la inconsiderada moza; valiose della, con que faltó a la casa de sus padres, a su honra, a su comodidad y al bien de su alma, que a todo esto se negó dando en nuestras manos, que la estábamos aguardando como el astuto cazador a la inocente avecilla engañada de el traidor lazo donde la espera la muerte en prisión.

Así le sucedió a mi dama: asustada como inocente, turbada como malhechora, cayó en el lazo de mis brazos, que sin parar la llevé a la casa de mi amigo, donde estuvimos retirados quince días por desmentir¹⁸⁵ espías. Al fin dellos, deseoso mi amigo de ver mundo a costa de mi locura, se determinó a acompañarnos; dile dinero, con que compro tres caballos, y una noche, por desviar noticias, hicimos todos tres nuestro viaje a la ciudad de Almería, donde aportamos con brevedad, y con la misma buscamos embarcación para pasar a Valencia, la cual hallamos, porque nunca la desgracia se hace mucho de rogar.

Dimos velas al viento con prosperidad del temporal,¹⁸⁶ pero al tercero día de nuestro viaje dimos vista por proa a una tartana¹⁸⁷ de moros que a boga arrancada nos vino dando caza. Turbámonos todos con la vista del enemigo bajel; no obstante, el patrón se dispuso a pelear: repartió las armas, los puestos, requirió la poca artillería que llevaba, dispuso la boga y con el remo en puño aguardó al enemigo, que juzgando llevarse la presa, nos acometió dándonos una carga de mosquetes con artillería, que aunque poca y flaca, bastante a barrenar nuestro bajel, que a toda prisa se nos iba a pique. Remediose el daño con la acostumbrada diligencia de la gente de mar. No perdió nuestro patrón el ánimo, antes con desahogado valor mandó se correspondiese al enemigo con otra carga, la cual fue dada tan a tiempo que hizo gran estrago en el contrario, dejándole manco, sin vela ni remo, muerta mucha gente, sin poder arribar sobre nosotros; que considerado el daño por nuestro patrón, viendo la poca fuerza que tenía para la defensa mandó soltar la vela y bogar con toda diligencia, con que nos apartamos del enemigo, que no tuvo alientos para seguirnos; que a poder arribar sobre nosotros nos rindiera, porque iba toda la gente medrosa, herida, muertos seis hombres, entre ellos mi amigo, que a mi lado perdió la vida de un mosquetazo. Quiera Dios tener misericordia de su alma.

Con el viento fresco y con el cuidado de la boga nos alargamos del enemigo perdiéndole de vista. Curáronse los heridos, echamos a la mar los muertos, que es la sepultura común de los mareantes.¹⁸⁸ En todo este tiempo mi dama, que estaba debajo de escotilla, pasaba el peligro entretenida con su llanto, hasta que nos vimos fuera de la zozobra, que la

185.- Despistar, confundir.

186.- Con tiempo bonancible.

187.- Nave menor, de un solo palo y vela latina.

188.- Los que viajan por mar.

dijeron cómo habían muerto a uno de sus compañeros, con que furiosa de dolor, desalentada del susto, como loca de su imaginada desdicha, se vino a buscar a su esposo, que este era el título que me daba; encontró con algunos del bajel, y como la pena no la daba lugar a la pregunta, sino era a la pesquisa de los ojos, no me hallaba, porque me estaba curando de una herida que me ocasionó un astillazo, se querellaba lastimosamente de su desgracia, porque no hallaba el cuerpo muerto de su esposo.

A todos causaba lástima el amargo llanto de mi dama, hasta que yo llegué de cámara de popa, donde me estaban curando, con que la saqué de aquel ahogo, causándole la alegría de mi vista otro más apretado, con que zozobró su corazón en un desmayo. ¡Desdichada naturaleza, que tan verdugo le es el gusto como el afán! Desmayose en mis brazos, donde la recibí para llevarla a mi cuartel;¹⁸⁹ rociela con agua, con que a breve rato despertó de la alegre congoja muy alterada de que le faltase el aliento en la posesión de su dueño sobrándola para llorarle muerto, pero consolábase con que el mal no se cree, pero el bien que se halla cuando se imaginó perdido es tan efectivo que violenta como la misma muerte. Agradecí la fineza de la voluntad, y por¹⁹⁰ pagarla con dádivas lo que la debía en suspiros abrí las maletas, con que la hice señora de las joyas, de todo el dinero que llevaba, que sería en todo seis mil ducados.

CAPÍTULO VI

Prosigue el ermitaño, hasta dar fin de la historia de su vida

NO nos olvidaba Dios, aunque mi dama y yo huíamos de su gracia tratando de enlazarnos más y más en nuestra viciosa amistad siendo ofensa suya. Seguros pensábamos ya que seguíamos la derrota dando fin a nuestro viaje; pero Dios, que no nos olvidaba aunque le ofendíamos, movió una tempestad a vista de una isleta treinta leguas de Valencia; bramaba el aire, bufaba el agua, en tiempo que se había enlutado el sol con negras nubes, con que se encrespó la marina fiera, amenazando en cada ola una muerte y en cada bufido una horrenda amenaza de el acabar. Fluctuaba nuestra naufragante galeota,¹⁹¹ ya entre las arenas o ya entre los montes de las más levantadas olas; faltábale el gobierno al piloto, por no ser posible el manejo del timón, rompíase el aire en lástimas y todo paraba en confusión, pues todos asistían al reparo, sin que nadie pudiese ni supiese gobernar.

Cerrose la noche, sacudiendo de sí más apresurado el día, obligado de la obscuridad de la tempestuosa tiniebla; dobláronse las congojas, con que crecían las angustias con las voces de los tristes naufragantes, amenazados del rigor del fenecer. Pasose la noche con ahogos de congojas, en zozobras del temor, hasta mostrarse el día sañudo, tan contrario nuestro, por tan favorecido de el aire, que por instantes nos amenazaba con la muerte. El arte con la maña, juntos con el continuo trabajo, suspendió todo este tiempo la violencia

189.- Habitación, camarote.

190.- Orig.: 'la solucion, por' (p. 53).

191.- Galera de 2 mástiles.

de la borrasca, hasta que, enojado el elemento del agua de ver que se sustentaba contra sus fuerzas un derrotado bajel, le acometió violento, con tan impetuoso impulso, que no fue bastante la diligencia humana desesperada para impedir su enojo: juntos el aire y el agua, rompieron en un bajo¹⁹² cerca de una isleta el fatigado bajel, que sin vela ni remo navegaba al albedrío del aire y de las olas. ¡Oh locura humana, que fía su vida de dos contrarios elementos con sólo el resguardo de una tabla! ¡Oh ambición temeraria, que por lograr sus ganancias aventura su duración a la fortuna de un vaivén!

Chocó, al fin, nuestro bajel contra la espumosa espalda de la sirte, sacudiendo de sus cavernas todo lo que guardaba en sus senos, con que cada uno de los mareantes,¹⁹³ por huir del postrer lance del acabar, se arrojaron entre las ondas expuestos al albedrío de la Fortuna: unos batallando con las aguas, fabricaban su sepulcro en las arenas; otros valiéndose de una tabla, procuraban en sus hombros aportar a la orilla; otros fiándose de sus fuerzas, se empeñaban que a fuerza de brazo habían de vencer la bravura del salado elemento. Todos, al fin, trabajaban por alargar la vida como el remedio oportuno se le ofrecía; sólo mi dama y yo aguardábamos la muerte por instantes, sin atrevernos a buscar remedio temerosos de la bravura de las aguas, con que nos estuvimos en el tope de la galeota, que el rigor de la tempestad nos había dejado de barato, hasta la tarde, que se sosegó el aire, dando lugar la mareta,¹⁹⁴ menos violenta, a que yo me valiese de unos maderos, que ligándolos lo mejor que pude, fabriqué una peligrosa embarcación, en la cual mi compañera y yo, maltratados del susto y de las aguas, milagrosamente aportamos a tierra, donde hallamos algunos de nuestros compañeros, que los más habían perecido entre las olas, valiendo más en esta ocasión, para salvar las vidas, la cobardía prudente que la temeridad sabia y arrojada. Consolámonos unos a otros en nuestra triste tragedia; pero cuando juzgamos que teníamos seguras las vidas, por haberlas librado del ahogo de la tempestad, nos vimos cercados de otro, si no mayor naufragio, igual en las asechanzas del acabar, porque si no era tan apresurado en la muerte, era más largo en el tormento, con que era más sensible por la duración de la pena.

Doce éramos los compañeros que escapamos del rigor de la tempestad, todos desnudos, maltratados de los embates de la mar, sin tener una onza de bizcocho¹⁹⁵ ni otra vianda alguna con que alimentar los fatigados cuerpos maltratados de los asombros del morir. Sólo había para alimento de todos lo que yo había podido librar en la peligrosa embarcación con que tome tierra adivinando nuestra necesidad, que, como es maestra, nos enseñó a recurrir a la orilla para recoger algún bastimento del que en las resacas¹⁹⁶ arrojaba la mar; algo se logró con esta diligencia, pero tan maltratado, que sólo nuestra hambre le pudo agradecer por vianda. Gran rato nos estuvimos como pasmados mirando la mar, que por instantes en las resacas arrojaba a la orilla los despojos del perdido bajel. Fue Dios servido que en una gran mareta que se levantó, con que acabó de deshacer el bajel, salió una arca, en la cual milagrosamente se halló una escopeta corta con unos frascos llenos de pólvora,

192.- Bajío. banco de arena. 'Sirte' se lee más abajo.

193.- Orig.: 'mareuntes' (p. 54).

194.- Marejada.

195.- Pan sin levadura y cocido dos veces para quitarle la humedad y conservarlo mejor.

196.- Mareas.

cosa que nos alentó mucho a todos, viendo el milagro que Dios obraba para nuestro consuelo, pues habiendo estado el arca todo el día en el agua no la penetrase. Grande socorro de la mano de Dios fue éste para remediar el frío, con la desnudez de todos nosotros. Todo aquel día nos estuvimos a la lengua del agua,¹⁹⁷ hasta que tomamos consejo de retirarnos a lo más oculto de la isla; lo uno, por el abrigo, lo otro por no ser cautivos de los moros, que ordinariamente continúan aquel paraje. Hicimos nuestras barracas en lo alto de una eminencia, cercadas de altas peñas, que, techadas de rama, fueron nuestras acomodadas estancias; encendimos fuego, con que en algo remediamos nuestro desaliento.

En esta mísera soledad pasamos veinte y siete días acosados de la hambre, de las inclemencias del temporal, con perpetua centinela de noche y de día, hasta que una mañana nos avisó el que estaba de posta cómo había aportado a la isla un bergantín¹⁹⁸ de moros que, según lo que parecía, traía poca gente. Con esta nueva nos avisamos unos a otros, tomamos consejo para obrar con acuerdo, propusieronse las miserias que habíamos padecido en veinte y siete días, en los cuales no había navegado por aquel paraje ninguna vela cristiana, por haber entrado el invierno aquel año con gran rigor; que el poco bastimento que habíamos recogido de el naufragio ya era gastado, el marisco de que nos podíamos valer era poco, muy dificultoso de hallar; las frutas silvestres ya no las había, con que la necesidad era extrema y nos obligaba a tomar resolución de morir peleando como buenos por salvar las vidas o entregarnos al enemigo dándonos por esclavos. Consultado el aprieto a vista de la ocasión, todos fuimos de parecer que viésemos lo que obraba el enemigo, que según lo que viésemos que obraba tomaríamos resolución. Hízose así; requerimos las armas, en que hallamos una escopeta, cinco espadas, una alabarda, tres dardos, dos bastones largos que se habían cortado en la isla, que gobernados de dos valientes mozos no eran malas armas. Quiso mi dama acompañarnos, pero no se lo permitimos, antes se determinó que en compañía de un muchacho de hasta once años se quedase retirada aguardando nuestra buena o mala fortuna.

Encomendámonos todos a Dios y a los Santos de nuestra devoción, y con Dios y la Virgen en la boca y en el corazón caminamos en busca del enemigo, el cual descuidado de lo que le podía suceder, había echado catorce hombres en tierra, que se andaban recreando a la orilla del agua; tenían echado un cabo del bajel a tierra; el batel¹⁹⁹ andaba rondando la isla, la demás gente guardaba el bergantín. Con este conocimiento llegamos a tiro de mosquete del enemigo, donde volvimos otra vez a tomar consejo, del cual salió que los seis hombres chocasen con el batel, que se había desviado, metido en un codo que hacía la mar, que embistiéndole a tiempo, con facilidad se podía tomar arribando sobre el bergantín, donde con la ayuda de los esclavos, y principalmente la de Dios, se podía esperar un buen suceso; que los otros seis compañeros aguardasen a ver a cuándo llegaba a abordar el bergantín, para dar a un tiempo sobre los que descuidados estaban en tierra.

Con esta determinación nos dividimos; los seis que fueron contra el batel, con facilidad lo ejecutaron, porque no había más de cuatro hombres en él, los cuales viéndose acometidos tan sin pensar, cruzaron los brazos, que amenazados de los vencedores bogaron

197.- En la orilla.

198.- Buque de 2 palos.

199.- La barca auxiliar para ir a tierra.

en el alcance de el bergantín, cuya gente, como no tuvo tiempo bastante de prevenirse para la defensa, con la ayuda de los esclavos fue brevemente rendido. Los que estaban en tierra hicieron más defensa, porque todos tenían sus alfanjes, y aunque la impensada furia de nuestros compañeros los acobardó, no obstante se procuraron defender tomando por ayuda y resguardo la espalda de una peña, sobre la cual mi dama, con el muchacho, estaban retirados, y como vieron que los moros aseguraban las espaldas con la peña, les arrojaban las piedras que más cercanas hallaron, con que se turbaron viéndose herir por todos lados, de que resultó que comenzaron a flaquear al tiempo que llegó el bergantín ya rendido; tiroles un balazo, con que se acomodaron a sujetarse a la Fortuna cuando nosotros, levantadas las manos al cielo, dimos gracias a Dios de habernos hecho tanta merced con tan evidente milagro. Maniatamos los prisioneros mientras el bergantín abordaba cerca de tierra para enviar el batel.²⁰⁰ A este tiempo llegó mi dama con el muchacho, que no cabían de placer, con que tratamos luego de viaje. Fuimos a nuestro albergue con algunos de los moros cautivos para convoyar las reliquias que habíamos librado del naufragio. Embarcose con toda diligencia todo, y aquella tarde, con corto viento, zarpamos, con que dentro de dos días a la misma hora dimos fondo en el Grao de Valencia.

Apenas dimos fondo cuando llegaron a bordo los ministros del Rey a saber de dónde²⁰¹ veníamos, hicimosles relación de nuestros trabajos, con tan bien afortunado fin. Esta noticia llega a los ministros mayores, con que nos dieron licencia para saltar en tierra, que no pudo ser aquella noche por no haber lugar de desembarcar lo que venía en el bergantín, con que pasamos toda aquella noche dando gracias a Dios, que nos había librado tan milagrosamente de tantos peligros. Al otro día saltamos en tierra todos; dispusimos de la presa con los demás adherentes, con que cada uno procuró buscar modo de vivir. Mi compañera y yo tomamos una posada, donde procuramos descansar algunos días de las pasadas fatigas; vimos las grandezas de Valencia, veneramos sus reliquias, y ya que el ocio nos cansó, tratamos de tomar modo de vivir, porque sin renta ni oficio, con pretensión de asegurar aquella desdichada vida, era bien pensar cómo se podía conservar. Comuniquelo con mi dama, pero como las mujeres no saben más que servir o mandar, aconsejome que sirviese a algún caballero o que tratase con el dinero que llevaba.

No me pareció digno de mi calidad sujetarme por único medio a la servidumbre; tampoco me incliné al trato, porque como no me crie en aquella delicada viveza de los mercaderes, no me ajusté a esta forma de vivir, con que me consideré destituido de todo género de modo para ganar de comer. De que me congojé, porque considerando que el dinero que tenía, si no se acabase en dos años, al tercero o cuarto no habría qué gastar, y tener que sustentar casa y mujer hermosa, de quien cada día me hallaba más enamorado, era fuerza pensar cómo se había de fundar la permanencia de mi gusto. Consultelo una y muchas veces con mi cuidadosa imaginación, hasta que elegí un medio que me pareció más acertado, que fue dar gran parte del dinero a un mercader cuyo hijo libertamos en el bergantín, que se me daba por muy amigo, a quien entregué la cantidad que me pareció para que tratase con ella, socorriéndome con las ganancias de que había de tener parte por su agencia. El hombre era honrado y buen cristiano, con que fácilmente nos conformamos; pero, no

200.- Orig.: 'baxel' (p. 58).

201.- Orig.: 'saber donde' (p. 58).

obstante, esta traza y modo de pasar la vida no me pareció duradera, porque podía faltar el trato perdiendo el caudal, con que me determiné estudiar Medicina, que es la ciencia de pobres, que a costa de muchas vidas sustentan la suya y de su familia. Como yo era eminente filósofo, fácilmente me introduje a lo especulativo de la ciencia; traté muy de cerca a mis maestros, los cuales gustaban infinito de comunicarme, por hallarme tan capaz en todas las dificultades filosóficas. Con mucha brevedad me hice lugar en la escuela, probé mis cursos, gradueme en Artes y Medicina.

En todo este tiempo que gasté en mis estudios, no os quiero cansar en contaros los temores, los enfados que tuve por mi dama sin ser ella la ocasión, aunque lo causaba su hermosura, porque un señor de aquel reino se enamoró con tanta ceguedad de mi dama, que temí que me quitase la vida sabiendo que era yo la causa de la resistencia de mi amiga, con que por esta razón, temiendo la facilidad de las mujeres sin el lazo del sacramento del matrimonio, traté de mudar de tierra. Pasé a Zaragoza, donde en pocos días me hice lugar con la buena opinión que llevaba de Valencia. Sucediome en este tiempo lo que diré, con que cobré mayor opinión.

Llegó a ella sazón un príncipe de Castilla, al cual con la mudanza de aires y bastimentos le sobrevino una calentura maligna; fueron llamados los médicos de mayor opinión, los cuales le curaron con todo cuidado, atención y estudio, pero no aliviaban al enfermo, antes cada día crecían nuevos y desesperados accidentes. Asistíale a este caballero otro muy apasionado mío, el cual viendo cuán al fin del acabar estaba, fuera de toda esperanza de vida, le propuso hacerme llamar, porque tenía gran fe en mis estudios, que esperaba en Dios que por medio de mi ciencia y cuidado cobraría salud. Acetó el enfermo la proposición, con que al punto me enviaron a buscar, que andaba visitando; diéronme el recado, acabé las visitas de aquel barrio, con que me pasé al otro, donde me aguardaron con gran fe de que le había de dar salud al enfermo. Tomele el pulso, hícele las preguntas ordinarias, reconocí la debilidad del sujeto, que no estaba capaz de evacuación alguna; senteme muy despacio, atendí a que la calentura era poca, aunque de mala calidad, con que me determiné a obrar con novedad: llegueme al enfermo, animele con palabras de grande esperanza, que es un cierto género de medicina; hícele tomar dos bizcochos en vino generoso, fomentele los pulsos, con que me despedí prometiendo volver antes de recogerme. Hícele así, y reconociendo que el enfermo estaba más alentado y los pulsos con más alientos, repetí los fomentos con el vino y bizcochos hasta el otro día, que hallando al enfermo otro hombre, con más bríos, le hice sacar un poco de sangre, en tan buena ocasión, con tan feliz fortuna, que dentro de dos horas se halló sin calentura. Corrió la voz por la ciudad, con que cobré grande opinión. El enfermo cobró perfecta salud, con que además de la paga, que fue grande, me obligó con dádivas, con promesas, a venirme con él a Madrid, donde sustenté mi casa con gran lucimiento, porque el crédito con que entré era mucho; el que me agenció mi amo, mayor, con que en pocos días me hice lugar.

Poco más de cinco años logró mi dama esta fortuna, pues de una aguda enfermedad fue Dios servido acabar con su vida. Hícela confesar con un religioso docto, prudente, porque apenas conocí el peligro cuando le procuré el remedio del alma; que esta es la buena amistad, solicitar para el amigo los bienes de la gloria. Roguela que dispusiese de mi hacienda a su gusto, pero no quiso sino dejar a mi voluntad el bien que se había de hacer por su alma. Murió, al fin, pesarosa de las ofensas que había cometido contra Dios. Sentí

amargamente su muerte, porque la quería con extremo, pero con facilidad me divertí, porque la voluntad viciosa fácilmente se olvida de lo amado.

Poco más de dos meses duró el sentimiento, porque en este tiempo me hablaron en un casamiento con una señora de fuera de Madrid; enviáronme el retrato junto con la memoria de la hacienda, que todo me pareció bien, con que, arrastrado de mi vicio, sin atender a mi alma, echando al tranzado²⁰² mis pasados amores refresqué el gusto con la novedad del deleite. Hiciéronse las escrituras, trajeron sus padres a Madrid a la novia; salí a recibirla con tanto desahogo como si no estuviera impedido con mi desgraciado matrimonio; pero ¿qué no hará el vil apetito? Hace olvidar a Dios, que le beneficia, ¿qué mucho que lo haga de las criaturas que le molestan?

Éntrela en casa, donde nos desposamos *in facie Ecclesiae*²⁰³ habiéndonos publicado con falsas informaciones, que todo lo hace el dinero en las cortes de los reyes. Vivimos conformes algunos meses, hasta que se hizo preñada, que comenzó a suspirar por sus padres y por su tierra. Pudieron tanto conmigo sus amores, que me sacó de Madrid, donde vivía con crédito, con gusto, con hacienda, pero ¿a qué no obligará una mujer hermosa antojadiza? Al fin salí de Madrid, fuime a vivir a su lugar de mi nueva mujer, donde me dio una hija; tras ella otras dos, de lo cual vivía yo más enamorado, porque además de la voluntad de la madre remanecía²⁰⁴ la de los hijos. No se acababa mi mujer de asegurar de que me había de quedar en su lugar, y así, me hizo comprar hacienda de raíz,²⁰⁵ tierras, viñas, arboledas, colmenas, con que totalmente me imposibilitó de volverme a la Corte.

No se me hacía a mí muy dificultosa aquella vida, porque la pasaba con gran sosiego en el lazo vicioso de mi liviandad, que, aunque con mala conciencia, me sazónaba la posesión del estrago de mis gustos. Tan olvidado vivía de Dios, que ya tenía hecho hábito de vivir en su desgracia: ningún temor me obligaba, ninguna exhortación me movía, ni las amenazas de Dios en los castigos de sus criaturas, ni los merecidos rigores de su justicia, ni las penas debidas por mis culpas ni los castigos que me amenazaban temporales por mis liviandades; a todo me hacía sordo lisonjeado del engañoso halago de mi vicio. Pero si yo me olvidaba, la bondad de Dios no se descuidó desta oveja que, descarreada de su rebaño, pacía espigas que crudamente me punzaban en los matorrales de los vicios, dejando las flores de la amistad de Dios, que gustosamente me convidaban a su pasto. Embriagado, pues, en mi obscuridad, llegó el tiempo de buscar predicador para la Cuaresma, encomendáronme este cuidado en el Ayuntamiento; fui a Madrid, hice la diligencia entre los religiosos conocidos, de cuya amistad me precié siempre, porque con sus burlas enseñan,²⁰⁶ con sus veras mortifican. Elegí a uno para que nos predicase la Cuaresma, bien fuera de que mi dicha se había de asegurar por sus palabras.

Llegó el tiempo, vino el predicador, aposentele en la casa señalada, con que el Miércoles de Ceniza dio principio a su trabajo para nuestro bien. Fue el sermón de memorias de la muerte, lo que somos, en lo que nos hemos de volver, la dicha del gozo de la gloria, la

202.- Olvido.

203.- Eclesiásticamente.

204.- Se añadía.

205.- Bienes raíces, fincas.

206.- Orig.: 'enseña' (p. 62). Parece fallo de estampación.

infelicidad de la pena del carecer de Dios condenado a la infernal llama. Apretó tanto la mano el religioso orador en esta materia, que, siendo mi corazón una helada peña, al golpe del eslabón²⁰⁷ de su voz, gobernada de la divina gracia, sacó tan abundante fuego, que bastó a encender las acabadas pavesas de mis sentidos. Tal horror cayó sobre mi corazón, tan gran desconsuelo, tan temerosa vergüenza de mirarme a mí mismo, que no sabía qué hacerme, pues se me pasaba el día con su noche sin cerrar los ojos, rompiendo el corazón en diluvios de lágrimas fatigado de la consideración de mis culpas.

Algunos días tardé en determinarme, porque es dificultosa la determinación a vista de mujer y hijos, hecho hábito al vicio de la liviandad. No obstante, la misericordia de Dios hizo su oficio, pues atendiendo a mi ansia penitente obró como piadosa, repitiendo los golpes de sus auxilios al paso de mi resistencia cobarde; cada día, cada hora, cada instante me llamaba, ya por la consideración de mis culpas, ya por la enfermedad de mis hijos que en este tiempo les dio Dios, ya por la voz de mi predicador, que en el púlpito me doctrinaba, en la conversación me enseñaba, en la calle con su modestia me mortificaba, en el altar con su devoción me enternecía, en todas partes con su religiosa y observante vida me avergonzaba considerando mis culpas a vista de sus virtudes. ¡Oh, lo que debemos a Dios, que dio gracia a los Santos para que nos dejasen en sus religiosos hijos unas copias de su penitencia, modestia y doctrina, con que nos mueven, reducen, ayudan a salir de el mal estado de la culpa para entrar en el de la gracia!

Llegó, al fin, el Viernes de Lázaro, donde mi predicador pintó un pecador muerto con el pecado, horrible por la culpa, feo y torpe por las ofensas cometidas contra Dios, ligado de pies y manos con los vicios, embriagados los sentidos con el beleño²⁰⁸ de las liviandades, todo esto ponderado con su espíritu y atendido de mi propio conocimiento que el auxilio de Dios me había dado, parecióme a mí que era yo aquel que el predicador decía; que la tierra me arrojaba de sí, que el Cielo me amenazaba, que hasta los hombres ofendía con mi hediondez, con que huían de mí por no poder sufrirme. Cuando en el campo de mi penitente consideración me vi amenazado del Cielo, arrojado de la tierra, desechado de los hombres, en medio de mi mayor fatiga reparé en que Cristo Nuestro Bien llamaba a Lázaro y al imperio de su voz salió del sepulcro, que no bastaron los horrores de la muerte para impedir la piedad del Redemptor para que le diese nueva vida. Con esta consideración me alenté, propuse valerme de la ocasión para salir del sepulcro hediondo de mis vicios. Acabose el sermón, acompañé a su casa a mi Redemptor, donde cerrando la puerta me arrojé a sus pies pidiendo le rogase a Dios por mí para que me diese un auxilio con que hacer una confesión general. Gozoso y enternecido el ministro de Dios en ver el fruto de su trabajo, me llevó en los brazos, consolándome con tan buena gracia, que me influyó un nuevo aliento para que señalásemos tiempo en que se ejecutase mi dicha.

En este poco tiempo que señalé para confesarme, no os podré encarecer los embarazos los tropiezos que me puso el Demonio para impedir mi resolución. Valiose de doña Elena mi mujer, de mis hijos, de mis amigos; de todos echó mano para impedir mi determinación. No obstante, por la misericordia de Dios no le valió a Satanás su traza, pues en lo que hay de aquel día al Jueves Santo ajusté por escrito mis pecados, consultando con mi

207.- El hierro que, golpeado del pedernal, produce chispa para encender el fuego.

208.- Narcótico, veneno.

santo médico las dificultades, hasta que las²⁰⁹ acabé. En esta sazón supe cómo mi verdadera mujer, desesperada de aguardarme, al cabo de algunos años eligió un convento por huir del mundo que tan vilmente la trató; recibió el hábito santo de aquel querubín Francisco donde vivía, siendo ejemplo de virtud a todas las religiosas. Esta fue otra aldabada con que el Señor me llamó para salir de la miseria de mis culpas. El Jueves Santo muy de mañana me confesé, habiendo diez y siete años que no lo hacía a derechas, pues cada vez que me llegaba a la fuente de la penitencia me enlodaba con nuevo sacrilegio. Al fin, lloré mis pecados; confesando mis culpas, llegué dichoso después de la absolución a gozar de mi Dios embozado debajo de los velos de aquel pan, con que quedé con nuevo aliento para retirarme del mal estado en que vivía.

Mis lágrimas eran tantas, que dieron en qué pensar a mi engañada doña Elena, que cuidadosa de la novedad me preguntó la causa de mi ahogo, cosa que yo deseaba con todas veras. La respuesta fue darla una carta en la cual halló un engaño con muy buenos colores de verdad: en nombre de un hermano mío que yo decía que tenía, me escribían una carta dándome cuenta de la muerte de mi padre, el cual estaba preso por los bandos tan usados en aquel reino de Valencia de adonde decía yo que era natural; vino a acabar su vida en la cárcel, donde juntamente decía mi hermano que quedaba temeroso de que le quitasen la vida en pública plaza, porque el Virrey estaba muy sangriento contra su causa, con que si no le socorría con dinero, con mi agencia, peligraría su vida con el rigor de justicia. Vista por mi doña Elena la relación de la fingida carta, alentome a que fuese a mi tierra para ayudar a mi hermano, diciéndome que para esta ocasión era la hacienda, que la gastase, pues ni ella ni mis hijos tenían más honra que la mía. Con esta buena disposición tomé mi mula con un poco de dinero, que no quise cargar de más obligaciones, y sin mozo que me acompañase me vine a Madrid, donde vendí la mula y en habito de peregrino hice mi viaje a Alcalá de Henares, donde visité a San Diego y a los Santos Mártires Justo y Pastor. De allí pasé a Roma donde veneré las Santas Reliquias y me volví a confesar con el Penitenciario,²¹⁰ recibiendo la absolución Papal para mi consuelo y seguridad de mi conciencia. Embarqueme para España con intento de vivir vida solitaria; llegué a Sigüenza, donde entendí buscaban persona que cuidase de esta ermita; ofrecime a los señores de el Cabildo, que me nombraron para esta asistencia.

El Demonio, que²¹¹ nunca sosiega de buscar modos y trazas para nuestra perdición, dio noticia a doña Elena de mi asistencia en esta soledad; escribiome con un proprio, el cual recibí al pie de aquella roca; reparé en que el sobrescrito era para su esposo, que en su estimación era yo, con que le dije al mozo que el dueño para quien venía aquel pliego era muerto, que era mi hermano, y así, que se volviese con carta mía en que le diría a mi cuñada que su marido era muerto. Despaché al mozo, el cual se volvió con grandes sospechas de que yo era el contenido;²¹² porque aunque había mudado de hábito, de barba y de color de cara, no dejó de maliciar algo, todo lo cual se lo dijo a doña Elena, la cual como buscaba a su infiel marido, con facilidad creyó los sospechosos indicios, con que se resol-

209.- Orig.: 'la' (p. 64).

210.- Cardenal que recibía la confesión en nombre del Papa.

211.- Orig.: 'que|que' (p. 66).

212.- El sujeto en cuestión, el aludido.

vió a venir en persona a este cerro. Hízolo con toda resolución un mes después que habían enterrado un pastor en mi ermita; hablome toda deshecha en lágrimas, respondila con el corazón puesto en Dios. Con los ojos en un Santo Cristo díjela que yo no era su marido, que mi hermano era muerto, que en aquella sepultura estaba el desengaño de todos, que le encomendásemos a Dios. Doña Elena era mujer de muy buen juicio: o ella me entendió o Dios se lo inspiró, porque sin responderme más que «Dios le haya perdonado» se volvió a su casa, con que me quedé dando gracias a Dios de la merced que me hizo en sosegar aquella mujer.

Diez años ha que vivo sin saber de doña Elena; a mi primo y amigo²¹³ he escrito a Granada avisándoles del estado de mi vida para asegurar mi conciencia, y con las diligencias que me avisó que hizo vivo con sosiego en este monte, muy gustoso de hallarme fuera de los alborotos de tan mal mundo. Alguna vez voy a Sigüenza, aunque pocas; pido a su tiempo por estos lugares para sustentarme; ese mozo va cada día por el sustento ordinario, con que pasamos esta vida tan llena de miserias y trabajos. Quiera la Divina Clemencia que aprovechemos en su servicio, que ya que nos hace merced de darnos vida, no sea para nuestra condenación, sino para salvarnos.

Aquí se levantó el ermitaño, y con un espíritu más que humano se volvió a Carlos y le dijo:

—Y vos, hijo, escarmentad en mi cabeza, porque os amenazan grandes males en vuestro vicioso natural. Contemplad en mi fortuna los varios y tormentosos accidentes de la liviandad; reparad en que soy el más bien librado que ha dejado el embeleco de profano amor: vime con gustos, con hacienda, con mujeres, con hijos; todo tan sazonado a mi apetito como lo publican tantos años en pecado mortal, sin jamás hacer pie atrás en mi desdicha hasta que la misericordia de Dios me alumbró. Estas canas no son años: trabajos son; esta desnudez no es pobreza: pena de mi culpa es; esta soledad no fue gusto: castigo de mi pecado fue. Al fin, todo lo que miráis son milagrosos efectos de la gracia en pena de mis desahogos, que volviéndoles las espaldas me hice feliz, quedando, aunque solo, desnudo, pobre, pero en la gracia del Señor, que me dio luz para conocer que en peor estado me habían de dejar mis vicios con la desgracia del pecado.

Con esto dejó el mortificado ermitaño su plática, la cual movió a Carlos de manera que le prometió la enmienda, pero un mozo es fácil en prometer la enmienda cuanto es perezoso en ejecutar lo prometido. La carrera del sol iba ya tan alta, que juzgó el ermitaño se había llegado la hora de comer, con que se acercaron a la ermita, donde hallaron a Andrés y el mozo de la ermita en sosegada conversación; pero como Andrés vio a su amo, le dijo:

—Pardiez, señor, quedémonos aquí, metámonos a ermitaños, descartemos al mundo, donde no hay más que vanidad, peligros, embarazos, con desatinadas fatigas. Si el señor padre quiere, acá me quedo.

A que respondió el ermitaño:

—Amigo Andrés: en este monte no hallaréis lo que en los lugares grandes, que a cada esquina hay una ermita. Aquí sola ésta hay, donde muchas veces falta la comida sobrando los afanes, con que entiendo que no gustaréis de tan estrecha religión.

Quiso responder Andrés a tiempo que le atajó el ermitaño con tratar de que comiesen su pobre olla, que aquel día fue de Pascua, pues tenía cecina, tocino, berza, de lo cual co-

213.— Error. El amigo granadino 'perdió la vida de un mosquetazo' en el asalto al barco en que iban.

mieron todos, y dando gracias a Dios y al ermitaño por cuya mano los alimentó, como ya era hora de caminar, apartó Carlos al ermitaño para pedirle le encomendase a Dios, en cuyo auxilio fiaba todo el buen suceso de su conversión. Ya en este tiempo tenía Andrés aparejado,²¹⁴ con que se dispidieron unos de otros, que guiados del mozo de la ermita llegaron Carlos y Andrés al camino real, que siguieron sin tropiezo alguno hasta la ciudad de Soria, con que acabaron su jornada para comenzar otras de mayores empeños.

CAPÍTULO VII

Llega Carlos a Soria; sabe la ingratitud de doña Beatriz, con que la olvida por otros amores

SU palabra dio Carlos al ermitaño de olvidar pasados vicios para reducirse a la virtuosa lección. En esta conformidad salió de la ermita, con esta buena determinación entro en Soria, con que no podrá decir que su mala estrella le encamina si la falta de virtud le precipita. Entró, pues, Carlos en Soria un día de mercado, donde reparó, aunque de paso, que a diferentes tropas de labradores se desocupaba la plaza, deseosos de volver al retiro de su aldea, y porque el que desea aprovechar todo lo convierte en ganancia, ponderó la prisa de la vuelta de aquellos labradores, juzgando que quizá era ocasionada del recelo que tenían del pegajoso mal del vicio de la ciudad. Con esto puso término a la jornada, aportando a casa un caballero, de los muchos de aquella antigua Numancia.

No halló al dueño en casa, pero los criados le franquearon un cuarto observando el orden que les tenía dado don Francisco su señor, el cual apenas fue avisado de la venida de Carlos cuando con todo cariño y cortesano trato dio la vuelta a su casa, donde halló a Carlos, a quien tanto deseaba agradar, pues podía solicitar la ocasión para dar a entender no se le olvidaban los beneficios que había recibido de su tío, porque un pecho noble vive siempre anhelando por pagar obligaciones. Al punto le hizo acostar para que descansase del maltrato del camino, con que habiendo cenado le dio lugar al descanso. No cumplió Carlos con los buenos propósitos que tenía, pues veló toda la noche empleado en la memoria de su ausente doña Beatriz. ¡Oh, qué fácil es el prometer, qué dificultoso el olvidar!

Obligado del desvelo, se quedó en la cama hasta muy tarde, tiempo en que se levantó para que le tomasen las medidas para un vestido, con que mientras se acababa le visitaron todos los amigos de su huésped, que fue lo más granado del lugar, con que en el cuarto de Carlos fue aquellos días la conversación, de que resultó que los tahúres jugaron y los que trataban de las letras humanas se procuraron tentar los aceros.²¹⁵ Aquí entró Carlos, que, como forastero, lo miraron todos cómo pintaba. La primera suerte habló poco y a tiempo, porque es gran regla de la prudencia la moderación de las armas en los primeros encuentros; contó algunos chistes de la Corte, adornolos con sentencias, con que dio muestra a aquellos caballeros de que podía hablar en corro con toda aprobación. A pocos lances se

214.- Ya había preparado las mulas.

215.- Probar los ingenios.

hizo camarada de todos, que esto tienen los pocos años, que fácilmente se introducen a la amistad.

Entretenido con los divertimientos del lugar pasó algunos días Carlos, pero siempre congojado, porque le faltaba la debida memoria de su dama, por cuyas cartas suspiraba. Aumentósele la pena con la estafeta,²¹⁶ pues juzgando que con ella se acababa el torcedor de un imaginado olvido, halló que se aumentaba el rigor con la conocida falta de la memoria de doña Beatriz cuando la de su tío era tan puntual que no faltaba nunca, y en la presente estafeta le alentaba a llevar con buen ánimo los golpes de la Fortuna escarmenando en los sucesos que tocaba, pues los heridos no estaban de peligro y los sanos vivían con más regocijo de lo que él podía imaginar. Bien pudiera adivinar Carlos la novedad a no estar tan vendados sus ojos, pero el corazón noblemente apasionado no se sabe determinar a presumir mal de nadie; no obstante, la desconfianza de sí mismo le daba mucho que pensar.

Aquel día lo procuró divertir con la estafeta, en la cual escribió a su tío y a un amigo suyo con carta para doña Beatriz en que la acusaba de remisa en su cuidado. Envío a la estafeta, en cuya respuesta aguardó su consuelo. ¡Oh, qué de términos da a la esperanza un pretendiente como Carlos! Que aunque los divertimientos de los amigos eran grandes, pero no poderosos para facilitarle el alivio de sus penas,²¹⁷ porque una imaginación de un bien perdido no es fácil de reducir a que se olvide. En esta desesperación de sentimiento pasó Carlos dos meses, asido a la cadena de la angustia con sólo el alivio de la aduladora esperanza, hasta que dentro del pliego de su tío recibió una carta que decía así:

Carta de doña Beatriz

Por que no me ponga v. m. en otros más apretados lances que los pasados, le aviso que no se canse en escribirme, porque no ha de sacar más que molestarte. Suplícole descuide de mi memoria, porque tengo dueño menos espadachín y más celador de mi honra que v. m., a quien guarde Dios como desea ella.

Quedó Carlos, con tantos desengaños en tan pocos renglones, tan embelesado de la pena, que le obligó a su huésped don Francisco a alentarle, juzgando ser achaque que le privaba los sentidos, pero recobrado Carlos, dio por solución la pesadumbre que había recibido con el aviso que había tenido de la muerte de un amigo muy íntimo suyo. Bien entendió el cuidadoso huésped el achaque de Carlos, pero no quiso apurarle, porque reparó que un ahogo que no se permite a la noticia del amigo es desaire de la amistad si riguroso verdugo del que le padece, y así, no dándose por entendido dejó solo a Carlos para que a solas desahogase su pecho. No se acababa de persuadir Carlos a que era verdad lo que sus ojos examinaron en las pocas letras de la carta de doña Beatriz, porque como era contra el pundonor de su gusto, no le daba el crédito que merecía su letura. Buscó otro testigo en la carta de su tío, que confirmó la sentencia de muerte que tenía diciendo desta manera:

Las heridas de vuestros enemigos tuvieron más de ruidosas que de peligro. El vuestro me da cuidado, porque estos caballeros lo son tanto que tienen muchas causas por que buscaros: procurad estar con cuidado, porque quien tiene enemigos, y tales, no debe descui-

216.- El correo.

217.- Orig.: 'pena' (p. 70).

darse. Mi señora doña Beatriz, por poner en paz a sus cuñados, se desposó días ha con un primo suyo que desde que enviudó se había juzgado su esposo, pues había traído la dispensación.²¹⁸ El hecho ha sido acertado; procurad vos acertar en desengaños de que hay más mujeres en el mundo, y os podéis asegurar de que no os faltará vuestro tío, etc.

Con esta carta acabó Carlos de persuadirse a que podía ser tan ingrata como mudable su dama, pues todo lo venerado de fineza era ficción de lo imaginado del vicio de su apetito. El tropel de ingratas correspondencias le dio a entender a Carlos que la fineza pasada de Toledo era liviandad lisonjera, que sus ansias eran falsas, que sus lágrimas en la despedida eran risa, pues a dos meses poco más de la falta de su vista eligió a otro galán por dueño. ¡Oh, qué cara se compra la experiencia de una ingratitud, pero qué barata si escarmentáramos con ella! ¡Qué rigurosas suertes hace en un corazón amante una no imaginada ingratitud, pero qué de dichas se le siguen al que, acabada la tempestad del rigor del sentimiento, cobra en bonanza de réditos sosiego de desengañado!

Rendido quedó Carlos al fatal destrozo del ahogo, postrados sus sentidos, arruinado su valor, con que desesperado de la pena que le atormentaba se salió al campo a desfogar en suspiros el incendio que atormentaba su consideración amorosa, juzgando que aflojarían el garrote²¹⁹ del dolor los repetidos aires de su respiración; pero aunque la campaña era apacible no hallaba vado al inmenso golfo²²⁰ de sus penas, porque si atendía al río, se congojaba al paso de la mudanza de las aguas; si a las flores, se enterneecía con su temprana muerte; si a los árboles, se fatigaba de verlos desnudos en invierno del ropaje con que los galanteó la primavera; si a las fuentes, se angustiaba de ver que su permanencia era el llanto; si a las aves, se condolía de oírlas quejar en lastimosos arrullos de las astucias del cazador; si a los brutos,²²¹ se asustaba en atender a celosos mugidos con que se querellaban de su prenda amada. Sólo en las peñas hallaba algún género de consuelo, que era ser siempre peñas a la resistencia de infortunios.

Entre estas congojas y fatigas, ahogado de la borrasca de pesares, pasó Carlos la tarde, hasta que las sombras precursoras de la noche, a fuerza de las ausencias del sol, le retiraron a la casa de la conversación, donde pensó hallar lo que en la soledad era imposible. Y por que la atención de sus amigos no se armase de presunciones con su silencio, ayudó el loable ejercicio de la política con algunos discursos varios hasta que llegó la hora de retirarse a su cuarto, donde por no permitir que sus penas saliesen a la plaza del conocimiento de los estraños se armó de prudente valor, retirando al pecho lo que no era bien que saliese en público. Pero toda esta prevención fue muy a costa de su salud, pues sin poder cortar la corriente de la consideración de la ingratitud de su dama, rebalsó²²² en su pecho el golfo inmenso de sentimientos, hasta que rompiendo los diques a la resistencia paró en una peligrosa enfermedad, a la cual atendieron sus huéspedes con gran cuidado. Llamaron los médicos, que cuidaron de las fatigas del cuerpo sin prevenir la causa de las angustias del alma, que reconocido por el prudente huésped de Carlos, les advirtió algo

218.- Autorización eclesiástica.

219.- Estrangulamiento.

220.- Mar abierto, fuera del amparo de la costa.

221.- Las bestias.

222.- Embalsó.

que su malicia pudo alcanzar de los sentimientos del enfermo, con que mudaron el modo de la curación recetando fomentos cordiales,²²³ ordinarios divertimientos, con que al cabo de dos meses se halló Carlos con disposición de buscar en la calle los desahogos juveniles: jugaba la pelota, las armas, los trucos,²²⁴ hacía mal a un caballo, salía a cazar de ordinario, con que poco a poco se divertió, olvidando la causa que le molestaba.

Sucediole, en un día de los que salió Carlos al campo, que su poca atención al freno de su vicio le ocasionó un tropiezo, que como mozo tan descuidado de sí mismo, cayó al primer encuentro de las astas. Había en aquella ciudad un caballero que, aunque peinaba canas, no acababa de tenerlas en la debida atención, pues con hijos y años no había logrado el dejar vicios. Este tal habiendo venido²²⁵ a la Corte a sus pretensiones, o a lograr sus gustos en sus vicios, (que es lo más cierto), se enamoró de una dama cortesana de pocos años, con buena cara y mucha disolución. Ofreciósele dar vuelta a su casa, o porque había acabado con sus pretensiones o porque el dinero le había hecho falta (que es lo más natural en hombres viciosos). Él no se persuadió poder pasar en su tierra sin el halago de los amores de doña Francisca (que este era el nombre de la dama), a quien solicitó a que dejase a Madrid para irse en su compañía a su casa, donde sería señora de su hacienda, del gobierno de sus hijos, a título de doncella pobre que procuraba servir para pasar su vida. ¡Oh, lo que hace el vicio!

Fácil fue la reducción de la dama, pues no podía perder nada en la mercadería porque todo era ganancia, y así, al punto se dispuso para acompañar a su galán. Volvió a sus dueños las pocas alhajas de su casa, pagándoles el alquiler, y con sólo un vestido al uso, dos camisas, medio espejo, un baúl a medio llenar de zarandajas de mujer de su trato, hizo su camino, acomodándose en una mula, en compañía de su Macías, con el cual entró en Soria, en su casa, a título de doncella de labor, mujer muy honrada, de grandes prendas, a quien la pobreza la obligaba a servir, y la compasión a que la amparase aquel caballero. Con todos estos títulos tomó posesión de la casa, de las llaves y de todo lo que había, haciéndose señora de todo, con que cortaba a su gusto como si fuera cosa propia, de que resultó que a pocos días se pusiese en igual esfera, y aun en mayor, que las hijas de su dueño.

No la sufrió el corazón dejar de usar de sus buenas habilidades, porque el hábito del vicio sólo con la penitencia se deja. Paseaba el lugar un caballero mozo, hecho de alcorza,²²⁶ con visos a lo francés, con brío a lo español, el cual gobernado de sus pocos años, o de sus muchos antojos livianos, enamoraba a todas cuantas topaba. Encontró con doña Francisca, a quien envidió²²⁷ de recio con su amor cuando ella le admitiera con menos punto; galanteola a lo tierno, arrullola a lo dulce, mirola a lo chulo y paseola a lo temerón,²²⁸ con que a pocos lances del galanteo se hizo gachas²²⁹ la moza por los pedazos de don Jerónimo (que este era el nombre del galán) desechando por viejo a su dueño, a quien trocó por los amores del Adonis soriano, admitiéndole dentro de su casa quebrantando los fueros de la

223.- Alimentos vigorizantes.

224.- Antecedente del billar.

225.- Entiéndase 'ido, acudido'.

226.- Pasta de azúcar.

227.- Invitó, incitó.

228.- Valentón.

229.- Si hizo papilla, se deshizo.

nobleza; pero ¿qué no hará una liviana mujer con un mozo aconsejado²³⁰ del apetito? No se pudo esconder a los ojos de muchos el mal cobro que ponía doña Francisca en la casa de su dueño, con que fue fuerza que lo llegase a entender el pobre caballero, que como fue postrero en las noticias, venían ya tan otras, que no entendió más que don Jerónimo le galanteaba a su doncella, con que sin dar cuenta a nadie, el enamorado viejo le traspuso a doña Francisca en una aldea de que era señor, por apartarla de las ocasiones de la ciudad.

En este paraje estaba doña Francisca cuando Carlos, una mañana, se divertía en la caza junto a su mismo lugar al tiempo que la tal mozuela, que o por divertir solitarias melancolías o por tomar el sol en el campo se asomó a las eras del lugar, donde los galgos venían dando alcance a una liebre, de la cual casi en sus mismas faldas hicieron presa, tan gustosa para Carlos, que viendo el aire, el garbo de la dama, se apeó gozoso del suceso, con que cogiendo la liebre, se la presentó a doña Francisca, diciéndola que supuesto que los perros habían andado tan galantes que a su vista habían hecho el teatro de sus vitorias, se sirviese de admitir el despojo que la rendía a sus plantas juntamente con su persona, tan muerto a violencias de su ojos como el fugitivo animal que la presentaba.

Admitió la ofrenda la liviana si desvanecida mozuela, no tanto por el agasajo cortesano como por el que tan galán como discreto, entre burlas y veras la decía su amor, de que gustó por el breve tiempo que le permitió la censura del villanaje cuidado, que no fue tan poco que faltase para enseñarle la casa con una ventana que caía a un pequeño jardín cercado de unas tapias bajas, por el cual podrían,²³¹ la vez que quisiesen, comunicarse. Con esta conformidad se dividieron los dos, y no sé cuál dellos más picado; lo que se puede entender es que cada uno tuvo bien que hacer en atarse las heridas, de que se les iba mucha sangre. Retirose doña Francisca a su estancia con harta pena de que se le fuese tan en breve el pájaro de las manos, pero como el ejercicio era de caza en el campo del amor mundano, bien se prometió que caería Carlos en la red de sus amores. No estaba tan poco asido a la cruel si pegajosa liga de su vicio que olvidase la ocasión presente.

Todo el día anduvo Carlos en el campo, trazando siempre cómo volver a ver aquella noche a doña Francisca. Dispúsole de manera, que lo ejecuto fingiendo con los compañeros un negocio preciso, con que se aparto dellos diciéndoles que se fuesen poco a poco, que él daría la vuelta presto, que los alcanzaría. El cuidado le puso diligentes espuelas, con que llegó media hora de noche a la aldea donde vivía doña Francisca; dejó su caballo cercano a las tapias del jardín, que con facilidad asaltó por ser bajas; pero al primer encuentro de la conversación de su lascivo antojo oyó decir: «¡Tírale, que él es!». Al punto le tiraron un arcabuzazo, a cuyo ruidoso exceso se arrojó de la tapia a la calle, donde atendió que venía gente; fuese retirando con diligencia, montó en el caballo al tiempo que le acometieron tres villanos con determinado coraje; recibíolos Carlos con la espada en la mano, dando vuelta sobre sus contrarios con tan buen ánimo, con tanta presteza, que al uno atropelló con el caballo y a los dos hirió de dos cuchilladas, con que puso pies²³² al caballo, que a larga rienda le volvió a Soria, donde le aguardaban con gran cuidado, pero viéndole venir sin riesgo se sosegaron, y por desmentir sospechas fue luego a la casa de la conversación, don-

230.- Orig.: 'aconsejadodo' (p. 75).

231.- Orig.: 'podria' (p. 76).

232.- Picó espuelas.

de llegó nueva cómo viniendo don Jerónimo aquella noche de su aldea tuvo una pendencia en el camino de la cual salió mal herido; mas como la mala opinión ocasiona sospechas asegurándolas por verdad, al otro día se dijo y se certificó en el lugar que don Jerónimo había sido a quien habían tirado el arcabuzazo en la casa de doña Francisca, que él había herido a los criados pretendiendo escalar la casa de un tan gran caballero como su dueño. Esto aseguró la malicia, ayudada de la mala opinión de don Jerónimo, con que fue fuerza darse por entendido el enamorado si vicioso viejo, aguardando a que sanase don Jerónimo para tomar dél la satisfacción de su duelo. El desempeño fue en la plaza.; salió herido en una mano don Jerónimo, con que los duelistas sentenciaron estaba satisfecho el duelo. En este ajustamiento entró Carlos, que por ser el viejo muy suyo,²³³ le dio la mano para todo.

De aquí resultó que doña Francisca volviese a la ciudad, donde estuvo muy recoleta hasta que Carlos, con la licencia de amigo de su dueño, la relajó de su austeridad, porque como Carlos era tan continuo en su casa por la estrecha amistad que tenía con su viejo galán, fue fácil trabar el empeño sin notable nota de lo público. ¿Quién le dijera a Carlos, un año antes, que la voluntad de doña Beatriz, que tanto le costó, la había de estragar por una distraída mozuela? ¿Quién imaginara que la fogosa llama del amor de doña Beatriz se mudara con el aire de una honrada desgracia? Nadie; pero si el amor pasa a vicio, cuando se imagina que crece acaba con ruidoso si repentino accidente.

CAPÍTULO VIII

Relátanse algunos lances del empeño de doña Francisca, hasta que por el postrero la deja Carlos

QUE lo puro fragante de una rosa, ocasione en la dama antojadiza arrojos cortesanos para cogerla no hay de qué admirarse, porque lo fragante puro, aunque insensible, incita a poseerlo. Que la flor que guardada de las conchas de las espinas cueste sangre al que gusta de destronarla²³⁴ del trono de su jurisdicción no admira, por que quien pretende con antojos violentos no cuida de la sangre que le cuesta la sazón que ha deseado para poseer. Que obligue a afanados sudores el desasir el oro de los brazos de la tierra, vaya,²³⁵ porque la ambición siempre trabajó para atesorar. Que el apetito humano se incite del donaire modesto de una perfecta hermosura, ¿quién se maravilla a lo mundano?²³⁶ Pero ¿quién no se asombra reparando en un racional picado de presunción que sin ser rosa una liviana mozuela se desacredita por comunicarla. sin ser flor se desangra la honra por cogerla, sin ser oro afana por poseerla, sin ser honesta hermosura se embriaga de manera que la estima por rosa, que la coge por flor, que la busca por oro, que la ronda por dama, siendo así que ni es rosa ni flor, ni oro ni dama, porque

233.- Por tenerle confianza.

234.- Orig.: 'destronarla' (p. 78).

235.- Es comprensible, no es extraño.

236.- Al uso general, a día de hoy.

no tiene de rosa más que el mentido color, no siendo flor, y no tiene de dama más que el habérselo llamado?

Que los extremos de galán vicioso de Carlos se empleara en la pretensión de doña Beatriz, que la vida fuera poco en su estimación para sacrificarla a las aras²³⁷ de su gusto, vaya, porque lo razonable, aun para Dios tiene alguna disculpa; pero que por una mujercilla liviana, sin honra, sin prendas, sin buena opinión, aventure la vida, malbarate su crédito, ultraje el pundonor, o es linaje de locura o una total desesperación de arrojo vicioso, pues sin ser vanidad que le despeñe, se expone a perder lo precioso de la opinión, que es la honra. Muchos fueron los lances en que pudo escarmentar Carlos; pero el vicio le tenía tan ajeno de la razón, que aunque las experiencias se atropellaban unas a otras por darle a entender su despeño, su apetito vicioso, que cegaba a su voluntad, no acababa de rendirse a los preceptos del entendimiento para que conociese su mal empleo.

Entre la chusma de la baraja de danzantes de la escuela de doña Francisca había uno a quien ella favorecía con más secreto; que aunque eran muchos los penados, tenía tan buena habilidad doña Francisca, que, siendo tantos los que pellizcaban la rosca,²³⁸ ninguno se encontró jamás con otro, con que Carlos (a su parecer) vivía muy seguro de la voluntad de su dama; pero por que no se fuese alabando de que era solo el correspondido, le dio su liviandad en el juego de su vicio con los ochos y nueves²³⁹ en la cara. Diole a entender su dama que gustaría de un poco de arroz con leche, el cual con gran puntualidad procuró Carlos que se hiciese en un convento de religiosas, con que con todo aseo se le remitió con un criado a título de que iba para el dueño de la casa, por si acaso tropezase con él. Recibió doña Francisca el agasajo acompañado de una décima; despidió el criado, trasladó²⁴⁰ la décima de letra ajena, y con la persona que la servía de tercero²⁴¹ en la correspondencia de don Luis se le remitió con los versos, haciendo fineza de su infamia dando por dueño del cumplimiento de su antojo la atención de don Jerónimo (que era el galán con quien trazó el primer galanteo, por cuya causa la retiraron al aldea).

Festejó don Luis la fineza, con que sin reparar en lo que hacía, dejó sobre un bufete la porcelana al tiempo que pasaba por la calle Carlos con otro amigo. Don Luis se asomó a la ventana, siendo fuerza el saludarlos, y como estaba satisfecho del favor de su dama reventaba de hartazgo, por cuya causa llamó a los dos amigos para que gustasen de aquella sazónada vianda. Miró Carlos la porcelana, que aunque le pareció que era la misma con que había regalado a su dama doña Francisca, no obstante, no se persuadió a la verdad, porque el empeño del vicio, hasta del conocimiento natural priva. Comió Carlos con su amigo del regalo, pero con algún escrúpulo celoso, que por apurarle le dio tormento de preguntas a don Luis, a quien fue menester poca tortura para trocar en cuartos²⁴² de publicidad lo que había recibido en plata del secreto: a la primer pregunta sacó la décima, escrita de mano de una hija del dueño de doña Francisca. Con grandes misterios, preñeces

237.- En aras, en beneficio.

238.- Un tipo de tarta.

239.- Malas cartas.

240.- Hizo una copia.

241.- Intermediario, cómplice.

242.- Monedas de cobre con valor de 4 maravedís.

y visajes²⁴³ reveló el secreto; aunque calló la persona, dijo que una persona de gran calidad le había favorecido con la sazón con que otro galán la había regalado, que leyese la décima, porque era de buen gusto. Tomó Carlos el papel, y sin saber lo que se hacía le leyó, que fue harto, según era su turbación. Oigámosle ahora mientras le lee, más turbado de la décima que confuso de la letra:

Habrá, señora, quien crea
que ha salido tu cariño
de las mantillas de niño
si así la leche desea;
pero aunque gigante sea
tu amor, mi atención previene
que obedecerte conviene,
pues aunque te sepa mal,
dirás de regalo tal:
«Con lindo arroz se nos viene».

Acabó Carlos de leer la décima, que festejó con grande risa por que nadie entendiese que era él el autor della. No quiso apretar a don Luis para que le dijese quién era la dama que le había regalado con tanta fineza, porque harto claro se conocía que era doña Francisca. No obstante la rabia de Carlos, solemnizó el regalo, y por divertir el tiempo se salieron todos tres hacia los portales²⁴⁴ de El Collado,²⁴⁵ cada uno con diferente capricho de sentimiento, porque don Luis reventaba de favorecido, el amigo anhelaba por saber el sujeto de el empleo, Carlos rabiaba de que durase tanto el día, pues pensaba con la noche vengarse de doña Francisca. Pero como el tiempo corre, llegó la hora en el caduco dueño de doña Francisca salió a conversación, con que tuvo Carlos lugar de entrar en su casa, donde halló a su dama con gran desahogo, sin temor alguno de su mal proceder (porque es crédito muy antiguo de la maldad la disimulación en el agravio).

Preguntola Carlos si la había sabido bien el cumplimiento de su antojo, pero ella, como tan sagaz, respondió que no lo había gustado, porque había regalado a una amiga con la sazón de sus atenciones. Al punto entendió doña Francisca el enfado de su galán, con que puso todo cuidado en disuadirle de su enojo, para lo cual se valió del cariño hechicero con halago; preguntole qué le molestaba, pues tan a secas trataba sus caricias, pero como la voluntad ofendida no sabe disimular, rompió la nube de el silencio pretendiendo anegar en desazones a la que le había ofendido tan vivamente en el gusto, que, reconocido de doña Francisca, temió el desaire de Carlos, que remataba con ausentarse de su vista. Asiole de la capa, atravesose en la puerta, con que no le dejó salir; forcejaba Carlos, pero doña Francisca le dijo no se había de ir sin que primero la oyese su descargo, y como la voluntad de cualquier razón se paga, se determinó Carlos a oír a la que entre lágrimas y sollozos le decía que era un mal caballero, ingrato a tan arrojada voluntad como la suya, que se lucía poco la noble sangre heredada de sus padres, pues con discreta presunción infamaba a

243.- Reservas y muecas.

244.- Soportales, se entiende.

245.- Popular calle de tiendas.

una mujer desgraciada por pobre, afligida por amante, desacreditada por amor; que para que se certificase de la verdad a que le obligaban sus sentimientos indiscretos atendiese a sus tan verdaderas como rendidas razones. Porque don Luis hablaba con una amiga suya, a la cual había regalado con el agasajo que le había hecho, remitiéndola la décima con lo demás para que atendiese a la fineza que usaba con ella, pues lo que mi galán, a quien quería más que a mi alma, me enviaba, con eso mismo sin pellizcarlo la servía.

—Este es mi delito. Claro está que no hay otra cosa, porque si don Luis fuera regalado de mi parte y no de la amiga, era fuerza que la décima fuese la misma, o trasladada de mi letra con papel de la propia; pero no siendo así, bien reconocida está la falsedad de la calumnia. Si la amiga le quiso picar a don Luis con aquella treta, no era bien que, teniendo la culpa, pagase yo la pena.

Con estas razones enlazó lágrimas, sollozos, ansias, juramentos, caricia, súplicas, cariños, con que Carlos, que era el ofendido, rendido al golpe de simuladas satisfacciones, la pidió perdón de su enojo, dando por razón que celos tan bien²⁴⁶ fundados no eran culpables. Muy alegre quedó la taimada mozueta viendo el rendimiento de Carlos, con que ya le tenía deslumbrado, más sujeto a sus halagos, los cuales volvió a repetir para asegurar más la voluntad de su galán, el cual solenizó las paces con nuevos rendimientos, formando cuestión²⁴⁷ de que era desgraciada la mujer que perdía el gusto de sus empeños por unos falsos aunque bien fundados celos. En esta conversación les cogió el aviso de que era ya hora de que su propio dueño viniese a su casa, con que se apartaron los dos amantes, Carlos a rumiar la dicha de la solución de sus celos, doña Francisca a dar gracias a su buena habilidad de que la había sacado del empeño; de que podemos sacar que es desgracia de la bondad el ser siempre engañada. No lo entendió así Carlos, antes se persuadió a que era pagado en moneda corriente de buena voluntad; pero no le duró mucho la satisfacción de su gusto, pues no le conservó el contento, cabales, veinte y cuatro horas.

Encontróse al otro día con un amigo, el cual le aplazó²⁴⁸ para después de comer, porque necesitaba de su lado para un negocio de mucha importancia, que le aguardase en la puente junto a San Agustín.²⁴⁹ Con este cuidado, en acabando de comer Carlos, se fue paseando a la puente, donde aguardó a don Antonio (que este era su nombre), pero antes que llegase oyó Carlos ruido fuera de la puente, donde se acercó por saber la causa de tanto alboroto. Halló a un criado de doña Francisca que procuraba maltratar a una mujercilla, la cual se deshacía a gritos. Llegó Carlos, moderó al criado, el cual le contó cómo aquella mala mujer había sido tercera de su moza para que le encornudase; que votaba a Cristo que si su merced no llegara la había de hacer echar la hiel por la boca, porque era una hechicera alcagüeta.

En este tiempo asomó don Antonio, que viéndole la mala hembra, levantó el bramo pidiendo venganza del lacayo. Quiso saber don Antonio el suceso, con que fue fuerza que Carlos se le contase, pero antes hizo señas al lacayo para que se retirase, como lo hizo, en el

246.— Orig.: 'tambien' (p. 85). No anotaré otros casos.

247.— Proponiendo.

248.— Orig.: 'aplacò' (p. 83). Quizá no sea errata, sino una 'ç' rota o mal estampada.

249.— El convento se ubicaba junto al popular Puente de Piedra sobre el Duero. Fue demolido en el s. XIX.

convento de San Agustín, de adonde se escapó. Corrido²⁵⁰ quedó don Antonio sabiendo que el lacayo era su competidor en el gusto, por cuya causa le quiso buscar para romperle la cabeza. Detúvole Carlos previniéndole que era ido, que con la pesquisa se alborotaría el barrio, con que se barajaría la ocasión que buscaba. Ya la mala hembra le había dicho a don Antonio cómo en su casa estaban las mujeres que buscaba, a las cuales había venido siguiendo el lacayo, el cual porque no le había dejado entrar adonde estaban aquellas señoras la había dado de puntillazos, con que había juntado gente; que diese la vuelta por que se sosegase el barrio. Aunque corrido don Antonio, trato de dar satisfacción a Carlos, a quien dijo:

—Yo os he traído aquí para que me guardéis las espaldas de dos hombres que esta mujer me ha dicho que la siguen; que según lo que ha pasado, juzgo que el uno debe de ser este lacayo, el otro será su semejante, de que estoy corrido, y casi determinado a darla de bofetadas.

—No me parece que tenéis razón —respondió Carlos—, porque el gusto es libre, con que al lacayo le²⁵¹ pudo parecer bien aquella mujer y antojársele a ella a un lacayo y aun ciento, en que no tiene culpa, antes se la debe alabar que teniendo gusto la caíl le descartó por subir a la esfera de señor.

Cuadrole a don Antonio el consejo, con que por hacer tiempo dieron la vuelta a una ermita que se llama San Juan de Duero,²⁵² de adonde, viendo sosegado el barrio, volvieron a casa de aquella infame mujer, donde al tiempo de querer entrar salieron de rondón²⁵³ dos mujeres tapadas, con tanta resolución de escaparse, que por más que las instó don Antonio, no fue posible el detenerlas. Bien conoció Carlos que eran doña Francisca con su criada, pero no quiso darse por entendido por no hacer duelo del caso, que con la publicidad no era fácil de ajustar. Siguió a don Antonio, que las iba dando alcance, el cual sin más tormento que una pregunta confesó ser doña Francisca con su criada. Sintiólo Carlos, como poco versado en semejantes lides, pero desimuló, porque es crédito del juicio el ocultar una pena. Al subir hacia la plaza se le cayó a doña Francisca una liga, cuya falta no sintió con la fatiga que iba, cuando el cuidado de Carlos le hizo dueño del despojo²⁵⁴ que dejó el enemigo que huía; pidióle don Antonio la prenda, a que respondió Carlos que a él le cabía la liga²⁵⁵ cuando el pájaro le tocaba a don Antonio.

Muy apretada se vio la infiel mozuela viendo que la seguían los pasos, con que determinó seguir el camino de la Plaza, donde halló al Corregidor, al cual le dijo que la importaba la vida, con la honra, en no la siguiesen Carlos y don Antonio, los cuales conociendo el empeño en que los ponía doña Francisca con el Corregidor, se detuvieron con él sin darse por entendidos, con que el Corregidor no tuvo que mandarles ni ellos el empeño de no obedecerle. Traspuso la mañosa mozuela la calle, con que a pocos pasos se halló en su casa, donde al punto reconoció la falta de la liga que se le había caído; preguntola a la criada si la había visto, la cual respondió que le pareció haber visto a Carlos bajarse a coger de el suelo una cosa verde. Con este testigo se dio por condenada en su delito la viciosa mujercilla; pero como la sagacidad acompaña de ordinario la prontitud de el femíneo sexo, no per-

250.— Avergonzado.

251.— Orig.: 'la' (p. 84).

252.— La ermita de San Saturio, aguas abajo del antiguo monasterio de San Juan de Duero.

253.— Sin atender a nada, sin contemplaciones.

254.— Botín.

255.— La sustancia pegajosa que se pone en las ramas para atrapar pájaros.

dió doña Francisca el ánimo, antes con prompta solicitud envió a la criada por tafetán²⁵⁶ de el mismo color, con que con unas²⁵⁷ puntas²⁵⁸ que tenía como las otras, dentro de dos horas se halló con ligas bastantes a ligar a otro menos experto que Carlos.

El cual rumiando sus pesares, gastó todo el día en las conversaciones de amigos hasta que la noche le retiró a su casa, donde al querer entrar en su cuarto se le fueron los pies, con que fue fuerza hacer el reparo con las manos, accidente que se las maltrató. El mal suceso de aquella tarde tenía a doña Francisca puesta en cuidado de espiar a Carlos, de quien supo al punto la caída, con que, valiéndose de la ocasión, le envió un azafate²⁵⁹ de dulces con un vidrio²⁶⁰ de agua de olor, cuatro barro²⁶¹ y las ligas, con un papel en que con maña industriosa le daba a entender recibiese las ligas para vendarse las manos. No quiso Carlos pasar la treta sin dar señas de la falsedad, y así, la volvió las ligas respondiéndola en el mismo estilo, dándole a entender que no había más liga que su voluntad, la cual solicitaba volviesen a su dueño para que con perfecta salud las pudiese gozar en más amoroso lazo. Este achaque le duró a Carlos algunos días, en los cuales divertía el medroso escrúpulo de doña Francisca con papeles para que se asegurase de que no era entendido su mal trato; pero el sentimiento de Carlos velaba por coger a doña Francisca en el lazo, lance que no alcanzó la presumida maña de la mozueta, la cual, pues, asegurada de su presunción, se dejó arrastrar de su vicioso trato sin consideración de que era conocido su mal término.

Con todo disimulo aguardaba Carlos el lance, juzgando (y bien) que la reclusión que tenía en su casa por causa de su achaque había de ocasionar en doña Francisca seguridad desenvuelta para lograr su viciosa torpeza, que la sacó de su casa para la de aquella vil tercera que vivía más allá de la puente; de que fue avisado Carlos, el cual reconociendo el empeño, sin más consideración se fue derecho a casa de aquella mala mujercilla, tercera del Demonio. La cual como vio que Carlos se entraba en su casa sin el beneplácito de su voluntad, le defendía la entrada diciéndole que no entrase en su casa, que no la desacreditase, que harto malas aventuras había pasado por los hijos de vecino del lugar²⁶² sin que hubiese uno que la hubiese amparado, que a no ser su dinero hubiera padecido su honra en poder de Justicia; que se fuese con Dios, que no alborotase el barrio. Esto lo decía a grandes gritos, de que no hizo caso Carlos, con que sin embarazarle el aullido de sus voces se entró hasta la puerta de un mal aposentillo donde reconoció dos mujeres tapadas que procuraban retirarse para encubrirse de su pesquisa; pero no les valió la diligencia, porque el fuego de la ofensa encendió la pólvora de la cólera, que sin atender a respetos descubrió a²⁶³ doña Francisca con su criada, que sin valerlas súplicas, lágrimas, bien fingidas disculpas, las llenó de bofetadas, con que se volvió Carlos al lugar dejando a doña Francisca con la paga merecida a su alevoso trato.

256.- Tela de seda.

257.- Orig: 'vna-' (p. 85).

258.- Puntillas, encajes.

259.- Bandeja.

260.- Botellín, frasco.

261.- O 'búcaros': vasillos hechos de barro oloroso.

262.- Sus conciudadanos.

263.- Orig.: 'a à' (p. 86).

Muy ahogada de pesares quedó la viciosa mozuela viéndose cogida en mal acento, maltratada de palabras, ultrajada de obras; todo incentivos para que su vil pecho propusiese vengarse de Carlos hasta quitarle la vida. Para cuya ejecución trató su mal intento con un lacayo de su casa (con quien también se pellizcaba), con el cual ajustó que le quitase la vida a Carlos fuese como fuese, que le daría trecientos escudos, con un caballo con que pasase a Aragón. Acetó el pícaro el concierto, con que trató de espiar a Carlos para quitarle la vida con toda seguridad.

Algunos días se pasaron, hasta que una noche, viniendo Carlos de rezar a la Virgen del Espino,²⁶⁴ traía un libro en las manos, que por desembarazarse para tomar el rosario, le ató de las correas en la petrina.²⁶⁵ Bajaba Carlos hacia la puente por un mal camino pedregoso; venía rezando cuando reparó que le seguía un hombre a paso largo, que al emparejar con él le tiró una estocada milagrosa, a que hizo venturoso reparo el libro que llevaba asido de la petrina; desenvolviose Carlos, y a pocos lances hirió a su contrario con tan bien afortunada ejecución que cayó rendido a sus pies pidiendo confesión. Como era el lugar tan apartado de el bullicio de la gente, tuvo tiempo Carlos para hacerle rendir la espada y reconocer al que le quiso quitar la vida que milagrosamente Dios le había guardado: conoció que era el lacayo de doña Francisca, al cual procuró alentar para que ayudado de sus alientos se fuese a curar del alma y cuerpo.

Esforzose el pobre herido, con que con el arrimo de Carlos pudo llegar a casa de un cirujano. En el camino, sin más tormento que su aflicción, le declaró el lacayo cómo su ama doña Francisca había sido la causa de su loco atrevimiento; que no contenta con sus vicios, vengativa y sangrienta, le había obligado con regalos, con cariños, con dinero, a que le quitase la vida, para cuya ejecución había muchos días que le andaba espiando hasta que halló aquella ocasión, de la cual, por justo castigo de Dios, salía tan mal herido que, según se sentía, juzgaba era llegado el fin de su vida, por cuya causa hacía aquella declaración, la cual haría ante un escribano si Dios le daba vida. No permitió Carlos que pasase adelante con su determinación el pobre herido, a quien pidió ocultase el delito, porque de su publicidad no se seguía más que infamar a una mujer que estaba en buena opinión. Tan bien lo supo disponer Carlos, tantas razones le dio, que le obligó al herido a darle palabra de callar.

En esto llegaron a casa de un barbero,²⁶⁶ donde le tomaron la sangre; de allí le llevaron a casa de su amo, el cual le preguntó que quién le había herido, a que respondió que tres hombres le habían acometido entre las cercas que bajan de la Virgen del Espino al río; que procuró retirarse, pero que no pudo, que le dieron aquellas heridas al tiempo que llegó Carlos, a quien debía la vida, porque con su socorro se retiraron sus enemigos. Con esto satisfizo a su amo, pero no lo quedó doña Francisca, porque, como era delincuente, cualquiera sombra la amenazaba sangrienta, y así, apenas salió su amo de casa cuando bajó al aposento del lacayo, el cual con voz funesta y dolorida le contó todo el suceso, añadiendo el afearle su tan ingrata como infame pretensión contra un caballero tan honrado que pudiendo quitarle la vida con tanta razón, no lo hizo, que pudiendo vengarse de su infame proceder la perdonó generoso obligándole a que no hablase palabra: acciones todas que

264.- La Patrona de la ciudad. La iglesia está en el límite de la ciudad, junto al cementerio.

265.- O 'prteina': cinto.

266.- 'Cirujano' se leyó arriba. El oficio, además de la barbería, se extendía a la cura de heridas.

obligaban a que como cristiana entendida le pesase de su malvado intento, procurando servir a tan noble caballero.

Aquí remató el pobre doliente su plática, con la cual quedó doña Francisca como fuera de sí viendo cuán airoso había salido Carlos de aquel lance, en el cual hallándola tan culpada, la perdonó su nobleza generosa. Embarazada se vio la astuta mozuela considerando la publicidad de su infamia perdonada tan noblemente; y como el femíneo discurso trabaja con presteza en encubrir sus faltas, procuró doña Francisca dorar²⁶⁷ las suyas con este breve papel:

Negaros, Carlos, mi delito fuera mayor agravio; confesarlo, es vergonzoso espectáculo que quien se vio querida confiese que ingratamente es culpada. Suplícoos que me sirva la confusión del castigo para que por lo menos me juzgue vuestra aunque vos no seáis mío, con que me servirá de gustosa pena conocer por dueño a quien venero obligada y rendida.

Recibió Carlos el papel, en el cual conoció la malicia de su dueño, con que se determinó a responder por que no entendiese que había obrado en él la treta del rendimiento (gran torcedor para un noble); y por que entendiese la menospreciaba, escribió esta décima de chanza en desquite de su mal trato.

Con el pasado suceso
he llegado a discurrir
que el amor ha de morir
aunque duro como un hueso.
Murió el mío de un exceso,
de que hay mucho que admirar
que así viniese a acabar
quien con píldoras curado,
purgado de resfriado
no muriese²⁶⁸ de purgar.

En el alma sintió doña Francisca el desaire, tanto por la pérdida de Carlos como por los temores que la quedaban de que se quisiese vengar su ofendido amante. Consolábase con que era noble, pero como conocía su ingratitud culpada no se aseguraba; pero como la voluntad viciosa, faltándole el vicio todo lo convierte en odio aunque experimente la nobleza del perdón, se revistió en vengativo encono cuando el Cielo dispuso que se ausentase Carlos, quizás porque la había perdonado su infame proceder o porque con nuevas experiencias, aunque rigurosas medicinas, sanase de la peligrosa enfermedad del vicio del amor.

267.- Disfrazar, disimular.

268.- Orig.: 'muriiese' (p. 89).

CAPÍTULO IX²⁶⁹*Sale Carlos de Soria, llega a Ágreda, de adonde da vuelta a Vizcaya y Navarra. Dase cuenta de los lances de su jornada*

DE la salada espuma del océano se levanta aquella montuosa línea, madre de tantas eminencias, y collados, a quien vulgarmente llaman Pirineo. Este tal corcovo²⁷⁰ de la tierra, prolongado pirámide de España, es árbitro juez entre dos jurisdicciones, dividiendo con toscas peñas y peñascosas líneas las Lises flores de Francia²⁷¹ de los Leones y Castillos de España. Bruto parto o rama adusta deste promontorio es aquel eminente collado de que tantas memorias suyas ocupan las antiguas tablas²⁷² de los siglos: Moncayo, que ya por la fertilidad de sus valles, ya por la dulzura de sus aguas, ya por la fragancia de sus flores, ya por la amenidad de sus cerros,²⁷³ ya por la fecundidad de sus pastos o ya por la célebre morada que en él tuvo aquel astuto ladrón Caco²⁷⁴ tan celebrado por sus hurtos (de quien acaso pudo hurtar el nombre), o quizás por las sangrientas y ruidosas batallas que en el teatro de sus faldas dio la valiente osadía de la gentilidad briosa,²⁷⁵ se eterniza en la memoria de los siglos; pero no contenta su fortuna con tantos aplausos de vitoriosas edades, le labró la dicha a lo moderno de la Ley de Gracia²⁷⁶ corona ilustre de gloria más que humana, pues en lo alto de su erguida frente se edificó un templo a la Aurora de la Gracia María, que por singular honor y lauro se apellida Nuestra Señora de Moncayo, donde permanece atalaya de sus dichas, laurel de sus glorias, corona de sus mayores felicidades.

A las vertientes de las frescas aguas desta elevada eminencia de Moncayo está situada una villa antiguo solar de la romana nobleza, moderno asiento de la calidad española, pues dentro de la capacidad de sus muros alberga antiguos solares de muy ilustres caballeros, como el mundo lo publica, siendo notorio por las hazañas de sus nobles hijos a las más remotas naciones. Ésta es Ágreda,²⁷⁷ cuya devoción, con católica fe de sus vecinos, se venera en la celebridad de la fiesta de Corpus con magnificas expensas, alargando a más días la festividad por renovar la memoria del milagro de la Virgen de Yanguas, que siglos ha obró haciéndose inmóvil contra la humana fuerza para que se reconociese el protervo corazón de un secuaz mahometano²⁷⁸ que en odio de nuestra santa fe menospreciaba la

269.- Orig.: 'VIII' (p. 90).

270.- Joroba.

271.- La flor del lirio formaba parte del escudo de los monarcas franceses.

272.- Quizá haya errata por 'fablas'.

273.- No se lee bien en el orig. Si dijese 'cenos' podría referirse a las cuevas del macizo, o a los valles.

274.- Bandido mitológico que tenía su guarida en el monte Aventino, una de las 7 colinas de Roma. Según cierta leyenda popular, Caco vino a refugiarse con el ganado robado en una cueva del Moncayo en tiempos que Hércules residía en Tarazona. Del combate entre ambos titanes surgieron los ríos y otros accidentes geográficos del macizo.

275.- Tiberio Sempronio Graco venció a los celtíberos a los pies del *Mons Chaunus* (o *Mons Caius*).

276.- La Teología distingue entre la Ley Antigua y la Nueva (o de Gracia).

277.- En la prov. de Soria, al E de la capital y en la vertiente N del Moncayo.

278.- Seguidor de Mahoma.

fiesta quebrantándola contumaz.²⁷⁹ A esta católica pompa de la fe, donde con triunfos humanos se celebraba los del Cielo, fue convocado el afecto cristiano de los convecinos lugares, y entre los demás caballeros le cupo a Carlos con sus amigos dejar a Soria o movido de la celebridad festiva o por apartarse de doña Francisca, la cual picada de los desaires de Carlos, buscaba con sangriento anhelo la venganza del descarte. Fueron todos hospedados en la casa de un caballero, que los regaló con toda ostentación.

Celebráronse las fiestas con comedias que representó Sánchez el Divino con su compañía. Hubo toros, en los cuales se ofreció un empeño con un caballero forastero, que al tiempo que le maltrataba una fiera llegó Carlos tan dichoso que de una herida le hizo el bruto rendir la vida a los filos de su espada. Fue muy celebrada la acción del brío de Carlos, por ser el forastero caballero amigo y Carlos dueño de la buena suerte, con la cual obligó al forastero a que le pagase en gracias de agradecido atenciones de valiente. Aquella misma noche le buscó para darle las gracias²⁸⁰ del socorro, por cuyo beneficio le ofreció su persona con su espada. Quedaron por esta causa grandes camaradas y amigos, tanto, que no se hallaba don Alonso (que este era su nombre) sin Carlos, y como vivían tan enlazados en la nueva amistad, se comunicaron sus sentimientos. Diole cuenta Carlos de su tragedia con que obligó a don Alonso a que le hiciese relación de los empeños del naufragio de su amor, que sin buscar más rodeos, dijo así el angustiado caballero:

—Mi patria es Zaragoza; mis padres, nobles y ricos, con que digo harto para creer que me criaron con toda pulicía²⁸¹ y regalo. He tenido una hermana, en cuya compañía me crie juntamente con una prima nuestra, que corrimos parejas en amor con voluntad de hermanos. Crecimos todos en pueriles cariños hasta que en la edad juvenil me enlazó el amor con las prendas de mi prima; reconocieron mis padres la conveniencia que tenía en el lazo del matrimonio con mi prima, que sabida su voluntad, trataron de enviar por la dispensación para unirnos en el suave yugo del matrimonio. En este paraje estaba mi fortuna, asegurada de la cariñosa correspondencia de mi prima, cuando el Demonio, que cuida siempre de embarazar la paz santa, incitó a un caballero del lugar al galanteo de mi esperada esposa, para cuyo efecto hizo grandes diligencias, hasta pedirla a mis padres, que como entendían su voluntad, le respondieron que estaba para mí la prenda, con que no había lugar su pretensión. No perdió el ánimo don Josep con la respuesta, antes picado de la espuela del imposible, se determinó a mayores solicitudes. El medio de la mañana le pareció más eficaz, ya que el de la fuerza²⁸² le despintaba²⁸³ su pretensión: rondó la calle, cohechó criados, inventó ardidés, hasta dar con uno con que puso en contingencia mi honra, mi vida y mi gusto.

Ganó a una criada confidente de mi prima, con tan irreparable lazo, que sólo Dios pudo remediar su traza. Pidió don Josep a la infiel sirviente un papel de la letra, con firma, de mi prima, que fue fácil el conseguirlo porque era ordinario escribir a una tía nuestra que estaba en un convento, con que haciendo perdidizo un papel fue fuerza escribir otro. Así

279.— Según la leyenda, una fuerza invisible detuvo la procesión al pasar por delante de cierta casa. La imagen se inclinó hacia allí, las puertas se abrieron y dentro se encontró un morisco que, no respetando la festividad, estaba trabajando.

280.— Orig.: 'gracias' (p. 91).

281.— Urbanidad.

282.— Orig.: 'fuerte' (p. 92).

283.— Desdecía, desmerecía.

se hizo; recibió don Josep la prenda sin voluntad de su dueño, con cuyo material trató de falsear la firma con la letra para que con fementido instrumento la ejecutase por esposa. El dinero todo lo vence, los ingenios traviosos de los hombres todo lo allanan, con que se ejecutó el intento con tanta propiedad, que nadie que la viese y conociese la letra de mi prima dudara de que era suya letra y firma.

Apenas se vio don Josep dueño del engañoso papel cuando trató de hacer gran ruido con su galanteo, siendo su intento embarazar de manera mi casamiento que de necesidad honrada le diesen a mi prima por esposa. Como las publicidades de don Josep fueron tan ruidosas, fue fuerza que mis padres le volviesen a desengañar de que porfiaba en balde, sin permitirme a que me diese por entendido por no embarazar con el duelo lo que la prudencia obediente ajustaba; pero cuando juzgaron mis padres que con el desengaño se apartase del intento don Josep, le hallaron tan empeñado en proseguir su pretensión como le aseguraba el instrumento del ardidoso papel de mi prima. Confusos quedaron mis padres con la cédula que les mostró don Josep, con que fue fuerza ceder del derecho de mi desposorio, asegurándole que nunca fue su intento forzar la voluntad de su sobrina, porque siempre habían juzgado era gusto suyo particular el matrimonio de su primo, pero que a vista de la experiencia de aquella cédula se desengañaban de su imaginada presunción; así, le suplicaban que aguardase a que volviesen de fuera mi prima con mi hermana, que estaban en casa de una tía suya, con que, supuesto²⁸⁴ que era gusto suyo, se efectuaría luego. Esta cesión fue al anochecer, en sazón que vino a asistir a mi padre un señor Regente del Consejo,²⁸⁵ a quien le dijo mi padre:

—Sea vuesa merced muy bien venido, que le estimo este favor con toda exageración, para que vuesa merced sea testigo de que no es mi intento violentar la libertad de mi sobrina.

Controle mi padre el caso, aprobó el Regente la determinación. No quisiera don Josep que se tomase en su presencia tan de veras la averiguación de su falsedad, y así, quiso irse, pero no se lo permitieron mi padre ni el señor Regente, con que le fue fuerza aguardar a que viniese mi prima, que a breve rato llegó de la visita, y antes que se quitase el manto la habló mi padre querellándose de su engañada imaginación, pues juzgaba que por su respeto²⁸⁶ la quería violentar su voluntad, y así, para que todos entendiesen que su intento no era más que darla gusto, la sacaba delante del señor Regente para que, pues su voluntad era la que explicaba aquel papel, reconociéndolo se ejecutase su gusto.

Oyó mi prima a mi padre, vio la cédula que le mostró con gran cautela el Regente, a que con gran valor, prudencia y disimulo respondió que era verdad ser aquella su letra, pero que no la había formado ella, porque siendo en la voluntad esposa de su primo don Alonso, ni cabía en su amor ni en su honor el obrar con tan vil término, pero que, dejado aquello aparte, quería saber quién era el que hacía presentación de la cédula, para darle a entender cuán engañado pretendía con tan infiel instrumento. Viendo el Regente la confianza con que mi prima hablaba, asió del brazo a don Josep diciendo:

—Veis aquí, señora, a quien vos negáis por esposo, siendo así que presenta por testigo esta cédula.

284.— De demostrarse.

285.— El Consejo de Aragón fue creado por Fernando el Católico y abolido por Felipe V. Para cada territorio de la Corona de Aragón, el Rey designaba 2 regentes o consejeros.

286.— El acatamiento que le debía. En el orig.: 'respero' (p. 94).

No lo había acabado de pronunciar el Regente cuando mi prima, asiendo la muleta de mi padre, dijo:

—¡Miente don Josep, como infame caballero! Y para que otra vez no se atreva a mujeres como yo, le señalo por atrevido.

Y dióle con la muleta, procurando retirarse a tiempo que don Josep solicitaba el alcance, que no consiguió por causa del Regente y de mi padre, que, aunque impedido, bastó para embarazar a don Josep; que viéndose cargado del duelo se procuró desahogar con mi padre, a quien señaló en la cara con la mano, con que se salió a su parecer muy airoso, pero cuidó de apercebirse sacando la espada para la defensa, de que necesitaba viéndose acometido de los criados que trataban de vengar la ofensa de su amo.

A este tiempo llegué yo, que sin saber el empeño detuve los aceros de los criados, con que di lugar a don Josep para que se retirase. Avisáronme cómo mi padre era el ofendido, con que seguí a mi enemigo, a quien di alcance obligándole a que tratase de su defensa, porque le acometía mi coraje deseando lavar con su sangre la mancha con que había afeado la cara de mi honra. Procuró defenderse con valor, pero no pudo prevalecer contra mi justicia: dile una estocada, obligándole a caer en tierra pidiendo confesión, que reconocido de mi piedad cristiana, le llevé a un convento donde recibió los sacramentos, declarando ante un escribano todo lo referido. Hízome llamar para pedirme perdón, de que resultó en mi corazón harta congoja, porque uno es la ley de Dios, que nos manda «No matarás», y otro es la ley del mundo, que se ha introducido en los pechos de los hombres que no miran a Dios. Al fin, don Josep acabó su vida a manos de mi dichoso acero; yo me ausenté de Zaragoza por dejar que desfogase el rigor de la Justicia, con el enojo de los parientes de don Josep, que Dios haya.²⁸⁷ Heme venido a Castilla, donde procuraré pasar mientras durare esta borrasca, la cual con vuestra amistad me aseguro²⁸⁸ parará en bonanza, con que me doy por bien afortunado en mis desgracias.

Correspondióle Carlos a su cortés exageración pagándole en rendimientos lo que le ofrecía en urbanidades cortesanas. Algunos días fueron los que asistieron en aquella villa entretenidos con la alegre urbanidad de sus nobles vecinos, que a todas horas procuraban festejar a los forasteros, hasta que fue avisado don Alonso cómo se decía que los parientes de don Josep trataban de salir a vengar su duelo, ocasionado de la muerte de don Josep, que, aunque bien merecida, las leyes del Demonio no se fundaban en razón. Con esta noticia le pareció a don Alonso que era prudente diligencia el ausentarse, por no aumentar nuevo encono a la desgracia pasada, con que imposibilitaba la razón del matrimonio de su prima, que tanto él deseaba.

Consultó su determinación con Carlos, que la aprobó, ofreciéndose a acompañarle en su peregrinación, ya que no tenía ocasión de embarazo, de que le dio las gracias don Alonso aceptando la palabra, con que trataron de prevenirse para el viaje, que como no era mas que a ver²⁸⁹ y ser vistos, fácil fue la prevención. Llevaron consigo a Andrés con otro criado de don Alonso, con que a últimos de junio salieron de Ágreda para Logroño, donde se apearon sin haberles sucedido azar en el camino. Pero apenas habían llegado a

287.- Dios tenga en su gloria.

288.- Orig.: 'aseguró' (p. 95).

289.- Orig.: 'auer' que habría de editarse 'haber' (p. 96).

la posada cuando llegó la Justicia, que sin alguna averiguación echo mano de Andrés, a quien con gran ruido del pueblo le llevaron a la cárcel aprovechándole poco su desahogo, pues iba diciendo a voces:

—Miren, señores, que yerran el golpe, porque juro a Dios que ha más de diez años que no hago por que me prendan con este ruido. Juro a Dios que espantan la caza: yo soy Andrés Roy, montañés honrado, criado de mi amo Carlos. Vamos a ver mundo y a que vean estas personazas de importancia, y nada desto es delito para que me lleven tan de tropel.

Pero aunque más dijo no le aprovechó para que le dejasen de embocar²⁹⁰ en la cárcel, donde le acomodaron en un calabozo con dos pares de grillos,²⁹¹ puesto a buen recado. Muy cuidadosos quedaron Carlos y don Alonso con la prisión de Andrés, para cuya soltura se fueron a casa del Corregidor para informarle de cómo era su criado, que había diez años que servía en su casa y dos que andaba a su lado sin apartarse. De todo esto le informaron al Corregidor, suplicándole le diese noticia de la causa de su prisión, porque según entendía era engaño, juzgando ser otro. Sonriose el Corregidor oyendo el informe que le hizo Carlos, a quien respondió que él estaba bien informado de que el delincuente era su criado, porque desde Soria le venía siguiendo persona que le conocía con una requisitoria para prenderle donde hallase mejor disposición.

—En Ágreda no pudo, porque vuestas mercedes eran allí poderosos, con que sabiendo que venían a esta ciudad se adelantó para hacer la diligencia que está hecha. El negocio no es de cuidado, con que vuesa merced puede estar sin él: la honra de una doncella que servía a un caballero anciano de la ciudad de Soria. Con casarse con ella acabamos con el pleito, con que paga lo que debe y vuestas mercedes saldrán deste embarazo.

Con esta noticia que les dio el Corregidor suspendieron las diligencias hasta hablar con Andrés, para cuyo efecto le suplicaron al Corregidor les diese licencia para informarse del preso, que según su dicho vendrían a la tarde a ver el expediente que se podía tomar en aquel embarazo. El Corregidor mandó a un alguacil que los acompañase hasta la cárcel, con orden al alcaide para que comunicasen al preso aquellos caballeros. Despidiéronse del Corregidor, fueron a la cárcel, donde hallaron a Andrés cantando jácaras muy sin enfado alguno, aunque enjaulado en un calabozo. Hiciéronle subir arriba, preguntáronle si debía la honra a alguna mujer, respondió que en su vida se había metido en puntos de honra. Hiciéronle otra pregunta: si en Soria había tenido comunicación ilícita con alguna mozuela. Respondió que él no trataba de acreditarse de santo, que al presente entendía no estaba en disposición de confesarse para hacer memoria de sus pecados, porque era largo de contar, siendo tantos los de gorrondas, que no le hallaba guarismo.²⁹²

—Pues, amigo —le dijo Carlos—, la causa de tu prisión es la deuda de la honra de una doncella. Míralo bien: si la debes, págala dándole la mano de marido, con que cumplirás con Dios y con tu conciencia; pero si no lo debes ten paciencia, que aquí estamos para defenderte.

290.— Introducir, meter.

291.— Grilletes.

292.— Que eran innumerables.

Quedó Andrés atolondrado oyendo a su amo el delito que le acomulaban;²⁹³ pero vuelto en sí se puso de rodillas en un escalón del calabozo; con las manos puestas,²⁹⁴ con voz lamentable, les suplicó le amparasen para que no lastase lo que él no había comido ni bebido, que era maldad insolente de alguna gorrana soriana que, perdida por sus pedazos o rabiosa de que se había ausentado, inventaba aquella infamia; porque si aquello se podía conocer por algún modo, él se sujetaba a que hiciesen en él cata y cala,²⁹⁵ con que a fuerza de experiencias visibles o tratables podría satisfacer a la Justicia probando cómo nunca había tomado la mano a cosa que fuese doncella, porque su paso había sido siempre llano, sin tropiezo, porque las escogía gallegas, que traían el testimonio de que no eran doncellas desde el padrón de Ferro.²⁹⁶ Fueron tantas las locuras que ensartó, que le dejaron. De vuelta untaron las manos al alcaide, con que le sacó del calabozo aliviándole de grillos.

Con esta confesión de Andrés procuraron ver la requisitoria, en la cual vieron que la que pedía su doncellez era la criada de doña Francisca que en Soria dio tan mal pago a Carlos. Avisáronselo a Andrés, el cual declaró cómo él no era comprendido en aquel caso, sino un lacayo de casa de doña Francisca que se llamaba Andrés Ruiz, el cual sabía él muy bien era amartelado del ama y de la criada, la una por su dinero, la otra por su gracia.

Visto por Carlos y don Alonso la declaración de Andrés, lo advirtieron al Corregidor, el cual respondió que no era juez de aquella causa, que en Soria se había de litigar, con que se determinaron a hacer un proprio²⁹⁷ con la declaración auténtica de Andrés, sin tomar en la boca a doña Francisca, que fue cuidado de la atención noble de Carlos, el cual con cartas para los amigos lo remitió con el proprio a Soria, donde los apasionados de Carlos hicieron la diligencia, de que resultó hallar ser verdad la declaración de Andrés. No obstante, la bellaca de la mozuela, viendo que se le había escapado el lacayo, quiso retener al que tenía asido, pero entró su amo de por medio con algunos de a ocho, con que declaró no ser Andrés Roy el deudor de su honra, sino Andrés Ruiz, con lo cual se dio despacho para Logroño para que saliese libre de la cárcel Andrés Roy.

El cual al cabo de quince días de prisión salió a acompañar en la jornada a su amo, a quien pidió con gran fuerza le hiciese merced de hacerle una jácara en que publicase al mundo su desgracia, que él prometía no cantar otra en su vida, en memoria de su prisión y soltura. No quiso Carlos que dejase Andrés de tener en coplas tan lastimoso caso, con que aquella noche en breve rato le compuso la jácara siguiente:

Andresillo el montañés,
 en la cárcel de Logroño
 aherrojado está dos veces
 por sus yerros o por otros.
 Siente el chulo con mil ansias
 que por descoser el forro

293.- Imputaban

294.- Como si orase.

295.- Examen profundo.

296.- La Cruz de Ferro, en lo alto del monte Irago, en el camino que seguían mozos gallegos para trabajar en la cosecha del trigo castellano y las mozas para ir a servir en alguna casa o mesón.

297.- Enviar un recadero.

le hagan pagar las hechuras²⁹⁸
 del sayo²⁹⁹ que rompió otro.
 Queréllase de Zamora
 de que calumnie aquel Dolfo³⁰⁰
 que no salió por la puerta,
 sino por postigo roto.
 Con Alonso³⁰¹ estaba mal,
 aquel rey tan manirroto,
 que asintió ser horadado
 del capricho de un rey moro.
 Quéjase³⁰² de la Justicia
 que hurtando la miel el oso,
 le quiera a él castigar
 por retozar con el corcho.
 La doncellez de una puente
 alaba por varios modos,
 que aunque más Tarquino³⁰³ el río,
 sin romper quedan sus ojos.
 Si de aquésta salgo libre
 (dice el montañés quejoso),
 aunque me brinde³⁰⁴ una flor,
 dará la respuesta un tronco.
 Pienso huir de los jardines,
 de los prados, de los sotos,
 por que a mí no me acumulen
 de sus flores los destrozos.

Gran gusto le dio a Andrés la jácara que compuso Carlos; tanto fue, que ni de día ni de noche los dejaba sosegar, porque como era jácara, con la libertad fuera de las molestias de la cárcel, a todas horas renovaba la memoria de el gozo de la soltura.

298.- La manufactura, la confección.

299.- Jubón.

300.- Estando el rey Sancho cercando Zamora, defendida por su hermana Urraca, Vellido Dolfos salió de las murallas con el pretexto de mostrar al rey un portillo por donde podría entrar en la ciudad. Exigió decirselo solas y le mató por la espalda.

301.- Alonso VI fue un tiempo prisionero del rey moro Almenón. Según una leyenda, fingía estar dormido en el jardín cuando en una junta del rey con sus caballeros se trazaba un plan para rendir la ciudad de Toledo. Cuando los moros advirtieron su presencia llegaron a echarle plomo derretido en la palma de la mano para asegurarse de que no fingía. Alonso lo soportó y consiguió engañarles.

302.- Orig.: 'Quexese' (p. 99).

303.- Sexto Tarquinio violó a Lucrecia, esposa de su primo, la cual se suicidó clavándose un puñal en el pecho.

304.- Me haga brindis, me invite.

CAPÍTULO X

Prosiguen los sucesos de la jornada de Carlos

COMO³⁰⁵ se acabó el pleito de Andrés trataron los dos amigos de hacer su viaje, ya que en Logroño no había qué hacer, pues en los días que habían estado en aquella ciudad la habían paseado hartos, con que se entretuvieron en ver y ser vistos: ordinario trabajo de la ociosidad con pocos años de edad. Llegó al fin la hora en que montar para hacer jornada, en la cual tomó don Alonso a Andrés por su cuenta, dándole vaya³⁰⁶ por el suceso de su prisión. Defendíase Andrés con su inocencia, pero no le valía, con que para rebatir los golpes de la mofa procuraba abroquelarse³⁰⁷ con decirle a don Alonso que no tirase piedras al tejado del vecino quien tenía el suyo de vidrio, pues antes de casarse estuvo ya volteado de los cuernos de un toro, que a no ser su amo tan de los del duelo acabara la bizarría aragonesa de mal de cornada; que se fuese poco a poco,³⁰⁸ que aunque tenía harta correa,³⁰⁹ era mucho apretar. No obstante, don Alonso le apretaba, con que unas veces se enfadaba Andrés, otras respondía, con que se pasó con alegría el camino hasta llegar a la ciudad de Victoria, cabeza de la provincia de Álava, donde apenas se aparearon cuando entró la Justicia a reconocer qué gente era la que había llegado, que certificándose ser de Castilla y la derrota que llevaba se volvió, ofreciéndose con toda cortesía a disponer,³¹⁰ que si necesitaban de algo, se dispondría con todo cuidado; que por que no tuviesen por desatención la pesquisa les dieron satisfacción diciendo que era ley inviolable de aquella ciudad, tan cercana a la raya de Francia, el reconocer los pasajeros, lo cual en los pocos días que allí estuviesen reconocerían la ley de aquella bien concertada república.

Estimaron don Alonso y Carlos el agasajo cortesano con que los fueron acompañando hasta la plaza, donde se quedaron aquellos ministros de Justicia, que dieron lugar a nuestros pasajeros para entrarse en una cercana iglesia para ir a oír misa. Así se hizo, donde al entrar a tomar agua bendita le salió al encuentro un religioso que los saludó con toda urbanidad preguntándoles si acaso era alguno dellos un caballero que se llamaba Carlos, con quien necesitaba de hablar; respondió Carlos:

—Yo soy la persona a quien vuesa paternidad busca. Aquí me tiene para mandarme, con seguridad de que le obedeceré.

A que el religioso dijo:

—Pues siendo así, con licencia de ese caballero nos podemos apartar hacia aquella capilla que está sola.

Apartáronse los dos, y como el religioso se vio a solas con Carlos, le dijo:

—Vuesa merced, señor Carlos, necesita, para la seguridad de su vida, de salirse al punto del lugar, porque anoche me avisaron de cómo tres hombres venían en el alcance de vuesa merced pagados de una persona para quitarle la vida porque la había ofendido. Uno

305.— Tan pronto como,

306.— Burla, mofa.

307.— Escudarse.

308.— Que no se excidiese.

309.— Tolerancia.

310.— A su disposición, a su servicio.

dellos, que es el que me dio el aviso, dice que le estaba obligado a vuesa merced; que sólo por ver si le podía valer³¹¹ a vuesa merced admitió la compañía de los dos. Vuesa merced logre³¹² el aviso: sálgase del lugar, apártese de la ocasión, que estimaré evitarle este peligro, ya que no puedo acompañarle para la defensa.

Agradeció Carlos el aviso, con que se despidió con toda veneración del religioso. Oyeron todos misa, con que hasta que salieron a la calle no se atrevió don Alonso a preguntar qué negocio de tanta importancia era el que le había comunicado aquel religioso; respondióle Carlos que era un aviso de que tres hombres le buscaban para quitarle la vida, que aquel religioso le aconsejaba se ausentase, pues no conocía al enemigo; que aunque era cierto que le buscaban, no sabía quién era, con que tenía por mejor consejo apartarse del empeño; que le había prometido de hacerlo así, pero que³¹³ no conociendo quien le buscaba, en cualquiera parte tenía el mismo peligro; que, así, se determinaba estar en Victoria aquel día, y otros, si fuesen necesarios, procurando conocer los que le buscaban con tan mala intención, que andando con aviso sería posible tener alguna luz de sus enemigos.

Oyó don Alonso la determinación de Carlos, y como menos apasionado, le respondió que no le parecía bien su dictamen, porque no conociendo a quien le seguía los pasos, ni era cordura ni valentía aguardar en un lugar grande a un enemigo disimulado, que en un lugar pequeño se sabía en un instante los forasteros que había, los cuales conocidos, se podía obrar con acertado consejo sin perder punto al pundonor; que su parecer era que al punto saliesen de Victoria, pero, pues el sol era tan grande, que aquel día se estuviesen en Victoria, que echasen voz³¹⁴ de que habían de estar allí algunos días, que al amanecer saliesen con toda comodidad a parar al lugar más cercano, donde podían aguardar dos días por ver quién eran sus enemigos. Rehusó Carlos la ejecución del consejo, pareciéndole a su inconsiderado brío que era fuga lo que era prudencia varonil, pero don Alonso apretó a Carlos de manera que le obligó a rendirse a su dictamen.

Aquella tarde salieron al lugar con toda prevención; al otro día salieron de Victoria, pero al tiempo de atravesar una calle para salir del lugar columbró Andrés a un hombre que se le procuró retirar, pero no fue tan a tiempo que dejase Andrés de no conocerle, pero como iba de prisa no se lo dijo a su amo. No obstante, en saliendo a campaña, que vio que se comenzaba conversación, dijo:

—Pardiez, señores, que la prisa que traemos huyendo de quien no conocemos ha librado a aquel picarón de mi nombre por quien me tuvieron en Logroño en la cárcel, de que yo le embanastase³¹⁵ en un calabozo en Victoria. ¡Vive el señor de Pinto que a no venir con el judío en el cuerpo,³¹⁶ que él me la pagara!

Detuvo Carlos la mula advirtiéndole a lo que Andrés decía, conociendo era el lacayo de doña Francisca el que con otros dos le seguían los pasos, porque el aviso fue que era venganza de una mujer, siendo el que daba el aviso el obligado, con que sacaba por consecuencia que doña Francisca era la vil rabiosa vengativa que tomaba por instrumento al

311.— Favorecer, ayudar.

312.— Se beneficie.

313.— Orig.: 'porque' (p. 102).

314.— Difundiesen.

315.— Banasta es una cesta grande de mimbre.

316.— Con temor.

lacayo a quien pudiendo en Soria quitarle la vida, le dejó de lástima. Todo este discurso bien fundado le obligó a Carlos a tratar de volver a Victoria, pues (a su parecer) conocía quiénes eran sus enemigos, a que se opuso don Alonso diciendo:

—Estos hombres nos siguen, pues mejor será aguardarlos en campaña que buscarlos en donde no sabemos la casa donde viven ni sus nombres, sólo la conjetura nos da esas noticias. Sigamos nuestro: viaje, donde en el primer lugar los aguardaremos hasta que caigan en la red.

Esta determinación se tomó a pesar de Carlos, prosiguiendo su camino hasta el primer lugar, donde se detuvieron ocho días sin que en ellos tuviese noticia ni sospecha de que pasase persona de que se pudiese imaginar tal intento, con que don Alonso obligó a Carlos a que siguiesen su viaje, ya que no había de quien poderse recelar. Harto contra su dictamen condescendió Carlos con don Alonso, por parecerle que era cobardía, pero al fin hubo de seguir el consejo de su amigo, que estaba menos apasionado. Anduvieron sus jornadas hasta llegar a la villa de Durango, que fue a las tres de la mañana, donde don Alonso (que siempre se iba burlando con Andrés) le dijo:

—Oyes, Andrés: en este lugar no hay ninguno que haya nacido cristiano, porque dicen que sólo los montañeses tienen ese privilegio, porque nacen desde el vientre de sus madres bautizados con vino aguado.

Andrés, que la mucha conversación con don Alonso le había hecho facilitar,³¹⁷ le respondió:

—En mi tierra, señor, nadie bebió jamás agua; son muy cristianos viejos,³¹⁸ bautizados con agua como lo manda la Santa Madre Iglesia Católica. Eso se debe de usar en Aragón, porque en La Montaña no hay judíos.

A este tiempo se llegó a él don Alonso y le dio un pescozón,³¹⁹ diciendo:

—Tente,³²⁰ hermano Andrés, que mientes; que si fueras bautizado con agua, y no en vino aguado como los de tu tierra, tú y ellos tuvieras cogote,³²¹ como toda la gente honrada tiene.

Con esto dio de espuelas don Alonso a su mula procurando apartarse de Andrés, que le seguía por enmedio del lugar diciendo a grandes voces:

—¡Aguardad, hermano Alonso, que yo os pagaré la caridad! ¡Hermano Alonso,³²² aguardad, que yo os pagaré la caridad!

Esto era a gritos en medio del lugar, donde ya los vecinos estaban trabajando en las oficinas de Vulcano,³²³ y como oyeron las voces de Andrés se asomaron a las puertas, donde percibieron lo que iba diciendo alto y de buen son Andrés, que sin reparar en que podía ser inocencia lo que su sentimiento juzgaba pesadumbre, se encendieron en cólera, que en medio vascuence con algo mal castellano rompieron en afrentosas palabras cuando para las obras les ministró el furor las armas de su oficio, arrojándole los martillos, las te-

317.— Excederse en la confianza.

318.— Sin mezcla de sangre con musulmanes o judíos.

319.— Manotazo en la nuca.

320.— Contento, modérate.

321.— De los asturianos se decía que carecían de cuello.

322.— Orig.: 'Alonso' (p. 104).

323.— Herrerías.

nazas, envueltos con tantas cantidades de piedras, que pensaron todos perder las vidas en la furia de los vecinos de Durango. Las mulas las sacaron del peligro, que a todo correr no pararon hasta salir al campo, donde reconociendo que había cesado la furia del pedrisco se preguntaban unos a otros la causa de aquel suceso. Ninguno lo supo entender; sólo sabían que salieron de el combate muy bien descalabrados de la borrascosa furia de los de Durango. Cada uno se procuró atar las heridas sin dejar el paso que llevaban, por llegar donde curasen sus ages.³²⁴

Con harto trabajo llegaron a una casería³²⁵ dos leguas de Durango, donde hallaron a un caballero anciano del hábito³²⁶ de Santiago, el cual como los vio descalabrados y aporreados los hizo apeaar, mandando a sus criados cuidasen de las mulas; mientras se aderezaba el almuerzo hizo bajar vino con que se lavaron los chichones; reconocieron los rasguños, con que cada uno supo lo que había sacado de la refriega, que visto por el caballero, les preguntó la causa de aquel mal trato; la respuesta fue contarle todo el suceso, que escuchado de el caballero, les dijo:

—Den vuestas mercedes gracias a Dios, que los libró las vidas de ese tumulto; que ni yo estaba seguro aquí, por que los amparo a vuestas mercedes. Sepan vuestas mercedes que el haberles nombrado al hermano Alonso y su caridad es su mayor enfado que se les puede decir a los de Durango, porque ha algunos años que vino aquí un mal hombre en habito de ermitaño que se llamaba hermano Alonso, el cual engañó a unas pobres mujeres reduciéndolas a un lascivo vicio con maliciosa maña.³²⁷ Cuando las iba a ver a sus casas era con achaque³²⁸ de pedir caridad para el hermano Alonso; súpolo el Santo Tribunal, echó mano³²⁹ de algunas personas, las cuales castigó. Con que, si en nombrando en este lugar «hermano Alonso» o «caridad», le sucederá un enfado. Vuestas mercedes obraron sin malicia, con que Dios los libró de peligro tan manifiesto que fue gran merced de su divina misericordia.

Querían Carlos y don Alonso pasar a Bilbao, pero no lo permitió el caballero, antes los hizo acostar para que descansasen de la mala noche, y mientras sosegaron envió por un cirujano que los sangró y curó, con que en cuatro días estuvieron buenos para irse a Bilbao, acompañándolos su bienhechor, a quien rindieron³³⁰ las gracias del hospedaje, quedando reconocidos al beneficio recibido. En Bilbao, con los deliciosos regalos del lugar, olvidaron el mal trato de Durango, sólo cuidaron de ver y ser vistos. Fueron a Portugaleta, entraron en un navío, vieron la mar, tan hollada de marinas selvas, gustaron de los entretenimientos de la ría, donde pasaron gran parte del verano. Al cabo se determinaron ver a San Sebastián, como lo ejecutaron, donde estuvieron el tiempo suficiente para ver el lugar, el muelle, Santelmo,³³¹ Rentería, los Pasajes, donde las mujeres usan el oficio de barqueros; pero viendo que ya allí no tenían más que ver, se determinaron pasar a Pamplona para ver aquella ilustrísima ciudad, cabeza y corte del reino de Navarra, para donde hicieron su viaje.

324.— Achaques, males.

325.— O 'caserío': casa de campo.

326.— Insignia de pertenencia a una Orden Militar.

327.— Se alude al brote herético surgido en Durango a mediados del s. XV.

328.— Excusa.

329.— Apresó.

330.— Expresaron sinceramente.

331.— El antiguo convento fue convertido en museo en el primer tercio del s. XX.

En el cual, cerca de la cuesta de San Adrián,³³² tan celebrada por su aspereza, los detuvo el paso entre unas peñas el sentimiento de unas querellosas voces, a cuyo socorro les movió la caridad briosa, procurando, cada uno por su senda, encontrar con el necesitado, el cual era un hombre pasado de penetrantes heridas, que sintiendo el socorro avivó la voz pidiendo los sacramentos. Hallábanse solos nuestros pasajeros, sin medios para lo que pedía, y así, por estar el lugar cerca, como pudieron y supieron le tomaron la sangre a las heridas; montáronle³³³ en una mula con Andrés a las ancas, con que le llevaron al lugarejo, donde el cura le administró los sacramentos, de que dieron muchas gracias a Dios. En este estado se hallaba el herido y nuestros pasajeros cuando entro la Justicia de el lugar para tomar su declaración, la cual él hizo en la forma siguiente.

Confesó llamarse Andrés Ruiz, que era criado de un caballero de la ciudad de Soria, en cuya casa trató amores con una criada suya a quien dio palabra de casamiento juzgando ser doncella, que por hallar no serlo dejó de cumplir su palabra; que una dama de su señor, que gobernaba la casa, le persuadió con dádivas a que quitase la vida a un caballero de aquel lugar, a quien Dios libró milagrosamente³³⁴ varias veces, y en particular en una ocasión, habiéndole tirado una estocada, le salvó Dios con tanta seguridad que tuvo tiempo de sacar la espada, con que le dio una cuchillada que le derribó en tierra, donde pudo quitarle la vida sin embarazo, pero que anduvo tan caballero, que no sólo no le ofendió, sino que le ayudó a levantarse, con cuyo arrimo llegó a casa de un cirujano donde se curó, lo cual no hizo su ama, de la venenosa llaga del odio que tenía contra aquel caballero. El cual se ausentó, en cuyo alcance le envió su ama con dos pagados asesinos para que en la ocasión que se pudiese le quitásemos la vida.

—Esta derrota seguí llevado del agradecimiento, por si acaso le podía valer para que no peligrase su vida. En Vitoria le avisè con un religioso, lo cual sospecharon mis camaradas, a quien engañé diciendo le siguiésemos a Pamplona, donde hemos³³⁵ estado hasta dos días ha. Desesperados de hallarle, tuvimos noticia que estaba en San Sebastián, con que salimos en su busca. Mis compañeros siempre juzgaban que yo le había avisado; dijéronmelo con algún enfado viniendo en su busca; enfademe con ellos, desmentilos, por cuya causa sacaron las espadas y me han dejado por muerto, que como eran dos, ha sido harta dicha mía dejarme con vida para que recibiese los Sacramentos, que a la piedad de esos caballeros debo esta dicha, la cual, espero en si divina misericordia que se lo ha de pagar con darles buena muerte.³³⁶

Aquí le faltaron las fuerzas, y con ellas la vida. Supo luego Carlos lo que había declarado, con que movido de su noble piedad le hizo enterrar a su costa, dándose tan buena maña, que rompió la declaración; que un noble pecho, ni aun memorias de una ingrata correspondencia quiere que vivan, aunque se oculte su noble trato.

332.— El pueblo está sobre un cerro, a unos 80 km de Pamplona.

333.— Orig.: 'montandole' (p. 106).

334.— Orig.: 'milagrosamnnte' (p. 107).

335.— Orig.: 'hemo' (p. 107).

336.— Habiendo hecho confesión.

CAPÍTULO XI

Entra Carlos en Pamplona; lo que le sucede hasta salir de la ciudad

QUÉ es ver a la prudente, sabia abejuela, al romper del alba, dar las órdenes para que sus vasallos salgan a forrajear³³⁷ las campañas? Apenas se publica el bando en voz de leve susurro, cuando los obedientes jornaleros vuelan en aladas tropas para dar vuelta a los montes más vecinos, a los prados más cercanos, a los valles más amenos, donde aquí pellizcan la rosa, allí pican el³³⁸ clavel, acá muerden la retama, allá punzan la mosqueta, con que con cada flor hacen el plato al gusto con diferencia de fragrantés sazones, nuevo manjar al apetito, particular alimento de regalo, de que hartas ya de dulces suavidades, vuelven a la hora señalada a su corte cargadas de los víveres de flores que a fuerza de el calor de su trabajo convierten en melosa si dulce suavidad. Bien haya, amén, tal ambición de novedades, pues la variedad de el gusto engendra un todo de admirables deleites; pero, ¡oh infiel y bárbaro el del hombre!, que cual venenosa araña alimentada de flores, fomentada de dulzuras, convierte³³⁹ en veneno lo que fue triaca, trueca en tosigo lo que fue amparo de el corazón, estraga en muerte lo que fue alimento de la vida, cuidando de vitales novedades por reducirlas a fatales angustias de la muerte.

No hay mayor demostración desta breve moralidad que lo que les sucede a estos caballeros mozos, pues habiendo dado vuelta a la Rioja, a casi toda Vizcaya, con cuyas repúblicas podían aprender virtud ejemplar de vida cortesana, santidad, que no sólo no tomaron nada de sus ejemplares virtudes, sino que se estragaron más con la variedad de políticas:³⁴⁰ vivo ejemplar del vicioso, seguro despertador del que dormido pretende sacudir de sí el piélagó de sus vicios.

Con esta tan desaprovechada jornada se apearon en la corte de Navarra, en la ciudad de Pamplona, ilustre en el mundo por la nobleza de sus ciudadanos, terror al Francés por la fortaleza de sus muros, defensa de toda España por lo inexpugnable de su castillo, donde apenas hubieron entrado en la posada cuando repararon que pasaban por la calle unos soldados, los cuales acompañaban un venerable caballero, el cual atendiendo a los forasteros, reconoció a Carlos, a quien con los brazos abiertos dio la bienvenida, quejándose cortesantemente de que se hubiese apeado en otra parte que en su casa, siendo tan suya en su voluntad como la de su tío, a quien tenía tantas obligaciones como publicaba el puesto que tenía a fuerza de su amparo. Embarazado se vio Carlos entre la queja del venerable caballero, que era el castellano del castillo, pero con la presteza de mozo procuró satisfacer diciendo que la asistencia a aquel caballero amigo suyo le había descaminado de su casa, que, así, que le permitiese la urbanidad debida a un amigo camarada. No le valió a Carlos la disculpa, antes le picó más al castellano en el duelo, pues amorosamente enojado le dijo:

—Mayor queja tengo ahora de vuesa merced, señor Carlos, pues me da a entender que mi casa no puede suplir faltas de una posada. Vuestas mercedes se han de servir de venirse conmigo, aceptando mi buena voluntad todo el tiempo que aquí estuvieren.

337.— Recoger el pasto.

338.— Orig.: 'del' (p. 108).

339.— Orig.: 'convierta' (p. 108).

340.— Usos y costumbres.

Parecióle a Carlos poco urbana cortedad la resistencia del agasajo, y así, mandó a los criados que cargasen con las maletas y siguiesen el orden que les diese el castellano, el cual mandó a un criado que los convoyase al castillo, donde todos fueron regalados todo el tiempo que allí estuvieron, con voluntad deseosa de satisfacer obligaciones. Sosegaron aquella noche, previniendo salir al siguiente día a gozar de la grandeza de aquella ilustre ciudad; vieron la Iglesia Mayor, servida de canónigos reglares³⁴¹ de San Agustín, atendieron a la autoridad majestuosa de su Real Consejo; vieron muy despacio el castillo, con la muralla que cerca toda la ciudad, que es nueva maravilla del mundo. No olvidaron el lugar de Sansueña,³⁴² donde Andrés, con gran sosiego,³⁴³ preguntó por la casa de don Gaíferos y Melisendra, que tan gran memoria habían dejado de sus amores en el mundo, fuele respondido³⁴⁴ que de las casas y de el lugar sólo una torre había dejado el tiempo por seña memorable de su mucha antigüedad. Al fin, no hubo recreación que fuese particular que no gozasen de su vista en los días que estuvieron en la ciudad, pero en uno dellos les sucedió un embarazo, que fue, habiéndose salido al campo, al tiempo de recogerse, cerca de las oraciones³⁴⁵ (porque en aquella ciudad se cierran las puertas (que se hace guardia como si estuvieran a vista del enemigo), vieron venir a buen paso a una mujer tapada, que careándose con ellos, les dijo entre turbada y medrosa que la favoreciesen de la Justicia, que movida de sus enemigos, le seguían los pasos procurando atropellar su inocencia.

No supo decir más la angustiada dama, porque el ahogo la cortó el hilo de las razones, pero pocas habían menester los dos amigos para obligarse al empeño de favorecer a una afligida mujer con el sobrescrito de buen talle. Al punto la respondieron que podía proseguir su viaje con toda seguridad al castillo, donde los podía aguardar por si necesitaba de más socorro. Agradeció la dama con mudas señas el amparo (que suele ser más elocuente una seña que la lengua); pero los pasos de la Justicia no le dieron más lugar, con que aceleró el suyo, dejando a sus dos auxiliares a que detuviesen a tres alguaciles que la venían dando alcance, el cual embarazaron Carlos y don Alonso, que se pusieron delante para detenerlos; pero no fue posible por cortesía, con que se valieron de sus espadas procurando tener a raya aquellos ministros, los cuales viendo la imposibilidad de su pretensión, se ayudaron de las voces pidiendo favor a la Justicia, que reconocido por los dos amigos, procuraron acabar de presto con el empeño, apretando de manera a los alguaciles, que los hicieron dejar la calle, que reconocido de Carlos y don Alonso, se retiraron al castillo, donde hallaron la afligida dama que los aguardaba con harto cuidado del castellano, a quien contaron Carlos y don Alonso el suceso, a que respondió el castellano que no les diese cuidado, porque estando en el castillo no había qué temer; además, que no siendo conocidos ni sucedido muerte, todo se haría noche, porque un rasguño más o menos en un alguacil, con medicina de plata se curaba.

341.- Con voto de vivir en comunidad.

342.- Gaíferos y Melisendra son personajes de un conocido romance. En el poema *El Bernardo*, de Bernardo de Valbuena, se sitúa esta ciudad legendaria en los alrededores de Pamplona, y se precisa que 'Fue cárcel de la bella Melisendra' y que 'El tiempo, con su fuerza poderosa, / sus grandezas volvió una inculta breña'

343.- Sin vocerío, teniendo presente el suceso de Durango.

344.- Orig.: 'respondiendo' (p. 110).

345.- Al empezar a anochecer, las campanas de las iglesias tocaban al Ángelus.

Cenaron con mucho gusto, habiéndose retirado adentro la dama, donde estuvo con la gente del castellano hasta que se levantó la mesa (que la hicieron salir para saber la causa por que la daba alcance la Justicia con tanto empeño). Sentose en un taburete, desembarazó la nube de su manto, que ocultaba (al parecer de todos) una singular hermosura, pero en gran rato no pudo hablar, impedida del ahogo de las lágrimas y sollozos, que pusieron freno a su lengua si hermoseaban más su cara con rojos matices de congojas, porque lágrimas en la belleza son esmalte del oro de lo hermoso. No obstante, puso término al ahogo con el premio de poder contar sus trabajos, que es singular alivio de la pena el poder hacer relación de sus naufragios.

—Yo, señores —dijo la angustiada dama—, soy una desgraciada mujer, nacida, al parecer, para ser baldón de la Fortuna, blanco de los azares y extremo de todo género de desdichas. Mis padres, juzgo que fueron de Cerdeña, porque sólo conocí a una que se decía mi madre, a quien rendía siempre sujeciones de hija, aunque mi espíritu me dice haber tenido diferente origen de lo que dio a entender aquella que me crio, la cual, según he entendido, se ausentó de Cerdeña porque la sucedió mal cierto embeleco de hechizos, Trajéronme a Madrid de pocos años con razonable hermosura; crecí en días, juntamente con aumento del buen parecer, con que pasé la inocencia de mi niñez. No olvidó³⁴⁶ la que conocí por madre, con haber mudado de tierra, el trato por el que la obligó a salir huyendo de Cerdeña, pues si en mi tierra era dada a supersticiones mágicas, en Madrid no se vaciaba la casa de mujercillas que buscaban remedio de enamorar, como si estuviera en manos de las criaturas rendir las voluntades, a que Dios ha dejado libres.

En estas visiones necias pasé hasta los quince años, poco más, cuando... ¡Oh señores, qué dolor me causa hacer memoria del principio de mi mala fortuna! Se ofreció el lance en que se encadenaron a porfía mis desgracias. Salíamos mi madre y yo de la iglesia del Carmen³⁴⁷ una mañana de mucha nieve, por cuya causa nos detuvimos en la iglesia hasta muy tarde, por si acaso alguna amiga nos convidaba con el coche, pero no hubo ninguna que lo quisiese hacer, o por no poder o porque semejante gente como mi madre nunca la amistad corre en lo público, sólo se conoce en la ocasión que juzgan que la han menester. Al fin, nos determinamos a vadear la calle a tiempo que nos salió al encuentro un caballero mozo con el hábito de Alcántara en los pechos, el cual toda la mañana no se había alejado de mi vista; el cual viendo que acometíamos el paso de la calle, dijo a mi madre, todo hecho un almíbar:

—¿Cómo, señora, permite vuesa merced que esta niña pise tanta nieve, debiendo ir en el carro del Sol?

A que respondió mi madre que la causa era que aquel día no había aparecido la carroza del Sol ni coche cortesano de Madrid para que me convoyase. A lo cual respondió don Álvaro, que este era su nombre:

—Mucha dicha es la mía, pues cuando todos faltan al rayar de³⁴⁸ la buena fortuna, sólo yo me hallo a punto para servir a vuesa merced. Ahí está el coche, mi señora: sírvase vuesa

346.— Orig.: 'olvido' (p. 112).

347.— Cerca de la Puerta del Sol.

348.— Al mostrarse.

merced dé él, de mí, que nunca más feliz que en sazón en que pueda ser cochero de la carroza en quien se ha de depositar la hermosa llama que me ha abrasado el alma.

—Venga el coche —dijo mi madre—. Dejémonos de llamas, que no las entendemos.

Arrimó el coche el cochero, entramos en él. ¡Pluguiera a Dios que fuera mi sepultura, con que evitara tantas desdichas como se me han seguido de aquel lance! Llegamos a casa, agradecemos al cochero la galantería de su amo, el cual desde aquel día fue sombra de mi calle, girasol de mi ventana, ordinario asistente de todas mis acciones, las cuales, según su sentir, le obligaron tanto, que se determinó a hablar a mi madre pretendiendo que fuese su dama. Respondióle mi madre que su hija era doncella honrada, que, aunque pobre, no admitía visitas sin el pretexto de matrimonio, con que la entrada de su casa no era tratable sin la bendición de la Iglesia. Don Álvaro, como mozo enamorado, respondió que su voluntad estaba tan fina que no se le haría dificultoso el casarse conmigo, pero que deseaba verme con más cercanía para encenderse más en la hoguera del amor. No quiso mi madre alargar más el plazo de el sufrimiento de don Álvaro, y así, le sosegó prometiéndole ser su agente, pero siempre con el presupuesto de que había de ser para darme la mano de esposo, con que se haría todo a su gusto. Con este ajuste se despidieron don Álvaro y mi madre, la cual hizo luego diligencia por saber quién era don Álvaro; certificose de que era un caballero de seis mil ducados de renta, siendo su calidad de lo mejor de España.

Con esta cierta noticia dio la vuelta a casa, donde sin quitarse el manto me dio cuenta de la pretensión de don Álvaro, a quien yo, aunque retirada, había mirado con atención; que como ésta engendra novedades de voluntad, mi cuidado había formado en el gusto su imagen, no para quererle decía mi engaño, sino para divertirme formaba mi disculpa. ¡Oh, qué mal hace la que consulta con su voluntad aciertos de la razón! Repondile a mi madre tan obediente como vergonzosa; no obstante, la propuse las dificultades de el matrimonio, con un tan ilustre caballero, con una mujer tan humilde como yo. Todo lo cual no la hizo embarazo a mi madre, antes me respondió que la dejase, que ella me aseguraba el buen suceso de todo. Con esto se alentó mi desmayada pasión, encendióse mayor llama en mi simulado cariño con el soplo de la posibilidad de poseer a don Álvaro.

El cual no se descuidó en hacerse en contradicho con mi madre, que también buscaba lo mismo, festejando el encuentro dándole los buenos días a don Álvaro, el cual volvió a repetir en amoroso ardor, pero halló por respuesta en mi madre el presupuesto matrimonio, que dificultó algo don Álvaro, a que mi madre le dijo:

—Sepa vuesa merced que por servirle lo he comunicado con mi hija, la cual es tan celosa de su honra, que me respondió con toda resolución que primero perderá la vida que la honra; que no la hablase más en esta materia, porque lo sentirá mucho.

Esta fue la respuesta de mi madre; pero adelantose más diciéndole que para que reconociese lo que le estimaba le quería dar un gusto, que era decir a su hija que estaba mala.

—Con que a título de mi achaque le podrá vuesa merced tomar³⁴⁹ para entrar en mi casa, donde podrá vuesa merced ver a Laureana y aun decirle algo de su voluntad, que el oído de una mujer suele ocasionar grandes novedades.

349.- Tomar achaque, formar excusa.

Festejó don Álvaro con los brazos, juntamente con una sortija, la traza que le daba para verme, con que se despidieron los³⁵⁰ dos, don Álvaro a pensar en el día siguiente y mi madre a prevenirme para que me aliñase, que la más hermosa, bien prendida, siempre parece mejor. Industriome de sustos,³⁵¹ diome lición de medrosa, enseñome a retirarme con cariño, con que con todas estas liciones, junto con la que mi simulada voluntad me dictaba, aguardé la noche siguiente a mi don Álvaro. El cual apenas faltó el día cuando a título de la enfermedad de mi madre se entró en casa, donde luego topó conmigo, a su parecer muy descuidada, pero a la verdad muy prevenida, pues, como he dicho, así lo tenía trazado mi madre. Hablome muy tierno, que no todos los amantes pierden la ocasión de turbados; díjome su amor, exagerome su voluntad, declarome todo su cuidado, a tiempo que usando yo de mi prevenido estudio, le dije, toda asustada:

—¿Cómo, señor, se atreve vuesa merced a entrarse de rondón en una casa tan honrada arriesgando el crédito de una pobre doncella? Vuesa merced se retire, que no es de muy amante pretender quitar con la publicidad lo que se usa dar por amor. Si busca a mi madre, su merced³⁵² se levantará, para que allá fuera pueda vuesa merced hablar con su merced, que aquí no le lo permitirá mi pundonor.

Con esta tan justa como resuelta plática se acobardó don Álvaro; pero mi madre, temiendo con su retiro se barajase mi pretensión, le llamó desde la alcoba, donde enfermaba de astucia maliciosa. Riñome muy a lo de madre, tratándome de impertinente, con que don Álvaro se alentó de manera que pasó adelante: hizo la visita a mi madre, que pretendía darle a entender el deseo de darle gusto siendo cautela de su pretensión. Procuré retirarme con modestia cortesana, despidiéndome con la postrer lición de lo que ya el cariño me dictaba, diciéndole que perdonase la acedia de mi resolución, pues conocía lo quebradizo de la opinión, que a no ser así, siempre su persona se haría lugar en todo tiempo. Con esto don Álvaro tomó alas para volverla a proponer a mi madre lo de dama, lo cual le fue afeado por mi madre, repitiéndole lo de la honra con el agrio de que si así no le estaba bien, que le hiciese merced de olvidar su casa con su calle. Turbose don Álvaro con la decretada despedida, con que volvió pies atrás diciendo que el amor que me tenía a todo le obligaba, pero que un pariente, de quien dependía en herencia de gran parte de hacienda, era gran impedimento para el matrimonio; que le permitiesen galanteo, que él daba palabra de matrimonio.

—Eso no, mi señor don Álvaro —dijo mi madre—: mi hija, aunque pobre, a nadie debe nada. Si a vuesa merced le está bien darle la mano de esposo, quedará en casa, y si no, no le quite vuesa merced lo que no la quiere dar y amigos como antes,³⁵³ y más si pudiéremos. Y por que vuesa merced entienda que no quedo desabrida, le quiero regalar con un poco de dulce que me envió una amiga: cómale vuesa merced, hágale buena pro,³⁵⁴ como yo le deseo.

Admitió don Álvaro el agasajo, y porque se hacía tarde se fue, sin permitir mi madre que le volviese a ver. Aquella noche me dijo mi madre que esperaba³⁵⁵ en Dios que había

350.— Orig.: 'las' (p. 114).

351.— Me adiestró fingir sorpresa o desagrado.

352.— Ella.

353.— Y sigamos siendo amigos.

354.— Buen provecho.

355.— Orig.: 'esperança' (p. 116).

de ser mi marido don Álvaro, el cual el día siguiente, apenas había rayado el sol cuando se entró en mi casa buscando a mi madre con un notable desasosiego. Mi madre le salió al encuentro preguntándole qué venida era aquella tan desatinada, sin reparo del descrédito de su casa, a que respondió don Álvaro:

—Madre mía: esto es querer. Dispóngalo vuesa merced como quisiere. Sea de manera que viva yo en posesión de Laureana, porque es tal el fuego de mi amor, que me privara de la vida a no asegurarme la esperanza la buena fortuna de mi pretensión.

No se descuidaba mi madre; pero como ya le tenía asido, le volvió a decir que lo mirase bien, porque aunque su hija era doncella honrada, también era pobre, de linaje no conocido, partidas todas que se debía consultar con la razón; a todo lo cual respondió don Álvaro que él se casaba por amor, el cual no averigua calidades más que las que fueron poderosas para rendir toda su voluntad, la cual le daba voces porque se detenía un instante en dar la mano, con el alma y la vida, a Laureana. No obstante estas finezas de don Álvaro, no permitió mi madre que asistiese en casa hasta que nos desposamos, habiendo precedido las amonestaciones, las cuales se hicieron en una semana en la cual hubo dos días de fiesta, con que nos dimos las manos con mucho gusto mío y de don Álvaro, el cual al otro día me llevó a San Blas,³⁵⁶ donde nos velamos,³⁵⁷ asegurando con la bendición de la Iglesia conveniencias de el matrimonial amor; con que vivimos algunos meses, encubriendo siempre don Álvaro el casamiento a los suyos; porque decía que si lo supiese su tío perdería, con su gracia, mucha hacienda.

Pasaba yo con alegría esta vida, porque amar con correspondencia es toda la felicidad que se puede dar en lo humano, hasta que una noche, ya que nos habíamos recogido, me dijo don Álvaro que su tío hacía gran diligencia para aclarar la noticia de nuestro matrimonio, de que resultaría gran embarazo con pérdida de mucha hacienda; que para deslumbrarle le parecía acertado hacer un viaje, con el cual cesarían las pesquisas del pariente. El cariño de mujer propia, con accidentes de enamorada de mi esposo, me tenía rendida a su voluntad, con que me rendí a su dictamen, pero con condición que le había de acompañar, porque no estaba tan poco amartelada que pudiese sufrir su ausencia. No le pareció a don Álvaro bien mi proposición, la cual nacía más del amor que le tenía que de alguna sospecha temerosa que podía tener de su resfrío; valiose de halagos envueltos en promesas de la seguridad de su amor, con que rindió la fuerza de mi amorosa pretensión.

Quien ama, señores, es fácil de padecer engaño. El cual por desgracia he experimentado, pues me ha puesto en el potro de tan inmensos trabajos. Al otro día al amanecer se ausentó de mis brazos, con que se me desapareció la luz de mi alegría siguiéndome tempestad deshecha de desgracias. Su viaje, me dijo, era a Toledo, donde si hallase disposición para ello me llevaría, pero mi corazón, como tan leal, no le dio crédito, porque adivinó mis amarguras. Buenos testigos fueron mis ojos, ventanas del alma, que anegados en amargas lágrimas solemnizaron las exequias de mi perdido honor en los adivinados bajíos³⁵⁸ de mis futuras tragedias.

Aquí puso fin Laureana, con un desmayo, a su lastimosa narración.

356.- La ermita está situada en al alto del mismo nombre.

357.- Casamos.

358.- En los 2 orig. consultados: 'ba os' (p. 118).

CAPÍTULO XII

Prosigue Laureana los trabajos de su vida

LASTIMADOS estaban todos de ver el ahogo en que la había puesto la memoria de sus penas a Laureana, pues bastó a privarla de sus lastimados sentidos, que socorridos de los rocíos de un poco de agua volvieron en sí, dando lugar a Laureana a que prosiguiese en la narración trágica de sus pocos años.

—¡Oh! ¿Quién pudiera, señores —prosiguió— contaros mis afanes con la viveza con que la memoria me los³⁵⁹ representa a mi alma, no con la torpeza de mi lengua, que borra los colores de la angustia, para que compadecidos noblemente me amparádes, fijando el arco de vuestra piedad en la rueda de mi mala fortuna, con que deteniendo sus precipitados vuelos, parara ya mi desgracia dando principio a mi sosiego? Pero ¿para qué me canso en implorar vuestro auxilio, si reconozco que aunque vuestros pechos son noblemente ilustrados de la caridad, mi desgracia es tan firme, que a pesar de vuestro compasivo valor permanece en el golfo de mis mayores ahogos, que no hay mayor infelicidad que peligrar en brazos del mismo socorro?

Destá calidad han sido todas mis fatigas. Y por que las atendáis a cada una de por sí en la tabla de mis miserias, si es que se pueden relatar, vuelvo a proseguir diciendo cómo don Álvaro se retiró de mí con el achaque de su jornada a Toledo, que creí como novel amante, aunque la sentí como leal adivino de los azares³⁶⁰ del amor. No obstante, con el alivio de la engañosa esperanza me alenté, con que me entretuve algunos días entre la zozobra de aguardar a un bien perdido, hasta que una noche que asistía a mi ventana rezando mis devociones, oí que me decían: ¡Huye, Laureana, que la *Justicia te busca!* No apercibí³⁶¹ las razones, con que me di a imaginar si era ilusión fantástica de mi melancólico humor; pero el cuidado me hizo reparar en que se acercaba una persona, la cual me volvió a repetir con toda claridad lo mismo. En la voz me pareció a don Álvaro a quien llamé, a cuyo reclamo se acercó más para decirme, con la voz turbada:

—Huye, esposa mía, porque nuestros enemigos te amenazan de afrentosa muerte; tanto, que por no acelerar la ejecución de la amenaza no entro a gozar del amoroso lazo de tus brazos. Queda con Dios, que te guarde para que goces de mi amor sin zozobras.

Satisfecho de que le había atendido, se retiró. Quise dar voces viendo que mi esposo se ausentaba, pero el susto me detuvo; procuré seguirle, pero embarazome el femenil aseo de las faldas, con que cuando llegué al umbral de la puerta, ni don Álvaro parecía ni mi aliento estaba en estado de poder pasar adelante, con cuya congoja se me siguió un desmayo a tiempo que llegó mi madre con una criada, que sin sentirlo me llevaron a mi cuarto, donde al cabo de una hora desperté del congojoso letargo rompiendo en llanto, con que tuvo lugar mi madre para preguntarme la causa de mi ahogo, la cual le dije, haciéndola saber todo lo que me había sucedido con don Álvaro, que aunque la amenazaba rigores

359.- Orig.: 'las' (p. 118).

360.- Orig.: 'azahares' (p. 119).

361.- No pude entender.

no se turbó, antes con ánimo varonil dispuso al punto la fuga de su casa; envió a la criada fuera de casa con ocupación precisa de quedarse fuera aquella roche. Ella también salió, diciendo que volvía luego, mandándome que fuese recogiendo mis joyas y lo más bien parado³⁶² de casa mientras daba la vuelta, que no fue muy presto, porque, según me dijo, fue al Rastro,³⁶³ de donde trajo ocho ganapanes³⁶⁴ que en breve espacio traspasaron las alhajas de casa en la de una amiga que vivía al barrio de San Andrés,³⁶⁵ con que, pagados bien los ganapanes, nosotras tomamos otro rumbo, yendo a parar junto a Las Maravillas,³⁶⁶ de manera que a las doce de la noche nos hallamos fuera del contorno del Carmen, a distancia tan larga, con que nos dimos por seguras de la pesquisa de la Justicia.

Toda aquella noche no sosegamos, mi madre con el cuidado del peligro, yo con la pena de la ausencia de mi esposo, a quien echaba la culpa de mis penas por ser él el principio de mis desgracias. Amaneció Dios, con que mi madre, como quien estaba tan bien en los puntos,³⁶⁷ hizo que la persona en cuya casa estábamos se pasase por la calle donde vivíamos para averiguar si acaso nos buscaban o si se hacía alguna diligencia en nuestra busca. Llegó la mujer a la calle, donde vio gran alboroto de Justicia; llegose a un corro de gente, a quien preguntó la causa de aquel bullicio; fuele respondido que por orden del Presidente de Castilla³⁶⁸ había ido un Alcalde de Corte a hacer una prisión de dos mujeres, que eran madre e hija, pero cuando llegó ya se habían huido. Con esta cierta noticia quiso mi madre buscar a don Álvaro, por si acaso él, lastimado de nuestro trabajo, daba modo de componerlo. Salía mi madre muy tapada, mudado el hábito, con todo género de disimulo por que no la conociesen; pero nada bastó a divertir el cuidado de la Justicia, que, asiéndola, la llevó a la Cárcel de Corte.³⁶⁹

Avisáronme de la prisión de mi madre, con que temiendo no me sucediese lo mismo, o por la mucha diligencia de la Justicia o por la confesión de mi madre, me determiné con toda resolución a poner tierra en medio, para lo cual me valí de un santo religioso de el Colegio de Doña María de Aragón,³⁷⁰ con quien me confesé dándole noticia de mis penas, de mi intento, el cual aprobó, aconsejándome que luego me apartase veinte o treinta leguas de la Corte mientras pasaba el primer rigor de la Justicia. Con este buen consejo me resolví a depositar en él lo más de mis alhajas, reservando joyas, dinero, con que con su bendición me salí de Madrid haciendo mi viaje a Barcelona en compañía de unas criadas que pasaban a Italia en servicio de el señor Conde de Monterrey, que iba por Virrey de Nápoles,³⁷¹ con que fui con toda seguridad: fortuna que debí a mi padre confesor, que fue efecto de su agente caridad.

362.- Lo mejor. 'Alhajas' se lee más abajo.

363.- El Matadero.

364.- Mozos de carga.

365.- El actual barrio de La Latina.

366.- Antiguo convento de monjas en el actual barrio de Malasaña.

367.- Las circunstancias, el caso.

368.- Del Consejo de Castilla, se entiende.

369.- Hoy Palacio de Santa Cruz, en que hoy se ubica el Ministerio de Asuntos Exteriores.

370.- Convento de frailes agustinos fundado bajo el patrocinio de doña María de Aragón en honor a su fundadora, doña María de Córdoba y Aragón, dama de la reina Ana de Austria. Hoy es el Palacio del Senado.

371.- Manuel de Acevedo y Zúñiga lo fue en el periodo 1631-37.

Llegué a Barcelona, donde hallé carta de mi confesor en que me avisaba de cómo mi madre estaba condenada a tormento por el dicho de una criada, que declaró haber visto a mi madre hacer grandes invenciones supersticiosas, en particular en un poco de conserva que dieron a don Álvaro, el cual no parecía porque, según se decía, había pasado a Italia; que me aconsejaba no me quedase en España, que ya que llevaba buena compañía, pasase a Italia, donde Dios, como a inocente, me favorecería, que él haría vender las alhajas, con que socorrería a mi madre y me remitiría lo que restase. Admití el consejo, con que me acomodé a la sombra de las criadas de el Virrey, con quien pasé a Nápoles, con las descomodidades de la mar, sirviendo de criada de las que lo eran de la Virreina mi señora. Al fin aportamos a Nápoles tras tantos trabajos de mar y tierra, donde se me siguió el cuidado de pasar mi vida con honra, con estimación, para lo cual me procuré introducir en el servicio de aquel príncipe, que me fue fácil viendo mi señora la Condesa mi poca edad, mi razonable cara, con el continuo resguardo de mi estimación, que presentado todo en el tribunal de su gran clemencia, fue muy fácil el asentar la asistencia del servicio de su casa, donde pasé tres años con varios afanes de miserias serviles sin dar a entender a nadie mis desgracias.

En todo este tiempo no tuve noticia de mi esposo; de mi madre sí, que por orden de mi confesor supe cómo había muerto del tormento, donde confesó raras maldades. La mayor fue haber declarado que no era yo su hija, sino de una señora de gran calidad de la isla de Cerdeña, a quien había escrito todo el suceso de mi casamiento, que por no maltratar el crédito de una tan principal señora no lo publicaba, que esperaba en Dios que con las diligencias que dejaba hechas me buscaría mi madre. Con estas buenas noticias me alivié algo de mis ahogos, aunque sentí amargamente su muerte, porque me había criado, sin haber conocido otra madre. Remitiome mi confesor lo restante que había quedado de las alhajas de mi casa, con que me reparé, tomando nuevo aliento para buscar a mi esposo. Hice nuevas diligencias, pero como don Álvaro se había mudado el nombre no era fácil hallar noticias suyas. No obstante, di vuelta a toda Italia, hasta que aporté a Génova con intento de pasar a España.

En toda esta peregrinación no os digo las fatigas, afanes y trabajos que pasé, por no cansaros alargando mi relación; sólo os sé decir que he habido menester mucho de Dios, porque tan largo viaje, una mujer de buena cara, con la compañía sola de una santa mujer, que me acompañó de lástima, todo fueron tropiezos, embarazos, que sólo Dios los pudo componer. Al fin, aguardé en Génova ocasión para embarcarme, y mientras que se hacía tiempo solicitaba con oraciones y plegarias me amparase Dios dándome sosiego en mis tribulaciones. No me olvidaba el Señor, pues estando un día en una iglesia junto a la marina solicitando el auxilio divino a que me favoreciese, reparé en que entraban en la iglesia soldados españoles muy galanes; volví los ojos a mirarlos, por si acaso venía entre ellos mi esposo. Díjomelo el corazón con tantas veras, que, segura del hallazgo, entresaqué a mi esposo con la vista entre la soldadesca tropa. Turbada le festejó el alma, pero medrosa se retiró a pesar de los arrojados de la voluntad; cubrí con el débil cendal del manto la cara, para que por entre sus celajes³⁷² alentase con la vista desmayos de el corazón.

No fue mucho el espacio que permaneció el embeleso de mi dicha, pues no hizo más don Álvaro que hacer breve oración y dar una vuelta al templo para mirar el edificio, con

372.- Poros.

que se salió de la iglesia; donde quedé sola, aunque acompañada de mil imaginaciones de congoja³⁷³ temiendo a mi esposo, que tanto me había costado su hallazgo; que aunque estaba inocente en el delito que confesó la que murió, con todo recelaba la furia soldadesca con empeños de la imaginada culpa, por la cual, sin reparar en mi inocencia, me podía atropellar por delincuente. Volvime a Dios, de quien me vino el ánimo para hacer llamar a un religioso español que aguardaba también viaje para España, a quien supliqué me confesase, y debajo de el sigilo del sacramento le conté mis desgracias, pidiéndole consejo en la tribulación presente. Díjome que su dictamen era que mientras no supiese del color³⁷⁴ que estaba don Álvaro era de parecer que me recelase dél; que él, si yo gustaba, le buscaría y vería el temple que tenía, con que podría tomar resolución. Pareciome bien el consejo, con que le supliqué le buscase luego, por que no se embarcase y se perdiese la ocasión.

Al punto salió el santo religioso, el cual, por las señas que le di y por algunas noticias que él tenía, le dio alcance aquella misma mañana. Apartole de los camaradas para con toda claridad encaminarle al buen fin de mi deseo, y después de haberle exhortado por mayor³⁷⁵ al cumplimiento de cristiano caballero, remató³⁷⁶ con decirle cómo yo estaba en Nápoles, habiéndole buscado por toda Italia a costa de infinitos trabajos, tan firme en la voluntad como segura en la honra, prendas todas que se debían pagar con toda fineza, sin que hiciese oposición la calumnia de la que suponía ser mi madre, pues ya había confesado su maldad con mi inocencia; con que por cristiano, por caballero, por Dios, por el mundo, me debía toda buena acogida y amparo. Con esto cesó el religioso, dando lugar a que le respondiese don Álvaro, que fue como mi mala fortuna lo traza siempre.

—Negarle a vuesa paternidad —dijo don Álvaro— todas esas obligaciones que por cristiano caballero racional tengo a Laureana, fuera o poca atención a su respeto o demasiado encono en su imaginado delito. De que la quiero tanto y más que el primer día, tampoco lo puedo negar; pero de que no la está bien de que yo la dé alcance esté vuesa paternidad cierto, porque la nobleza de mi sangre me lo aconseja a tiempo que el pundonor de caballero me lo dicta. Si tuvo o no culpa, Dios lo sabe, yo lo pago; la voluntad que yo la tengo intercede en el tribunal de mi coraje a que no la busque para la sangrienta venganza. Vuesa paternidad la aconseje que no parezca en mi presencia, porque temo que, guiado de mi duelo, se ensangrienta mi acero en su vida aunque más la apadrine mi amor, que será lo mismo que darme a mí la muerte. Y así, para que la necesidad no la detenga a mis ojos, obligando a mi pundonor a derramar su sangre a las aras del oráculo de mi honra, vuesa paternidad la dé ese bolsillo, en que van mil escudos, encargándola que, pues dice que ama, haga esta fineza de ausentarse por quien ama; que si Dios la viere inocente, Él volverá estos ahogos en bien de entrambos.

No pudo proseguir más don Álvaro, porque las lágrimas le atajaron las palabras, con que se despidió del religioso, que al punto me dio la respuesta, la cual aguardaba yo con el alma en los ojos, que a pocas palabras dieron vista al bajío en que naufragaba el bajel de mi mala suerte. Animome el santo sacerdote a llevar el peso de lance tan amargo; entregome

373.- Orig.: 'conja' (p. 123).

374.- Tenple, se lee más abajo.

375.- Mucho.

376.- Orig.: 'remarò' (p. 123).

el bolsillo con los mil escudos, con que, pensada bien la derrota que había de tomar, me animé a embarcarme en una nao flamenca que venía a España, con la cual venía un caballero navarro con su mujer, donde imaginaba poder aclarar la certeza de quién eran mis padres, porque como la que me crio no lo declaró, aunque en Cerdeña y Sicilia se había hecho diligencia,³⁷⁷ no pude descubrir nada, con que me persuadí que entre las amigas y conocidas de la que me crio sería posible dar alcance a alguna verdadera noticia.

Al otro día me embarqué y salí del puerto con buen temporal, aunque escaso, con el cual navegamos prósperamente tres días, pero al cuarto nos amanecieron por proa tres velas que a todo trapo³⁷⁸ se vinieron a nosotros. El capitán conoció ser navíos de moros, con que sin dejar su derrota se dispuso a pelear, que presto le fue fuerza valerse de la buena y bien jugada artillería que llevaba, con la cual, llegando a tiro de cañón, les dio una carga tan a tiempo, que el un navío se iba a pique, con que los otros dos procuraron apartarse dejándonos seguir nuestro viaje, que fue sin más azar que lo dicho, que para el pecho de una mujer no fue pequeño. Aportamos a San Sebastián,³⁷⁹ donde salté en tierra; despedime de mi patrón, saqué la ropa, con la cual me vine a Pamplona en compañía del caballero y su mujer a cuyo amparo venía; busqué la persona, que era muy de la que me crio. Ha dos meses que vivo sola y desesperada.

Esta tarde me alagué a casa de una amiga, donde apenas llegué cuando la Justicia dio sobre mí sin saber por qué. Fue Dios servido que estaba cerrada la puerta, con que mientras la abrieron me escapé por la puerta falsa, pero no tan oculta que me dejasen de sentir para dar alcance a mi fuga; que a no encontrar a vuestas mercedes, hoy acabara mi vida y mi honra. Esta es mi trabajosa vida, señores; éstos, en suma, mis trabajos; éstas, mis miserias, que bastan para obligar a vuestros corazones que como nobles, como píos, como de caballeros tan ilustres, se muevan a ampararme, favoreciendo a una desgraciada, mujer, a una infeliz criatura que combatida de infortunios llega a vuestros pies por cobrar alientos para lograr en ellos nueva fortuna.

Con esto acabó Laureana su historia, dando principio a nuevo mar de lágrimas, que fueron tan poderosas que obligaron a los circunstantes a acompañarla con ternura. Trataron luego de su sosiego, por que no se les fuese el tiempo sólo en muestras de favorecerla; los forasteros quisieron ser los primeros en su amparo, pero el castellano la tomó por su cuenta, dando por razón el estar en su casa, con que podían descuidar Carlos y don Alonso, tratando sólo de sus conveniencias. Quedo asentado que el castellano asegurase a Laureana (que fue fácil, porque fue yerro de los ministros la diligencia que se hizo) y que dentro de tres o cuatro días saliesen Carlos y don Alonso de Pamplona con todo secreto, por si acaso les³⁸⁰ habían hecho alguna causa de resistencia, la cual pareció al otro día en manos de un escribano, al cual ablandó el castellano con unos doblones, contentando a los alguaciles con otros, con que la causa se rompió. Carlos, y don Alonso hicieron su viaje, sin que se les pudiese temer tropiezo alguno en todo Navarra.

377.- Orig.: 'diligen-|gencia' (p. 125).

378.- Con todo el velamen desplegado.

379.- Partiendo de Génova, lo habitual (y más seguro en todos los aspectos) sería desembarcar en Barcelona y seguir el viaje por tierra.

380.- Orig.: 'le' (p. 126).

CAPÍTULO XIII

Sale Carlos a proseguir su viaje; llega a un lugar cerca de la raya de Castilla, donde le festejan una noche

VUELA la mariposa, hermosea de colores de la primavera, habiéndose esmerado la Naturaleza en su dibujo cuando el arte, de envidia, la adula. A imitación del oro que la luce, tornos da a una luz con varios rumbos; ya la pellizca, ya la hace sombra, ya la lisonjea, ya la ronda, ya la bate las alas, ya a toda prisa se le acerca, pero cuando más oficiosa en su cariño procura beber la luz o llevársela en el pico muere abrasada en brazos de la llama, pierde la vida a manos de la luz apetecida, acaba de vivir a fuerza del calor por que anhelaba. ¡Oh infelizavecilla! ¡Oh mal afortunado galanteo, triste fin, corta dicha, amarga pena, infausta suerte!

Como en espejo sin adulación alguna, si Carlos se mirara³⁸¹ en este tan manual como vulgar ejemplo, se viera³⁸² retratado tan al vivo, que le juzgara o que vivía³⁸³ la verdad profética en su dibujo o que era verdadera copia de lo que le había de suceder, pues salió de Pamplona, habiendo dado vuelta a la Rioja, Vizcaya y Navarra, para venir a precipitarse en el empeño más peligroso que experimentó en la variedad de los lances trabajosos de su vida. Círculos hizo a la tierra para ir a parar en su ruina, vueltas dio a aquella parte de España para engolfarse en el proceloso mar del vicio, que le puso en riesgo de perder la vida, la honra, el alma, que es lo más precioso.

Salió, pues, Carlos de aquella insigne ciudad en compañía de su amigo don Alonso, que le daba mucha prisa por que llegase a tiempo de poder asistir a la fiesta de la Natividad de la Virgen que se celebraba con general concurso de los tres reinos confinantes, Castilla, Navarra y Aragón, en la ermita de la celebrada eminencia de Moncayo, donde le habían avisado que había de ir una persona en cuya mano estaba mucha parte del buen suceso de su negocio. Despidiéronse de don Juan, el castellano del castillo, dándole las gracias de el buen hospedaje que les había hecho, encomendáronle a Laureana, de la cual con muchas lágrimas suyas y sentimiento propio se desasieron, prometiéndola hacer todo el esfuerzo para sacarla del empeño de sus trabajos. Concluida esta acción,³⁸⁴ a veinte y nueve de agosto, día de la degollación de San Juan Bautista, llegaron a la venta de Las Campanas,³⁸⁵ de adonde, sin detenerse, por sus jornadas vinieron a aportar al amanecer a los confines de Navarra, a un lugar apacible, fresco y regalado, en el cual, como había dos noches que no dormían, trataron de descansar, viendo que les sobraba tiempo para ir a Moncayo, donde se determinaron a enviar a un criado a saber si había llegado el tal personaje, con orden que los avisase en Ágreda, donde los hallaría.

Con esta disposición descansaron hasta mediodía, que Andrés les sirvió la comida, con que reposaron un rato; pero como el calor era grande no pudieron sosegar, con que se le-

381.- Orig.: 'mirava' (p. 127).

382.- Orig.: 'huviera' (p. 127).

383.- Orig.: 'vivian' (p. 127).

384.- Orig.: 'cession' (p. 127). Enmiendo según un pasaje similar del cap. XV (p. 150).

385.- Poblado a unos 15 km de Pamplona, hoy integrado el nuevo municipio de Tiebas.

vantaron, entreteniendo el tiempo, mientras se quebrantaba el rigor de el sol, en disponer el modo que se había de tener en el negocio de don Alonso, el cual consultaron entre sí con todo cuidado (que una dificultad tratada con maduro juicio deseoso de acertar, se puede asegurar antes de el suceso el desempeño). Visto ya y considerado el medio que se había de tomar, se resolvieron a salir al lugar, supuesto que sobraba tiempo.

Llegaron a la plaza, donde encontraron al médico del lugar, que era un insigne filósofo que vivía por conveniencia propia en el lugar en aquel tiempo, el cual, como criado en las escuelas, apenas vio los forasteros cuando los saludó con agasajo, y como tan cercano a Ágreda, al punto los conoció. A esta sazón llegaron otros caballeros de el lugar,³⁸⁶ que, como tan conocidos, festejaron a los recién venidos, y para que entendiesen que no era menor la cortesanía de Navarra que la de Castilla con los forasteros, los convidaron a cenar a casa de uno dellos, donde los querían entretener con un gracejo de un negro que todos los años solemnizaba la fiesta de San Roque³⁸⁷ con un momo³⁸⁸ particular, pero que aquel año les había caído tan en gusto, que juzgaban suplir las faltas de la cena; que a ser día de fiesta les representarían un auto³⁸⁹ con que el lugar había alegrado la fiesta de su patrón, pero que los representantes estaban en el campo, que sólo el negro podía hacer sus habilidades.

Estimaron Carlos y don Alonso el agasajo, y por no parecer huraños aceptaron el convite, dejándose llevar de un caballero a su casa, donde los regalaron como si fuera de pensado³⁹⁰ el convite; pero donde hay gana y con qué, como sea en poblado, todo se halla. Levantaron las mesas, salieron a otra sala, donde cada uno tomó su asiento, deseando nuestros forasteros la fiesta por ver lo que tanto celebraban los naturales. Para dar principio al festejo, tomó uno de los circunstantes la guitarra, que sin templar ni ser rogado, con buena voz y mejor aire cantó este romance:

Del Tajo a la verde margen
se queja el pastor Anfriso,
que por ser el río Tajo,
se destajó para oírlo.

Corre presurosa el agua,
temiendo que sus suspiros
deshagan golfos de perlas
en tempestades de vidrios.

Gime la voz en el aire
porque se ve de él herido,
que es azote de los vientos
un acento repetido.

Tristes endechas³⁹¹ las aves
lamentan en su conflicto,

386.- Orig.: 'lugar,|gar' (p. 128).

387.- Se celebra el 16 de agosto.

388.- Número jocoso.

389.- Auto sacramental Representación teatral de tema religioso.

390.- Previsto, programado.

391.- Canciones tristes.

que también saben los brutos
sentir los males vecinos.

El ladrido de los perros
es un gemidor aullido,
que no quiso su lealtad
perdonalle por gemido.

Hasta un escollo eminente
se ve llorar hilo a hilo,
que hay penas de calidad
que harán llorar a los riscos.

Todos celebraron el romance, con el donaire del que le cantó, que con melodía cortesana dio principio a la celebridad del festejo. En esta ocupación los cogió la visión de un negro pequeño de cuerpo, vestido a la usanza de su país, con una toca de red,³⁹² que desde la frente le cubría las espaldas, entretejida de plumas de papagayo verdes, amarillas y coloradas; unos faldones de la misma tela le cubrían desde la cintura hasta la rodilla; una aljaba con flechas terciada³⁹³ al cuerpo, un arco con su flecha; todo el cuerpo que se divisaba, que era pechos, brazos y piernas, pintado a trechos de almagre.³⁹⁴ Con este disfraz entró el negro dando grandes saltos, silbos, castañetadas con la boca, tan disformes, que metieran miedo al que no conociera el momo; parose en medio de la sala tras haber hecho sus entradas y salidas con el arco y la flecha, haciendo ya que acometía o ya que se retiraba, con que sosegándose un poco de los saltos que había dado, hizo esta graciosa relación:

Ya sabé que samo nengro,
mas nengro sa muy honrada,
descendiente de Faetonta,³⁹⁵
hijo del Sor abrasada.

Por línea reta venimo
del humo, madre murata,
que vesida manta nengro,
mo dejó cara tisnada.

Tené la pelo torsida,
como bayeto frisada,
dienta branca, ojos linda,
la labio tura encarnada.

Gente sa neta del Sor,
bisnieto de lo luz crara,
tataranieto der fuego,
ta rinage autorisada.

392.- Redecilla.

393.- Atravesada.

394.- Pintura rojiza.

395.- Según la mitología, Faetón tomó prestado el carro de su padre el Sol. Su inexperiencia en manejar los caballos le hizo acercarse tanto a la Tierra, que convirtió en negros a los habitantes de África.

De eya vení mucha Reya,
amparradora Monarca,
mucha capitana, alferas,
sargenta, caba escuadra.

Toda sa gente de ben,
sino que dise canaya
que lo nengro non sa gente,
que sa perro que lo ladra.

Es un gran bellacuría
si va lo nengro a la caya,
lo ladrá, como si nengro
fora perro o fora garga.

Si va por carne argún día,
desí: Carnisero mara,
to, to,³⁹⁶ perrío, to, to,
da la güesa descarnada.

Si se enoja lo nengría
la decí: Nengro diabra,
¿queré tú també falá
en roda de gente branca?

Sufrí mucho, mi señore,
Carretorrenda pasada,
jugá con la nengro al toro,
daca el mazo, daca el maza.³⁹⁷

Por aqueso mara vida,
toro nengro angusiada,
mo prometemo devoto,
ampará de Roco santa.³⁹⁸

Que sa santa contra el pese
santa de perrío honrada,
santa linda peregrino
que trae bon carrbaza.

Aquesa nocha, siore,
fasemos fesa sonada;
hay churumías, pandero,
castañetos y sornajas.

Vení lo nengría toro,

396.- Voz de llamada al perro.

397.- En el Carnaval, los bromistas solían atar un rabo de papel o tela (maza) a la espalda de la víctima, que al pasearse por las calles recibía las risas de otros viandantes, que le cantaban: 'Daca la maza, que la lleva el borriquito que va a la plaza'. También se ataban objetos ridículos y ruidosos a las colas de los animales, que así corrían por las calles tratando de quitárselos.

398.- A San Roque, protector contra la peste, se le representa vestido de peregrino, herido en la pierna izquierda y con un perro a sus pies.

que aunque negro, linda cara,
y aunque en noche, su hermosura
sabe mostrar luce crara.

¡Eya, sargan lo primia!
mana Francisquiya crara,
¡Salí, fasámolo fesa,
bailemo, bailemo! mana.

Aquí acabo el negro su relación, con que la risa de todos, que hasta este tiempo estuvo represada, salió de la prisión del silencio con tan descompasado alboroto que en gran rato no se pudo sosegar al auditorio, porque el modo de la representación de el negro, los acen-tos graciosos de la lengua, la confianza con que los hizo reír a todos, era de grandísimo gusto. En esta alegre confusión estaba la sala cuando se aparecieron en ella cuatro mozas, con sus mascarillas representando el linaje de los negros, que festejaban a San Roque, que con el repique de las castañetas al discante³⁹⁹ de una guitarra cantaron y bailaron estas coplas con mucha graciosidad:

TODOS: Lo perría de San Roque,
he, he, he,
que no nació en Casía,⁴⁰⁰
sino en noso San Tomé.⁴⁰¹

NEGRA: Amiga negría,
vení, besaremo
la nosa perría
que te Roca al pe.
He, he, he, etc.

NEGRA: En fesa de Roca
tuto bailaremo,
con que haremos extremo
de devota fee.
He, he, he, etc.

NEGRA: Demo al perrío
con fesa y con grado
la olla de pavo,
para qué comé.
He, he, he, etc.

NEGRA: Francisca morena
baila aquí, siores,
por ganar perdones
donde hay tanto qué.
He, he, he, etc

399.- Acompañamiento.

400.- De San Roque se dice que nació en Montpellier (Francia) o en Voghera (Italia).

401.- Islas portuguesas en el Golfo de Guinea.

Roca peregrina,
 turo aquí bailamo,
 con que aseguramo
 nos hagáis merced.
 He, he, he, etc
 Amiga, folguemo,
 y fesa fasamo,
 por que no digamo
 que sa bujamé.
 He, he, he, etc.

Fue tan bien gobernado el baile, y cantado con tanta gracia, que a todos dio particular gusto, pues aunque los del lugar le habían visto otras veces, no obstante, lo festejaron como si fuera nuevo, jamás vito ni representado. Bien pensaron todos que había acabado ya el negro con sus gracias, pero viendo que los demás danzantes, aunque se retiraron, se quedaba el negro solo dando gran prisa a que le tocasen la guitarra a su modo, se detuvieron suspensos, atendiendo a que decía el negro que quería cantar y bailar solo, por alegrar los forasteros con tres coplas que le habían sobrado de aquel año para el siguiente. Sosegose el auditorio, con que el negro, con gran confianza al discante de la guitarra, que correspondida de su movimiento, cantó y bailó estas coplas:

Zambambú, morinico de Congo,
 zambambú;
 que galano me pongo,
 zambambú.
 Mañana sa fesa
 de sior San Roque;
 no sabé que haga,
 sino que le toque
 dansa de Perú;
 zambambú, morinico, etc.
 Lo camiso branca,
 si lo corpo negra,
 aunque ser persona
 teme la perrera,
 que sa Bersebú,
 zambambú, etc.
 Yo sudá ya tinta
 como la tintera
 del sior San Marco,⁴⁰²
 con que no quisiera
 manchar el laú,
 zambambú, etc.

402.- En algunas representaciones se muestra escribiendo.

Fueron tantos los visajes, los meneos con que el negro cantó y bailó estas coplas, que a todos los sacó del barrio de la alegría compuesta a la plaza de la desbaratada risa. Regalaronle los forasteros, particularmente con Alonso, que le prometió que si Dios le sacaba con bien de sus trabajos le había de dar libertad: palabra con que el negro con saltos y brincos por darle gusto pagó; pero viendo el dueño de casa que era tarde, que los forasteros habían de caminar, se levantó de su asiento, con que tuvo fin la fiesta, la cual en agradecimientos corteses pagaron los dos amigos. Los cuales acompañados de aquellos caballeros llegaron a la posada, donde se quedaron oyendo a Andrés remedar al negro, que no fue menor entretenimiento.

Pareciores muy a tiempo de caminar, con que montaron a caballo y con toda comodidad, con la frescura de la mañana, por entre unas huertas salieron de el lugar, de el cual al de Ágreda se pusieron en pocas horas, donde sus amigos los aguardaban.

CAPÍTULO XIV

*Llega Carlos a Moncayo; lo que le sucede hasta llegar a Zaragoza,
donde da principio a su mayor empeño*

EL cuidado del buen despacho de don Alonso⁴⁰³ le sacó a Carlos de entre lo gustoso del trato de sus amigos para ir a Moncayo, para donde salió de Ágreda una mañana de las alegres de aquel país, a siete de setiembre, que corresponde en Castilla la Nueva al mes de abril, pues en flores, en frescura de el aire, en amenidad de los prados, en el dulce canto de las aves, en la alegría de la florida campaña, no sólo en verde si fragante promesa, sino en suave deleite de posesión, porque el mes de setiembre es en aquel país abril en flores, setiembre en frutos; abril, en verdosa pompa de esperanzas, setiembre, en sazonados esquilmos⁴⁰⁴ de el agosto. Por entre esta deleitosa amenidad caminaba Carlos contemplando la armoniosa consonancia con que el poder de Dios sustenta el universo para la apetecible conservación de la vida de el hombre, pues en la corta distancia de dos leguas todo era variedad de gustos en flores, en frutos, en cristalinas fuentes que corriendo presurosas fructificaban, divertían, alegraban y obligaban a que reparase al natural menos atento.

Llegó, pues, Carlos al lugarejo de Vozmediano,⁴⁰⁵ donde seстеó, porque convenía llegar de noche a Moncayo⁴⁰⁶ y porque deseaba ver la celebrada fuente, madre de el río Vozmediano,⁴⁰⁷ que nace tan padre siendo hijo, que a distancia de cinco o seis pasos da agua bastante para moler cuatro piedras de un molino, y a menos de ducientos pasos sustenta unas herrerías. Nace este río en cuna tan somera de la tierra, que sin tener re-

403.- Recuérdese que don Alonso vive amenazado de los parientes de don Josep, a quien dio muerte en Zaragoza.

404.- Recolecciones, cosechas.

405.- A unos 10 km de Ágreda.

406.- Debe referirse a San Martín de la Virgen de Moncayo que cada año organiza una romería al Santuario al final del verano.

407.- El río Queiles.

cuesto⁴⁰⁸ alguno hierve a borbollones en la llanura del prado, de manera que no parece que viene arrojada por manantial que se vierte, sino que la abundancia le obliga a que se descuelgue a la madre,⁴⁰⁹ por donde sigue su curso con tan alentados bríos, que a pocos lances es mar, si comenzó fuente, si prosiguió río.

Muy atento consideró Carlos las circunstancias del nacimiento de tan poderoso río, hasta que fue hora de caminar, lo cual hizo montando caballo en compañía de Andrés, con que en breve rato se pusieron al pie del recuesto de la ermita, de adonde oyeron el ruido de la gente que con bailes, con juegos diferentes, celebraban la Natividad de la Virgen Santísima;⁴¹⁰ y aunque la noche era oscura a falta de la luna, eran tantas las luces, los fuegos que había en el terrero de la santa casa, que alumbraban como si fuera día a los caminantes (que ya en este tiempo era grande el concurso de gente que subía, guiada de la luz grande de las luminarias y fuegos). Con brevedad nuestros dos caminantes traspusieron lo agrio de la colina hasta dar de cara con la plaza de la ermita, donde estaba un bien formado castillo a que pusieron fuego, que les sirvió de lucido si ruidoso entretenimiento. El cual acabado, trató Carlos al punto de ir en busca de don Josep, que era un caballero anciano de grandes prendas, recién casado con una señora noble, hermosa y niña, calidades todas para empleadas en menos años de los⁴¹¹ que tenía don Josep, que no creía tenía más edad que la que le informaban sus apetitosos bríos.

Hallose Carlos que volvía con su reciente esposa de ver los fuegos, y por no perder la ocasión procuró Carlos la primer atención cortesana acompañando a la mal empleada juventud. No se lo permitió su anciano esposo, pero, como era corto el viaje, tuvo Carlos lugar de llegar hasta la puerta de su posada, donde se quedó, dilatando para el siguiente día el primer punto de su pretensión, de que recelaba el mal suceso porque, según las señas que pudo penetrar en los primeros lances, el duelo de aquella tierra se extendía más allá de los barrios de la muerte, porque los parientes del difunto quedaban substituyendo su vida para vengar el agravio. No flaqueó Carlos con las malas nuevas que le daba el semblante del duelista juez, antes se empeñó con mayor conato para la revista, entendiendo que es de sabios el mudar dictamen cuando es de sapientísimos cristianos el saber perdonar. Despidiose de don Josep diciéndole que más despacio le buscaría al otro día.

En el cual se esmeraron las galas, las hermosuras, los lozanos bríos de las tres naciones, Aragón, Castilla y Navarra, que a competencia se emulaban unas a otras. Hubo misa y sermón, con tan gran regocijo de los corazones católicos, que tuvo el Demonio envidia dél. El cual mostró por la tarde incitando, o ya con el ardor del vino (común achaque de plebeyos viles) o ya con la loca emulación de las naciones pretendientes, ambiciosas de llevarse la palma en todo género de agilidad y valentía, a dos mozuelos revoltosos, que los traía de manga⁴¹² el Demonio para hacerla de desdichas contra los hombres. Éstos viéndose mal tratar en el juego de la esgrima de dos diestros en la espada, se determinaron a vengar la afrenta que su loca fantasía suponía, como si fuera delito saber más de la espada en tiempo

408.- Pendiente.

409.- Cauce.

410.- Se celebra el 8 de septiembre.

411.- Orig.: 'lo' (p. 134).

412.- A conveniencia.

que es uso el saber menos de todo. Amotinose el uno, con que dejó la espada negra⁴¹³ para vengarse con la blanca; trató de hacer locuras, que ayudadas de otros de su nación, crecieron a tanta altura, que se temió grande estrago tras la muerte de los alborotadores, porque se armaron las tres naciones como si estuvieran en campaña rasa a vista del enemigo. Fue Dios servido, por medio de la Virgen su Madre, a quien festejaban los católicos corazones de todos, que no pasase⁴¹⁴ a más rotura⁴¹⁵ que al castigo merecido de aquellos perturbadores de la paz santa con que se celebraba el día del Nacimiento de su Madre Santísima.

En el tiempo en que se trabó la pendencia estaba Carlos con el anciano don Josep solicitando hallar modo como componer el duelo de don Alonso para acabar de sosegar aquellos dos calificados linajes. Paseábanse ambos a dos apartados del concurso, a la sombra que hacía la misma ermita, muy fuera de imaginar lo que luego sucedió; pero a pocas vueltas de el paseo oyeron grande ruido de voces, de golpes de armas, que los obligó a procurar saber la causa de tan ruidoso alboroto; pero antes de dar vuelta a la ermita vieron venir a un brioso mozo retirándose⁴¹⁶ de una gavilla⁴¹⁷ de mozos que le tenían mal herido y aun acosado de muerte. Congojado se vio Carlos sin armas a vista de tan gran surperchería,⁴¹⁸ pero como a la nobleza del ánimo valeroso nunca le faltan bríos aunque la falten las armas, echó mano de un desgajado tronco de un árbol que estaba arrimado a las paredes de la ermita (que suele ser ordinaria colgadura de la montaña), con que blandiéndole a dos manos enfrenó la furia de aquella agavillada canalla, dando lugar al pobre caballero a que cobrase aliento, que venía fatigado, con que tan bien se logró el valor de sus amigos, con el cuidado de la Justicia, que unida la virtud, se desunió la maldad que trataba de destruir la paz santa de aquel día.

Con este tan valiente como dichoso accidente se comenzó a tomar forma en todo, con tan buena fortuna, que en menos de dos horas se sosegó el tumulto, huyeron los delincuentes, murieron los revoltosos, los pacíficos bien intencionados, por medio de su valor volvieron a gozar de la paz, dando gracias a Dios y a su Madre Santísima de la merced que les había hecho. Retiraron al caballero, que estaba herido, a la posada de don Josep, de quien era sobrino y hermano de don Josep, a quien quitó la vida don Alonso, el amigo de Carlos. Curáronle de tres heridas que le habían dado,⁴¹⁹ con que trataron de dar orden como llevarle a Tarazona para cuidar de su vida con más asistencia y regalo, porque aquella estancia era un monte; la comodidad, como de montaña; el bagaje que habían traído, mulas; don Jaime estaba muy desangrado; las heridas eran, al parecer, de cuidado, que todo era de congoja para don Josep su tío; pero a todos estos ahogos quiso Carlos dar remedio ofreciéndose a traer litera con que llevar a don Jaime a Tarazona, para que de allí, si pareciese a los cirujanos, pasase a Zaragoza. No puso dilación alguna en ejecutar lo que había prometido, pues con Andrés en breves horas se puso en Ágreda, de adonde despachó a Tarazona a prevenir posada en la casa de un amigo. Mientras tanto, llegó Carlos a

413.- La espada de esgrima, de hierro, sin corte y con un botón en la punta.

414.- Orig.: 'passe' (p. 135).

415.- Desorden, estrago.

416.- Orig.: 'retiran-|se' (p. 136).

417.- Pandilla.

418.- O 'superchería': mala acción, abuso.

419.- Orig.: 'dando' (p. 136).

Moncayo a las dos de la noche con una litera (que era de un caballero de Ágreda), con que al punto salieron para Tarazona, don Jaime muy bien acomodado en la litera, los demás en mulas, que a corto paso llegaron a las seis de la mañana a la casa de el amigo, donde los convoyó Andrés, que los aguardó a la entrada de el lugar.

No quisiera don Josep obligarse con tanta demasía, pero viendo que era fuerza, por ser forasteros y estar en una posada (las cuales en España en ningún tiempo son buenas, cuanto y más en setiembre), dio lugar, por persuasión de su mujer, a que admitiese el agasajo de Carlos, a quien miraba ya con más cuidado que el ordinario. Acostose don Jaime, vinieron los cirujanos, que no quisieron curarle hasta las veinte y cuatro horas, pero a la hora señalada lo hicieron, declarando no ser de tanto peligro las heridas, con que todos se alegraron, y en particular Carlos, por el valor que vio en don Jaime y juntamente porque juzgaba que con su salud conseguiría su pretensión. Al fin, dentro de veinte días le aseguraron los cirujanos que podía caminar. Así se hizo, en la misma litera con que Carlos le había traído de Moncayo, que por orden de don Alonso la volvieron a remitir, que con buen viaje llegó don Jaime a Zaragoza en compañía de don Josep, su mujer y Carlos, que los acompañó hasta su casa, donde don Josep y don Jaime le regalaron y festejaron, procurando pagar con estas atenciones las que tuvo Carlos en todo el suceso pasado, particularmente don Jaime, que, como más obligado, estaba reconocido como noble, y como tal deseaba satisfacer: sacábale a pasear a orillas de el río Ebro, llevábale a los entretenimientos, a las torres (que es lo mismo que en Castilla casas de campo, en Toledo cigarrales, en Granada cármenes, y en Portugal quintas). Al fin, a todo lo que había en el lugar que fuese de gusto le llevaba.

Un día déstos, que estaban solos orillas de Ebro, le dijo don Jaime a Carlos:

—Amigo: ya entenderéis de mi nobleza cuán reconocido estaré a lo que os debo. Suplícoos que me tratéis como a vuestro deudor, sin que haya entre los dos cumplimientos, sino buena voluntad sin afeites de cortesana política; porque a mí me está tan bien vuestra amistad, que en mi estimación la tengo por granjería.

No deseaba Carlos más que este lance para hacer las amistades entre don Jaime y don Alonso, con que valiéndose de la ocasión, le dijo:

—Mi jornada a Moncayo, amigo don Jaime, fue sólo a buscaros a vos y a vuestro tío don Josep para comunicaros un negocio que a todos nos está bien; a vos y a vuestro linaje, por el sosiego que conseguís; a mí, por el buen logro de mi amistad. Hasta ahora no os he dicho nada porque aguardaba este lance. Ahora lo hago con toda confianza de que conseguiré mi pretensión. En vuestra mano está: mirad si os lo puedo suplicar, porque me pesara hacer empeño con mis amigos para salir desairado en el suceso.

Reventando estaba don Jaime por decirle a Carlos que dispusiese a su gusto todo lo que estaba en su mano, pero atendióle con todo cuidado hasta que acabó, a que respondió don Jaime:

—Amigo: si pudiera tener queja de quien tan obligado me tiene, ninguna mayor que la que podía tener de vos, pues habéis alargado el plazo al tiempo, pudiendo acortarlo insinuándome vuestro gusto; pero pues lo habéis callado, vuestra será la culpa cuando es mía la pena. Una sola cosa podía exceptuar de la concesión general, que es la de la honra, la cual fío tanto de vos como de mí propio; y así, podréis disponer, sin género de duda que seréis obedecido.

Estimó mucho Carlos el cortesano empeño, con que sin más preámbulos le dijo cómo era amigo de don Alonso, por cuya amistad estaba obligado a solicitar su sosiego, porque el enfado había sido muy honrado. En el cual no había duelo; pero si quedaba algo de purgar, no era de caballeros satisfacerse por mano de la Justicia, sino por la propia espada. Para cuyo ajuste estaba don Alonso prompto, como caballero, si fuese necesario, a salir a campaña; pero como la causa no era de duelo, sino de composición, como personas de juicio, verdaderos católicos, que a esto era a lo que venía, con determinación de no salir de Zaragoza sin acabar de ajustar estas amistades; que le suplicaba que, pues era la parte, como hermano de don Josep el difunto, dispusiese la materia de manera que estuviese bien a todos.

Con gran atención estuvo don Jaime a todo lo que le propuso Carlos, que visto que paraba en hacer amistades con don Alonso, se fue a él con los brazos abiertos diciendo:

—Sólo vos, amigo, podéis darme tantas veces la vida, con que me vengo a persuadir que sólo vos seréis poderoso para conseguir lo que tanto deseo. Y por que conozcáis mi fortuna, hágoos saber que sólo vivo de la esperanza⁴²⁰ de que podré alcanzar un favor de la hermana de don Alonso. Eso es lo que deseo, eso es lo que pretendo; pero a todo se opone una hermana mía, que es la que impide el buen suceso de nuestra pretensión. Ésta lo baraja todo; esta hermana, amigo Carlos, es la que impide mi bien, la cual turba mi sosiego, la que embaraza mi dicha; al fin, la que dificulta todo el buen suceso que deseamos. Es vana, aunque entendida; es cortesana, aunque vengativa, con que obliga a todo el linaje a que le hagan guerra a don Alonso, con que me tienen sin salud, sin gusto, sin sosiego. Mirad vos, amigo, si os atrevéis con tal poderoso enemigo, que lo que toca de mi parte, aquí me tenéis para obedeceros.

Suspense quedó Carlos con la respuesta de don Jaime, porque aunque podía festejar la seguridad de tenerle de su parte, la oposición del corazón vengativo de una mujer le pudo zozobrar el gusto.

—Más quisiera —dijo⁴²¹ Carlos— pelear con una fiera sangrienta que con una mujer airada y vengativa; pero siendo entendida, bien me prometo buen suceso en toda nuestra pretensión, porque el entendimiento claro sosiega la borrasca más deshecha que levantó la vanidad en el golfo de la pasión vengativa. ¿Dónde vive esta vuestra hermana, don Jaime?; que no sé qué me ha dado, que me parece que con el favor de Dios he de conseguir que esa señora sea nuestra agente en esta causa. Vamos a hablarla, donde veréis cómo Dios me ha traído a Zaragoza para meter en paz estos dos linajes, tan sin razón encontrados.

—Pues vamos —dijo don Jaime—, que yo os mostraré la casa sin que me vea, porque me tiene por sospechoso.

Llegó Carlos al umbral de la casa; llamó, respondiéronle, preguntó por la señora doña Inés, a quien suplicaba le diese licencia para besarla la mano; mandáronle que entrase en una sala, donde se halló con una dama viuda, moza, hermosa, cortesana, con más punta de vanidad entendida que de necia presunción. No le pareció a Carlos tan cruel el enemigo en la relación de don Jaime como a vista de su hermana doña Inés, por que una hermosura turba; no obstante, se armó de confianza, porque es gran principio de la fortuna la buena esperanza del despacho. Propuso su pretensión previniendo a doña Inés de ángel

420.- En uno de los origs.: 'asþperanza' (p. 139).

421.- Orig.: 'dize' (p. 140).

de paz en cuya mano estaba el sosiego de aquellos dos nobles linajes, asegurándola que don Alonso la tomaba por su amparo, aunque no le escribía por parecerle que la cobardía se graduaba de benemérita a vista de sujetos mayores; que estaba tan a su obediencia, que postrado a sus pies se remitió a su voluntad para que dispusiese de su persona lo que más conviniese a su gusto; que si gustaba de que viniese a Zaragoza a entregarse a la Justicia, empeñaba su palabra de obedecerle.

Aquí acabó Carlos el memorial de su pretensión, diciendo a doña Inés que no se preciase de fiera en el rigor ya que su vista lo era con los hombres, que dejase lo sangriento para lo bárbaro, pues el Cielo la graduaba de benévola, que fuese paloma de segura esperanza de la paz, espíritu de amistad, suave medio por donde se consiguiese la dicha del sosiego. Supo Carlos disponer tan bien el gusto de la hermosa dama, que consiguió de presente tan buenas esperanzas del buen suceso como asegurarle doña Inés el buen despacho, dando su palabra de que consultaría la materia con su linaje, que o podría poco o antes de veinte días se había⁴²² de sosegar el encono de las dos parentelas, con que don Alonso gozaría de la posesión de su prima. Y por que se asegurase más Carlos de su palabra, se la daba de que el siguiente día iría a a visitar a doña Ana, porque todo se debía a su buena disposición, que con tal medianero tendrían paz las más bárbaras naciones. Con esto se despidieron, Carlos muy agradecido a la galantería con que le trató doña Inés.

Al punto que salió Carlos de casa de doña Inés encontró con don Jaime, que le aguardaba con hartos temores de que su hermana se negase a la agencia de su anhelo, pero en viendo a Carlos se imaginó dichoso, porque el pretendiente, hasta en los semblantes asegura o no el buen o mal fin de su pretensión. Contóle Carlos lo que le había pasado con su hermana, con que era fuerza el no detenerse, por ir a casa de don Alonso a avisar a doña Ana para que ganase por la mano gozar de la ocasión para ver a su dama en compañía de su amigo, pero no se lo permitió Carlos, por que no fuese accidente que pusiese en contingencia la buena sazón en que estaba su negocio. No replicó don Jaime, con que se despidieron los dos, don Jaime a contemplar en las buenas esperanzas de la posesión de su dama, Carlos a disponer a doña Ana para la visita de doña Inés, que no fue tan fácil, porque no se acabó de determinar hasta consultarlo con los suyos, porque en este reino, hasta las mujeres se gobiernan por las leyes del duelo.

A todos les pareció que encaminaba Carlos felizmente su negocio, con que se dispuso que las dos primas, a título de que venían de la Virgen del Pilar, visitasen a doña Inés, la cual se obligó tanto de la cortesanía, que en pocos días despacharon por don Alonso, el cual perdonado ya de la parte, fue fácil alcanzar el perdón del Virrey, con el cual entró en Zaragoza; pero antes que se casase con su prima se ajustaron las bodas de don Jaime con su hermana, con que se confirmaron las paces. Las bodas se celebraron con gran regocijo, con sarao público, donde Carlos dio principio al empeño mayor de su vida, la cual pudo perder con harta desgracia.

Careose en el sarao con doña Antonia, mujer del anciano don Josep, y como los pocos años en brazos de una senectud, en breves días conocen la diferencia de los climas, resfríase el calor del matrimonio, padeciendo achaque peligroso el primer cariño de las bodas. Doña Antonia era niña de diez y siete años, con prendas de aseo y hermosura; don Josep

422.- Orig.: 'avian' (p. 141).

pasaba de sesenta y tres años, que aunque la cuenta del climérico pasado aseguraba por algún tiempo su vida, su nevada cabeza a fuerza de tantos inviernos, la desposeía a su esposa de las sazones de casada. Al fin, las estrellas de Carlos y doña Antonia confrontaron, con que a pocos lances se encendió fogosa llama del vicioso amor en sus dos corazones.

Los primeros lances fueron cercanías continuas de la vista: fuerte si ejecutivo cañón para dar batería a la fuerza de la voluntad. Los segundos esfuerzos deste amor fueron repetidas visitas en dulce conversación. Si la vista hiere, las palabras matan, con que en breves días se halló Carlos en posesión de doña Antonia. ¡Oh hipócrita pasión de la voluntad, con qué facilidad se introduce, qué blandamente embriaga, qué fácilmente se empeña, qué dificultad no allana, qué tropiezos no desvía, y al fin, que duro natural no aprisiona!

CAPÍTULO XV

Sigue Carlos el empeño, hasta la permisión del premio

CON las promesas la esperanza vana se enamora el pecho más brioso de las plumas y de las galas soldadescas; ambicioso de lauros de la honra, pretende, a fuerza de sus bríos, alcanzar los voltarios⁴²³ aplausos de fortuna. Deja los paternales halagos de su casa y patria por la palestra campal del enemigo; sus amigos caros deja, su regalo y sosiego, sin permitir embarazos al bélico ardor que le empeña; a largas jornadas da alcance a su compañía, que ya le aguarda haciendo valiente cara al enemigo; sigue la marcha con juvenil orgullo hasta que en campo raso tremolan las enemigas banderas apellidando⁴²⁴ alegres empeños de los honores de Marte. No le turba la sangrienta amenaza que le aguarda, no le hace cegar a su corazón el horroroso espectáculo de las armas: a todo ofrece el pecho por conseguir el premio laureado del valor. Presenta el general la batalla al enemigo, las cajas, clarines y trompetas hacen seña para entrar en la batalla; relinchan los caballos, irritados del bélico estruendo, bufa el valor, reconociendo que ha llegado el lance de esgrimir el acero en partida campaña cuerpo a cuerpo; brama el aire, azotado de la⁴²⁵ furia de las balas, salen las mangas⁴²⁶ de la infantería, guarnecidas de las tropas de caballos, danse la carga con destreza o rabia, túrbase el sol a oposiciones de las nubes del humo y polvo; rompe la caballería la contraria hueste, resisten los infantes con sus picas el tropel de caballos enemigos; suena la voz de la victoria alegre, retirase el más valiente, vuelve la espalda el cobarde, gime el herido, pelea con la muerte el cuasi ya difunto, siente el prisionero cuando el vencedor canta la gloria del dichoso encuentro. Preguntémosle al valor racional más sin segundo⁴²⁷ si era esto lo que imaginaba de la guerra en su patrio suelo, si algún día en su idea formó el violento destrozo de una bala, el granizo sangriento de pelotas, el sangriento estrago del acero, y nos responderá que no, porque el va-

423.- Caprichosos.

424.- Publicando, clamando.

425.- Orig.: 'açotado la' (p. 143, últ. lín.).

426.- Alas, columnas.

427.- Sin rival, incomparable.

lor no discurre, pues las experiencias enseñan. ¡Oh mundo loco! ¡Oh vicio del amor, embeleso de los hombres, que siendo tus sazones una guerra viva, hay quien ciña tus laureles, hay quien los ronde! Pero ¿que no hará un vicioso picado del áspid que llaman voluntad?

Veámoslo en Carlos, el cual aquella noche de su mala estrella donde se festejaron con alegre sarao las bodas de don Jaime y don Alonso le cupo (como forastero que tanta parte había tenido en el buen suceso de las amistades de aquellos tan encontrados linajes) el lugar entre los parientes más cercanos; y como doña Antonia, siendo mujer de don Josep, era la más allegada, juntándosele el ser madrina, fue la que se sentó junto a Carlos, porque acaso sucedió así o porque alguno dellos, picado de la vista, quiso remitir a experiencias más cercanas el veneno de los ojos. Juntos, pues, se hallaron los dos, que se conformaron tan de golpe, que parece que sus dos corazones, o siempre se comunicaron por estrellas o nunca dejaron de ser uno, por conformes; con que sin caer en el crimen de ser fácil doña Antonia, pudo arrojarle sin dar largas al empeño, en el cual quedaron conformes en buscar la ocasión para lograrla con menos publicidad, y mientras llegaba este día se comunicaron por los ojos todo lo que pudo permitir el público festejo.

Pasábase la noche sin que los dos amantes hiciesen papel particular en el alegre aplauso de las bodas, cosa que podía ocasionar reparo, pero como había tantos asistentes al gusto del sarao, hubo lugar para que Carlos y doña Antonia se comunicasen los corazones sin nota de la malicia popular; pero reparando Carlos en que para adelante podía ocasionar sospecha, viendo que doña Inés, hermana de don Jaime y grande amiga de doña Antonia, danzaba sola, se levantó a acompañarla en el corro, que juntos, con gala y donaire sazonaron el gusto del auditorio. Sentose la dama, en cuyo lugar entró doña Antonia por estrenar la gallarda⁴²⁸ a compás de su galán; al cual sacó del empeño don Alonso, que habiendo danzado corto espacio con doña Antonia, le sustituyó su esposa, que en compañía de su hermana y de don Jaime formaron un gustoso combate entre los cuatro, de un torneo, el cual danzaron con tan gran compás, compostura⁴²⁹ y destreza, que admiraron gustosamente a los circunstantes, con que se dio fin por aquella noche al sarao. Siguiéronse otras ocho, en que Carlos acabó de amartelar a su dama, con que ambos a dos se olvidaron ya del temor de la publicidad de sus amores, tanto, que a ser más largo el festejo dieran mucho que notar a los mirones; pero como se dio fin al aplauso festivo de las bodas, feneció la dulce conversación de los dos amantes.

Bien conocieron los dos la dificultad que habían⁴³⁰ de tener para comunicarse, porque la vejez de don Josep velaba como celosa de sí misma, y aunque no asistía en el cuarto de doña Antonia, los criados (que todos estaban a su devoción), no permitía su vigilancia un rato de desahogo. Don Josep, si no era a mediodía a la mesa, no comunicaba a su esposa, que de buena gana lo escusara doña Antonia, porque toda comida era gruñida, dando órdenes como encerrar más a su esposa; porque como se veía con catarro eterno, asma perdurable, sueño a todas horas, orina a cada paso, con braguero a todos lados, la mujer moza y de buen gusto,⁴³¹ temía no relajarse los fueros santos del matrimonio. Pero, ¡oh engaño

428.- Baile de salón de la época.

429.- Orig.: 'compos-|trera' (p. 145).

430.- Orig.: 'avia' (p. 145).

431.- Amiga de diversiones.

de la vejez decrepita!, pues este mismo cuidado vigilante la obligó a su esposa a romper la rienda del precepto buscando traza o modo como entrar en su casa a su querido Carlos.

No fue fácil hallar medio, porque aunque los dos interesados le buscaban, la vigilancia de don Josep, con el fiel cuidado de sus criados, no permitían el acierto de su pretensión, porque ni aun para consultarlo había lugar, porque las visitas eran públicas y pocas; los papeles, raros, aunque de parte de doña Antonia había algunos, por haber facilidad de asomarse a una ventana por donde le dejaba caer al tiempo que pasaba Carlos. Sustentose este loco amor vicioso en las basas de un temeroso apetito seis meses de duración, afianzado en las venideras posesiones. La ronda era ordinaria en Carlos, su cuidado no perdía la ocasión, la diligencia no se suspendía, con que sin desmayarse la atención vivían los amantes alentados de una loca esperanza, en quien asegura el amor sus mayores intereses: buena fianza para afianzar la posesión, si no mejor seguridad para arrojarse a navegar el golfo de dificultades de los empeños de un amor vicioso; pero todo lo vence la voluntad, todo lo rinde la tenacidad industriosa de un empeñado vicio.

No los engaño su esperanza, aunque puede llamarse engaño todo lo que promete, porque aunque se efetúe lo esperado, es con tantas zozobras y torturas, que no es lo prometido, sino lo no esperado, porque es el más amargo gusto que pudo inventar la tiranía, pero la ceguedad del vicio lo sazona, pues con industrioso cuidado da ajustadas trazas, aunque peligrosas, para llegar al deseado término a que anhelan. Así le sucedió a doña Antonia, la cual reparó en un cuarto bajo de su casa donde había una reja muy hermosa, aunque afeada con la maleza de los temporales, con que daba a entender el poco cuidado que della se tenía. Preguntó a una criada quién habitaba aquel cuarto que con tanto desaliño le trataba; fuele respondido que nadie, porque era un cuarto bajo en que solía asistir don Josep su marido, pero que la falta de salud, con la sobra de achaques, le obligaron a olvidarle por hacer habitación, por más sana, en el cuarto alto.

—¿No es bueno —dijo doña Antonia— que sea yo la señora de casa y que me haya puesto mi fortuna en tal estado que no sepa dónde vivo ni haya reparado en que hay otros cuartos en esta habitación, que puede ser que haya alguna alhaja en aquel cuarto de que poder echar mano para el adorno o servicio de mi casa? Dad acá la llave, que me pienso entretener en esto hoy, ya que mi hado me ha destinado a tan triste vida.

El ama, en cuya atención aseguraba el viejo don Josep toda su confianza, rehusó el entregar la llave, con que obligó al empeño a doña Antonia, en quien vivían anhelos de lograr su esperanza, cuyo dichoso efecto columbraba. Enfadose la dama de lo terrible,⁴³² obligándola al ama a que le diese la llave, que viéndola en su poder, con determinación colérica dejó los chapines⁴³³ procurando bajar al cuarto por la escalera principal. Fuele advertido por una criada que por un aposento muy cercano al de su cuarto se podía bajar, lo cual puso en ejecución, bajando por la secreta escalera hasta llegar al cuarto bajo, donde reparó más aliño del que prometía habitación tan olvidada, porque estaba todo adornado de pinturas, escritorios, bufetes, sillas; todo tan rico, que quedó, si no admirada, confusa. Pero atendiendo más su cuidado, halló un velón muy limpio, con prevención de aceite, que publicaba no ser aquella alhaja de olvido. Sacola desta confusión un catre de

432.- Terriblemente.

433.- Zapatos con gruesa plataforma de corcho.

granadillo,⁴³⁴ con su cama alhajada de muy blanca ropa, con que su prudente malicia se aseguró de todo sin hacer movimiento ruidoso, porque reparó, como discreta, que en materias tan agrias el alboroto es causa de grandes males.

Calló la malicia bien fundada, determinando el remedio sin que se publicase el delito: hizo a la criada que la acompañó que llamase al ama mientras se entretenía en mirar todo el cuarto. Subió la doncella, y doña Antonia abrió la ventana de la calle a tiempo que acaso pasaba Carlos (que no siempre anda avara la Fortuna con los amantes): díjole la astuta dama que aquel portillo había hallado en su casa, que ella le avisaría el día que la suerte permitiese el comunicarse de más cerca, que se retirase presto, no le viesen las criadas que por instantes aguardaba. Obedeció Carlos a tiempo que volvió la doncella, muy alborotada, diciendo que el ama estaba tomando el manto para irse, a cuyo reclamo subió en su alcance la astuta dama, con tanta prisa, que la detuvo, obligándola a que bajase al cuarto bajo, y a la doncella que cerrase⁴³⁵ las puertas, por que no comunicase con las demás lo sucedido. Obedeció la doncella (porque también tenía parte en el delito, gustó de que su señora lo ocultase).

Como doña Antonia se vio cerradas las puertas con sola el ama y la doncella, procuró reprimir su enojo por dar a entender al ama su delito, como requería el caso: afeó el atrevimiento confundiéndola con la verdad averiguada, arguyola de infame, ingrata a la confianza que su dueño había hecho de su persona. Tan eficaces fueron las palabras con que la reprehendió, que la desdichada mujer rompió en un vergonzoso llanto, echándose a los pies de su ama pidiendo perdón de su ingrata correspondencia. Menos era menester para que la atenta dama procurase su consuelo, como luego se vio, porque con gran blandura la dijo que no se admiraba de flaquezas de mujeres, pero que la dijese la verdad, para que, según ella, se pusiese el remedio conveniente.

—En pocas palabras —dijo el ama— podré decir a vuesa merced mi infame maldad: un hombre, señora, me galanteó para casarse conmigo, como lo hizo seis meses ha; pero por no perder la comodidad de su casa de vuesa merced no lo he publicado. Como me vi casada, le he dado lugar a que todas las noches entre a verme por medio de la reja deste cuarto: este ha sido mi delito, ésta mi poca fidelidad, ésta mi desgraciada culpa, la cual ha llegado a su tribunal de vuesa merced, de que no me espanto, porque el pecado trae consigo la publicidad con la pena. De lo que me querello es que por estorbar otro galanteo a esta moza se lo haya dicho a vuesa merced, con que me ha deshonrado desacreditándome con la demostración de mi poca fidelidad, con que ha ocasionado el quedar en desgracia de mi señora: desto estaré siempre sentida desta mala hembra.

A que terminó con lágrimas, con suspiros, dando lugar a la doncella a que con maldiciones, con juramentos, negase la calumnia con que el ama la acusaba. Muy ahogada de embarazos se vio la discreta dama con las dos criadas, a quien procuró sosegar, porque nunca la podía estar bien, ni a su honra ni a su pretensión, que se supiese este caso, porque en don Josep le había de causar sospechoso cuidado el escalamiento⁴³⁶ de su casa, con que era fuerza andar siempre en centinela de su honra, sin dar lugar al buen principio que se

434.— Árbol de madera oscura y muy densa.

435.— Orig.: 'cerresse' (p. 148).

436.— Entrada no consentida.

divisaba para conseguir el fruto deseado de los dos amantes. Al fin, la prudencia industriosa de doña Antonia allanó las dificultades que se opusieron a su deseada pretensión; sosegó a las dos culpadas contendoras, que desfogaban⁴³⁷ su rabia con lágrimas de los ojos. Viendo la discreta dama que la tempestad del encuentro de las dos criadas había terminado en llanto (que es efecto ordinario del femíneo coraje), las dijo:

—Ya veis,⁴³⁸ amigas, que la asistencia en mi casa no es factible, porque yo soy moza;, vosotras, livianas, atrevidas, y lo que vosotras, infielmente villanas, habéis pecado, no es bien que mi opinión lo pague. La vuestra queda por mi cuenta, procurando con mi esposo os favorezca sin que nadie pueda calumniar vuestro crédito, porque a mi pecho solo fiaré este suceso. Lo que os pido es que, ya que yo con tanta atención miro por vuestro pundonor callando vuestra alevosía, no la descubráis vos con publicar vuestra deshonor. Dentro de cuatro o seis días se lo diré a mi esposo: en este tiempo trataré de buscar personas que me asistan con más verdad; pero vos las habéis de calificar a vuestro amo, que no quiero yo que juzgue don Josep que sale de mi cuidado esta prevención.

No supo el ama cómo agradecer a su señora la merced que la hacía sino echándose a sus pies para besárselos; que un delito no sólo perdonado, sino bautizado con el color de honrosa determinación, más es que perdonar, porque es cautivar con honra al reconocido delincuente. Acabada esta acción, mandó doña Antonia al ama y a la doncella que se fuesen a hacer sus haciendas, por disimular con las demás criadas.

En estos días que tomó de término hizo doña Antonia elección de la persona en que pudiese depositar la seguridad del secreto de sus amores; eligió una mujer mayor que su amiga doña Inés, hermana de don Jaime, la había propuesto en otra ocasión, en la cual no se halló porque don Josep se había empeñado por la que estaba en casa y salía della por lo sucedido, con que no hubo lugar; pero ahora sin sacar la cara⁴³⁹ conseguía lo que antes deseaba, porque el cuidado discreto no pierde el lance que se le ofrece. Avisó a doña Inés, de quien tuvo respuesta de que vendría la persona en quien tenía puesto los ojos a servirla con mucho gusto. Con este aviso dispuso al ama para que supiese a quién había de apoyar y por quién se había de empeñar con su amo para que quedase en casa por su ausencia. Con mucho gusto lo aseguró el ama, prometiéndose tras su delito buena fortuna en todo, como su señora lo disponía, con que apenas llegó de fuera don Josep cuando su esposa, con simulada retórica le⁴⁴⁰ hizo saber cómo un hombre honrado se quería casar con el ama; que lo tuviese por bien, acreditando su buen intento con ayudarla para poner su casa, porque era crédito de todos la comodidad que sus criadas conseguían a su sombra; que ya que por su cuenta quedaba el alhajarla con algunos trastos de casa, quedase por la de don Josep el socorrerla con algún dinero para dar principio al trato de cómo había de buscar su vida. No admitió don Josep con mucho gusto la plática del casamiento, pero viendo que doña Antonia le rogaba, que el ama con lisonjeras sumisiones le⁴⁴¹ obligaba, vino en ello, con condición que dejase, antes de irse, quien sustituyese su cuidado, porque él estaba tan

437.- Orig.: 'defogavan' (p. 149).

438.- Orig.: 'Ya aveis' (p. 149).

439.- Sin delatarse.

440.- Orig.: 'la' (p. 151).

441.- Orig.: 'la' (p. 151).

pagado⁴⁴² de su atención, que no viviera satisfecho sin el apoyo de la seguridad de su ama. ¡Oh, lo que puede la lisonja, qué de engaños forja la adulación, qué de seguridades falsas granjea una astuta malicia!

No se descuidó el ama en la respuesta (como quien tanto le importaba), dándole a entender al pobre caballero cómo el amor que tenía a su casa, junto con la obligación a sus dueños, la sacaban con el alma en los ojos, deshecha en lágrimas pero que la conveniencia era grande, la cual la obligaba a salir de casa, pero siempre rendida al gusto de sus señores, a quien tanto debía, cuya obligación reconocía con todo rendimiento, y así, que no era ella mujer que se hubiese de ir sin primero dejar persona a su satisfacción; que descuidase su merced, que ella dejaría quien la hiciese muchas ventajas en la asistencia, aunque no en la buena voluntad. Muy satisfecho quedó el buen caballero de la verdad de su ama con el alegato que le hizo; mandola que le dijese a su novio que le viese, porque quería saber su empleo, para conocerle. Con esto se fue el ama a su señora doña Antonia para que enviase por la persona de que gustaba para su servicio.

No se había descuidado doña Antonia, pues tenía aviso de⁴⁴³ doña Inés que vendría al punto que la avisasen, y como el ama deseaba salir de casa en paz, y doña Antonia echarla con gracia, fácilmente se conformaron, avisando a la prevenida criada; la cual fue tan puntual al reclamo, que aquella misma tarde vino con su hija para concordarse con el ama y con doña Antonia, que aguardaban a que viniese don Josep para que se quedasen madre y hija en su servicio. Poco fue el tiempo que aguardaron, pues a breve rato avisó un paje que su señor estaba ya en casa; no quiso el ama perder tiempo, con que tomando de la mano a la recién venida criada se presentó ante el inocente caballero, a quien con lágrimas mezcladas con funestos ademanes, hijos al parecer de su sentimiento, pues con medias palabras interrumpidas de sollozos le dijo cómo aquella era la persona de toda su satisfacción, a quien abonaba con harta envidia suya, pues cuando hacía ausencia de su casa se quedaba ella en su lugar, pero muy satisfecha de que cumpliría con el empeño en que la quedaba, porque era persona de quien tenía gran experiencia de su proceder por haber sido amigas del alma muchos años. Satisfecho quedó el buen don Josep con la nueva criada por la relación de la antigua, y más viendo que su mujer no había intervenido en ello, porque sólo ella la apoyaba, porque decía que era su conocida antigua la criada de quien tantos años había sido servido (y a su parecer con tanta lealtad), por lo cual mandó fuese por su ropa para que se quedase en casa, por que antes que saliese la una criada quedase industriada la otra.

El corazón femenino, si se estraga con el vicio, es padre de toda simulación, y como doña Antonia deseaba asegurar el suceso de su vicioso amor, dio traza como su celoso esposo quedase sin sospecha de la criada que nuevamente recibía, que entraba con su gusto, para que sin reparo de su esposo fuese toda su confianza. Fue el ardid como de mujer, que se sabe enojar cuando siente lo contrario: quejose criminalmente a su esposo de que siendo ella la que había de vivir expuesta al cuidado o desatención de aquella mujer, era tan desgraciada, que sin darle alguna noticia hacía él la elección de la que la había de servir, cosa que no se podía tolerar, pues en aquella casa era sólo dueño en la apariencia, sin permitirle algún uso de la administración. Fue tanto lo que se embraveció doña Antonia, que le obligó

442.- Satisfecho.

443.- Orig.: 'de|de' (p. 152).

a don Josep a acallarla con prudentes halagos; pero no fueron tan poderosos como la razón prometía, con que se obligó a valerse de más apretada diligencia: asiola de la mano, entrola dentro de su cuarto, donde abrió un escritorio de el cual sacó algunos dijes,⁴⁴⁴ acompañándolos de los diamantes y de el oro de una joya, con que amansó la fingida aunque ruidosa cólera de su mujer. ¡Oh desgraciada inocencia, que suele pagar a peso de oro su deshonra!

Al sosiego de doña Antonia se siguió su ausencia; que no dura más la asistencia de una voluntad simulada que el tiempo en que se entabla la maraña. Tenía ya escrito un papel a su don Carlos para que a las once de la noche se acercase a la ventana del cuarto bajo. Con este ansioso cuidado se asomaba por instantes a la reja hasta que pasó Carlos, a cuya vista dejó caer el papel, que recibió, que sin detenerse partió como el más veloz animal que alcanzó a ver el premio en el término de su carrera; así Carlos, deseoso de alcanzar el premio de sus amorosos anhelos, no paró hasta su cuarto, donde rompió la nema⁴⁴⁵ del papel y vio que decía así:

El cuidado, Carlos mío, ha llegado a apurar⁴⁴⁶ los últimos lances del deseo, con que me determino a no perder la ocasión que me ha granjeado la solicitud de mi fina voluntad. Esta es la noche tan deseada de mi afecto; si el vuestro está del mismo parecer, en la reja os aguardo a las once, donde⁴⁴⁷ me hallaréis, como siempre, vuestra.

No supo Carlos cómo apresurar los pasos al día para que llegase la obscura tiniebla de la noche, a cuya sombra había de gozar de los halagos de su dama, sino con introducirse a poeta mendigón que pedía al Sol en el soneto siguiente que se ausentase por dar lugar a la noche a que cubriese la tierra con su vistoso manto:

¡Oh Dórica deidad,⁴⁴⁸ tus esplendores
 acelera con paso más violento,
 y pues menos te pica mi ardimiento,
 espuelas pueden darte mis ardores!
 Cuando a Dafne⁴⁴⁹ seguiste los rigores,
 alas te dio el amor; impulso el viento.
 Pues ¿por qué ha de poder su esquivo aliento
 moverte más que a grados superiores?
 Pisarás las estrellas diligente
 si en más alta deidad triunfos procuras:
 la mitad del laurel te toca en suerte,⁴⁵⁰
 envidia de los rayos de tu frente.
 Corre por las flamantes espesuras,
 que en que tú vivas mucho está mi muerte.

444.- Joyas de poco valor.

445.- Lazada.

446.- Orig.: 'llegado a purar' (p. 153).

447.- Orig.: 'dende' (p. 153).

448.- Apolo, el Sol, el día.

449.- Ninfa que, perseguida por Apolo, pidió ayuda a los Dioses, que la transformaron en un laurel.

450.- A Selene (la Luna) se la representa con una media luna sobre la frente.

En esta ocupación pasó Carlos lo restante del día, el cual entretuvo doña Antonia en despedir al ama, que se fue dejando encomendado a su señora que echase también de casa a la doncella. Todo se lo prometió doña Antonia, con que el ama se fue para su casa deseosa de vengarse de la criada, quedando su señora asegurada del buen término en que tenía el premio de sus amores, pues aguardaba por horas la noche: fin de tan larga esperanza, principio de el mayor gozo imaginado.

CAPÍTULO XVI

Prosigue el primer encuentro del mayor empeño

AUNQUE en los principios la Fortuna prometa con aciertos felices fines en su curso, no obstante, no se puede prometer la seguridad de la dicha en que comenzó a comunicarse favorable, porque un accidente de un acaso basta a barajar la fortuna de tal modo que, comenzando feliz, prosigue tan azarosa, que la pone en términos, si no perdidos, peligrosos. Tal le sucedió a Carlos, pues a fuerza de su galanteo, obligada doña Antonia de su amor, agenció el logro de sus anhelos en la sazón de una deseada noche, como si fuera día en que no pudieran tropezar con la desgracia.

Con la prevención que hizo doña Antonia se aseguró de los temores que la pudiera dar la atención de su esposo, a quien persuadió con lastimosos ademanes que adolecía de congojosos dolores. Recetola el buen caballero sosiego, porque la halló alterado el pulso (que tanto zozobra un esperado gusto como los agrios de una pena); admitió la dama la receta, como quien la deseaba; retirase don Josep, ordenando que cuidasen las criadas del silencio para que no inquietasen a su dueño, para cuyo cumplimiento mandó cerrar las puertas, disponiendo que sólo Álvarez (que era la nueva ama, sabidora ya de la enfermedad de doña Antonia) la asistiese. Con esta disposición se retiró a su cuarto don Josep, dejando solas a las traidoras confidentes de su honra. Hasta las once de la noche velaron juntas pensando cómo dar fin a tan peligroso aunque deseado lance.

No se descuidó Carlos, que tan puntual como cuidadoso aguardaba la seña del reloj, que siendo atendida de la veladora dama, dio orden a Álvarez para que cuidase de la gente del cuarto, con que tomó doña Antonia una luz y sin temer los asombros de la soledad (porque es muy valiente el amor) se bajó al cuarto por una escusada escalera, donde ocultando la luz se asomó a la ventana, a cuya reja halló puntual a su amante Carlos, que aguardaba los amorosos excesos de su dama; la cual conjeturando por la sombra ser Carlos la centinela de su gusto, le ceceó su halago, a cuyo amante arrullo correspondió Carlos. A pesar de turbaciones noveles con que luchaba el alma, acercose a la reja, en cuyo claro reconoció a su dueño, que cobarde, si no pesaroso del arrojo, regateaba medroso los debidos cariños a su amante, que, aunque turbado, supo obligar con ansias que ablandaron los honrosos⁴⁵¹ recelos de la dama, la cual picada de su cobardía, habiéndole franqueado los primeros lances del cariño le permitió los últimos anhelos del amor vicioso. Mostrole el costado de la reja, por donde se comunicaba más fácil la entrada, a que Carlos, sin dar lugar al arrepentimien-

451.- Orig.: 'honrorosos' (p. 156).

to, se procuró introducir en el cuarto, pero las armas se lo impidieron de tal suerte que se vio oprimido entre dos rejas sin que le permitiesen la entrada o la salida.

Forcejaba Carlos por desasirse de la nueva prisión a tiempo que sintió pasos en la calle, con que hizo todo el esfuerzo posible por desembarazarse; pero fue en vano, que reparado del que pasaba por la calle, sin darle lugar a Carlos para la defensa le dio dos estocadas tan a su salvo que bien le pudo juzgar ya por muerto. La cólera, agitada de la maldad enemiga, abrió camino a Carlos para que saliese de aquella nunca imaginada prisión a tiempo que, no contento su enemigo con los ejecutados golpes, pretendía acabarle con el tercero; pero el valor, con la destreza de Carlos, no le dieron lugar a la ejecución, pues apenas se vio libre de la cárcel de dos rejas rebatió la espada de su contrario, a quien a pocos lances de su retirada le dio dos heridas peligrosas, tanto, que le obligaron a pedir confesión a grandes voces.

Esto sucedió ya fuera de la calle, porque de industria se fue retirando Carlos hasta salir del puesto de la casa de su dama, la cual asustada del primer lance azaroso de su viciosa voluntad, cerró la ventana sin atreverse a aguardar a su amante, o ya de turbada o de medrosa, o juzgando que había muerto a manos de su enemigo, con que se determinó a volver a su cuarto, donde llegó bañada en lágrimas, ahogado el corazón en ansias, lastimada el alma de congoja.

Sintió Álvarez la vuelta de su dueño, saliola a recibir, y como la vio con señas de mortales congojas, la preguntó la causa de su angustia, pero como como la turbación de la pena no daba lugar a la respuesta, imaginó Álvarez un gran mal en su señora, la cual atropellada de razones bien sentidas, puso en términos mortales sus alientos, dejó caer la luz la angustiada dama y con mortal desmayo se dejó caer en los brazos del ama, la cual como pudo la echó sobre la cama, donde la roció con agua, con cuyo refrigerio despertó del pesado letargo de la pena al cabo de gran rato, dando un suspiro pregonero del verdugo que ahogaba su corazón. Llegose Álvarez a su señora, preguntole la causa de su afán, y no supo decir más la condolida dama que habían muerto a su amante Carlos, con que volvió a repetir el desmayo.

No se turbó el ama en este lance, porque era mujer de juicio, aunque lo aplicaba mal: al punto desnudó a su señora, procurando se hallase en la cama cuando saliese de aquella congoja, y por si acaso el cuidado le hiciese madrugar a su amo, no hallase indicios de su afrenta con que turbar el sosiego del secreto, con que todo se pondría de peor calidad, porque asegurada esta partida, el tiempo curaría lo demás. Con esta prudente disposición aguardó la discreta criada el fin del desmayo de doña Antonia, la cual a fuerza de diligencias de Álvarez despertó del pesado parasismo, y lo que hasta aquel punto había sido ahogo del corazón se mudó en llanto, soltando los diques de la mar de su congoja, con que anegaron el campo de sus mejillas con inundaciones de lágrimas.

—¡Ay ama —decía—, que he perdido en un instante mi hora, mi vida, mi gusto, mi amante Carlos, que si él no hubiera muerto nada importara de lo dicho! ¡Oh mal logrado amor! ¡Oh infeliz voluntad! ¡Oh desgraciado cariño! ¡Oh mal afortunado amante, infausto hado, estrella triste, fatal cometa de fortuna! ¿Quién, dime, ama, puede vivir acosada de tantas penas? ¿A qué criatura le ha sucedido tal desgracia? Ahora no me admiro de aquellos fabulosos arrojos de los amantes, que elegían la muerte por sus manos movidos o incitados de fatales presagios de sus amores. Yo le vi, yo, Álvarez, por mis ojos, pasar el pecho por dos veces sin poderse defender de la aleve si traidora mano de su enemigo. Yo

le vi a mi querido Carlos batallar con las ansias postreras de la vida, con tan estremado valor, que a pesar de los embargos de la muerte se arrojó sobre su contrario. Claro está que ya sería sin fuerzas para defenderse, porque, según mi triste imaginación me avisa, a larga distancia me parece que oí pedir confesión, y mi mala suerte me asegura ser mi amante el herido cuando por nuestro desgraciado hado nos puede juzgar el mundo a ambos por muertos. Esta es, ama, mi desgracia, esta es la causa de mi mayor ahogo: quitadme la vida, que os lo estimaré; porque vida sin mi don Carlos más es muerte prolongada que duración de vida para apetecer.

Las lágrimas, envueltas con sollozos, dieron fin a la lastimosa queja de la ansiada dama, a quien procuró Álvarez consolar diciéndola que la noche era madre de fantasmas, que procurase sosegar, que esperaba en Dios que venido el día se había de volver todo en alegría; porque, según su mal juicio, Carlos venía armado, porque a semejantes lances no viene un hombre sin prevención muy conocida,⁴⁵² el ruido en la calle fue tan corto que no lo apercibió, con estar con toda atención: circunstancias que aseguraban el buen suceso; pero que cuando fuese malo, no la estaba bien a su señora darse por entendida, porque primero era la opinión de su honra, la cual peligraba si los criados de casa rastreasen algo de su achaque, porque eran enemigos domésticos de cuyas lenguas dependía toda su reputación; que tuviese buen ánimo, procurando encomendarlo a Dios y a la Virgen de las Angustias, que venido el día se aclararía todo, saliendo de aquella angustiada confusión.

Con este breve consuelo quedó doña Antonia más alentada para aguardar el buen suceso en la temida desgracia de su amor, para cuyo logro se estuvieron las dos dando trazas como saber lo sucedido sin que se entendiese que era cuidadosa diligencia. Fueron varios los dictámenes, hasta que se conformaron en que con el día se abriría camino para que sin nota tuviesen noticia de lo que deseaban.

Muy congojosa fue con sus asombros esta noche para doña Antonia, aunque no menos atribulada para Carlos, porque además del peligroso lance en que su vida estuvo arriesgada, su discurso le acosaba con sangrientos golpes sin acabar de dar vado a sus imaginaciones. En el desgraciado suceso de aquella noche le ocasionaba el temor de su mala fortuna a imaginar que podía su dama ser traidora, pues cerró la ventana viéndole sangrientamente acometido de su enemigo, el cual o podía ser su galán o su pariente; si era su galán, le tocaba al pundonor; si su pariente, le obligaba a mantener el empeño por su crédito.

En este caos de congojosas confusiones le tenía aprisionado su discurso a Carlos, adelantándole más el suceso de su enemigo, que viéndose tan mal herido, era fuerza declarar el lance sucedido, que todo militaba contra los dos amantes. Tocábale a doña Antonia en descrédito de su lealtad, por imaginada autora de aquel suceso; contra Carlos era la mayor batería, porque por todos lados era sangrienta la causa: por celos, por empeño del duelo. No obstante toda esta tropelía de discursos, habiéndose desnudado y viendo que la prevención de un buen jaco⁴⁵³ le libró de la muerte, porque requiriendo la venturosa defensa, halló estar desgobernada⁴⁵⁴ por dos partes, por cuya causa dio gracias a Dios, que

452.- Común.

453.- O 'coletó': jubón de cuero grueso, sin mangas, que solían llevar los soldados.

454.- Maltrecha, rota.

le libró de tan gran peligro, donde pudo acabar con su vida, como imaginaba le había sucedido a su contrario, el cual el rigor de dos heridas que le dio le obligó a pedir confesión.

En estos y otros discursos enfadosos pasó Carlos lo restante de la noche hasta que llegó el día, con el cual se aclararon las tristes sombras de aquella noche, vistiose Carlos, por salir a misa a la Virgen del Pilar, donde se encontró con el buen caballero don Josep, marido de doña Antonia, que iba a hacer que le dijese unas misas por la salud de su esposa. Saludáronse ambos a dos; don Josep se le querelló mucho de su retiro, pues eran raras las veces que le había visto después que estaba en Zaragoza, que él, como viejo, no le podía dar un alcance, y Carlos, como mozo, podía sin trabajo verle, pero que la mocedad no se acordaba de amigos viejos, pues el día y la noche, todo era poco para gozar de sus entretenimientos. Pero que ya que le había cogido, que no le había de valer el sagrado,⁴⁵⁵ porque le había de llevar a su casa, aunque era tiempo en que doña Antonia estaba achacosa, pero que con su conversación entretenida divertiría a su esposa de su gran tristeza.

Admitió Carlos el convite, si bien con algún recelo de que fuese maña maliciosa del inocente caballero. A este tiempo se llegaron también a la conversación don Jaime con don Alonso, que venían a misa, de quien se quejó también el anciano don Josep porque no le trataban, a que respondieron ser recién casados con pocos años,⁴⁵⁶ con mucha conformidad en sus matrimonios. La misa que salió partió la contienda, pero acabada les rogó don Josep a todos que le hiciesen merced en su casa, por estar enferma doña Antonia, todo lo cual se daba la mano con diferentes discursos que hacía Carlos, porque le propuso la imaginación ser misteriosa la junta de parientes. No obstante, se determinó a seguirlos, porque el valor no teme la amenaza de el discurso, sino los escrúpulos del crédito.

Mientras don Josep estuvo en misa tuvo doña Antonia otro susto bastante a aumentarle sus penas, que fue que el marido de el ama que salió de casa, sentido de que su mujer se desacomodase por causa (a su parecer) de la doncella que había quedado sirviendo, rondaba la calle imaginando hallar al galán de la criada de quien se quejaba su mujer para reñir con él, y como la noche antes vio a Carlos que se procuraba introducir al cuarto bajo de la casa de sus amos, juzgó ser el que buscaba y juntamente vengarse de él a su salvo; pero sucedióle muy al contrario de lo que le pintó su imaginación vengativa, pues en lugar de el galán que buscaba halló a Carlos prevenido de armas, con que resistió la alevosía de sus dos estocadas, y desembarazado de la reja le dio dos peligrosas heridas, que reconocidas de su mujer, se vino a casa de doña Antonia, donde entró pidiendo justicia contra la doncella, cuyo galán (decía) había herido a su marido.

—Justicia pido, señora, contra esta mala hembra —decía la taimada ama.

Como doña Antonia estaba afligida con los temores de la noche pasada asustose de la querrela del ama, sin que su turbación diese lugar al discurso para atender a la luz que le iba dando el tiempo de que no era tanto el mal como el que su fatal presunción⁴⁵⁷ temía. No obstante, se armó de paciencia por sosegar al ama por que no alborotaste la casa; acariciola con agrado, lloró igualmente su desgracia, con que la rindió al sosiego. Preguntola cómo fue el caso, respondiola el ama que declaraba su marido que el galán de la doncella

455.- La Justicia no podía entrar en un recinto sagrado para prender a un delincuente.

456.- Con esposa joven.

457.- Orig.: 'pre-presunción' (p. 162).

de casa, con otros dos valientes, le habían herido, que ella no sabía otra cosa. A que respondió la afligida doña Antonia:

—Pues, amiga, sépase con verdad el delincuente, que puede ser no tenga culpa mi doncella, porque es mucha pasión el culparla sin más testigos que los apasionados. Yo os prometo de cuidar de la cura y regalo de vuestro marido, pero habeisme de hacer gusto de sosegaros, por que no entienda don Josep que se turba su casa por causa tan enorme; que supuesto que en el lance que a vos os importó fui yo la causa de que se ocultase sin que nadie lo entendiese, callad vos ahora en el presente, procurando saber la verdad para que se remedie. Pero si no queréis moderaros, os juro por vida de don Josep de hacer que os tapen la boca de manera que no sepáis hablar otra vez en vuestra vida, pues siendo mujer a quien se ha hecho el beneficio de recatar vuestra deshonra de los ojos del mundo, sois tan ruin mujer, que sin conocimiento cierto de la verdad atropelláis la honra de una doncella que vive en una casa donde vos habéis comido el pan.

En esta batalla estaban el ama y doña Antonia cuando llegó Álvarez, muy alegre, diciendo:

—Aliéntese vuesa merced, señora, que ha venido mi señor don Josep muy contento de que ha hecho decir las misas a la Virgen del Pilar, tan seguro de que le ha de dar a vuesa merced salud, que para festejarla trae consigo a su sobrino don Jaime, al señor don Alonso, con otro caballero, para darlos chocolate, y como le he dicho que está vuesa merced mucho mejor, los ha convidado a comer, con razón, porque su salud de vuesa merced es muy digna de estimar. Alégrese vuesa merced, que aunque la noche fue tan molesta, el día, sea Dios bendito, como la dije a vuesa merced, nos asegura bonanza.

El cuidado que doña Antonia tenía del suceso de la noche pasada la hizo atender a la que Álvarez la dijo, preguntándola:

—¿Quién es el que acompaña a don Jaime y don Alonso? Porque si es persona estraña será necesaria más prevención.

—No me parece —respondió Álvarez— que es persona de cumplimiento, porque, según he reparado, se tratan todos como hermanos. Llámase, Dios me lo acuerde con bien, Carlos. ¡Sí, Carlos! Debe de ser pariente o amigo íntimo.

Con esta deseada noticia dio doña Antonia a su corazón mil parabienes, que tan congojado estaba hecho a pesares, tanto, que apenas la daba crédito. No obstante, como felicidad apetecida, si no bien lograda por los resabios de la incredulidad, se conformó con darle crédito por dar un rato de descanso al corazón maltratado con temerosas angustias. Las cuales trocadas en risueño sosiego, dio doña Antonia orden al ama para la comida de los huéspedes no obstante la zozobra que tenía por no acabar de enterarse del suceso de aquella noche; pero como estaba cierta de que Carlos vivía, atropelló suspensiones medrosas a fuerza de seguridades de la vida de su amante. En medio desta suspensión de ansias,⁴⁵⁸ de temores, para asegurar las paces de celos entró don Josep su esposo a saber cómo la iba, previniéndola cómo su sobrino don Jaime, acompañado de Carlos y don Alonso, la querían hacer una visita mientras se aderezaba la comida. Aquí fue donde doña Antonia acabó de echar las tinieblas de temores a cintarazos de la luz de verdad tan deseada.

—Entren en hora buena —respondió doña Antonia con el corazón en los labios hechos risa.

458.— Orig.: 'armas' (p. 163).

Como más de casa, don Jaime hizo guía a los demás, los cuales haciendo chanza, la dijeron que su enfermedad era dolencia de melindre; que se levantase, porque venían desafiados a jugar al hombre⁴⁵⁹ aquella tarde, la cual sería muy pesada si no la viesan con probables señas de su salud, que tanto deseaban. Rogóselo don Josep, con que protestando la fuerza doña Antonia, se dejó vencer, alegando del derecho que tenía a que la festejasen, pues su achaque era melancolía, ocasionada de la soledad que padecía; con que por divertirse y por obligarlos a que no fuese sólo aquel día el que viniesen a su casa, sacaría fuerzas de flaqueza para vestirse. Prometieron todos de visitarla, con que la dejaron vestir. Retiráronse al cuarto de don Josep, donde se trató de las heridas que la noche pasada habían dado a un valiente fuera dél⁴⁶⁰ sin saberse el que le había señalado, aunque el herido declaraba en su confesión que le habían acometido tres hombres, que en los primeros lances procuraron despachar con él, pero que al ruido de pedir confesión le dejaron. Carlos, que era el que solo podía hablar en la materia, respondió:

—Bien tarde pasó yo anoche por la otra calle donde dicen que sucedió el caso, pero ni vi ni oí nada. Mas de un instante a otro⁴⁶¹ sucede: son pícaros, que unos a otros se muerden a título de guapos temerones.

En esto dieron las dos, hora en que sacaron la comida, a la cual acompañó doña Antonia por que le hiciese buen provecho a Carlos. Venía tan hermosa, tan alegre, tan placentera, que a todos enamoró, con particularidad a don Josep, por esposa, cuanto a Carlos por galana. Entro diciendo que lo que le tocaba a su parte ya había cumplido; que, así, debían cumplir todos, pues los venía a acompañar en la mesa segura de que la comida no los hiciese mal, pues era sin prevención, como a personas tan de casa. Con sazón y gusto comieron todos; los dos recién casados regalaron a sus mujeres con los platos particulares que se sirvieron. Sólo Carlos no tuvo con quien cumplir sino con su dama, que le hacía el plato⁴⁶² tanto con la vianda como con el corazón, que se le asomaba a los ojos, con que en sazones de muestras de voluntad dos almas conformes se regalaban.

Acabose la comida, a que se siguió tomar don Jaime la guitarra, que sin melindre ni aguardar a que le rogasen, con dulce voz y mejor gracia cantó este romance:

Achaques siente Fenisa,
causados de cierto mal
que desmaya en dulce cielo
rayos, soles de cristal.

El mayo de sus mejillas
pompa fue un tiempo, mas ya
de la primavera apenas
no se ve más que el azar.⁴⁶³

El campo de su belleza
es desmayo de deidad,

459.— Juego de naipes, modernamente llamado ‘tresillo’.

460.— Suplo ‘fuera’ (p. 164).

461.— Constantemente.

462.— Invitaba, provocaba.

463.— Por ‘azahar’. Alude a la palidez de las mejillas.

sombra del Sol, que caduca
 en su esfera de cristal.
 Cielo parece Fenisa;
 pero cielo en tempestad,
 que raya entre oscuras sombras
 santelmos⁴⁶⁴ de claridad.
 Negros cercos a sus soles
 les puso el dolor fatal,
 por que no se asombren ellos
 sin sombras de calidad,
 Vuelve, Fenisa, en abril
 la inverniza enfermedad,
 y flores y rosas brote
 el campo de tu beldad.

Con lindo gusto cantó don Jaime el romance, el cual todos celebraron viendo que le cantó con armonía, trayéndolo tan a tiempo del achaque de doña Antonia. La cual por que no se perdiese tiempo, hizo que sacasen naipes para que todos cuatro se entretuviesen (porque lo lícito del juego es virtud cuando el ser tahúr es infame vicio). Retirose doña Antonia, prometiendo volver al punto que despachase al ama antigua, la cual dejó a su marido mal herido por granjear con su ama algo a título o con ocasión del enfado de la criada. Su señora la dio un doblón de a cuatro, con que la envió contenta, prometiéndola echar de casa a su contendora. Con esto se fue el ama muy contenta, y doña Antonia se volvió al juego a tiempo que se le había hecho hombre Carlos.⁴⁶⁵ Jugaron una carta, a que atravesaron la malilla,⁴⁶⁶ a que salió doña Antonia diciendo:

—¡Bravo apretón de espada, señor don Carlos!

A que respondió Carlos, matando con la espadilla:⁴⁶⁷

—Nada importó el aprieto, mi señora, porque traigo un colete de prueba, y con esta espada mato al contrario, con que me llevaré la polla.⁴⁶⁸

Muy bien entendió doña Antonia a Carlos, pues le respondió:

—Si la polla tuviera discurso, mientras no le juzgara a vuesa merced aforrado de colete con la matadora espada, en brava aflicción se vería.

—No dudo dello —dijo Carlos—; pero ello sucede así, con que me prometo no sólo ganar en esta ocasión, sino en otra con más triunfos

—Quien tiene tan buen corazón —dijo la dama—, digno es de ganarlo todo.

En el juego pasaron lo restante de la tarde con parte la noche, que por no molestar a don Josep levantaron la tabla, con que cada uno se fue a su casa. Carlos acompañó a don Alonso, en cuya casa vivía. Doña Antonia le dio a entender como pudo que era bien dejar

464.- Fenómeno eléctrico que se produce en los mástiles de la nave en ocasión de tormenta.

465.- El jugador que decide el palo de triunfo.

466.- El 2 o el 7, dependiendo del palo que sea triunfo. El as de espadas, la mala y el as de bastos son los naipes de mayor valor.

467.- El as de espadas.

468.- Lo apostado.

sosegar el ruido, porque el tiempo daría lugar a todo, con que se le desvanecieron a Carlos sus imaginaciones, a que se le siguió el descanso en descuento del mal día con la noche que tuvo, aguardando sazón para conseguir el premio de sus trabajos.

CAPÍTULO XVII

Prosigue el suceso del empeño, hasta ausentarse de Zaragoza

ES alfombra apacible de un escollo el florido tapete de un verde prado, para cuya guarda (quizás lo dispuso el natural acaso) una serranía de eminentes rocas a quien preside un descollado risco, tan esento del parentesco de las peñas, que se desdeña del terrestre suelo, porque se halla de la región primera coronado, en cuya altiva frente hizo su nido la reina de las aves, una águila real aliñada de pluma, rizo⁴⁶⁹ el cope-te; el pico, corvo; la garra, corta; el ala, larga, con que en piélagos del aire vela de pluma, remos de navajas, vuela, corre, cortando con suma ligereza las encrespadas ondas que se le oponen del fuerte huracán en tempestad deshecha. Esta, pues, viviente corona de los vientos, animada garzota de los aires, bandera viva del vario elemento, enamorada de sus tiernos pollos, procura, a fuerza del ala, garra y pico, avivar los pueriles alientos de su vida; pero el cazador astuto, o envidioso de su volante imperio o pretendiente de mayor gloria en el acertado triunfo de su muerte, la hace puntería con el ardiente rayo de una bala a tiempo que la altanera ave hizo otra punta, con que dejó burlada la asechanza del cazador tirano, dejándole por señas de su errado tiro los remates de las plumas de una ala, que sin hacerla falta voló ufana a su fuerte nido. Mas, ¡ay!, que o por su demasiado aliento o por el amor de sus infantiles pollos, o por el natural desprecio del peligro, olvida la amenaza rigurosa de la muerte, no hace caso del horrible asombro de aquel trueno conociendo la falta de sus perdidas plumas en la asechanza del cazador sangriento, pues no teme naufragar en el mismo encuentro donde perdió las puntas de sus alas, golosa del pasto, enviada en el sainete de aquel cebo, o enamorada de sus tiernos pollos, ni teme la muerte ni le da horror la asechanza enemiga, porque el vicio con el amor olvida todo peligro. ¡Oh ave misteriosa, que con tu olvido nos enseñas la locura del vicioso, pues olvidado del peligro donde le amenazó la muerte, embriagado de su gusto, vuelve y repite la asistencia sin temer el horror de la amenaza! ¡Oh loco vicio! ¡Oh bárbaro perseverar del loco amante! Ni el azar que le sucedió le asusta, ni le zozobran las señas del peligro.

No es pequeña prueba desta moralidad la solicitud de Carlos en su empleo, la perseverancia de doña Antonia en sus amores, pues aunque el susto pasado les turbó los alientos, no fue poderoso a barajar sus ánimos, pues despreciaron el rayo por no haber sentido más que el relámpago con el trueno. Pasada la tempestad de los azares que trae consigo el vicio dio traza doña Antonia, por asegurar más su partido, de componer el duelo del herido con el inocente mozuelo a quien acumulaban las heridas, el cual, aunque no había sido el agresor, gustaba de que corriese así la opinión, porque la vanidad de valiente, en la com-

469.- Orig.: 'riso' (p. 166).

petencia se ilustraba, porque hay hombres que se sustentan de la opinión sin haber visto la cara al enemigo.

Habló doña Antonia a don Jaime; contóle el cuidado amoroso de su doncella, encargóle el secreto con la composición del duelo, la cual se hizo con toda solemnidad tomándoles las manos don Jaime, quedando doña Antonia a la satisfacción de la cura del herido al amparo del sano para su boda con la antigua criada de casa con beneplácito de don Josep, que los favoreció en todo lo que le tocó, con que se casaron, quedando doña Antonia sin la zozobra de enemigos caseros, con que la viciosa voluntad de los dos amantes dio velas al apetito para que navegase en el golfo de su gusto hasta llegar al puerto⁴⁷⁰ deseado, fin último de su viciosa voluntad.

Avisó a Carlos la inconsiderada dama para que la noche siguiente viniese a lograr en sus brazos lo que el susto pasado les robó. No se descuidó Carlos, antes, como quien tanto lo deseaba, fue tan puntual la reja como su dama en franquearle el paso. Recibióle turbada de gustosa, asustada de amante, aunque medrosa de que se le barajase la sazón con otro azar que se pareciese al pasado. No fue así, porque no son tan iguales los tropiezos aunque la causa sea una. Fue puntual centinela Álvarez, que velaba en la seguridad del empleo, pero no se necesitó del cuidado, porque a don Josep, sus años con sus achaques le echaban grillos; los criados, el cansancio del día les ocasionó el descuido en la noche, la cual lograron los dos amantes en premio de su vicioso amor.

Vivió así este amor recíproco un año sin considerable tropiezo, hasta que, o porque se cansó la Fortuna en ampararle, o porque el vicio (como suele) quiso barajar tan igual si amante correspondencia, o porque el amor no puede estar sin las zozobras de las penas, o porque Dios (que es lo cierto) quiso poner término a sus ofensas, llegó al fin el tiempo en que se comenzó a turbar la serenidad de las sazones, trocándose en borrascosas olas de tormenta. La causa fue una condición áspera con su punta de celos. Esta era la de Doña Inés, hermana de don Jaime, aquella viuda con quien concluyó Carlos el buen despacho del negocio de don Alonso.

Esta tal señora era muy del alma de doña Antonia, y como en las mujeres unas con otras el secreto no se recata (porque ni aun el que le toca a la honra saben ocultar), no supo doña Antonia recatalle de doña Inés, aunque no la reveló todo el empeño, pero expresola el caudal de su cariño que le parecía bien Carlos, que era correspondida con tan igual conformidad, que se pagaban los dos. Reconoció doña Inés flaqueza en sí, con que procuró recatar la vista comunicada, por que no entrase por éstos dos portillos la pasión violenta a rendir la flaca plaza de su voluntad, que, aunque encubierta, había que la maltrataba mucho tiempo, con que mientras no se manifestó con el yerro de los celos no se entendió lo mortal de su achaque; pero (¡oh rabiosa pasión!) apenas entendió de boca de su amiga doña Antonia cómo Carlos la correspondía amante, cuando, llevada del espíritu rabioso de los celos, dio traza como saliese de Zaragoza Carlos.

Valiose doña Inés, para la ejecución deste rigor, de su hermano don Jaime, de su tío don Josep; enviólos a llamar, a quienes dijo que había dos años que Carlos estaba en Zaragoza estimado de todos por su cortesano trato, venerado de don Alonso y don Jaime por haber

470.- Orig.: 'puesto' (p. 168).

ajustado los encuentros de sus linajes, reduciendo las enconadas voluntades a pacífica conformidad del matrimonio.

—En todo este tiempo ha vivido Carlos en nuestras casas como hijo o hermano de todos. En casa de don Alonso ha vivido, en la mía ha entrado a todas horas, en las de vuestras mercedes de ordinario, con que no será mucho, ni nuevo, que el mordaz pueblo haya murmurado la asistencia deste mozo en nuestras casas. La mía es más ocasionada a cualquier mordacidad, por causa de ser sola, viuda y no de mala cara. Háme lo advertido mi confesor, que mi crédito pelagra, que mi honra se atropella; que una mujer como yo, cualquier nota le toca muy en el alma. Vuestras mercedes lo remedien, pues son caballeros a quien les toca el ampararme, siquiera por mujer sola; y si acaso no se determinan, o por razón de estado,⁴⁷¹ del qué dirán o por amistad mal regida, díganme, que yo sabré cómo he de salir del ahogo.

Respondió don Josep, como más anciano:

—No le parezca a vuestra merced, sobrina, que es tan fácil la ejecución de lo que pretende, pues don Alonso es más que hermano de Carlos; don Jaime y las esposas de los dos le veneran como a padre; él es un caballero a quien debemos el sosiego de los ánimos, la quietud de nuestras casas, la seguridad de las vidas y haciendas. Decirle que se vaya no parece razón, porque el proponérselo es infamia; obligarle a ello, ruindad, decirle la causa es locura, con que no hallo modo como ajustar la pretensión de vuestra merced. Mi parecer es que lo pensemos bien: demos cuenta de todo a don Alonso para que nos juntemos otro día, en el cual se puede tomar el mejor medio.

Con esta determinación se salieron don Josep y don Jaime de casa de doña Inés, la cual, como su rabia tenía tramado el lance; apenas los vio volver las espaldas cuando tomó el manto y se salió con una criada en busca de Carlos, que fue fácil encontrarle aguardándole cerca de la casa de don Alonso, donde había de venir a comer; como sucedió, que a breve rato le dio alcance el cuidado de doña Inés, la cual desde un portal le ceceó, a cuyo reclamo se llegó Carlos a saber lo que mandaba. Respondióle doña Inés, tan turbada como medrosa (porque nunca la maldad deja de turbar al corazón, aunque sea más arrojado):

—Señor Carlos: estimad el aviso, por ser de quien os tiene en el alma. Pagadla con quererla, olvidando a quien pretende acabar con vuestra vida, con que la mía fenecerá en vuestros riesgos. Dios os guarde para que me guardéis el secreto. Y por que algún día conozcáis a quien os avisa temiendo el fin de su vida en vuestra muerte, tomad esta media sortija y quedaos haciéndome gusto, por ser el primero que os suplico, de no seguirme, porque no hay para qué, pues en el corazón os llevo grabado.

Apartose doña Inés como pájaro que le sueltan de la prisión de la jaula, dejando a Carlos, que o ya por cortesía o ya por turbación, no supo dar un paso para seguirla; sólo supo obedecer prosiguiendo su camino a casa, por que siendo tarde no entrase en cuidado don Alonso.

Como doña Inés tenía ya urdida la tela en su juicio, al punto que llegó a casa envió a doña Antonia avisándola cómo iba luego a verla. Ya⁴⁷² don Josep había dicho a su mujer el lance que les había pasado con doña Inés, con que cuando llegó ya doña Antonia estaba prevenida de susto, aguardando a su amiga doña Inés por saber la novedad que la había

471.— Estrategia política. La razón de estado no siempre atiende a la ética.

472.— Orig.: 'a verla, y a' (p. 171).

obligado a decirle a don Josep y don Jaime cómo convenía que saliese Carlos de Zaragoza. Vino doña Inés, a quien doña Antonia con el alma en los labios la preguntó cuál era la causa de que trataba con tanto empeño de echar del lugar a Carlos, siendo así que los niños publicaban a voces su modestia, su cortesía, prendas con que Carlos se ennoblecía, siendo en toda la ciudad de grande estimación. Las entradas de sus casas eran tan pocas que nadie las podía calumniar. La causa por que asistía en Zaragoza todos la sabían, holgándose de que así fuese, de que todos le daban las gracias de que hubiese puesto en paz los ruidosos tumultos de los dos encontrados linajes.

—Según esto, que nadie lo puede negar, ¿quién puede murmurar su asistencia, si todos le alaban de cortés, de bien hablado, de amigo de sus amigos? Y salir tú ahora con esa nueva opinión, no sé qué te diga, amiga; sólo procuro suspender el juicio por saber de ti la causa de tan gran novedad.

Atenta estuvo doña Inés a la sentida pregunta de su amiga doña Antonia, y como deseaba embarazar el empleo de la inocente dama, la atendió con cuidado por responderla a todo. Fue la respuesta un bien trazado engaño, porque la malicia aprende todas ciencias por salir con el empeño que pretende.

—¡Ay amiga —la dijo doña Inés, asiéndola de las manos a doña Antonia—, lo que me cuestas de sustos! Mi confesor, ¡qué congoja!, me ha dicho cómo es público en el lugar tu empleo con Carlos. Quien lo ha derramado ha sido una mujercilla que pierde el juicio por él, porque viéndole que no hace caso de su amor, le amenaza de muerte, y a ti con deshonor. Yo, querida mía, viendo el peligro de tu crédito, con el riesgo de la vida de Carlos, he tomado este medio, diciendo a mi tío y hermano que procuren echarle de aquí para dar lugar a que cure el tiempo con su ausencia el rabioso amor desta mujercilla que arruina tu honra amenazando su vida de Carlos.

A toda esta fantástica plática estuvo la inocente doña Antonia creyendo que eran afectos de la amistad de doña Inés, que celaba con todas veras su reputación, con que creyendo que era así la dio las gracias. Embarazada se vio la pobre dama con el impensado destrozo de su gusto, en que se arriesgaba su honra con la vida de su amante Carlos, y por asegurarle pidió a su amiga doña Inés se encargase de remitirle un papel para avisarle del peligro en que estaba su crédito con su vida, que fue fácil de acabar con doña Inés, porque el deseo de lograr una venganza se allana a toda mala fortuna. Entregola doña Antonia el papel, que en breves palabras le avisaba del suceso, como se verá en él:

El tiempo es todo borrascoso; el viento de la fortuna, contrario a vuestra vida: guardadla con ausentaros, y creed al piloto que os guía, que es quien más os estima.

No quiso doña Antonia alargar más la pluma, o ya por no dar mayor noticia a doña Inés o ya por que si le abriese el papel no hallase en él más testigos que los de una cortés voluntad. Abrevió doña Inés la visita por averiguar con mayor claridad sus mortales celos; entró en su casa con el mal rabioso de sus celos; abrió el papel, donde aunque no había más que señas de buena voluntad, fueron incentivos con que encendió en la pecho mayor llama de enojosa ira⁴⁷³ contra los dos amantes. Remitió el papel a Carlos, que le recibió muy en breve, porque el pesar vuela cuando el bien es más tardo. Halloose Carlos embarazado con el papel de su dama habiendo precedido el aviso aquella mañana con el

473.— Orig.: 'y ya' (p. 173).

misterioso señuelo de la media sortija de doña Inés; no obstante, procuró a fuerza de el discurso rastrear la senda por donde corría su mala fortuna, pero como el aire de la borrasca amenazaba desgraciado naufragio al animado bajel de su amorosa voluntad, no tuvo lugar el discurso para conseguir su pretensión, porque impensados accidentes marean al más experto piloto en el gobierno; pero aunque la turbación le embargaba en las prisiones de considerados temores, no faltó Carlos a la obligación del cariño, pues no quiso determinarse sin que pasase su determinación por el registro de su dama.

Para cuyo efecto aquella noche, con más prevención de armas que otra, se fue a ver a doña Antonia, a quien halló a la ventana del cuarto cuidadosa de su querido Carlos, temiendo era tan corta su fortuna, que no la permitiría el⁴⁷⁴ despedirse de su amante, si bien diera por excusada la fineza por el peligro que tenía de la vida de Carlos; pero todas estas fantasías se acabaron con la presencia de su amante, a quien introdujo en su cuarto con harta zozobra de su mala estrella. Apenas los dos amantes se vieron sin más testigos que sus ansias, cuando sus dos corazones desfogaron por las sendas de sus ojos lastimosos conceptos de triste llanto. Sosegose el turbión⁴⁷⁵ de congojas, a que se siguió el mayor ahogo, procurando doña Antonia persuadir a Carlos que se ausentase porque corría riesgo su vida. Contóle lo que doña Inés le había dicho, la consulta que había tenido con su marido y don Jaime apoyando su amistad, pues procuraba que se ausentase Carlos por algún tiempo por que no peligrase su crédito con su vida. No se atrevió Carlos a decírla a doña Antonia el lance de la media sortija, porque aunque no entendía el misterio, temía causar lastimoso destrozo en el pecho de su dama, la cual con cariños, con lágrimas, con amorosas ansias, persuadía a Carlos a que saliese de Zaragoza desterrado por infeliz, sin más prevención que montar en un caballo y sin despedirse de sus amigos hacer su viaje a Madrid, donde podía estar hasta que el tiempo rompiese la niebla de peligros aclarando la luz de mejor fortuna.

En este empeño los halló la aurora a los dos amantes, tiempo en que se habían de apartar, con que se renovó el dolor, se repitió la angustia, se dobló la pena, contrarios que procuraban zozobrar el bajel de la prudencia, que anhelaba por salir del bajío que le amenazaba con la luz del día. Pero ¡oh rigor de la prudencia, que obligo a Carlos a romper por medio del cariño por que no peligrase el crédito de su dama en la plaza de la publicidad! Retírese Carlos, dejando a su dueño sin esperanza de volverle a ver, porque turba tanto una ausencia, que hasta de la esperanza le despoja a un corazón amante.

Llego Carlos a su casa, donde dispuso que Andrés ensillase dos caballos dándole a entender que le importaba llegar presto a Madrid. De buena gana vino en ello Andrés, porque mejor le sabían los vinos de Castilla (aunque daba al diablo los taberneros de Madrid) que los de Aragón, con que con toda brevedad dispuso con mucho gusto lo que su amo le mandada, y más en aquella sazón, que estaba de ganancia de treinta de a ocho. Mientras Andrés disponía subió Carlos a despedirse de don Alonso y doña Ana, los cuales viéndole de camino a aquella hora se asustaron, a que Carlos satisfizo con responder que le era forzoso llegar a Madrid; pero no obstante esta respuesta, don Alonso y su mujer quedaron suspensos, porque ya sabían el lance de doña Inés y no eran de parecer que saliese Carlos

474.- Orig: 'el|el' (p. 173).

475.- Chubasco.

de Zaragoza, porque era calumniar su amistad, por sólo el disque⁴⁷⁶ de una mujer disparatada. De todo esto en breves palabras le hicieron relación a Carlos, que sin darse por entendido respondió que a él le importaba hallarle presto en Madrid, que le diesen licencia, que le disculpasen con los amigos. No se atrevieron don Alonso y su mujer a replicar a la determinación de Carlos, con que sin más réplicas le dieron los brazos de verdadera amistad, encomendándole les⁴⁷⁷ avisase de su llegada con salud.

Hecha esta diligencia, salió Carlos de casa, haciendo su viaje por la calle de su dama, la cual le aguardaba en la ventana, porque el amor, por lo que tiene de hechicero, se preció de adivino. Miráronse los dos tan tiernamente suspensos, que a poder dar voces la honra, se desahogara⁴⁷⁸ el dolor en públicos sentimientos, pero la corta distancia de la calle no permitió más que el dulce relámpago del rayo violento de su vista, con que traspuso Carlos el corto término de la calle, de la cual se apartó con un suspiro. Doña Antonia se retiró a su cuarto ahogada de ansias del cordel de la ausencia de su amante, pagando con lágrimas la falta de su querido Carlos; no obstante, se previno de cuidado para sobrellevar con pública prudencia el tropel de tantas penas, porque la prevención, ayudada de el valor, allana los mayores imposibles.

Carlos, acompañado de sus ansias, siguió su camino hasta llegar a Ágreda sin permitir le desahogase Andrés con sus locuras, porque cuando el pecho se oprime de congojas no admite ordinarios desahogos. Detúvose en Ágreda tres días, por llevar compañía hasta Madrid. Hizo su camino por Soria, donde se detuvieron algunos días, en los cuales la antigua doña Francisca, no olvidada de su lasciva voluntad, le rondó los umbrales del apetito; pero como Carlos llevaba el alma embarazada con la ausencia sentida de su dama, menospreció los engañosos cuidados de su halagüeña enemiga. Llegose el tiempo de salir de Soria, con que consiguieron⁴⁷⁹ su viaje hasta llegar a Madrid sin que en el viaje les sucediese novedad alguna; sólo la triste suspensión de Carlos les dio harto en que entender a sus amigos, pero como los males del alma no se curan si no es con medicina superior, no se atrevieron a procurar su sanidad con exteriores medicamentos, por que es sabia prudencia en el amigo no procurar saber más de lo que le dicen.

Llegaron al fin a Madrid, apeáronse en la casa del tío de Carlos, que ya sabía que venían. Recibiolos como obligado, festejolos como caballero, admitiendo entre sus brazos a su sobrino Carlos, repitiendo con su vista los antiguos cariños, tan de padre, que en la presente ocasión no sabía el venerable prebendado cómo festejar la prenda que tantos años había que faltaba de su vista. Lo mismo le sucedió a Carlos, que aunque acosado de sus penas, solemnizó con lágrimas alegres la presencia de su tío; aunque, a mi ver, no supo el corazón cuál era la causa de su llanto: si la memoria tierna de su ausente dama o si la gustosa alegría de hallarse en la casa de su deudo. Todo debió de ser, porque en dos empeños tan forzosos, a todo hicieron cara las tiernas lágrimas de Carlos.

El cual pasaba con toda caricia en casa de su deudo; pero como la memoria de un bien ausente era fatal garrote para un amante, las delicias paternas se le olvidaban viviendo en el tormento de sus ansias, que por darlas más vida las dibujó con la pluma en estas tres octavas.

476.- El dicho, lo dicho.

477.- Orig.: 'encomendando-|les' (175).

478.- Orig.: 'desahogava' (p. 175).

479.- Completaron

Acábasele el día a los mortales
 vistiéndose la tierra de la noche,
 alivios persuadiendo a tantos males
 en el dulce regazo de su coche
 a dormidos pastores y zagales
 hasta que el Sol sus luces desabroche;
 sólo mi pecho vela en sus enojos
 por arrojar diluvios a mis ojos.
 Lloro el día, embozado en arreboles,
 la ausencia que hace el Sol con sus desmayos;
 vierte el Aurora perlas sobre flores,
 por que sepan de lágrimas ensayos;
 gime el ave del Alba a los albores,
 porque ofuscan del Sol sombras los rayos,
 y yo lloro una ausencia y celos tanto,
 que acabaré la vida con mi llanto.
 Ríese el Alba de ver la sombra fría
 huyendo de los rayos luminosos
 que a luces bellas da favor al día;
 alégranse los prados ya vistosos,
 vistiéndose los campos de alegría
 con adornos del Sol, giros hermosos;
 sólo yo lloro, en lágrimas deshecho,
 celos y amor, venenos⁴⁸⁰ de mi pecho.

Este era su desahogo de Carlos, o salirse al campo a publicar sus penas a los árboles, a las plantas, a las peñas, a las flores y a las fuentes, que, como insensibles, parece que atienden a las quejas sin barajar las ansias amorosas de el pecho afligido de un amante.

CAPÍTULO XVIII

Vuelve Carlos a Zaragoza, donde su dama procura quitarle la vida

CON gemidos si arrullos lastimosos se queja el ave de su mala suerte, pues habiéndola juntado en el dulce tálamo la fortuna de el amor más halagüeño, por dar muestras de su fuerte brazo, un labrador enlazó una piedra en una honda, que sacudida del cáñamo torcido, con segura si fuerte puntería le derribó el nido bien compuesto, con cuyo golpe esparció al viento plumas, barro, pajuelas, sólidos materiales del edificio; que fuera corta perdida si con el destrozo de la fácil cuña no se ahuyentara el tímido galán de su consorte, dejando triste sola y afligida a su amante ave, sin nido, sin galán y sin sus hijos. Lastimoso espectáculo de duelos, pues apenas supieron del tálamo los gustos cuando su mala estrella los condenó a rigores de la ausencia. ¡Dura pena, triste

480.- Orig.: 'venenas' (p. 177).

afán, infausto llanto! ;Oh gemidora ave, que en muerto arrullo publicas el ansia de tu pecho! ;Oh pájaro doliente, fugitivo, que en trágicos reclamos dices tu congoja! ;Oh desgraciado animal, que con funesto canto das a entender afanes de tu vida, zozobrada de congojas de una ausencia! Pero si el ave gime, si el pájaro solloza; si el animal llora con triste canto la pena de una ausencia, ¿qué mucho que un racional, que entiende lo que pierde, gima, lllore y se queje en el potro fatal de estar ausente?

Embarcado Carlos en el bajel de su memoria con su ausente prenda, fluctuaba en el golfo de congojas con la tempestad de ausencia, sin dejarle ver tierra de consuelo ni luz alguna de esperanza de mejor fortuna. Así navegaba a árbol seco,⁴⁸¹ temiendo a cada paso peligrar en zozobras temerosas, hasta que en el correo le socorrió su dama con una carta que fue arco de serenidad (si el iris de amor se cree), con que, si no se mitigó del⁴⁸² todo la tormenta, se sosegó el rigor de la amenaza del naufragio. Con este amoroso consuelo de sus ansias se salió Carlos hacia la Casa del Campo a contemplar en la carta de su dama, en que no leyó tantas letras como derramó lágrimas venerando sus luces el papel en que firmaba ser suya. En este indirecto embeleco estaba Carlos cuando se llegó a él un medio. estudiantón con cara de filósofo, gesto metafísico; el sombrero, caído de faldas, mal aliñado el cuello, sotana larga, con manteo que olía al tiempo del diluvio,⁴⁸³ el cual habiendo atendido a los gestos con que Carlos se arrebatava de su imaginación, le dijo así:

—Rato ha que os estoy mirando enajenado de vuestro mismo ser racional, de que me ha causado gran dolor, porque considerar a un caballero como vos, de tan buen arte, todo embelesado en su imaginativa, según las señas a que he atendido, es cierto que puede más en vos una pasión amorosa que el entendimiento de que Dios os ha dotado. Llevado de mi natural compasivo os suplico deis treguas a la voluntad, porque a no ser así faltaréis a la razón, con que acabaréis la vida. Desahogaos, señor, que no ha de ser tan poderosa la pena de una ausencia, que os prive de la comunicación de los hombres. Recobraos de tan violenta pasión, que puede ser, según conjeturo, que si alargárades la vista al lastimoso fin de vuestra voluntad, la olvidárades más que de paso.⁴⁸⁴

Atento estuvo Carlos al razonamiento del mágico estudiantón, porque como atendió a que le había leído su pasión en el sobrescrito del semblante, no le atrevió a barajarle el discurso; antes viendo que terminaba, le respondió con toda el alma en los labios confesando toda la verdad de su ahogo, pero disculpando su pasión, porque nunca acaba de conocer el que ama viciosamente lo mal que hace en amar.

—Si vuesa merced, como ha reconocido mi pasión —respondió Carlos— hubiera comunicado la causa de tanto amor, fácilmente me disculpara; pero como sólo regla⁴⁸⁵ por mayor, no puede sentenciar justificadamente. Yo amo, yo quiero, yo adoro a una dama con prendas tan relevantes, que la razón más religiosa no se admirará que la quiera con exceso. Vivo ausente, siento la pena, túrbame el no verla, con que le he dicho a vuesa merced la causa por medio de las señas del dolor.

481.— Con las velas recogidas.

482.— Orig.: 'de' (p. 178).

483.— Orig.: 'el tiempo de dasuvo' (p. 179). La fe de erratas pide leer 'dozareo'

484.— Con celeridad.

485.— Mide, considera. En el orig.: 'rega|la' (p. 179).

— En pocas palabras, aunque bien sentidas —dijo el estudiantón—, me ha dicho vuesa merced su sentimiento, aunque⁴⁸⁶ lo había conocido ya por la experiencia estudiosa que tengo, por cuya causa me he conolido de vuesa merced viéndole tan apasionado que da de mano⁴⁸⁷ a la razón por que pervalezca la voluntad manejando imperiosa las potencias del alma sin rendirse a lo mejor. Esto es lo que me entenece, porque es materia muy de llorar que mande la voluntad en causas de el entender. Vuesa merced se modere; y créame que le está bien, por que, según mi conocimiento de experimentada ciencia, a vuesa merced le amenaza fatal ruina si prosigue en el empeño.

Carlos, que nunca temió su corazón peligros de fortuna, cuanto y más amenazas de una estrella, y éstas anunciadas por un mal trapo,⁴⁸⁸ o peor, sátiro aforrado en bayeta,⁴⁸⁹ pero en esta ocasión le turbó lo particular⁴⁹⁰ del adivino, con que se volvió impaciente a él, diciéndole:

—¿Vuesa merced es acaso mal profeta, o peor anuncio, que tan malas nuevas me da de la perpetuidad del empleo de mi voluntad? Pues adviértole que si en lo demás acierta como en esto, bien puede aprender a otro oficio, por que mi dama es noble, entendida y amante con extremo, y de todo tiene hecho bastantes pruebas en favor de mi cariño, con que se desbarata toda la máquina de su juicio.

—En verdad, señor mío —respondió el mágico—, que si por sólo necia, infame o ingrata había la mujer de ocasionar desdichas, muchas se evitaran. Pero volvamos los ojos a la rueda de los siglos, donde veremos cómo la necesidad del entendido es mucho más que necesidad. El desahogo de la nobleza es infamia en modo superlativo; la crueldad del más fino amante es venganza tan sangrienta que no parece poder ser imaginada, con que no es prueba la vuestra para contravenir al astro que os amenaza. El quitar la ocasión es buen modo de desmentir a la estrella, porque el ser o no ser en un futuro contingente lo encamina a ser verdadero o falso la voluntad que se le carea⁴⁹¹ o no. Pero no arguyamos en una verdad tan asentada; tratemos sólo de el remedio, que es olvidar.

Harta fuerza le hicieron las verdaderas razones de el mágico a Carlos, pero como su voluntad estaba alimentada con razones de buena correspondencia, parecióle a Carlos que repetía⁴⁹² en duración para eterna, con que no fue posible divertirle de su correspondencia; antes viendo que se preciaba Leonardo (que éste era su nombre del estudiantón) de la magia, juzgando que su vida se mantenía de la vista de su dama, se determinó a probar si era verdad algo de lo que se decía desta supersticiosa ciencia, para cuyo efecto le pidió se fiase de su nobleza favoreciéndole con su sabiduría en la presente ocasión, a que satisfaría muy conforme al gusto que le haría en mostrarle a su dama, porque juzgaba que su vista mitigaría el dolor de ausencia tan penosa. No se hizo muy de rogar Leonardo, pues al primer envite⁴⁹³ de Carlos quiso todo el resto, y para acreditar más su sabiduría le pidió a Carlos

486.- Orig.: 'que aunque' (p. 179, últ. lín.).

487.- Aparta, rechaza.

488.- Impresentable, persona de mala presencia.

489.- Tela floja de lana.

490.- Orig.: 'particulrr' (p. 180).

491.- Enfrenta.

492.- Reiteraba. mantenía.

493.- Oferta. En los juegos de naipes, 'apuesta', por eso el Autor emplea 'resto' más adelante.

la mano, asegurando que en sus rayas, junto con la fisonomía de la cara, conocería todos los sucesos de su vida, como si la cara o la mano fueran donde Dios escribía los acasos de la vida, permitiendo su conocimiento a un hombre que tenía hecho pacto con el Demonio.

Quedó Carlos con algunas cosas que le dijo Leonardo tan satisfecho de el buen hallazgo de aquel día, que le convidó a que habitase en un cuarto de su casa. En paga de este agasajo le contó Leonardo lo particular de su vida; señaló por su patria Grecia; su estudio, en Bolonia; su habitación, en todo el orbe; aplaudió su ciencia por no ser pública su enseñanza, pues en grutas o ocultas cuevas había maestros que la enseñaban, por que no se perdiese en el mundo tan gran tesoro de ciencia. Con esta conversación llegaron a la Puerta Cerrada,⁴⁹⁴ donde Leonardo tenía su habitación, más parecida a calabozo de delincuentes o caverna del Infierno que habitable estancia de hombre redimido con la sangre de Cristo. Entró Leonardo en su lóbrega habitación, de adonde en hombros de un esportillero sacó unos libros acompañados de algunos papeles. Pagó Carlos al dueño de la infernal estancia lo que se debía de posada, con que se fueron a casa de Carlos,⁴⁹⁵ donde le dispuso cuarto aparte en que habitó todo el tiempo que estuvo en Madrid.

Tan alegre estaba Carlos como si hubiera encontrado al ángel de su guarda en forma humana para que le amparase en los riesgos desta mortal carrera. No faltaba de su cuarto a ninguna hora de el día, por consultar con el imaginado ángel sus tristezas. Pero ¡qué de ellos hay que nos parecen ángeles de luz, siendo en las tinieblas de sus vicios demonios!

Un día en que a Carlos le apretó más la locura de su pasión, pareciéndole que tenía en casa todo su remedio, se determinó a persuadir a Leonardo a que usase de su diabólica ciencia para que viese a doña Antonia, aunque estaba en Zaragoza, porque no le parecía posible poder pasar su ausencia sin su vista, pues había seis meses que vivía tan mortal en sus ansias, tan vivo en las penas, que acababa su aliento por instantes, cobrando vida para ser nuevamente atormentado, con que se confesaba sin valor, tanto, que a no mostrarle a su dama a fuerza de su ciencia, necesitaba por conservar la vida volver a Zaragoza, donde podía acabar de una vez con la vida que le ocasionaba tantas muertes. Arqueó las cejas el hechicero, bajó los ojos a la tierra, y tras el divertimento de breve suspensión le preguntó a Carlos si tenía alguna prenda de lienzo que hubiese llegado a cara, manos o parte del cuerpo de su dama, a que respondió Carlos que un pañuelo tenía allí; tomole el diabólico racional, prometiendo de que al otro día le daría gusto en su pretensión, porque era bastante alhaja el pañuelo para que obrase su ciencia, como si fuera de ciencia para ejecutar tan gran maldad la materia de un lenzueto. Pasó Carlos aquel día, con su noche, desasosegado con la esperanza prometida, hasta que llegó el término esperado, que fue el día siguiente a la oración, que bajó al cuarto de su mal amigo.

El cual no le quiso maltratar más que el tiempo que había aguardado; entregole el pañuelo, advirtiéndole que con él limpiase la luna de el espejo que tenía en su cuarto, donde vería a su dama en el estado que estaba a aquella hora. Partió Carlos como a quien se le iba la vida en gozar de la vista de su amada prenda, subió al cuarto tan temerario como interpuesto a las intercadencias de sus alientos. Limpió el espejo con el lienzo, y apenas dio la mano al adulador cristal cuando (¡oh diabólico engaño!) se le representó a la vista

494.- Fue demolida a finales del s. XVI, pero siguió dando nombre a la zona.

495.- Suplo 'Carlos' (p. 182).

su dama en una cama de granadillo guarnecida de bronce, colgada de damasco con flores de oro, recostada la mejilla sobre una mano, terciado⁴⁹⁶ el cabello, vendada la frente con un listón negro; descubrió un brazo del justillo⁴⁹⁷ blanco con flores negras, toda suspensa en tristezas, desmayada de congojas, turbado el color, descuadernado⁴⁹⁸ el aliento y, al fin, enlutada en asombros de profunda melancolía.

Consideró Carlos el vivo retrato dolorido de su dama, a cuya vista, sin poder más su valor, espumaron los ojos en tiernas lágrimas halagos tristes de el corazón. Quiso hablarla y no supo, porque el pasmo de la voluntad lo que primero embarga es la lengua; no obstante, no sabía apartarse de su vista, porque el amor, aun entre las tristes sombras del engaño apetece verdaderos cariños de la vida. En esta turbada suspensión permanecía Carlos, embebido todo el corazón en su vista, hasta que llegó Leonardo, que cortó las líneas de lo representado dando con el lienzo otra mano al espejo, con que borró las diabólicas especies del lisonjero cristal. Quedó Carlos turbado, impaciente, disgustado, tanto, que el gusto de ver a su dama, se le convirtió en rabiosa pena. ¡Oh, qué ajustados desearan los hombres si supieran los fines de su deseo!

Procuró Leonardo sosegarle divirtiéndole de los fantásticos asombros, que le duraron muchos días, en los cuales recibió cartas de su dama, que se quejaba del rigor de su ausencia. Tratábale de cobarde, poco amante, pues permitía tanto ahogo a quien sabía que le amaba con ternura. Recibió también algunas cartas de la simulada doña Inés, de letra ajena, en que le galanteaba con cariño, afeándole el rigor del mal trato que decía usaba doña Antonia, a quien atribuía la causa de su retiro. Obligábale con cariñosas demostraciones de su voluntad a que dejase la asistencia de⁴⁹⁹ doña Antonia, que volviese a Zaragoza, donde hallaría, en quien le estimaba, amor, verdad y lealtad; que abriese los ojos y vería cómo quien le escribía le amaba al paso que doña Antonia le ofendía; que si quisiese responder, fuese a la persona que le señalaba, que si fuese tan bien afortunada que quisiese pagar su verdadero amor, fuese él mismo el que llevase la respuesta a quien aguardaba su cariño más fielmente amante que la ingrata doña Antonia, que tan infiel lograba sus atenciones.

Batería fue ésta tan violenta contra la seguridad de Carlos, que con las balas rigurosas de los celos desbarató la fuerte muralla de el sosiego de Carlos, que ya dudoso de la lealtad de su dama, discurría turbado sobre quién podía ser la dama que le avisaba la poca lealtad de doña Antonia. Muchos fueron sus discursos, pero todos errados, porque en la batalla de los celos no hay capitán, por más diestro que sea, que dé el punto fijo a la vitoria. En el ahogo mayor de diferencias se volvió Carlos a su adivino Leonardo para que con su diabólica ciencia le sacase de este aprieto; respondióle que levantaría figura,⁵⁰⁰ como de hecho lo hizo, para decirle cómo la que le avisaba de el mal término de doña Antonia era una viuda moza que frisaba en parentesco con su dama, con que Carlos se persuadió a que doña Inés era la que tramaba esta enredada si maliciosa tela, con que no se dio por entendido ni quiso responder a sus avisos; sólo trató de satisfacer a su dama pidiéndola licencia para

496.- En dos partes.

497.- O 'ajustador' prenda femenina muy ceñida al cuerpo, sin mangas, que llega hasta la cintura.

498.- Entrecortado.

499.- Orig: 'de|de' (p. 184).

500.- Carta astral.

romper su mandato trocando a Madrid por Zaragoza, donde con su fineza amansaría la braveza de su enojo, pues su asistencia no era tanto por asegurar su vida cuanto por su mandato, afianzado en los temores de que podía ajar su crédito; que si le relajaba⁵⁰¹ la obligación de obediente, ejecutaría su deseada determinación, porque estaba expuesto a cualquier lance de fortuna por sólo darla a conocer la seguridad de su afecto.

Activo fuego fue esta carta para doña Antonia para incitar a su amorosa pasión a que respondiese a Carlos que si amaba como la decía, era mucho su sufrimiento aguardar dar a más lances, pues la experiencia le enseñaba sus penas con las que afirmaba que padecía. No estaba Carlos para discurrir con la prudencia que debía, pues estaba apasionado amante. Bien se vio en el efecto,⁵⁰² pues apenas supo la queja de su dama, cuando sin embarazarle los peligros que le amenazaban trató de la jornada; comunicó su determinación con su confidente Leonardo, el cual le rechazó el intento, pero no pudo acabar con Carlos que dejase la jornada por más razones que le dio. No obstante, quiso que le acompañase; dispuso que se quedase Andrés en Madrid, para que recibiese las cartas, con orden de remitirlas a quien se le avisase. Despidiose de su tío, perviniendo que no se publicase que su jornada era a Zaragoza, sino a los Montes de Toledo, con que recibiendo su bendición del anciano prebendado se puso en camino en compañía de su confidente Leonardo. Duró la jornada dos días más que lo que se suele de ordinario, por caminar por diferentes trochas, huyendo del camino real por no ser conocidos en jornada en que se podía imaginar tan gran peligro.

Al fin aportaron de noche a Zaragoza, donde Leonardo llevó a la posada las mulas mientras Carlos dio vuelta a la calle de su dama, que halló ocupada con cuatro embozados que le dieron harta mohína hasta el alba, que se retiraron todos; pero pesaroso de no haberlos reconocido, picado de sus celos, aunque el secreto de sus amores le mantuvo prudente, comunicó con Leonardo su enfado, diciéndole que, según la seña, era verdad lo que doña Inés le avisaba, y así, que la noche siguiente estaba determinado a romper con todo, porque sus celos no daban lugar a tanto sufrimiento, aunque fuese prudencia el callar.

Entendida por Leonardo la celosa determinación de Carlos, procuró apartarle de su intento persuadiéndole podía ser el galanteo de aquellos cuatro embozados con otra dama; y juzgando fuese con doña Antonia, no era cobardía retirarse cuando se conocía la ventaja del contrario, con que era el peligro evidente, en que no interesaba más que perderse; que se sosegase y diese lugar al tiempo, que él le prometía de averiguarlo con todo secreto; que avisaría de su llegada a doña Antonia, que si fuese conveniente introducirle en su cuarto sin impedimento alguno, que lo fiase de su cuidado, que él procuraría ajustarlo sin ruido. Pareciole bien a Carlos la proposición de Leonardo, con que al punto salió a tratar del ajuste del negocio.

El aviso de la mala correspondencia de doña Antonia que doña Inés le había dado le tenía inquieto a Carlos, y así, al punto que salió Leonardo trató Carlos de buscar la persona que doña Inés le avisaba que viese si volviese a Zaragoza. Encontró en barrio apartado con la casa, donde topó con una mujer a quien dio las señas, que reconocidas de la persona, le dijo que se aguardase, porque iba a avisar a su señora doña Inés. Iba Carlos tan desfigura-

501.- Absolvía, liberaba.

502.- Orig.: 'afecto' (p. 185).

do que era imposible conocerle, porque llevaba cabellera postiza, un parche en un ojo, la barba crecida, salpicada la cara de lunares, con que nadie le podía conocer.

Con harta confusión quedó Carlos mientras la mujer fue a dar aviso de su llegada a doña Inés, de quien Carlos no acababa de persuadirse que era la que le avisaba, y menos que fuese la que le escribía solicitando su amistad. Al fin, en esta tropelía de confusión le cogió la vuelta de la mujer, que le dijo que aguardase un rato, porque ya su señora venía; hízola Carlos algunas preguntas, pero a ninguna salió, porque estaba industriada de doña Inés, que la enseñó a callar. Ya serían las diez del día cuando llegó doña Inés toda revuelta en un manto de anascote,⁵⁰³ muy fatigada del cansancio del camino, y como Carlos estaba retirado en otro aposento, entró doña Inés preguntando por él; fuele respondido que estaba más adentro, adonde entró diciendo:

—Bueno es, señor Carlos, tener amigos, en la Corte, de vuesa merced. Gracias a Dios y a mi buena voluntad, que le ha dado vista para conocer la ofensa que le han hecho a su buen proceder. Aquí me tiene, sin rebozos, con toda verdad amante, pues desde el día que le vi hizo mi voluntad empleo de su persona. Yo soy la que le di a vuesa merced la media sortija con el aviso de su mal pagada correspondencia, yo soy la que le he⁵⁰⁴ escrito tantas veces a Madrid sin merecer respuesta, yo la que ahora vengo aquí, atropellando mi punto, sólo para llevarle a mi casa, donde no hay más que yo, que soy de vuesa merced.

Admirado estaba Carlos de ver a doña Inés, una mujer de tanto punto, tan vana, tan presumida, tan rendida y tan otra que apenas la conocía. Según el aprieto del lance, natural cosa era que Carlos correspondiese con fineza a una voluntad tan acendrada como la de doña Inés, que atropellaba por el punto del pundonor, que junto con la vanidad de su dueño, parecía caso imposible. No obstante, como doña Antonia era el dueño de su voluntad, y contra su proceder no había más testigo que doña Inés, que ya estaba tachado por apasionado, no se persuadía Carlos a que doña Antonia hubiese delinquido contra su cariño, porque no es fácil culpar lo que se quiere si no preceden evidentes las ofensas. No sabía Carlos cómo haberse⁵⁰⁵ con doña Inés sin culpar a doña Antonia, porque justificar por delito el que no consta de más que por una relación de testigo apasionado es desear que haya culpa para obrar ingratamente; no pagar avisos de una voluntad conocida que importan al crédito y al gusto por sólo el discurso apasionado del cariño es infame correspondencia. Carlos adoraba a doña Antonia; debía ser agradecido a doña Inés; desestimar su voluntad con menosprecio era infamia; no corresponder a su dama, sin más fundamento que lo dicho, era mal término; desengañar a doña Inés, poca prudencia, olvidar a su dama no lo permitía su voluntad; con que se vio Carlos tan fatigado que no sabía dar vado a tanta inundación de dificultades.

No obstante, procuró dar un corte a todo diciéndola a doña Inés cómo él era desgraciado en todo, pues pudiendo haber hecho elección de su persona, la había hecho de quien no sólo no pagaba su voluntad, sino que, según su informe, le ofendía ingrata; trato tan infame, a que por su pundonor no había dado crédito hasta que se le aseguraba con tantas veras; pero que no obstante que conocía la ingrata correspondencia de doña Antonia, no

503.- Lana fina.

504.- Suplo 'he' (p. 187).

505.- Obrar, comportarse.

se atrevía a corresponderla con las veras que debía, porque no era fácil introducir en la monarquía de la voluntad un amor niño donde reinaba un gigante afecto: Con que tomaba por partido el huir de los hombres,⁵⁰⁶ por infeliz, asegurándola que aquella noche saldría de Zaragoza para no volver más a sus ojos; que era lo que más sentía no poder pagarla la voluntad que le mostraba, que le perdonase la ingratitud; que debía hacerlo, porque para no corresponderla con fineza, no era bien admitirle por galán: mejor era perdonarle por desgraciado.

Turbada se vio doña Inés con la determinación de Carlos, a quien quiso obligar con rogadores de lágrimas, pero como Carlos había hecho empeño, tuvo mal despacho doña Inés, la cual viendo el pundonor de Carlos, que se defendía con razón que la obligaba, procuró sanear su crédito empeñando a Carlos en el secreto deste lance; que aunque viese a doña Antonia no le diese noticia dél, que con esto quedaría satisfecha. Carlos le juró de no descubrir el lance a nadie aunque le importase la vida.

En este desempeño se estuvieron los dos lo más del día, culpando su mala fortuna, que tan contraria se les mostraba, hasta que llegó la noche, en que volviendo Carlos a repetir su palabra se retiró a su posada, donde halló muy cuidadoso de su persona a Leonardo, el cual así como vio a Carlos le puso en las manos un papel de doña Antonia en que le decía que aunque arriesgase su crédito la viese luego, que tendría dispuesta su casa de manera que nadie le viese. Festejó Carlos su dicha, porque no son siempre tan recios los celos que descarten la buena fortuna por el aparente duelo. Contó Carlos a Leonardo el lance que le había pasado con doña Inés (encubriéndole la persona); díjole cómo le había dado palabra de irse de Zaragoza sin que nadie entendiese el suceso. Advirtióle también las presunciones tan aparentes que tenía de la infidelidad de doña Antonia, que junto con la veleidad de ser mujer, bien se podía temer la había estragado a su amor el veneno de una ausencia; pero que como su voluntad era tan estremada, no acababa de dar crédito a los avisos de la pretendiente dama, porque juzgaba era todo envidiosa rabia de sus amores; que le hacía relación de todo para que le aconsejase, como amigo sabio.

—Ya sabe vuesa merced —respondió Leonardo— que ha sido esta jornada contra mi parecer, pero empeñados ya, no es de caballeros dejar de ir a ver a su dama, la cual, según el semblante que me ha mostrado, no es posible que haya engaño en su corazón; intrépido arrojó sí de su verdadera voluntad. Vuesa merced la vea, procurando con maña sacar la verdad, que ésta no se oculta por más que la reboce la malicia. La experiencia⁵⁰⁷ en el lance le enseñará a vuesa merced cómo se ha de haber en todo.

Con esta resolución salieron ambos a dos de la posada en busca de la casa de doña Antonia, la cual recibió a su don Carlos con más amorosa inocencia que vengativa cautela. Despidieron a Leonardo con orden de que dentro de dos días viniese a buscar a Álvarez a título de pariente, con la cual le avisarían lo que conviniese. Obedeció Leonardo, dejando a Carlos tan picado de los amores de doña Antonia como olvidado de los celos que doña Inés le había ocasionado.

Retirado quedó Carlos en el cuarto por donde comunicó la primera vez a doña Antonia, la cual como se vio en posesión de su amante le dio cuenta cómo doña Inés la había

506.— Del contacto humano, del mundo.

507.— Orig.: 'experincia' (p. 189).

asegurado de que se correspondía con otra dama en Zaragoza, para cuyo enlace buscaba modo como descartarse de su correspondencia. Bien conoció Carlos el enredo de doña Inés, con que podía salir del empeño de su palabra, pero no quiso, porque un honrado no admite explicaciones al empeño de su palabra. Aseguró Carlos a su dama que todo era falso; pidiola que no diese oídos a doña Inés, porque, según lo que se sacaba de lo que había obrado en aquel lance, no era segura su amistad; que no la diese noticia de que estaba en su casa, porque temía otro lance más pesado; que allí le tenía, con que se aseguraba de la verdad de su cariño. No quiso Carlos dar a entender a su dama el infame trato de su amiga doña Inés, porque la venganza es de cobardes cuando el perdonar es de entendidos. ¡Oh, qué dello ha menester un pecho noble para cumplir con el duelo del qué dirán!

El término de los dos⁵⁰⁸ días se llegó, en que acabó doña Antonia con Carlos que se quedase oculto en su casa el tiempo que hubiese de estar en Zaragoza, con que se aseguraron los dos amantes de que sus celos habían sido juguetes del amor, con que sazaban la posesión. Pero ¿quién no repara en la locura del vicio, que asegura el sosiego a vista del mayor peligro? Carlos en una prisión gustosa, doña Antonia en un riesgo tan notorio apetecido.

Volvió Leonardo el día señalado, en que halló un papel de Carlos que le decía su determinación fiado en la seguridad del cariño de su dama, con que se volvió a su posada dejando a los dos amantes en dulce si amigable prisión, en la cual pasaban su vida contentos con su fortuna, encargando siempre Carlos a doña Antonia el secreto para con doña Inés, porque, aunque decía era su amiga del alma, ya sabía que era muy celosa de la casa de don Josep, como lo había mostrado en la ocasión pasada para echarle de Zaragoza. Encargaron también el secreto a Álvarez, porque era antigua confidente de doña Inés. Con todo este cuidado vivieron seguros Carlos con su dama seis meses en este género de vida, pero siempre asustados de la cercanía de don Josep y doña Inés (pero ¿qué gusto hay sin zozobra?), hasta que, cansada ya la Fortuna de consentir sazones al vicio, les pagó por junto en pesares los gustos que con tantas zozobras habían gozado.

Nunca el secreto duró mucho en el pecho de ánimos serviles, por más obligados que se sientan, porque quien no sabe qué es honra, no sabe conservar el secreto que aja la honra. Muy prevenida estaba Álvarez de doña Antonia para que no vaciase en la calle su crédito; pero aunque más la benefició, no tuvo calor su estómago para digerir el secreto, con que lo reveló a doña Inés. La cual apenas entendió el empeño de Carlos cuando imaginó, celosa, que la había revelado su liviandad, suponiendo que entre amantes no hay secreto, y más el que conduce a asegurar la fineza de la voluntad. Asegurando doña Inés esta celosa imaginación, se determinó a tomar venganza aunque arriesgase la honra de su tío don Josep, para cuyo efecto se fue a casa de doña Antonia, a quien afeó la temeridad de ocultar en casa a un tan ruin hombre como Carlos, el cual publicaba su deshonor por medio de una dama que tenía en Zaragoza, a quien asistía un estudiantón que era el que todo lo mullía; remató su braveza con que no había de salir de allí sin que Carlos saliese de su casa.

Turbada queda la inocente doña Antonia con el arrojito de doña Inés; no obstante, trató de sosegarla, que fue imposible, porque el empeño con que doña Inés obraba era de indomable resolución, las voces con que se explicaba podían ser escándalo, y más en sazón que era ya hora de que don Josep diese la vuelta a su casa, que todo considerado de

508.- Suplo 'dos' (p. 190).

la afligida doña Antonia, se determinó a obligar a su amante Carlos a que dejase su dulce reclusión y saliese de su casa. Consiguiólo a fuerza de lágrimas, causadas tanto de ver que le apartaban el alma, dividiéndola de Carlos, como de que fuese la causa la violencia de unos celos. Salió al fin Carlos, pero antes que se retirase le dijo a doña Inés que atendiese al crédito de doña Antonia, que antes pagase su vida su enojo, que no su dama; que bien sabía su merced que en Zaragoza no había mujer a quien hiciese cara, con que era sobrado el rigor, pues su atención no se lo merecía, pues callaba la causa de su enojo; que no fiase tanto de su palabra, porque podía juzgar que sus temeridades imprudentes le desobligaban del empeño.

Aquí fue donde doña Inés se precipitó temiendo que si le daba más lugar a Carlos publicaría a voces cara a cara su liviano término, con que, temerosa de que sucediese así, apretó de manera que sin oír a Carlos le pusieron en la calle, quedando entrambas a dos damas batallando, si bien con armas desiguales; doña Antonia con inocencia medrosa y doña Inés con temeraria malicia, tanto, que por acabar con la afligida doña Antonia la asió de las manos, bañándoselas con lágrimas de su coraje, y la dijo:

—Venguémonos, amiga, deste nuestro enemigo: también a mí me ha engañado; yo soy la infeliz burlada, a mí me ha galanteado con toda asistencia. Mira sus papeles, llenos de fementidos engaños —estos eran unos papeles que Carlos le había escrito a doña Antonia y se los había cogido Álvarez para darlos a doña Inés—. Ves aquí media sortija, hermana de otra media que nuestro enemigo tiene; lee esas letras, que te explicaré, en que verás la maldad deste fementido. Y si tienes, acaso, la otra media, que bien puede ser, porque él es tan infame que te la habrá dado por fineza, júntalas, donde verás mi verdad grabada en sus letras.

Levantose doña Antonia, picada de tan aparentes razones, acordándose que tenía un bolsico que había quitado a Carlos, donde le parecía estaba la otra media sortija, que halló donde pensaba, que junta con la otra media sortija, decía: «Tu Inés, Carlos». Bastó esta aparente prueba para que doña Antonia descartase el cariño de su viciosa voluntad por la rigurosa venganza que su enojo prometía. Lágrimas tiernas le costó el empeño; de coraje serían ya, porque suele el corazón también prestar para la venganza el lenguaje de el cariño. Consultaron, al fin, las dos el duelo de su ofensa, que resolvió su enojo en quitar la vida a Carlos. ¡Oh infame rigor de dos amantes pechos! ¡Oh crueldad horrible de dos vengativos corazones!

Turbado de el suceso, sin aliento con la pena, llegó Carlos a la posada, donde halló a Leonardo, a quien dio noticia de su ahogo. Leonardo le aconsejó que saliese al punto de Zaragoza, porque le amenazaba el infeliz estrago de su vida, que el más prudente consejo era huir el golpe de una mujer poderosa despreciada. Bueno era el consejo, pero no le admitió Carlos, dando por razón que el retirarse era confesarse culpado en ocasión que su voluntad estaba obligada a la debida correspondencia de su dama, a quien no había de faltar aunque le costase la vida, porque más honroso era morir en el empeño que faltar a su obligación aunque se arriesgase la vida; que lo que convenía era que llevase un papel a doña Antonia para que estuviese segura de que no la había de faltar en todo trance. Llevó Leonardo el papel, a que respondió doña Antonia de palabra que le importaba su crédito que Carlos pareciese en público en Zaragoza.

Con esta respuesta, que era causa de mayor empeño, se fue Carlos a casa de don Alonso, donde le festejaron él y su mujer con sumo gusto. Hicieron que viniese Leonardo, el

cual a título de confidente de Carlos, acomodaron en casa. Al otro día salió Carlos al lugar en compañía de don Alonso y de don Jaime, fueron a misa al Pilar, donde se llegó una mujer tapada, la cual le dijo: «El guardar la vida con maña es el acertado valor, porque con la vida se vence lo que con la muerte se acaba». Bastante aviso fue éste para que Carlos cesase de su empeño, pero hizo donaire de todo, contándosele a Leonardo por gracia. Pero Leonardo, que miraba la materia sin pasión, le amonestó se valiese de el aviso; pero no aprovechó con el capricho de Carlos, el cual continuaba escribir a su dama asegurando la fidelidad de su amor, que era correspondido de doña Antonia con fingidas demostraciones de voluntad que duraron algunos días, en que ajustaron las dos vengativas damas, doña Antonia y doña Inés, de despojar de la vida a Carlos con la violencia de un mortal veneno.

La traza fue que don Josep convidase a don Alonso, a don Jaime y a Carlos a comer; ejecutose así, admitiendo el agasajo pareciéndole a Carlos que era disposición de doña Antonia para el sosiego de su amoroso vicio. El día señalado, pasando Carlos con sus amigos por la calle de el Coso, oyó decir a grandes voces: «¿Adónde vas, hombre? Detente; mira que vas al degolladero». Bien reparó en el dicho, pero no hizo caso dél, antes siguió su camino con sus amigos hasta la casa de don Josep, donde en plato señalado le convidó Antonia con su muerte, siendo el instrumento un violento veneno. Apenas probó Carlos el mortal alimento cuando conoció por experiencia las veras de su desgracia, pidió licencia a sus amigos para retirarse, como lo hizo, con gran priesa. Llegó a casa, donde halló a Leonardo, a quien dio noticia de los ahogos que le molestaban; recetole Leonardo un poco de aceite, que bebido, cayó Carlos en tierra expresando era llegado el fin de su vida, pues las señas del humor que arrojaba pronosticaba su temprana muerte. Pidió confesión, la cual fue tan turbada, que después no se acordaba de haberla hecho: ejemplar digno de temer para que no nos halle desprevenidos.

Fueron llamados a toda priesa los médicos, a quien Carlos ya con más sentidos, declaró lo que juzgaba prudentemente de su enfermedad, encargando el secreto: atención de el lastimado Carlos por que no peligrase el crédito de su homicida. Curáronle los médicos con todo cuidado, pero aunque la aplicación de la medicina fue acertada, la venenosa causa fue más poderosa. Tullose el desgraciado mancebo, pagando en lastimosa congoja lo que le aseguraron confianzas. Un año estuvo en Zaragoza en el brete de una cama, sin más esperanza de la vida que la que le pudo dar lo robusto de su mocedad: y aunque su vida era una prolongada muerte, no acababan sus enemigas de contentarse con esta muerte, pues por diversas veces trataron de despojarle de vida tan lastimosa. A título de cortesana atención le regalaron con unos envenenados dulces, que a descuidarse Leonardo consiguieran su pretensión. Aconsejaron los médicos a Carlos que se fuese a su natural, por que todo lo que había alcanzado su ciencia habían ejecutado sin que consiguiese la salud que deseaban.

Pareciole bien a Carlos este consejo, con que se determinó a venirse a Madrid a casa de su tío; pero antes de hacer la jornada, ayudado de una muleta y de Leonardo, visitó a don Josep y a doña Antonia por desvanecer alguna presunción de que había sido doña Antonia su homicida. La noche antes que se hubo de ir le suplicó a don Alonso que le acompañase hasta Ágreda, porque iba solo y enfermo. Como don Alonso le quería como verdadero amigo, avisó a don Jaime, que juntos, sin más prevención que sus criados, acompañaron a Carlos hasta Ágreda, que iba acomodado en una litera que acaso hubo de retorno para Madrid. Dos leguas de Zaragoza les salieron al camino seis enmascarados,

que reconociendo la guarda que llevaba el enfermo se retiraron dejando pasar la tropa, cosa que sintieron agriamente las vengativas damas, que habían dispuesto que ya que el veneno no pudo acabar con Carlos, acabase con su vida a balazos en el camino. No quiso Dios que así fuese, pues los que venían pagados para ejecutar la maldad no se atrevieron viendo la escolta que llevaba, con que llegaron a Ágreda sin considerable tropiezo, donde don Alonso y don Jaime se quedaron, atendiendo a que iban a Madrid unos amigos en cuya compañía iba con toda seguridad Carlos, el cual se despidió de don Alonso y don Jaime con gran ternura, juzgando que era el último abrazo de la vida, porque iba tal, que pensaba eran pocos los días de su vida. No fue menor el sentimiento de los dos amigos viendo tan lastimoso a Carlos, el cual, sin otro azar llegó a Madrid a casa de su tío.

CAPÍTULO XIX

*Sana Carlos de su achaque, vuelve a los montes donde se crio;
entra en Toledo, donde le sucede un azar*

SI el facineroso temiera la Justicia, y si el delincuente se acordara del castigo, y si el malhechor reparara en el mal que le amenaza, y, al fin, el vicioso pecador reconociera el paradero de sus culpas, ni el vicio se entronizará, ni el pecado permaneciera ni la culpa llegara a presumir duración estable, porque la Justicia amedrenta, el rigor acobarda, la amenaza del castigo desmaya. ¡Oh hombres olvidados de la pena! ¡Oh viciosos, faltos de memoria de la amenaza del castigo! ¡Oh amantes ciegos, privados del conocimiento de desgraciados fines! ¡Qué rumbo es el que seguís, embarcados en el bajel del licencioso apetito, navegando el proceloso golfo desta vida sin timón, sin gobierno, trabajando por perderos en el escollo donde han acabado tantos en desdichado naufragio?

Bien se conoce esta verdad en viva tabla⁵⁰⁹ de la experiencia de Carlos, que asido al potro de una cama con las crueles ligaduras de un mortal achaque, postrado el valor de sus bríos a la violencia lastimosa de dolores, rendido su coraje al fatal verdugo de un veneno, ultrajadas sus fuerzas a las porfiadas zozobras de una congojosa enfermedad, le fatigaron los efectos de sus vicios por dos años, en que la continuación de congojas pudo acabar con la enmienda de⁵¹⁰ su viciosa pasión; pero no fue así, como lo veremos en los sucesos restantes de su vida hasta que Dios fue servido, por medio de grandes trabajos, de reducirle al conocimiento de sus culpas.

Dos años (vuelvo a decir) fueron los que fatigaron a Carlos los rigurosos efectos del veneno con que las dos damas en Zaragoza pretendieron vengar sus celos despojando violentamente de la vida a Carlos, el cual fatigado de ahogos, permaneció doliente hasta que un valiente padre de la medicina de aquellos tiempos, asistente en Madrid, le dio la vida con la aplicación de no usados medicamentos con que cobró salud. Pero no la logró en escarmientos, pues apenas se vio libre de la congojosa enfermedad cuando trató de volver a Zaragoza para acabar con su vida, pues volvía a renovar las heridas de los celos de

509.- Lienzo, cuadro.

510.- Suplo 'de' (p. 197).

doña Inés y doña Antonia, a quien con su presencia incitaba a nuevo sentimiento; no lo permitió Dios que así fuese, pues barajó el intento de Carlos con la prisión de Leonardo, el cual se había vuelto a Zaragoza a persuasión de Carlos, pero teniendo noticia el Santo Tribunal de su mala vida, echó mano dél retirándole a una cárcel, donde acabó con su vida.

Esta fue la causa por que no siguió su dictamen desatinado Carlos, con que asistió por algunos meses en Madrid; pero cansado del modo de vivir cortesano dio vuelta a los Montes de Toledo, donde gozó los primeros alientos de su vida y donde en este tiempo trató de lograrla en compañía de sus verdaderos amigos por espacio de un año ejercitándose en la caza, ya rondando el monte con sus camaradas o ya solo fatigando la selva dando alcance al corzo fugitivo, habitador de la espesura más oculta. Los días de fiesta pasaba en el lugar o saltando por apuesta o tirando a la barra con los labradores: ejercicio virtuoso de valientes, aunque cansado. Los días de trabajo que no eran de caza se apartaba a los lugares comarcanos a tratar con los amigos, seguro de que sus obras eran hijas de sus leales corazones.

En todo este tiempo. no salió de los términos de los montes, sin que permitiese su doliente si escarmentada memoria la comunicación de la ciudad de Toledo, hasta que un día de Nuestra Señora de Agosto, en el cual todo el reino se convoca para celebrar la Asunción de la Virgen en su Santa Iglesia, le obligaron a entrar en la ciudad, en la cual fue festejado de sus amigos como a recién venido de tantos años de ausencia, con que cada uno de por sí y todos juntos celebraron su venida con urbanas aclamaciones. Asistió Carlos con devoto afecto en la procesión en que aquel día sale la imagen de la Virgen de el Sagrao, quizás pagando en gracias favores no merecidos por la intercesión de tan Soberana Señora. Muy conforme se hallaba Carlos con el nuevo modo de su vida; pero ni sus años prometían permanecer en su determinación ni su espíritu alegre aseguraba duración en el empeño. Aquel día acaso dio vuelta a las naves de el Templo, donde en devota confusión de asistencia se esmeraba lo rico en competencia de el aliño de las damas de Toledo. Entre la confusa nube de hermosuras toledanas se encontró el incauto Carlos con los ojos de la antigua doña Beatriz, principio de sus trabajos, ocasionados de su necia correspondencia.

Hallola en habito de viuda, que, según supo de sus amigos, no le duró el matrimonio más de dos años: desgracia merecida a ingratitud tan notoria. Pero como el cariño renace como el fénix,⁵¹¹ porque lo que bien se quiso cobra vida de entre las cenizas muertas del olvido. No se atrevió Carlos a hacer experiencias del valor repitiendo nuevos golpes de la vista por no caer en despeño en el peligro de unos ojos por quien un tiempo vivía. Retirose Carlos temeroso, porque algo, cuando no todo, escarmientan los trabajos a los apasionados del vicio. No fue así en doña Beatriz, la cual, como mujer veleidosa, se le olvidaron las ofensas que había hecho a Carlos, quedando sólo en la memoria las sazones, con que la hacía de los pasados cariños, formando su amor propio queja de Carlos, con que cuando se debió reconocer ingrata cargó a su galán la partida de poco amante. ¡Oh desconocimiento infame, que forma materia de cargo ajeno lo que debía avergonzarse siendo propio!

Aunque se acabó el concurso de aquel día, no feneció en doña Beatriz el imprudente enfado de que Carlos no la asistiese atento, porque el mayor disgusto del ingrato es el prudente acuerdo de no hacer caso de sus malos términos. Esta fue la razón por que Carlos procuraba barajar los encuentros que le podían empeñar en hablar a doña Beatriz, tanto,

511.- Le legendaria ave fénix, que renacía de sus cenizas.

que sus amigos le tachaban de impertinente; pero como no entendían la causa se les podía perdonar. Estos temores de Carlos, parece que con su retiro ocasionaban a doña Beatriz a que asistiese a todos los concursos, por si acaso topaba ocasión en que desplicarse; pero como Carlos temía prudentemente, adivinaba el intento de la ingrata dama, con que con su retiro frustraba sus intentos; pero como la diligencia es madre del de hallazgo pretendido, siendo los concursos muchos a que los amigos de Carlos le llevaban, fue fuerza encontrar el día de San Bartolomé⁵¹² con lance a que no se pudo negar, porque es festividad que se celebra en La Vega⁵¹³ a la vocación del templo de los religiosos de San Francisco de Paula,⁵¹⁴ que, siendo en agosto, a título de tomar el fresco se dice que se va a ganar el Jubileo.⁵¹⁵

El sol se había ausentado cuando Carlos con sus amigos bajaron en un coche a gozar de la frescura del aire refrigerado del río. Dejaron el paseo de las celebradas azudas⁵¹⁶ por no alejarse de La Vega, donde concurría lo lucido de Toledo. Hicieron su viaje hacia el río arrimados a las tapias del Santo Cristo.⁵¹⁷ Iba Carlos al estribo, gozando de la viveza de chistis que las damas, que tan celebradas son en España por sus repentinos donaires, decían; pero aunque vía la armonía de gustosos juguetes que aplaudían sus camaradas, no obstante, con melancolía, modestia, atendía sin cuidado a todo, llevándole más la conversación de sus amigos que el gustoso desenfado de el femíneo rebozo; pero como todas le conocían, todas, como recién venido, le procuraban pellizcar el gusto, a que Carlos respondía de paso, sin dar lugar a segundo lance.

Así rodó el coche hasta llegar a las orillas del río, donde paró debajo de unos árboles que al movimiento del aire fresco comunicaban deleitosa su estancia, a que se llegaron dos mujeres tapadas con los mantos que se sentaron al pie de uno de aquellos árboles haciendo frente al estribo donde iba Carlos, a quien procuraron obligar a que trabase conversación; pero como el gusto es el que hace el plato, y no la vianda, por más que le dijeron no le sacaron más razones que las medidas a la urbanidad cortesana, de que enfadadas las del embozo, se llegaron al coche preguntando si venía Carlos a Toledo a pretender la plaza de Maestro de Ceremonias de la Santa Iglesia, porque según venía de ministro ajustado a términos legales de mudas ceremonias, parecía era ésta su pretensión; que si así era, se explicase, porque tenían gran valimiento con el señor Arzobispo, con que fácilmente se llevaría la plaza. Picose Carlos de que le tachasen de encogido (¡oh, qué de males causa esta urbanidad desahogada!), con que las respondió en términos prohibidos a quien trata de apartarse de el vicio:

—Mis señoras —las dijo—: a un forastero que ha años que está se le olvida el lenguaje de la tierra, con que a trueque de no errar torpe, tengo por mejor el dar a entender que soy mudo. Pero si por ajustado les parezco mal, crean que les debo parecer bien, porque a vista de la valentía de sus garbos estoy de parecer que seré gran pecador, con que si alguna de vuestas mercedes me quiere para que la sirva, aquí me tiene muy suyo.

512.— Se celebra el 24 de agosto.

513.— La parte baja de la ciudad, a orillas del río Tajo.

514.— Ocuparon la ermita dedicada a San Bartolomé y un edificio adyacente.

515.— Indulgencia de los pecados.

516.— Norias para el regadío. Había varias en la llamada Huerta del Rey (entre la estación del tren y el río).

517.— La ermita del Cristo de la Vega.

Apenas acabo Carlos con su cortesana adulación, cuando la una de la dos rebozadas dijo:

—Mi compañera me está haciendo señas para que os diga que os apeéis, porque os quiere hablar al alma.

Bien conoció Carlos que se debía recelar de aquel cuidado, y así, respondió con él, diciendo que bien podía hablar⁵¹⁸ en público, porque todos aquellos caballeros con quien venía eran amigos de quien se podía fiar todo; pero que si era⁵¹⁹ materia de más espacio, que le dijese su casa, que el empeñaba su palabra de ir el día que le señalasen.

—Eso no —respondió la dama—: bien sé yo que no cumpliréis, porque venís de otro parecer del que fuisteis.

—No haré —dijo Carlos—, que estos señores quedarán por mí.

—Ya he dicho —repitió la embozada— que venís de otro parecer, con que, importándonos el hablaros, no será bien que perdamos la ocasión que hemos buscado. Apeaos, que nos importa comunicarnos⁵²⁰ un negocio.

Viendo Carlos el aprieto del empeño, pretendió barajar el lance reduciéndolo a chanza; pero no le valió, porque los amigos le obligaron a que se apartase con doña Beatriz, que rebozada por que no la conociesen, no quiso hablar palabra, pero viéndose ya en la estacada, en lugar apartado de la gente, en el silencio de la noche, no quiso perder el lance por el menoscabo de cobarde, sino tratar de vencer o darse por olvidada de Carlos.

—No presumáis —dijo doña Beatriz—, Carlos, que esta acción, por lo que tiene de buscada, que tiene mucho de liviana, sino estimadla por preciosa por lo que tiene de particular en la fineza; porque buscar mujer a un hombre no es mucho, porque de finezas se alimenta el amor, pero buscar una mujer como yo, tan leal, a un hombre como vos, tan infiel, tan ingrato, tan vil, tan cobarde que dejó a su dama cercada de sus enemigos, envuelta en llanto, amenazada de muerte, no puede ser liviandad, sino fineza; no veleidad, sino amor, y al fin, no tiene sombras de ficción, sino vivezas de voluntad. Vuestros desaires, o por mejor decir, groserías que en estos días habéis obrado conmigo, bien pudieran resfriar el ardor de mi antiguo cariño, pero no sólo no lo entibiaron, sino que encendieron mayor llama de la que ocultaba la fría ceniza de la ausencia, con que es obligación vuestra estimar esta fineza al paso de vuestra ingratitud, premiando esta constante voluntad coronada de mi perservado cariño al paso de los años de vuestra infame correspondencia. No permanezca, no, en la villanía del olvido vuestra obligación; a luces de mi ruego crezca en vos la llama, pues os comunico la materia que en mí está tan dispuesta; pero si, terco, os queréis mostrar villano, sin dar un aliento de vida a mi consuelo, sabed que toda soy fuego, que incitado del aire de mis ansias levantaré tal incendio que acabe con vuestra vida, y si mi llanto amoroso no pudiere anegar vuestra ingratitud, podrán acabar con mi vida en ardientes incendios de voluntad.

Con esta falsa, si bien al parecer bien sentida querella, cesó doña Beatriz su queja a tiempo que Carlos, suspenso de su determinada osadía, no sabía cómo responderla con

518.- Orig.: 'hoblar' (p. 201).

519.- Orig.: 'pero quisiera' (p. 201).

520.- Orig.: 'comunicaron' (p. 202).

la decencia debida, pero animado de la razón, acompañado de la verdad, la respondió en esta forma, con más sentimiento que palabras:

—Si las experiencias no me hubieran hecho maestro en el conocimiento de las engañosas trazas de lo ingrato, fácil fuera, mi señora, haber caído esta noche en el tropiezo de vuestro fingido llanto; pero la experiencia de vuestro ingrato proceder me ha abierto los ojos para que no caiga en el peligroso lance de creerlos cuando a vuestra correspondencia debo el conocimiento de la senda por adonde he podido olvidaros. Si a vos os da el conocimiento de mi buen trato aliento para obligarme, a mí vuestro ingrato término me da valor para deciros que busquéis amor menos espadachín con calidades de más necio; porque ni he olvidado el valor que heredé de mis padres ni menos he perdido el conocimiento de vuestra ingrata voluntad; con que en breves palabras os he dicho la verdad de vuestro amor, con algo del sentimiento con que os he oído hasta ahora.

Quiso Carlos volver la espalda y dejarla (porque una ingratitud hace villano al más cortés), pero reparó que o la rabia o la vergonzosa congoja, o la inventiva de una mujer pretendiente la había ocasionado un desmayo. Llamó a la criada, la cual con un breve rocío del agua la hizo cobrar su aliento retirando el llanto, que dio a entender con ansiosos suspiros. Retirose Carlos, temiendo la asistencia de la peligrosa batería, recelándose más de sí lastimado que combatido de su dama pretendiente de su correspondencia, porque no hay mayor enemigo que un pecho tierno cuando le combaten memorias de un amor antiguo.

Entró Carlos en el coche, donde le aguardaban sus amigos para darle vejamen o brega por haberse estado con una dama que le buscaba en tan larga conversación, siendo así⁵²¹ que desde que había venido a Toledo no permitía tan gran desahogo, porque hacía alarde de recoleto. A que respondió Carlos con jocosos desembarazo diciendo que no se admirasen, porque por forastero, o ya por aldeano, era fruta nueva que podía ser apetecida de alguna golosa toledana; ordinario agasajo de la Fortuna, que al que menos lo agencia le regala. Con esta chanza llegaron a la posada de la Cárcel de Corte,⁵²² donde se quedó Carlos, rumiando cuidadoso, el lance que con doña Beatriz le había sucedido, porque se debe cuidar y aun temer de una mujer despreciada, porque engendra rayos para abortar en monstruosas venganzas.

Algunos días después deste lance se detuvo Carlos en la ciudad sin dar cuenta a sus amigos de lo que le había sucedido con doña Beatriz, porque el silencio en los encuentros del mar de la Fortuna es el timón de la seguridad en el naufragio. Despachó lo más aprisa que pudo con que se volvió a su primitivo solar; pero no pudo lograr su intento, porque un amigo suyo, a quien en Toledo tenía obligación, no permitió que gozase el descanso de la aldea, pues le escribió con todo aprieto que viniese luego luego, porque le importaba su crédito, a que fue fuera dar vuelta a Toledo Carlos, donde con la mano que tenía en la ciudad procuró ajustar lo que venía, que no fue tan fácil que dejase de detenerse muchos días, en los cuales peligraba su vida por la sangrienta asechanza del coraje de doña Beatriz, la cual con empeño vengativo hacía toda diligencia por derramar la sangre con la vida de su antiguo galán, para cuya ejecución se valió de un asesino, obligándole al delito con tre-

521.— Suplo 'así (p. 204).

522.— El Alcázar.

cientos reales de a ocho de prendas,⁵²³ siendo seiscientos los que prometía a quien le diese la muerte a Carlos, el cual no se descuidaba, pues sabía muy bien que la venganza de una mujer despreciada es tan cierta como la misma muerte.

Buena experiencia tenía en sí mismo con doña Inés en Zaragoza. No obstante, era fuerza acudir al empeño de su amistad, por quien los pechos nobles menosprecian peligros; pero en medio del que Carlos temía de la asechanza de doña Beatriz velaba sobre su vida con cuidado; pero no fuera bastante a librarle si Dios no le socorriera por medio del mismo asesino, el cual picado de hombre agradecido a la buena diligencia de Carlos, que a costa de su dinero y agencia le había sacado en una ocasión de la cárcel, quiso Dios que en esta ocasión se le antojase pagarle la obligación que le tenía con avisarle el empeño del mal corazón de doña Beatriz, que por que le quitase la vida le había dado, en prendas de seiscientos, trecientos reales de a ocho. Agradecióselo Carlos, admirado de que se hallase en el pecho de un ruin hombre la nobleza de agradecido cuando en el corazón de su dama, noble, preciada de amante, vivía el odio tan sangriento que olvidaba todo lo que le podía embarazar para la venganza. Trataron entre los dos la traza que se podía dar para que se entretuviese a doña Beatriz con buen modo hasta que diese lugar el negocio en que estaba para ausentarse de Toledo, con que se enfriaría el coraje vengativo de doña Beatriz.

En este estado quedó la seguridad de la vida de Carlos, pero estaba tan mal afianzado como en la constancia de un vil hombre y en la dilación de una mujer vengativa. No obstante, fue fuerza asistir Carlos algunos días en Toledo, en los cuales sucedió que por indicios de una muerte echó mano la Justicia del asesino a quien doña Beatriz tenía pagado parte del precio que tenía prometido por que le quitasen la vida a Carlos. Los indicios eran grandes, la opinión de hombre ruin era mayor, con que le pusieron a cuestión de tormento, en el cual confesó lo hecho y por hacer. Entre los delitos que confesó fue haber recibido de doña Beatriz trecientos reales de a ocho en prendas de los seiscientos por que le quitase la vida a Carlos, que no tuvo efecto porque le tenía obligaciones a Carlos, a quien avisó de la intención de la vengativa dama. El Corregidor, viendo lo que resultaba de la confesión del delincuente, envió a llamar a Carlos para prevenirle de cuidado de las asechanzas de su enemiga. Bien podían hacerla causa muy enfadosa, pero la prudencia del Corregidor, con la nobleza de Carlos, ajustaron que no se hablase en ello. Al asesino le ajusticiaron, el Corregidor dio traza como entendiase doña Beatriz como ante la Justicia estaba comprobada su intención vengativa, para que una vez conocida se retirase del sangriento intento, pero era tal su vengativo coraje, que aunque el aviso del Corregidor obligaba a ceder de su ingrato enojo, no se retiró de su pretensión, antes agenció nuevos medios para acabar con la vida de Carlos.

El de que echó mano fue de una mala mujer a quien el Demonio traía engañada asegurándola que con el pacto de su infame amistad le obedecerían los elementos, con que sería venerada de los hombres. Esta vil criatura, infame alhaja de lo racional, tomó por su cuenta dar muerte a Carlos; hízose en contradicción con él en sazón que con otros amigos salía por el puente de San Martín hacia el Convento de los Capuchinos. Trabó conversación, a que se siguió la petición de merendar, contentáronla con un poco de dulce que acaso uno de ellos llevaba en los bolsillos, a que en retorno la vil mujer les dio unos clavos

523.- O 'en prendas': a cuenta.

de alcorza⁵²⁴ haciendo grande fuerza a que los comiese Carlos, el cual, como andaba con cuidado, respondió que aquel regalo no era para golosina, sino para guardarlo por favor arrimándole al pecho, donde se conservaban los halagos del cariño.

Con esto se dividieron, quedando Carlos persuadiendo a sus amigos a que echasen a mal aquellas alcorzas, porque el dueño no era conocido, que un manto solía cubrir en poblado fieras sangrientas del campo. Ello así se hizo, pero a costa de una vaya que le dieron a Carlos mofándole de medroso, a que respondía que él, como acuchillado, prevenía los lances a los que no sabían. No le valió a Carlos la solución, porque, como mozos sin experiencia, no le dejaron de apretar hasta que llegó la hora de irse cada uno para su casa. En la suya halló Carlos carta de su tío en que le mandaba que procurase abreviar, porque le había menester en Madrid. Harto lo deseaba Carlos, pero no fue posible en aquellos ocho días, en que acabó de dar fin al negocio de su amigo, con que a toda prisa mandó a Andrés⁵²⁵ que le hiciese la maleta. Púsole⁵²⁶ Andrés por ejecución, pero al tiempo de alcanzar de sobre un bufete un poco de ropa halló un papel doblado. Preguntó a su amo si era cosa que importaba. No se acordaba Carlos que aquel papel era el donde había envuelto los clavos de alcorza con que los habían regalado las tapadas, y así, le dijo a Andrés:

—Veamos qué cosa es.

Alcanzole Andrés, abriole Carlos y halló que todos los clavos se habían convertido en horribles gusanos, cubiertos de pelo todo el lomo. Quedó Carlos asombrado, dando gracias a Dios de las mercedes que le había hecho, y por que no le sucediese algún azar a alguno de sus amigos, los fue a buscar para que escarmentasen con la experiencia: milagrosa. Hallolos en la Iglesia Mayor; preguntáronle cuándo era la jornada, respondió Carlos que ya hubiera sido si no necesitara de hablarlos.

—¿Para qué? —preguntaron.

Respondió Carlos:

—Para mostraros este papel con estos horribles gusanos. He aquí, amigos, en lo que se ha vuelto la mercadería de los clavos de alcorza que el otro día feriamos junto a los Capuchinos. Si alguno de vuestas mercedes ha sido goloso, mire por sí, que le importa.

Uno dellos sacó del bolsillo un papel diciendo: «Los míos, aquí están», que desenvolviéndole, hallaron las mismas sabandijas. La propia diligencia hicieron los demás en sus casas, y todos reconocieron que a no ser la experiencia de Carlos hubieran peligrado sus vidas, por cuya causa, rabiosos, procuraron saber quién podía ser dueño de tan gran maldad, pero como el manto con cuidado es más obscuro ceño que el de una densa nube que aborta rayos, no pudieron dar alcance al autor⁵²⁷ de tan gran delito; sólo Carlos, como tenía tantos fundamentos, pudo conocer el arco de adonde se disparó la flecha, para cuyo reparo procuró poner tierra en medio, porque un enemigo cobarde con entrañas de venganza, no hay fuerza para vencerle como dejarle.

Vínose Carlos a Madrid, donde fue bien recibido de su tío, el cual le mandó que asistiese al pleito de un preso algo pariente suyo, que estaba preso en la Cárcel de Corte por

524.— Palitos de azúcar.

525.— La última mención le situaba en Madrid, donde Carlos le dejó 'para que recibiese las cartas, con orden de remitirlas a quien se le avisase'.

526.— Orig.: 'pusola' (p. 207).

527.— Orig.: 'autora' (p. 208).

indicios de una muerte con bastante prueba de una resistencia, con que no tuvo Carlos lugar de descansar, pero al noble corazón bienhechor, el hacer bien es descanso. Al punto se fue Carlos a la cárcel, donde se informó del preso ajustándose a la verdad del hecho, porque aunque ésta se haya de ocultar, es bien saberla para encaminar la defensa, la cual previniendo al procurador, al escribano, con medicinales confortativos del Potosí⁵²⁸ (con que se hacen milagros en lo criminal), se puso el pleito de mejor color, asegurando la esperanza del buen suceso.

Con esta diligencia dio vuelta a la cárcel, donde halló a don Antonio (que este era el nombre del pariente) en compañía de un guapo con calidades de inocente, aunque en posesión de valerosos bríos. Adornábase de sombrero color de perla, vestido de color, valona caída, colete largo, cabos⁵²⁹ pajizos, zapatos azavalados,⁵³⁰ algo cargado de espaldas, con bigote que le hablaba al oído; un par de grillos le aprisionaba, y la cara toda bañada en sangre, ocasionado de muy gentiles aruños con que le habían señalado. A este tal tagarote⁵³¹ de lo bravo le procuraba domesticar don Antonio tratando de suavizar cierras puñadas que en tropa de aquellos aruños le había comunicado un cuñado suyo, el cual sin haberle escrito ni avisado de que le quería hacer merced, le cogió de repente, con que le puso de aquel modo, porque como él estaba preso con los grillos, y el cuñado (aunque detenido en la cárcel) sin ellos, pudo a su salvo maltratarle.

Como la sangre daba señas del mal trato y los aruños mortificaban la cara del valiente, estaba furioso, pero la discreción de don Antonio reconociendo el sujeto, dispuso la materia de modo que el tal temerón se dio por satisfecho, porque le dijeron que su cuñado tenía señalados los dedos de su mano por dos o tres partes en su cara, con se sosegó el duelo, porque los aruños (decía)⁵³² eran heridas de mujercilla rabiosa, que a traición se vale de las armas de sus uñas, y aunque iba y volvía con el puño cerrado, pero todo ello no obligaba al duelo a un hombre entendido y de valor. Bastantes fueron estas razones para sosegar la cólera del valiente melenudo, el cual se lavó la cara con vino a vuelta de las tripas con biscochos, con que por entonces se acabó el enojo, aunque para en futuro le amenazó de muerte. Aunque Carlos atendió al horrible aspecto del valiente, no sabía el caso, y así, procuró que don Antonio se lo dijese. Hízolo don Antonio, procurando minorar el disgusto por no avivar el duelo; pero no le pareció al bravo bien la narración de don Antonio, con que por que no quedase (a su parecer) algún imaginado escrúpulo del duelo rompió por todo diciendo:

—Ve mi amo:⁵³³ como nunca ha paseado el Arenal de Sevilla ni cursado el Corral de los Naranjos,⁵³⁴ donde se lee cátedra de duelo, aunque tiene valor, no acaba de dar el punto al enfado; y así, por que estos caballeros no queden con escrúpulo lo diré en dos palabras.

—Vaya pues —dijeron todos.

—Mi cuñado —prosiguió el temerón— me dio con puño cerrado; llenele la cara de dedos con mi mano pecadora. Este es el caso, en que no hemos de hablar más.

528.— El cerro boliviano rico en plata.

529.— Extremos de la ropa, como las vueltas de los puños, flecos, etc.

530.— Repicados.

531.— Hombretón.

532.— Orig.: 'dezian' (p. 209).

533.— Atienda, señor.

534.— El hoy conocido como Patio de los Naranjos.

Todos al punto le conocieron al hombre por su lacónica relación, por cuya causa Carlos, como curioso imaginativo, quiso saber por qué estaba enjaulado aquel inocente bruto. Determinose a preguntarle la causa de su prisión, para cuyo efecto, sin consultarlo, le encaró afable con media risa, diciéndole:

—Los trabajos, señor, son muy amargos, pero sabrosos cuando se hace memoria dellos después que pasan, y nunca da Dios grandes afanes si no es a corazones que los pueden llevar. Vuesa merced, mi amo, le considero con gesto de haber sobrellevado pesados golpes de fortuna, con que llego a discurrir que le ha dado Dios a vuesa merced valor para que con brioso desahogo haya podido vencer lo agrio de la desgracia. Suplícole que, si no lo ha por enojo, nos haga gusto de contarnos algo de lo mucho de lo escabroso que la Fortuna comunica a los hombres de valor, para que nos consolemos en nuestras desgracias considerando el brioso aliento que vuesa merced ha tenido en el discurso de su trabajosa vida

A todo esto estuvo el bravo reparando en la persona de Carlos, en la cual halló buen arte con modestia, que todos los circunstantes se conformaban con su gusto, con que se obligó a condescender con su pretensión, pero a este tiempo llegó la comida, con que no pudo satisfacer el deseo de los camaradas, pero prometió hacer a la tarde larga relación de su mala fortuna. Quiso ir, pero no le dejaron, con que se quedó a comer, donde le dejaremos.

CAPÍTULO XX

Da cuenta el bravo de los varios accidentes de su vida

LEVANTOSE la mesa, dieron aguamanos, fuéronse los criados a comer, con que quedaron solos los tres, don Antonio, Carlos y el valentón mondándose los dientes (que es el postre de más largo entretenimiento que se ha inventado). Acudieron los que estaban convidados, que reconocido por el bravo, tras levantarse el bigote, igualándose en la silla dijo así:

—No quisiera molestar a vuestas mercedes por largo, con que con brevedad daré paso a todos los accidentes de mi vida, deteniéndome sólo en lo esencial. Mi patria es Gibraleón;⁵³⁵ mis padres, pobres, pero honrados, Mi padre fue gran soldado, pero loco; mi madre, hermosa, pero necia; pasó triste vida con la locura de mi padre, que tocaba en demasía de celosa Fuimos cuatro hermanos, pero sólo yo varón, a quien dejó mi padre, por su muerte, de veinte años. El viaje a la otra vida de mi padre fue muy apresurado, que una bala gruesa del enemigo le llevó en un galeón del Rey, con que no nos pudo dejar caudal con que pasar la vida conforme a la vanidad de su deseo. Con la muerte de mi padre quedé solo, cargado de obligaciones, sin saber cómo dar abasto a mi casa, con que tomé por expediente vender las pocas alhajas que tenía y transplantarme en Sevilla, donde a la sombra de un amigo de mi padre pudiese granjear el sustento de mi madre y hermanas.

Como lo pensé, así lo puse por obra; pero vime en Sevilla en grande aprieto, porque aunque en el gran charco todos los peces campan, no obstante, como era bozal⁵³⁶ campea-

535.— En la prov. de Huelva.

536.— Ingenuo, novato.

dor, no podía dar un paso, y más faltándome al mejor tiempo la persona en quien tenía afianzado mi amparo. Pero aunque me vi en el golfo de mayores dificultades no desmayó mi corazón, antes a fuerza del valor heredado de mi padre determiné no darme por vencido, con que siendo mi valor la alhaja que sólo me había quedado, me valí della, desesperado de poder hallar otro camino decente por donde alcanzar mi pretensión. Todo mi manejo de granjería era en este tiempo entre los bravos del Arenal y Puerta de Triana, pero como de aquí no se sacaba más que comer, no me aficioné a la mercancía, con que traté de rondar los ministros mayores de la Aduana, con quien me procuré introducir por si acaso podía valer por mi pluma; pero fue en balde, porque donde no hay favor ni potencia, la diligencia no se logra.

En esta suspensión de fortuna estaba mi cuidado cuando un día que llegué a la Aduana reparé en que un capitán, al parecer muypreciado de valiente, atropellaba de palabra a un ministro del Rey, de venerables canas; entreme de por medio procurando moderar al capitán, pero no fue posible, porque como llevaba cuatro camaradas de respeto, juzgó que todos se agallinarían,⁵³⁷ dejando la pendencia de el viejo por trabarla conmigo, que no deseaba otra cosa, pues sin aguardar a segundo lance arranqué la espada a tiempo que me acometieron todos cinco; pero con muy buen aire cogí la punta de uno de mis contrarios, y sin permitirle reparo le descalabré con cinco puntos. Ya en este tiempo la Justicia, ayudada de las guardas de la Aduana, usaba de su jurisdicción asiendo a unos y ahuyentando a otros, y como conocieron que yo hacía las partes del ministro del Rey defendiéndole de aquella tropa, aunque el uno estaba herido de mi mano le llevaron a la cárcel en compañía del capitán, dejándome a mí en la Aduana, donde mi venerable ministro del Rey me dio las gracias de su defensa, ofreciéndoseme y aun pidiéndome quisiese asistirle en su ministerio, que él me prometía de disponerlo de manera que se lograse su buena voluntad de hacerme merced.

No deseaba yo otra cosa, con que admití el envite, echando todo el resto ofreciendo servir al Rey con toda fidelidad. Con mi apacible respuesta quedó mi venerable ministro muy alegre, satisfecho de que me quedaba a servir; pero si él quedó satisfecho, yo pagado, pues dentro de cuatro días me vi con un honrado oficio en la Aduana, no sin envidia de muchos que habían servido, pero no con tanta fortuna como yo, que al punto tomé posesión, que como se supo luego mi fortuna, me rondaron la puerta los valientes, de manera que no hubo crudo temerón que dejase de visitarme, dándome todos la norabuena del oficio envuelta con el buen suceso de las cuchilladas. Admití a todos con toda urbanidad y cortesía, procurando mostrarme más humilde cuando me alababan de valiente, porque más hablan las obras que las palabras.

Con esto cobré opinión de valiente y de cortés, por cuya causa quisieron envainar mi voluntad las marcas⁵³⁸ de la ciudad; muchas dellas vinieron a la Aduana a hacerme cocos,⁵³⁹ pero como yo no trataba de más que de mi ministerio, no hacía caso, con que se dieron al diablo. El cual no dormía, pues me tentó con una mozuela de buen arte que cada día me hacía el brindis en la plaza con su fruta. No me parecía a mí mal el ojeo, pero acobardábanme mi poco caudal junto con mis obligaciones, porque a quien éstas no rinden, o

537.- Envalentonarían.

538.- Busconas.

539.- Festejarme, insinuárseme.

es loco o no es honrado. Divertía el intento con la chanza, disimulaba el ahogo con la risa, hasta que, viendo la mozuela el poco caso que yo hacía de su garbo, trató de obligarme con más claridad, pues tan mal la iba con lo oculto. Agradecila el desahogo pagándola en la misma moneda, tan clara como la verdad que la dije manifestándola mi obligación, que cargaba sobre los cimientos de mi cuidadosa agencia. Picose la agridulce mozuela, y como si fuera muy grande, afeó mi cortedad en el tribunal de su amor.

—Pues, amo mío —me respondió con imperio—, ¿pensaba vuesa merced que le buscaba por rico? Pues engañase, por que le advierto que vale mi tienda, con mi cara, más de lo que piensa; que a querer yo poner en precio el gusto de la persona, muchos hay en Gradass⁵⁴⁰ con muchos mil ducados que se tuvieran por muy dichosos que admitiese yo sus doblas de dos caras por esta que vuesa merced aquí ve entre el manoseo de la fruta. No, mi señor, no le quiero para que gaste su hacienda conmigo: quiérole para servirle; que a ley de mujer de buen gusto que me trae a maltraer esta alma pecadora, trabucado⁵⁴¹ el gusto y bazucado⁵⁴² el corazón.

Alterome el desahogo de la mozuela, con que al punto nos dimos el sí de la voluntad con el no sé qué del amor. Retireme por entonces, por no dar que decir a la malicia y juntamente por acudir a mi ejercicio. Supe la casa de mis amores, fruta nueva de hueso dulce; busquela en cerrando la noche, hallela tan bien prevenida como el cuidado de su dueño lo había trazado. Vivía con su madre, vieja y ciega, era casada con un hombre de mar de la carrera de Indias, que había seis años que ligado del amor de una muleta se detenía en Cartagena. Socorría todos los años en los galeones a su mujer por que se olvidase de ejecutarle por la vuelta; pero mi Juana (que esta era su gracia) no cuidaba de requerirle de celos porque no la hacía falta, pues estaba en un lugar que abundaba de marineros de el mar de amor, que marean las velas del gusto a mejor rumbo que en el Cabo de Buena Esperanza.

Uno de ellos fui yo para su vicioso empleo, afinándose tanto con el trato, que ya aquello no parecía amor, sino locura, pues por darme gusto parece que olvidaba el gobierno de su trato.⁵⁴³ Toda su atención era en el lucimiento de mi persona, el regalo de mi casa, y lo peor de el caso era que sin que yo lo entendiese asistía al abasto insaciable de la golosina de mis hermanas, que fueron sanguijuelas de su dinero, polillas de su caudal y estrago de su hacienda. Como Juana no me decía nada, mis hermanas todo lo ocultaban; algo que alcanzaba a ver, juzgaba que era muchachería;⁵⁴⁴ pero la experiencia, que es gran maestra, me mostró que, como Juana vivía enamorada, no reparaba en la estafa de mis hermanas, y menos en que faltándolas el pecho⁵⁴⁵ habían de llorar por él procurando que no les faltase el pasto, que si éste fenecía, formarían tales embustes, que acabarían con la vida de los dos. Así fue ello, pues llegando yo a entender los excesivos gastos que hacía Juana con mis hermanas, procuré poner remedio en ello afeando a mis hermanas la amistad con la frutera mi amiga, y a Juana la obligué con la amigable razón a que no diese que decir con la asistencia de mi casa. Duramente lo llevaron mis hermanas, pero la vanidad las hizo callar. Juana,

540.— Las escalas de la Catedral de Sevilla.

541.— Trastornado.

542.— Revuelto, agitado.

543.— Negocio.

544.— Orig.: 'muchacherria' (p. 214).

545.— Tributo.

como el gasto era excesivo, aunque repugnó al principio, dióse por obligada a mi atención, con que se ajustó la materia con pesar de mis hermanas, aunque en lo público satisfechas.

En esta altura me vía, regalado de las finezas de Juana con la propiedad de las conveniencias de mi oficio: causas todas para ser envidiado de todos los bravos, aunque ninguno dellos se atrevía a hacer cara al empleo de mi gusto. Así pasé algún tiempo, hasta que uno dellos, o por más atrevido o porque halló más lugar en el agrado de Juana, a escusas mías la galanteaba, de que ella no parece que gustaba poco de verse rondar dél, a quien todos rendían la espada por valiente. Mis hermanas, como las faltaba la asistencia de Juana, rabiaban a título de celosas cristianas por alborotar el boliche⁵⁴⁶ de nuestra amistad, pero no acababan de dar en la conjuntura. Halláronla por el acaso que diré.

Había en la plaza una tendera de especería que se burlaba conmigo todas las veces que por allí pasaba, aunque se picaba de el gusto con un bravo, temerón de la manga ancha, espada de torear con más hierro de guarnición que una herrería en Vizcaya, el cual dio en celar a su daifa de mi parla,⁵⁴⁷ por cuya causa la dio un día no sé qué torniscones,⁵⁴⁸ con que al otro día que por allí pasé me dijo la tal cominera:

—En verdad, mi rey, que ya me cuesta caro su conversación de vuesa merced, con que parece que quiere ser algo, pues entra con sangre. Mi cúdo⁵⁴⁹ me ha visto hablar con vuesa merced, de que resultó que, yendo al puesto señalado de nuestro gusto, me barajó la cara a bofetadas con el cuerpo a puntapiés: ofensa que, a parecerle yo bien a vuesa merced, vengara mi agravio aporreando a este pícaro gallina fanfarrón, que sólo tiene manos contra una débil mujer. ¡Cortadas se las vea yo en la plaza de San Francisco!⁵⁵⁰ ¡Tacaño!⁵⁵¹ ¡Ruin!

Las lágrimas remataron la deprecación de la especiera, que ponderado de mi tierno corazón, la procuré consolar asegurándola de vengar su duelo; pero que advirtiese que no le conocía, que me le diese a conocer, que vería cómo quedaba satisfecha.

—No será vuesa merced hombre —respondió la cominera—, sino ángel de mi guarda que ahuyenta de mi alma al Demonio. Vengueme vuesa merced de este picaño gallinazo, y haga lo que quisiere de mí y de mi hacienda. Hoy pasó por aquí muy guapo y me dijo: «Oye ella, señora: como quien se le olvida de ir al puesto esta tarde, que por vida desta cara de Abindarráez,⁵⁵² que si no va, que lo pague todo junto». Temole porque es un desalmado, con que será fuerza ir; pero si vuesa merced quiere verle para vengarme, en Cal de Colcheros⁵⁵³ tengo una amiga donde nos vemos. A las tres en punto saldré de aquí, con que podrá vuesa merced seguirme, y por mi cuenta quedará el darle a conocer a vuesa merced este bergante.

Aunque yo no pretendía empeñarme, pero como la especiera moría por vengarse, fue tanto lo que me supo decir, que fue fuerza darla palabra de que iría, porque una mujer de

546.— Juego, diversión.

547.— Conversación, trato.

548.— Pellizcos, bofetones.

549.— Mi hombre.

550.— La plaza principal de Sevilla. Acogía los festejos y la Santa Inquisición celebraba en ella los autos de fe.

551.— Bellaco, pícaro.

552.— Protagonista masculino de la popular novela morisca *Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa*.

553.— Orig.: 'Cocheros', pero debe referirse a la céntrica calle Colcheros, hoy calle Tetuán, paralela a la conocida calle Sierpes.

buena cara, aunque sea humilde, tiene imperio sobre todo. Aparteme del puesto, fuime a despachar a mi oficio, de adonde salí a las dos, comí de priesa, prevenime de un coletto (porque no fiarse de sí solo es gran cordura), con que salí en busca de mi cominera, que el Demonio, que no duerme, me la deparó en el portal de su casa poniéndose el manto, la cual así como me vio puntual, partió de carrera, en cuyo alcance fui hasta llegar a la señalada casa.

Aguardeme en una esquina, por si acaso había llegado el temerón; pero sacome de cuidado la dueña de la casa, que salió a hacerme una seña asegurándome que estaba dentro, con que viéndome ya obligado al empeño, me entré de rondón en el puesto, donde hallé al bravo galán de su daifa, la cual, zahareña o disgustada, divertía con desaires los halagos. Aquí entré yo, que sin aguardar a lances de palabras arranqué de la tizona diciéndole que si era para ello que tomase la suya, por que supiese cómo había de obrar y no bravease tanto con una pobre mujer con quien yo no tenía más que una chanza, de que había resultado el que por sola esta causa la hubiese maltratado. No me respondió palabra; vile medroso, que aunque tenía la espada al lado no hizo movimiento, con que me enfadé de ver un valiente melenudo, cargado⁵⁵⁴ de hierro viejo, sin atreverse a defender su empeño. Levanté la espada, con que le di cuatro cintarazos por aquella cabeza que le hicieron despertar del medroso pasmo y apretando a correr a carrera abierta, que ahora pienso que corre.

Esta facción se hizo sin ruido, porque él no chistó ni ellas dieron voces. Lo que él hizo fue correr, bien mortificado de los latigazos, y mi cominera quedó muy ufana, aunque temerosa de que volviese a tomar satisfacción; pero yo la aseguré de que no tenía qué temer, porque era muy de la bandera la paz, sin querer embarcarse en peligro de la guerra. Satisfecha de su seguridad con mis razones, trató de que no me fuese convidándome a merendar con lo que estaba dispuesto para regalar a su bravo galán, que escurrió la bola. Procuré escusarme con el empeño de mi Juana junto con la ocupación de mi asistencia en la Aduana, pero no fue admitida la disculpa, con que fue fuerza el gustar de todo el matalotaje, perdonando sólo a un jarro de media arroba⁵⁵⁵ de vino del puerto de Santa María,⁵⁵⁶ porque hasta aquel tiempo nunca le había hecho la venia al dios Baco. Solemnizose la fiesta a todo ruedo hasta que la noche nos obligó a salir de la estacada.

Acompañé la cominera hasta su posada, de la cual di vuelta a la mía, donde me aguardaban mi madre y hermanas muy asustadas de que las había dicho un amigo mío estudiante que un bravo de la Puerta de Macarena le había dicho que había tenido un encuentro que juzgaba me dejaría mal herido. Reíme de el modo de zurcir la cobardía. Dejé a mi gente, púseme a mirar unos papeles, pero apenas tomé la pluma cuando llamaron a la puerta, hice que abriesen; subió mi amigo el estudiante acompañado de un alguacil que era nuestra camarada, contáronme cómo Juan Sánchez Moreno se había alabado de que me dejaba herido, con que fue fuerza darles satisfacción relatándoles todo el suceso. Riöse mucho del caso mi licenciado, que se preciaba de poeta; hizo un soneto de buen gusto para que se publicase por Sevilla. Es muy particular, y por eso le encomendé a la memoria. Óiganle vuestas mercedes:

554.- Orig.: 'cargadado' (p. 16).

555.- Aunque variaba de un territorio a otro, la arroba equivalía a unos 16 litros.

556.- En la prov. de Cádiz

¡Oh linax de valient, gente maldit,
 que aborrez la luz y puer abiert,
 y sol con la noche en lo encubiert
 relumbr con el espad en lo escondit!
 Diz a la gent que todo es valentit,
 y que la mala lengüe nunca aciert;
 pero un valient de ver llegó a la puert
 donde con la mozuel está a la brit.
 Tirole un ladrillat el matalot,
 acudiéndole aprís con un moquet,
 y si el vecín no acudid, allí le mat.
 Sacó el valient con sangr todo el cogot,
 y apretant las plant del solet,
 no la pudo decir «a Diu quedat».

El gusto del soneto se vio con gran solemnidad, hicieronse muchos traslados para echillos por Sevilla. El caso se hizo tan público, que el tal valiente Juan Sanchez Moreno, temeroso de mis manos o avergonzado de su gallinería, no se atrevía a parecer, buscando algún buen medio para vengarse con que saliese del duelo. Mis hermanas, como les faltaba el pasto de Juana, al punto que supieron el lance se fueron a su casa, donde la pintaron una amistad hecha y derecha con la cominera, juntando a esto la compasión que la tenían de ver el mal pago que yo la daba a sus finezas. Juana que quería de voluntad, sin entendimiento, sin reparar en lo que podía resultar se fue a la tienda de la especiera,⁵⁵⁷ a quien a puñadas, a aruños, a bocados, la puso como a una desdichada, sin dejarla pelo en su cabeza que no la arrancase. Llenola de los nombres de las Pascuas, sin perdonarla el más vil vocablo con que desfoga la cólera de la plaza.

Esta revuelta⁵⁵⁸ andaba en casa de mi especiera a tiempo que yo venía a saber cómo la había ido aquella noche; oí el ruido de los muchachos en consonancia de las voces de los apaciguadores, consideré el embarazo y retireme, porque no hay mayor cordura que el huir de la cólera de una mujer. Procuré informarme de la pendencia, que fue fácil por relación de un amigo mío que asistió a todo el duelo de Juana. A la cual fui aquella noche a ver, como lo acostumbraba las más. Hallela furiosa; quísome arañar, pero hurtela el cuerpo procurando, entrarla por camino; asegurela de que no la había hecho ofensa a su voluntad, porque el⁵⁵⁹ caso vino rodado, sin género de cuidado. Díjela de manera mi sentir, que se satisfizo, parando en lágrimas toda la tempestad de truenos; hícela mil halagos, con que quedó más amartelada que antes.

En este tiempo, como la cominera había salido de la refriega tan maltratada, como mujer al fin, deseaba la venganza, para cuyo efecto se dejó arrullar de Juan Sánchez Moreno; hízole cara, aunque con aruños aporreada, llorole un poco, o de rabia o de dolor, con que los dos se conformaron en tratar de la venganza de su afrenta. Para cuya ejecución dejaron pasar algunos días, en los cuales Juan Sánchez Moreno se conchabó con

557.- Orig.: 'especiera' (p. 219).

558.- Orig.: 'robuelta' (p. 219).

559.- Orig.: 'al' (p. 219).

otros dos temerones (gente que sólo tratan deste ministerio, que agavillados matan, pero en hallando resistencia huyen), los cuales en anocheciendo un día, se pusieron en una esquina de la calle de mi Juana, por donde era fuerza que yo pasase para entrar en su casa. Aquel día se me antojó ira verla antes de anochecer, y como su intento era comenzar por mí para acabar en Juana, no se les logró el intento, pues supieron de un criado cómo yo estaba dentro, con que se determinaron comenzar por Juana para que saliendo yo a la defensa acabasen con su pretensión.

Llamaron a grandes golpes a la puerta, acudió Juana, la cual fue tan dichosa que aunque la tiraron un redomazo de tinta no la alcanzó a ajarla, sólo de resulta la manchó algo. El espanto de una mujer es muy natural, siguiéndose a él el alarido de la voz, que fue el de Juana diciendo: «¡Que me han muerto!», a cuyo clamor salí con una alabarda que acaso encontré, y aunque me procuraron detener, no lo permitió mi coraje; salí a la calle, donde encontré con tres sansones pretendientes de quitarme la vida; pero salioles mal la pretensión, porque como la alabarda es arma más larga que la espada, la cual con las fuerzas que yo tenía sabía jugar con destreza, al primer encuentro, habiéndolos cogido en anchura, pidió el uno confesión, a cuyo clamor se procuraban retirar los dos que quedaron, pero mi enfado no les dio lugar a que fuese a pasos contados, que atendido de su cobardía soltaron las espadas y broqueles, con que trataron de escaparse por pies. Seguílos un buen trecho, pero reparando que era locura, porque al enemigo que huye, la puente de plata, di vuelta a casa de Juana, a quien hallé revuelta con un alguacil que la quería llevar a la cárcel, y como yo no venía para sufrir supercherías de un alguacilillo de basura, cogile de un brazo y encerrele en un aposento; cerré la puerta de la calle; escapé por una puerta falsa a Juana, para que se retirase en casa de una amiga suya mientras se disponía de lo que había en casa, que a fuerza de mi diligencia, en menos de una hora se despojó de todo, sin que quedase cosa que valiese un cornado.⁵⁶⁰

Ocupado andaba yo en el despojo cuando advertí que llamaban a grandes golpes; reconocí que era la Justicia, con que por la puerta falsa me retiré con todo cuidado a la casa donde se retiró Juana, y juzgando que no estábamos seguros mudé de hito: fuímonos a casa de un alguacil muy mío que vivía hacia la parte de la Heria.⁵⁶¹ La Justicia viendo que no le franqueaban las puertas, las rompió, pero cuando pensaron los ministros hallar donde hincar la uña reconocieron el despojo de todo, que por la puerta falsa lo habían escapado. Todo lo que fue oro y plata, entre Juana y yo lo retiramos, lo demás que se pudo convoyar se entró en una iglesia de una parroquia que estaba al lado, con que todo quedó a buen recado. No obstante, aquella misma noche se dispuso con un escribano la materia de manera que aunque la Justicia supiese donde estaba, no podría hacer mella en ello. Toda aquella noche se pasó en asegurar la hacienda, avisando a los más amigos para que averiguasen cómo habían quedado los bravos, de los cuales se supo aquella noche que el uno (que era Juan Sánchez Moreno) estaba mortal, dados los sacramentos; los otros no se sabía quiénes eran, aunque se alucinaba; pero al otro día se supo que Juan Sánchez había muerto, que la Justicia había preso a un compañero suyo que llamaban «el Chato», el cual

560.- Antigua moneda castellana de cobre.

561.- El barrio próximo a la parroquia de Todo los Santos, en que se hacía el mercado todos los jueves.

declaró ser yo el agresor. Con esta declaración se hicieron grandes diligencias por pescarme, pero todas en balde, porque estaba a buen recado.

Resfriose el ardor de la Justicia, con que pude campar de noche, aunque con harto riesgo, pero el deseo de la libertad atropellaba por todo. Como no había parte y la Justicia se había ya informado del hecho, no estaba tan criminal conmigo, con que di forma de que una persona de gran autoridad informase la verdad del suceso al Asistente, de que resultó el sosiego del rigor, dando lugar al descargo. En la sumaria⁵⁶² hubo muchos testigos que dijeron la verdad, pero el escribano no era afecto, con que mi justicia se anublaba. Hízose diligencia para que los criados dijese su dicho, que con algunos vecinos honrados se puso forma en el descargo. Prosiguióse la causa, la cual dentro de seis meses dio de sí lo que había de dar. Informáronse los jueces, y con su parecer me presenté en la cárcel, donde me tuvieron dos meses, y como no había parte, porque el muerto era soltero, sin padre ni madre, probóse la invasión que hicieron los tres en la casa de Juana, a quien tiraron un redomazo; que mi salida no fue sino por defender mi vida, de que los tres me querían despojar. Con este descargo y la buena diligencia de mis amigos, y con untar el carro de los ministros, me echaron los señores jueces la puerta fuera con un año de destierro a voluntad de la sala, con que mi Juana volvió con mucha honra a su trato, y nosotros podremos descansar para pasar adelante con lo que falta de la relación.

CAPÍTULO XXI

Prosigue el bravo con la relación de su vida

EN este trabajo —prosiguió el valiente— me socorrió con gran fineza un sobrino de aquel ministro de el Rey que me amparó al principio que entré en Sevilla. Padre de este bendito mi cuñadejo era un caballero muy gallardo, gran poeta, discreto, galán, valiente: prendas todas que su hijo ha olvidado. Habíame cobrado gran afición por el buen suceso que ambos a dos tuvimos en un desafío en que salimos heridos, pero dejando a los contrarios tan mal tratados, que los ayudamos a llegar a un convento a solicitar los sacramentos. No murieron, con que resultó de la pendencia gran amistad entre todos.

Esta fue, pues, la causa por que el padre de mi cuñado me amparó, con que crio en mí un esclavo, que como tal le serví, procurando pagar en reconocimientos honrados la deuda de mayor atención. No me aprovechó poco este mi debido proceder, pues fue causa de que volviese a encarrilar en la Aduana con mi oficio a fuerza de las diligencias del padre de mi cuñado, porque los nobles pechos se obligan de sólo el reconocimiento de la deuda. Ésta será eterna en mi memoria aunque me veo mal tratado de su hijo, pero yo hago lo que debo, que es lo que me toca.

Volví a mi oficio, como he dicho, en que pasé dos años con todo sosiego, regalado de la amorosa asistencia de mi Juana, hasta que una mala hembra de Triana, con quien tuve

562.— Proceso de información del juicio.

algunos embarazos de paso por variar el gusto, dio en que me había de apartar del empeño de Juana. Valiose de unos ministros de Justicia, que por hacer causas que les valgan dinero sueñan delitos; hiciéronme una causa de amancebamiento, fueron testigos mis hermanas, ofendidas de que no les valía como al principio mi galanteo; quisiéronme prender, resistime y aun los descalabré, con que fue fuerza poner tierra en medio.

Víneme a Madrid, donde me sustenté de el nombre de travieso, comiendo en tinelos⁵⁶³ de señores a título de guapo de mala fortuna. El padre de mi cuñado, a quien yo debí tanto, riñó en esta ocasión con su tío, por cuya causa se salió de su casa. Valiose de la mía, donde asistió con su hijo hasta que le dio el mal de la muerte. Curáronle con grande asistencia mi madre y hermanas, como si fuera su hijo; al fin murió, dejándome en paga de el servicio que le hicieron mi madre y hermanas esta buena alhaja de su hijo, que se casó por amores con mi hermana la mayor. Avisáronme de el casamiento, de que me alegré infinito, con que olvidé el enfado que tenía con mi madre y hermanas, a quien avisé cómo tenía comodidad en Madrid para pasar decentemente, que era una comisión de Millones⁵⁶⁴ que me había hecho merced un señor de el Consejo de Hacienda; que si gustaban de venirse a Madrid, que las enviaría dinero para el viaje.

Cuando llegó esta carta a Sevilla ya mi madre había muerto, con que mi cuñado viéndose sin padre, echado de la gracia de su tío, que⁵⁶⁵ estaba tan airado contra él, que podía temer un mal suceso de su vida, con que se determinó a venir a Madrid con su mujer y sus dos cuñadas mis hermanas, fundando su esperanza de mejor fortuna en una prima suya, hija de una hermana de su padre. Avisome para que le remitiese dinero, envíele el que pude, bastante para el viaje y aun para una gala para entrar en Madrid, todo conforme a mi posibilidad; pero respondiome mi hermana que la socorriese con más largueza, porque no se compadecía ser mujer de un tal caballero como su marido, hermana de un administrador de Millones para entrar en Madrid con una ropa de bayeta, que eso no podía ser, porque era razón que entrase en tierra no conocida con hábito conforme a su calidad. Con esta vana resolución de mi hermana fue fuerza empeñarme para enviarla más dinero con que se alhajase de ropa de seda, capotillos y otras zarandajas hijas de la locura de mis hermanas.

Avisáronme el día que salían de Sevilla para que las saliese a recibir; hícelo así, juzgando toparlas en Toledo o en Mora;⁵⁶⁶ pero no fue así, porque me alargué hasta cerca de La Membrilla,⁵⁶⁷ donde al tiempo que llegué vi que mi cuñado huía de un mal trapo de un estudiante que le pretendía maltratar. Apeeme, arranqué la espada, ladeeme con mi cuñado, el cual reconociendo la defensa, se alborotó tan vilmente que no cabíamos en el campo con él; salió el ventero, que junto con la demás gente que había en la venta nos pusieron en paz.

Entré en la venta, donde quise saber de mis hermanas la causa de aquel desmán; hallelas cada una por su parte todas arañadas las caras, rotas las tocas, al fin, hechas un harapo.

563.- La sala en que come la servidumbre.

564.- La Sala de Millones controlaba una parte de las rentas de la Corona, en concreto, lo obtenido de los arbitrios sobre productos de consumo básicos.

565.- Orig.: que|que' (p. 223).

566.- Unos 30 km al sur de Toledo.

567.- En la prov. de Ciudad Real.

Preguntelas el caso, pero ninguna me respondió a propósito, aunque todas lloraban sin él. Quise saberlo de mi cuñado, pero un buen varón que acaso se halló en la venta, el cual vivía de allí dos leguas en una ermita, me dijo:

—Vuesa merced no cuide de saber la causa del enfado, porque es cosa ridícula, y no será bien que un hombre como vuesa merced se embarace en una materia como ésta.

—No, hermano, —le respondí—; yo lo he de saber, y le doy palabra de no enfadarme.

—Pues oiga vuesa merced —me dijo el buen hombre—, porque ésta es la verdad —y sacándome de la mano fuera de la venta, me dijo—: Aquí llegó este coche habrá dos horas, donde venían esos dos caballeros con esas señoras, que traían un niño en los brazos. Apeáronse en ese portal, donde hicieron su rancho; tomo su madre el hijo en los brazos, a quien dijo amorosas locuras. Una dellas fue que había de ser comendador de Santiago; la otra señora la dijo:

—¡Ay hermana! Mejor será de Calatrava, que es hábito más fanfarrón.

No gustó la madre de lo que su hermana decía, y así, la respondió:

—No será, en buena fe, amiga, sino de Santiago como sus tíos.

—Mire vuesa merced —la dijo la hermana— que en una comedia oí que el hábito de Santiago era lagarto,⁵⁶⁸ y puede ser que se le coma a Luisico.

Atufose⁵⁶⁹ la madre con esta chanza, juzgando que la hermana hacía burla de su devaneo, con que con gran cólera la respondió:

—De Santiago ha de ser, pese a quien pesare.

Atemó⁵⁷⁰ la hermana a que había de ser de Calatrava y no de Santiago, por ser lagarto, que comería al niño. A este tiempo llegó el marido de esa señora, que terció en favor de su mujer; la hermana tercera acudió por la segunda, con que se trabaron de palabras, de que resultaron aquellos aruños. El marido sacó la espada en defensa de su esposa, ejecutando la cólera con algunos espaldarazos⁵⁷¹ en sus cuñadas. Socorriolas el estudiante de los antojos, arrancando⁵⁷² la espada contra ese caballero que dice ser su primo. A este tiempo llegó vuesa merced, que los apartó. Esta es la verdad, y no otra. Vuesa merced no se amohíne, porque pleitos de mujeres, casi todos son de esa manera.

Aquí acabó el ermitaño su relación, de la cual quedé tan corrido que tomé mi mula y sin hablar palabra me volví a Madrid creyendo no se atreverían a verme, pero engañeme, porque donde no hay entendimiento faltan todas las atenciones.

Muy asegurado estaba yo de mi pundonor de que mis hermanas y cuñado habían de buscar otra posada que la mía, pero desengañeme al tercer día, que con gran desenfado se entraron por mi casa y no tuve ánimo para decirlas una palabra, antes los procuré agasajar, porque me pareció más conveniente que darles a entender su bobaría cuando no se podía remediar ni había capacidad para la enmienda. Cuando me fui a mi comisión los dejé en mi casa, donde los sustenté un año y más que me duró la ocupación de Millones, que me faltó porque me cogió el carro con una sota⁵⁷³ volandera en traje de peregrina, que

568.— Por similitud a la espada roja, insignia de la Orden de Santiago.

569.— Se enojó.

570.— Amenazó.

571.— Golpe propinado con lo plano de la espada, no con el filo.

572.— Orig.: 'arrancado' (p. 225).

573.— Mujercilla desvergonzada.

pidiendo por Dios, la daban⁵⁷⁴ más por su buena cara. Ésta me llenó de bubas⁵⁷⁵ por amor del Diablo, con que acabó conmigo y con la comisión; pero no fue esto lo peor de mi⁵⁷⁶ naufragio, sino que viéndome comido de la peregrina y de mis hermanas, que me quedaron en los huesos, y éstos lisiados del humor gálico,⁵⁷⁷ me volví a Madrid juzgando hallar mi hogar con mis pobres alhajas, con el descanso de mi casa, Así lo pensé yo, pero no me sucedió así, porque apeándome a la⁵⁷⁸ puerta de mi casa advertí que bajaban mis hermanas al portal; consoleme en mi trabajo, porque entendí que bajaban a consolarme en mi miseria con la atención cariñosa de hermanas a un hermano enfermo que tanto bien les había hecho; pero sucediome el sueño de el perro, porque su bajada no fue sino decirme que no entrase en su casa, porque una prima de su marido se lo había mandado, a que yo respondí con gran humildad:

—Sea muy en hora buena, mis señoras; pero mi cama, con mis pobres alhajas, no las comprende el decreto.

Respondieronme que todo lo habían vendido para sustentar con el punto que se debía a un hombre tan honrado como su marido. Enfademe de la ingrata resolución, tentome la cólera para maltratarlas, pero reconocí que eran tan contrarias a mi coraje las bubas que tenía, que no tenía buen partido con tres hermanas mozas arrestadas, volví sobre mí, con que tuve por mejor adbitrio el irme a una posada conocida donde asistía por dueño una gallega a quien yo había hecho el amor antes de salir de Madrid. Dios, que no desampara a los afligidos, puso en el corazón a aquella buena mujer a que me recibiese con gran caridad sin reparar en el estado que me veía, antes con gran generosidad me ofreció su persona, su hacienda y toda su voluntad, con su casa, para mi cura.

Consoleme con esta buena suerte, admitiendo la merced que me hacía, dando gracias a Dios, que me enviaba el remedio para mi necesidad por medio de aquella mujer, con quien le había ofendido, para que me enmendase de mi estragada vida. Al punto se trató de mi cura llamando a un oficial de Antón Martín con quien se concertó la cura; la huéspedada quedó a pagarlo todo, diome un aposento retirado, donde en menos de un mes salí con los huesos tan apurados, y tan diáfano el cuerpo, que me penetraba la luz de un candil. Traté de convalecer, fui cobrando fuerzas con regalo de mi gallega ayudado de la atención de una señora con quien me casé después. Salí a la calle, donde en pocos días cobré color, alientos y salud. Busqué la vida ayudado de amigos que tenía granjeados, los cuales me socorrieron, con que en breve volví a mi pasado lustre.

En este tiempo riñó mi cuñado con su prima, o por mejor decir, su prima con él, porque le estafaba, pues más comía él de sus galanes que ella que se acostaba con ellos. La tal prima traía en rueda tres matrimonios: uno de que totalmente se descasó, dando por causa de que la forzaron; el otro, de que estaba apartada porque probaba de que la había querido matar; el otro, que andaba para ser, dando a entender al novio que eran nulos los dos matrimonios por causas dirimentes.⁵⁷⁹ De todos éstos comía el primo, porque a todos con

574.- Orig.: 'dava' (p. 226).

575.- Inflammaciones purulentas.

576.- Suplo 'mi' (p. 226).

577.- O 'mal francés': sífilis.

578.- Suplo 'la' (p. 226).

579.- Que anulan el matrimonio contraído.

los demás servía de tercero, con que la prima no gustó de que hubiese quien hiciese granjería de su cuerpo, porque bastaba que la hiciese ella de sus matrimonios. Enfadose con el primo, mandole que no entrase en su casa; sintiolo el picarillo al paso que le faltaban sus gajes,⁵⁸⁰ trató de volverse a encuadernar con la prima, pero nada le valió para ablandar el dictamen de la taimada parienta. Sintiose mi cuñado con hambre, no pudiendo sufrir los reclamos de sus tripas, que a congojosos roncros publicaban su necesidad, la cual en compañía de la poca vergüenza, se resolvió a buscar el remedio en tan gran aprieto. No halló otro que el de mi casa, donde entró acompañado de mis hermanas, que se habían valido de la gallega, mi caritativa enfermera, y de la señora con quien hoy estoy casado, con que los valedores me obligaron a que los socorriese, porque no los pude perder el respeto, con que los amparé.

Pagome mi cuñado esta buena obra con meterme en una zalagarda⁵⁸¹ por la cual me tienen aquí preso. Contome la maldad de los tres matrimonios de su prima, con no sé qué cositas de hechicera con otras pocas de bruja, añadiendo que se había de vengar sacándola la hacienda que gozaba de su abuela. Con este intento puso el pleito ante un Alcalde, habiéndolo comunicado con un escribano, a quien, según lo que está sucediendo, reveló todas las habilidades de su prima, la cual como tenía, con su buena cara, escuela de danzantes, fue luego avisada, con que se previno de el amparo de sus penados, particularmente de uno que era un gran personaje, en cuya compañía se fue a echar a los pies de el señor Presidente de Castilla, donde con abundancia de lágrimas se querelló de su primo y de mí, metiéndome a mí en la danza porque juzgó que su primo no tenía ánimo para atreversele, que por mi consejo y agencia lo hacía. Ella lo supo decir tan bien, en compañía de abundancia de lágrimas, acompañadas de su buena cara, que aunque el pleito que la ponía su primo era justo, mandó el señor Presidente nos metiesen en un calabozo, y a mí con más aprieto. Hízose así: ocho días me han tenido encerrado, sin que este picarillo de mi cuñado tratase de aliviarme de prisión. Sacáronme esta mañana, quejeme a mi cuñado de que, estando suelto, me hubiese olvidado en un calabozo; respondiome mil infamias; llegueme a él, dile dos bofetadas para que aprendiese a hablar bien; quise maltratarle más, mas huyó como pícaro, pero como ruin mujercilla me dejó descuidar para arañarme. Esta es mi historia. Ucedes perdonen si los he cansado.

Quedaron todos admirados con la narración del pobre preso, indignados contra las hermanas, contra el vil proceder del cuñado, contra el descoco de la prima y, al fin, suspensos de admiración de ver la blandura del corazón de aquel hombre, cuya inclinación era rasgada, dando a entender que era de los temerones siendo en las obras hombre honrado y de valor. En esta suspensión sacaron naipes, con que algunos de los circunstantes se pusieron a jugar.

580.- Ingresos, beneficios.

581.- Emboscada.

CAPÍTULO XXII

Trátase una curiosa cuestión del amor mundano

EL juego, aunque entretiene divirtiendo los sentimientos del alma, con todo, si la causa que predomina en la pasión es poderosa, arrastra, llevando tras sí los contrarios embarazos, porque la actividad de la pena vive tiranizando los alentados accidentes que fortalecen la sazón del gusto. Don Antonio, aunque el juego de los concurrentes divertía sus cuidados, no obstante, le fatigaba su pleito el espíritu, porque la parte era poderosa, los indicios eran evidentes: causas bastantes para que, consideradas, barajasen de tropel la diversión con que el arte divertía desazones. Pero Carlos (como tan diestro en penas, por la experiencia que tenía) le procuraba divertir a don Antonio la consideración penosa sin dar treguas al gusto por que no se introdujese el pesar; y como la sazón intelectual es la soberana autoridad que gobierna las porciones inferiores, trataba Carlos (como tan advertido) de alimentarla por trampear a la pena la introducción desazonada. Varias fueron las cuestiones que propuso, por cebar al entendimiento de don Antonio con suave pasto del más vivo ingenio; pero sólo una cuestión le inquietó el discurso a don Antonio, y por que no pase en silencio la pondré aquí, con la brevedad que requiere este asunto.

La cuestión es si el que toma por causa la hermosura para amar, es amor o apetito, o si es vanidad, y no cariño, querer a un sujeto por entendido. Redúcese la cuestión: ¿amar por lo entendido o querer por la hermosura? Muy ventilada es esta controversia entre los políticos del amor, con que se ventila con empeño, siendo el gusto o la razón el que empeña a la defensa de la opinión que sigue. Defendía don Antonio la parte de que la hermosa, aunque necia, era más digna de ser amada, fundando su opinión en que la vista era la tercera del amar, porque proponía a la voluntad gustosa la perfección hermosa del objeto que era digno de ser amado, pues en el tribunal del entendimiento pasaba por cosa juzgada ser la hermosura el todo deleitable con que se prendan las voluntades. Cosa {decía don Antonio) que no parece que sucede así en el que ama por lo entendido, porque el oído propone al entendimiento lo conceptuoso, lo delgado, lo sentencioso, felices partos de la fecundidad intelectual que debe ser venerada; con que por razón de estado de potencias querrá la voluntad lo que sólo le agrada al entendimiento, porque lo deleitable de la hermosura es la causa primera por que se deja arrastrar la voluntad, y si así no fuera, a Séneca, a Platón, a Cicerón y a otros padres y maestros de lo científico dignos de la veneración del orbe, los debíamos querer con el cariño más afectuoso de la voluntad; pero no pasa así, porque no son actos para ser amados de las voluntades, porque se prendan de lo hermoso, dejando la veneración para lo entendido.

Atento estuvo Carlos al discurso de don Antonio, y viendo que había dado fin, dijo así:

—Nuestra cuestión es: de una hermosura necia o de una entendida fea, cuál de las dos es más digna de ser amada. Y a mi mal parecer, la discreta fea es la que debe ser querida; porque en la valentía de un pincel alentado de colores se gusta de la hermosura; en la destreza de un cincel guiado del más diestro ensamblador que en la tabla de alabastro aviva hermosuras con primor; en la universidad de una floresta, al lado de un ameno país

se arroban los sentidos en la belleza de las flores, en la lindeza de las plantas, en la amenidad fragante del jardín, en el cual, como diosas habitadoras de aquel deleitable vergel, se obstentan bellas estatuas, labradas al mayor primor de la escultura, donde admira la perfección, deleita lo hermoso, regala lo gentil; pero, no obstante, ni la estatua, por perfecta y hermosa, es digna de ser amada; ni la flor, por lozana, merece ser querida, ni la floresta, por deleitable en sazones, se le debe estimación de voluntad, si no por gusto, por apetito, por regalo; porque la estatua, el tiempo la acaba; la flor, un aire; el vergel, un invierno, y sólo el alma entendida es la que permanece en su ser, digna de ser de todos amada. Oíd a este propósito un galán de las Musas⁵⁸² en una décima:

Soledad: no hay compañía
 mayor donde el alma yace
 consigo, y en ella nace
 una verdad cada día.
 En esta breve armonía
 miro cuán breve reposa
 en un peligro la rosa,
 en un desmayo el jazmín,
 y que sólo el alma al fin
 permanece siempre hermosa.

Muy del punto pareció a los circunstantes el discurso de Carlos, en que probó su intento con particular acierto de su florido ingenio; pero don Antonio, como de opuesto sentir, no se conformó con su parecer, antes le volvió a replicar con destreza de ingenio, asentando que la hermosura del cuerpo era hija, imagen verdadera de la soberanía del alma, porque la explayada proporción de una frente, la atractiva viveza de unos ojos embozada en la enrejada cortina de pestañas, el jurídico perfil de la nariz, que parte floridas jurisdicciones de rosadas mejillas, floresta del amor, el cual convida en el clavel de su boca respiraciones del ámbar de aquel pecho que exhala por blancas si iguales perlas para que se admire el gusto sobre qué garganta estableció tan perfecta imagen del alma que la anima; la cintura, que la pueden comprender con una mano; el talle gentil, el aire brioso, la gala, con el no sé qué de todas las razones naturales, que todas sazones naturales, que todas son hijas del alma, pues cada una de por sí está probando con su perfección el noble linaje de que es animada, que es del alma noble, hermosa, con lauros y coronas de entendida, que participando al cuerpo animadas perfecciones de su ser le hace digno de ser amado; porque aunque al alma científica se debe amar, como a más noble en la dignidad de perfección, no obstante, no la podemos querer y amar por el conocimiento propio si no comunicara al cuerpo las señas de su belleza. Estas son la hermosura, la gala, el donaire, que son prendas del alma sabia y noble que se comunica a los hombres en la hermosura del cuerpo adonde asiste, para que le amen con razón indubitable de que es más digno de ser amado cuerpo que todo es alma de perfecciones hermosas, porque alma y cuerpo están en un mismo paraje de ser queridos, porque ya que el alma es invisible, sustituye en el cuerpo su belleza.

582.- Antonio Hurtado de Mendoza.

Con que se prueba que al cuerpo agraciado con hermosas perfecciones se le debe querer y amar, como a vivo retrato corporal de la sazón hermosa invisible del alma.

—¿Quereislo ver? —dijo don Antonio—. Pues no me lo habéis de llevar por décimas de buen gusto. Oídme una de un autor que no quiere que le conozcan:

Vive el alma en lo exterior
 aliento de su viveza,
 fiel cristal de su pureza,
 igual coral a su honor,
 No tiene el rostro color
 sin el alma, a quien da el
 retrato suyo tan fiel,
 que duda bien de su palma,
 si es él retrato del alma,
 o es ella retrato dél.

Muy vano quedó don Antonio con el argumento que hizo en prueba de su sentir, juzgando que a fuerza de su razón se reduciría Carlos a seguir su parecer; pero no estaba Carlos de ese color, antes picado de lo vanaglorioso con que don Antonio había quedado, se determinó a hacer nueva instancia, juzgando concluirle con su propio argumento, con que le negó la proposición que asentó, sobre cuyos cimientos levantó la fantástica quimera con que pretendió asegurar su opinión.

—Decir —repitió Carlos— que el alma es la que matiza de colores, la que hermosea y perficiona al cuerpo, es falso, porque, según ese sentir, las feas tendrían las almas asquerosas, pues eran imagen del alma que les comunicaba la suma fealdad que padecía. Además, que el cuerpo, cuando se le infunde el alma, ya tiene sus calidades buenas y malas, porque el alma no matiza, sólo da vida; el alma no perficiona las facciones, animalas; el alma no hace delgada o gorda, blanca o negra, pequeña o grande; lo que el alma hace es animar, alentar, y si los órganos del cuerpo están bien dispuestos, aviva con más aliento sus potencias; de que resulta que el que es más entendido, prudente, discreto, se le comunica más la perfección del alma que al necio, bárbaro sin razón. Porque la inteligencia es toda espiritual, y siendo las acciones del hombre obradas con sabia discreción, llega a tan gran felicidad, que parece que ha dejado los achaques de humano, pues se hace respetar como divino. Con que se sigue que cuanto va de amar a una alma de perfecta intelección o a un cuerpo inanimado, tanta diferencia hay del querer a una entendida, aunque sea fea, o amar a una necia aunque sea hermosa. Además, que emplear la voluntad en una hermosura es descrédito de la razón, porque es amar a un engaño, querer una falsedad, idolatrar en un engañoso simulacro; porque todo lo que no es la hermosura del alma es imaginado empeño del querer, porque amar lo falso, lo fingido, lo que acaba un soplo, es más querer por apetito. ¿Queréis oír toda nuestra controversia en unas redondillas? Pues atended:

Lisi boba, pero bella,
 Laura fea, aunque entendida,
 ésta vista, mas no oída,
 oída y no vista aquélla,

sobre cuál más pena sea
llegan a controvertirse
si hay quien pueda persuadirse
o a que es necia o a que es fea.

De Lisi son los oídos
relatores y fiscales,
porque del alma en los males
no son voto los sentidos.

De Laura el conocimiento
la vista juzga y sentencia
que del cuerpo la dolencia
no toca al entendimiento.

Con que sólo es la cuestión
cuál es peor; la necia o fea,
pues no hay quien oiga ni vea
hermosura o discrección.

Que es el de Lisi tormento
mayor, la razón admira,
pues nada apacible mira
en ella el entendimiento.

Que de Laura los enojos
son más justos bien se atienden,
pues nada apacible entienden
cuando la miran los ojos.

Más ocasión de tormento
la razón en Lisi apura;
Laura pierde una hermosura,
mas Lisi un entendimiento.

Mayor pena es la fealdad,
pues nunca tiene razón,
y no falta discrección
a quien se sobra beldad.

Faltando el conocimiento,
también la pena faltó.
Falta a Lisi, a Laura no,

luego es mayor su tormento.

De Laura la discreción
sólo llega a persuadir
más razón para sentir,
no sentir con más razón.

Y así, deje el sentimiento
Laura a Lisi, si repara
que echa a perder una cara
la falta de entendimiento.

Y si uno y otro es fealdad
de alma y cuerpo, bien lo advierto:
fealdad por fealdad, es cierto
que es mayor la necesidad.

Con que pueden sus querellas
ya⁵⁸³ las feas suspender.
Quien no lo quisiere creer,
vaya y pregúntelo a ellas.

El empeño de Carlos, fortalecido de las pruebas de su erudición, pasó de opinable, al parecer, de evidencia, por cuya causa quiso don Antonio barajar la cuestión diciendo que el cuerpo era todo hijo del alma, y así, el chiquito era bullicioso, inquieto, entremetido, todo señas del alma, que se ve oprimida en tan pequeño vaso, deseosa de salir de tan estrecha cárcel.

—Eso no —dijo Carlos—; no pienso consentir barajos en este juego, porque es entremetimiento de juicio. El entendimiento, amigo don Antonio, no se califica de noble por el bullicio, porque todos los necios son entremetidos bulliciosos. Es el entendimiento una prenda soberana en que el alma, según los órganos que tiene, le comunica viveza intelectual; con que faltando esta hermosura, por más linda que sea la rosa, por más suave el clavel, por más hermosa la flor, por más fragante el jardín, todo es caduca pompa, loca hermosura, vana lozanía, desvanecida presunción, porque en faltando la prenda que nos semeja con lo divino, todo es caduco y indigno de la nobleza de ser amado. Oíd en estos versos a un alegre cortesano de las Musas:⁵⁸⁴

Clarinda: donde faltare
entendimiento por guía,
los que tú precias por dones
son trastos que escandalizan.
Si a ti propria no te entiendes,

583.- Orig.: y à' (p. 235).

584.- Aquí se versiona un romance de Francisco de Quevedo.

y si la razón olvidas,
de balde pagas al alma,
de sal quieres que te sirva.
A quien Dios quitó el saber,
aunque de hermosa se engría,
más le quitó lo que tiene
que lo mesmo que le quita.
Si entiendes que el ser hermosa
sin entendimiento es dicha,
darte ha la mucha hermosura
más asco que no codicia.

Bien le pareció a don Antonio, atendiendo a estas coplas, que no le estaba bien proseguir el argumento, porque aunque el apetito sensual apadrinado del ingenio le podía dictar repugnancias a la razón, la claridad de su entendimiento sentenciaba con rectitud las competencias de el gusto humano contra las evidencias de la razón, y querer valerle del entendimiento, que conoce las torpezas de el gusto humano, para oponerse a las vivezas que el alma noble comunica al entendido era querer graduarse de ingenioso, actuar de descréditos de porfiado; con que ponderando don Antonio (como discreto) esta prudente política, quiso más que quedase el campo por su contrario, que no en descrédito de su juicio acreditarse de erudito porfiado, con que le dijo a Carlos:

—Amigo: ya yo veo que si la voluntad se gobernara por términos hábiles de la razón, sólo lo entendido es digno de ser amado; pero el amor mundano, todo⁵⁸⁵ es animal sin preceptos de razón: ama lo que ve, menosprecia lo que se opone al deleite de la vista, con que es fuerza confesar que el que ama por sólo lo hermoso, pasando por los achaques de necia, ama con voluntad viciosa, aunque tiene razón para amar; y el que quisiere por sólo lo entendido, perdonando los cocos de la fealdad, quiere por razón de más noble linaje; pero el gusto no es para imitado, aunque lo es para aplaudido, porque son razones que son buenas para calificarlas con aplausos, pero no para seguir las con afecto. Una dellas es amar a la fea por entendida, que es crédito del entendimiento noble, pero no es calidad razonable del gusto, porque éste, no hay hombre, por platónico que sea, que no le arrastre más la hermosura, para amarla, que el entendimiento; porque las sazones deste, aunque son más nobles son desgraciadas⁵⁸⁶ con el gusto de la voluntad de los hombres, porque como la voluntad es apetitosa, llévale más la vista que el oído.

Aquí acabó don Antonio de dar satisfacción a los circunstantes de la razón, porque seguía la opinión más común, siendo así que reconocía más nobleza en el contrario sentir, pero muchas veces, o siempre, hace el gusto ley a pesar de la razón. Muy gustoso quedó Carlos de ver a su pariente don Antonio tan en los puntos de la discreción con el esmalte de tan dulce ingenio, con que también cedió de su derecho, porque en la palestra de la voluntad viciosa no vencen las armas de la nobleza del espíritu, sino la apariencia de la razón del gusto deleitoso; con que se conformó diciendo que cada uno podía seguir sin embarazo su dictamen, porque en la monarquía del gusto, hasta lo que era injusto pasaba por razonable. Con

585.- Orig.: 'to|todo' (p. 236).

586.- Orig.: 'desgraciados' (p. 237).

esto quedaron los dos amigos y parientes satisfechos de que con ingenio y erudición habían dado a entender a todos los circunstantes su sentir, pues en la cara daban a entender que habían quedado gustosos de haber oído tratar tan nueva cuestión para los cortesanos deste siglo, siendo tan antigua para los políticos platónicos de aquella dorada edad.

El ejercicio destas sazonadas cuestiones les hacían a Carlos y a don Antonio olvidar el enfado de las zozobras de una cárcel, que juntas con lo necesario de los accidentes de un mal pleito, molestaban su imaginativa con rigor; por que las trampas de un procurador contrario, ¿a quién no maltratan? La codicia de un escribano pretendiente de zanzar rico patrimonio en el embarazo de pleitos, ¿quién le puede aguardar? La rigurosa intención de un fiscal deseoso de ganar crédito, por cuya causa da por delito hecho la calumnia del enemigo, ¿a quién no ha lastimado? Toda esta baraja de pesares acosaban a los dos amigos, que temerosos del rigor de la sentencia, pretendían desvanecer con el fuego del oro. Dos años duró el pleito, que visto lo alegado y probado, sentenciaron a don Antonio en vista y revista en diez años de destierro del Reino, seis precisos y cuatro voluntarios, con una pena pecuniaria para la parte. A la buena diligencia de Carlos se debió el buen suceso deste negocio, porque la resistencia estaba probada, con que se hacía evidente la prueba de la muerte. No obstante, el dinero en manos de los ministros hizo milagros, dando a unos vista, que no podían ver, cegando a otros que por haber visto debían hablar, pero quitóseles el habla.

En todo este tiempo que asistió Carlos al pleito de su pariente, aunque de la opinión platónica, se entregó en el vicio como si le faltara entendimiento o experiencias maestras que le enseñaran la verdad; pero el veneno de la hermosura cortesana le encenagó indiscreto, porque no hay mayor necedad que cursar en la escuela de el vicio cuando le deja libre la razón. Buen pago le dieron, pues en todas halló trato doble, infame amistad, infiel correspondencia, aunque lo duro bastó para enmendarse de su vicioso devaneo; pero vicio con años vive, aunque cano, sin cansarle el tiempo, como si peinara juveniles hebras de oro. Algunos lances le sucedieron a Carlos, andando en la baraja de sabandijas del trato del vicio portátil del amor, que son más para consideradas con vergüenza que no para publicarlas por ejemplo; porque como tan soeces enfadan, aunque como cicateras mueven a risa. Unas damas se vendían por solas a tiempo que se acompañaban de tres del gusto con ciento del gasto. Otras pretendían ser pagadas tanto con la fineza como con el oro, porque afirmaban ser cuidado de un gran señor, que la celaba con tantas veras, que sus pajes y lacayos a todas horas continuaban su casa, aunque, según la opinión más cierta, todos entraban al escote. Otras que, siendo engendradas y aun criadas entre los cajones de la plaza, se soñaban infantas de León transformadas de Elviras, Blancas, Soles y Urracas, en Maricas, Antonias y Manuelas.

¡Oh, lo que puede la necesidad, a lo que obliga la pobreza! (decían) ¿Quién les dijera a mis padres en lo que se había de ver su hija con tantos mil ducados? Pero mejor es olvidar esto por tratar de cómo el mundo está acabado, ya no hay voluntad en él, todo es interés; y lo peor es que en siendo una mujer principal y honrada como yo, nos igualan con las demás, con que en este siglo sólo las pícaras, que hacen a ambas manos, campan. Otras que hacen mercadería de la voluntad, siendo falsa, con que para venderla a cada equina la engalanan con dijes del gusto, de el agrado, de la sazón del entretenimiento, aliñándola con más afeites que a una fea, con que la venden por tan fina como hermosa. Otras que miradas a una luz parecen finas si a otra falsa, si a muchas tacañas, si a todas embeleco del vicio

o juego del amor humano. Todas, al fin, eran tratos del vicio con que jugaba la juventud deslumbrada creyendo seguir la derrota de la voluntad sencilla, hasta que el mismo vicio le mostraba, con sangrienta experiencia, que seguía la senda de un principio lastimoso.

Esta mundana rueda de la inmundicia de el apetito le cogió a Carlos todo el tiempo que asistió a su pariente, la cual sin ser rueda a que juega la juventud, sacó de todas sus revueltas o un codazo o una cox, no siendo tanta experiencia⁵⁸⁷ poderosa para el escarmiento; pero ¿cuándo se enastía el vicioso, si Dios no se compadece de su desdicha? Metido en el vicio de su apetito estaba Carlos cuando sentenciaron a don Antonio, el cual era fuerza salir de Castilla, con que Carlos, aunque se saboreaba vicioso en el deleite de su bárbaro apetito, no obstante, deseaba retirarse, porque un buen entendimiento es gran ayuda de costa para salir del barranco de la culpa. Fácil fue el ajuste de los parientes, porque si a don Antonio era fuerza ausentarse para cumplir la sentencia, Carlos de grado le seguía, porque la voluntad discreta siempre rinde la pasión. A seguir una fortuna se determinaron Carlos y don Antonio, dejando por algunos años a Castilla, para cuyo efecto hicieron elección de la insigne ciudad de Lisboa, corte del reino de Portugal, escala del orbe, asombro de Europa, emporio de nobleza, ilustre seminario de las armas habiendo sido fundación de Ulises. Aquí, pues, se determinaron a hacer su viaje por causa de un deudo que tenían en aquella ilustre ciudad ocupado en el servicio del Rey por pagador general de la Milicia.

CAPÍTULO XXIII

Salen de Madrid, sucédeles en Móstoles una burla

OBSCURA gruta, caliginoso⁵⁸⁸ seno, lóbrega estancia es la que abriga de las inclemencias del cielo la ferocidad horrible de una fiera, la cual, aunque codiciosa de más suave alimento, aunque mude habitación albergándose entre⁵⁸⁹ flores, que son píctimas⁵⁹⁰ fragrantas de las selvas, siempre será sierpe que respire veneno, que aliente horrores, que escupa ponzoña, porque ni la estancia la domestica, ni el pasto la suaviza ni el nuevo cielo la influye amigable rendimiento, porque nació sierpe, vivió fiera y morirá horror de la campaña en competencia de contrarios accidentes. Toda esta verdad moralizada milita contra la apetitosa liviandad de Carlos, que sale de Madrid camino de Lisboa, donde, aunque mude de cielo, de lugar, de clima, siempre prosigue en el vicio, pudiendo con los torcedores de sus trabajosas experiencias escarmentar para ser nuevo hombre feliz, que sigue la carrera de la virtud. Pero, ¡oh dura tenacidad de el vicio, que a todo Dios amante se resiste!

En alegre día salieron los dos parientes y amigos de Madrid en compañía de dos criados; el de Carlos era el antiguo Andrés, que nunca le faltó en todos sus viajes: nueva felicidad en un desgraciado hallar el bien donde se dificulta, pues aunque Carlos le procuró disuadir de

587.- Orig.: 'experinnia' (p. 240).

588.- Tenebroso.

589.- Orig.: 'entres' (p. 240).

590.- Medicinas, paliativos.

la jornada no fue posible, por que decía que ni su amo sin él, ni él sin su amo podía ser que se hallasen; con que fue fuerza llevarle, más por pagarle su buena fe que por la necesidad que había dél, pero a la fidelidad y amor de un criado no hay con qué pagarlo sino con servirse dél en las ocasiones, donde se necesita de la seguridad de mayor confianza.

El primer día de su jornada fueron a hacer noche a Móstoles, lugar situado tres leguas de Madrid, donde comenzó Andrés a hacer de las suyas, porque al punto que acabó de dar cebada a las mulas se salió en busca de la casa del sacristán, a quien dijo cómo tenía noticia de que en aquel lugar había unos órganos de gran primor, dádiva de la liberalidad religiosa de un príncipe de España; que por ser aficionado a la música, le suplicaba se los enseñase, dando muestra a la dulce consonancia con la destreza de sus manos, cuya noticia había en la Corte; que él se lo satisfaría. Codicioso el sacristán de la paga, le llevó a Andrés a la iglesia, donde en espacio de una hora mudó la diferencia de registros del órgano, tocando con todo cuidado por ganar la promesa que le había hecho Andrés.

Acaso pasó el cura a aquella hora por la iglesia; enfadose con el sacristán porque siendo tan noche tenía abierta la puerta de la iglesia. Como Andrés vio al cura enfadado, salióle al encuentro suplicándole, por forastero aficionado a la música, permitiese aquel desahogo; pero no le valió a Andrés, porque el cura no gustaba de burlas, con que le envió con Dios, mandando al sacristán que al punto cerrase la puerta de la iglesia. Obedeció el sacristán, retirase Andrés a la posada, en la cual no halló a sus amos porque habían salido a un negocio, pero a breve rato llegó el sacristán diciendo que le pagase su trabajo. No estaba Andrés de ese parecer, con que le respondió:

—Amigo: vuesa merced no ha cumplido, porque no ha tocado los atabales ni el atambor, ni el ruiñeñor ni el clarín, ni la célebre batalla de Pedraza ni otros registros particulares que el órgano tiene.⁵⁹¹ Satisfágame vuesa merced, que yo le daré un real de a ocho; pero mientras mis oídos no gozaren desta singular armonía no trate vuesa merced de paga.

No le gustó al sacristán la respuesta de Andrés; parecióle lo que era, que se burlaba Andrés dél, con que incitado de la cólera (a que ayudaba media arroba de vino que traía sobre el corazón) cerró con Andrés procurando que le pagase a puñadas lo que le debía del crédito en que le había fiado sobre las teclas de el órgano. Andrés que no era mal amañado, recibió en la capa con destreza dos o tres puñadas de el sacristán, y viéndole descubier-to, le dio una puñada en los dientes, con tan gran pujanza, que le echó dos dientes fuera envueltos en vino y sangre (que todo es uno en un borracho). Cayó en tierra el sacristán, atolondrado del puñete, pero incitado de la borrachez dio voces diciendo que le habían muerto. Al ruido acudió el mesonero con una alabarda; los huéspedes que allí se hallaron sacaron las espadas, a cuyo alboroto acudió la Justicia, a quien seguía el poblacho, movido de la voz de que habían muerto al sacristán.

Andrés que vio el aparato que traía consigo su delito, se retrajo a la caballeriza, la cual atrancó mientras le daba lugar la confusión; pero con el miedo que le echase la mano la Justicia trató de escaparse, puso el freno a su mula y amparado de la noche se salió al co-

591.— Luis Zapata de Chaves (1526-95), en su *Silva de casos curiosos*, dejó escrito lo siguiente: 'El mayor órgano es el de Móstoles, que tiene veintiuna diferencias admirables; lo ordinario, lo flautado, orlos, dulzainas, trompetillas, pajarillos y aun voces humanas; vihuelas de arco, arias con temblantes, tamboriles, cornetas y chirimías.' Pero esas misceláneas recogían todo tipo de dichos, tradiciones y milagros sin ningún rigor histórico ni científico. Lo que yo he sacado de los famosos 'órganos de Móstoles' (citados en comedias y entremeses de la época) es que personarse en la villa y preguntar por ellos (o por el sacristán-organista) era como atreverse a preguntar por la Dolores en la plaza de Calatayud.

rral, donde halló un portillo que le dio paso franco para la calle, en la cual no paró hasta salir del lugar, siendo tanta la priesa que llevaba, que sin parar caminó toda la noche y a la mañana se halló nueve leguas de Móstoles; que se aseguró de los Alcaldes de Móstoles, que pensando estaba cerrado en la caballeriza apalancaron la puerta, con que se desengañaron, que la buena diligencia de Andrés les había sacado de las manos la recta judicatura de el delito que imaginaban; pero viendo que era cierta la fuga del delincuente Andrés, trataron de averiguar el caso, por si acaso había entre los huéspedes del mesón alguno que fuese comprendido en el delito, para cuyo efecto embargaron todo el bagaje de los forasteros.

A este tiempo llegó Carlos con su pariente don Antonio, los cuales como vieron que estaba embargada su ropa, procuraron saber la causa; fueles dicho que un mozo que había⁵⁹² venido en su compañía había muerto al sacristán del lugar, que era un gran ministro de voz y manos, por cuya causa habían embargado los Alcaldes su bagaje, diciendo que hasta que pareciese el delincuente no la habían de desembargar. Reconocida la causa del embargo, procuraron Carlos y don Antonio entrar por camino a los Alcaldes, pero no fue posible, con que lo dejaron hasta ver en qué paraba aquel primer calor de la cólera de los Alcaldes. Procuraron ver al herido, el cual estaba en una cama de la posada arrojando espadañas⁵⁹³ de sangre envueltas en vino, haciendo grandes visajes con los ojos; asistíale un barbero de el lugar, el cual con circunspección sabia decía que era herida que no tenía remedio, porque con la almarada⁵⁹⁴ con que le había dado le había roto una parte junto al hígado, de que resultaría vaciarse todo en sangre.

Con todas estas malas noticias se fueron Carlos y don Antonio, acompañados de un hidalgo del lugar, a hablar al cura, que era hombre docto y de razón, que los acarició y les dijo que se fuesen a la posada, dejando sosegar la cólera de los Alcaldes, que por la mañana, a buena hora, lo ajustarían fácilmente, porque desfogada la primera judicatura de los Alcaldes de la aldea todo se componía con suavidad. Con esto se volvieron al mesón, donde hallaron otra vez la Justicia con un médico y un cirujano de Madrid, que volvían de Talavera, que sabido de la mujer de el sacristán que estaban allí, hizo con los Alcaldes que los obligasen a que hiciesen una visita a su marido, el cual como le habían dejado solo se había dormido. Antes que el médico entrase a hacer su visita quiso saber del barbero (que era el que había sido el galeno de aquella cura) qué herida era la que acababa con la vida del sacristán.

Vino el barbero, hizo su relación con gran confianza, diciendo que, aunque le había mirado, no había hallado herida, pero que los accidentes eran mortales, porque la calentura era grande; las bascas, con vómitos sanguíneos continuos, indicaban herida mortal penetrante, que este era su parecer. Hiciéronle algunas preguntas entre los dos, a que respondió siempre pronosticando muerte, con que el médico y cirujano trataron de ver al herido. Abrieron la puerta del aposento a tiempo que el doliente sacristán, embriagado del vinoso sueño, roncaba con más diferencias de ronquidos que las que había en su órgano de Móstoles. Al punto que le oyó el barbero, dijo:

592.- Orig.: 'evia' (p. 243).

593.- Vómitos violentos.

594.- Barra.

—Muy mal me parecen aquellos gorgoritos. Esto es hecho, señores: aquél es pecho levantado, que da voces que se le acaba la respiración. Lleguen vuestas mercedes de presto y den prisa, por si da lugar la mortal herida a recibir los Sacramentos.

Tomole el médico el pulso, y aunque estaba dormido el sacristán, conoció su enfermedad. Mandó que le cerrasen la puerta, que le dejasen sosegar. Preguntó a la mujer si era aguado su marido, a que respondió que en su vida había bebido agua, siendo tan opuesto al agua, que un día que fueron al río, aunque no se bañó, en mas de quince días no pudo sosegar, diciendo que el agua del río le había hecho mal.

—Pues, señora —respondió el médico—, ese es su mal, que es de consideración. Tenga vuesa merced cuidado que no le despierten, que ese es el remedio, que espero en Dios no será más de lo que suele.

Con esto se salió el médico en compañía de el cirujano, a quienes siguió también el Barbero, dejando dicho a la mujer de el sacristán con gran prosopopeya:

—Cuide vuesa merced de el enfermo, que el mal es de cuidado.

En el portal de la posada estaban los Alcaldes, a quien asistían don Antonio con Carlos aguardando a que saliese el médico, que era muy conocido de todos, que salió con la cara toda llena de risa diciendo:

—Mis señores: retírense vuestas mercedes conmigo a este aposento, oirán milagros y maravillas.

Siguiéronle los Alcaldes, Carlos y don Antonio, a quienes, perdido de risa, dijo el médico:

—Ya vuestas mercedes, señores Alcaldes, habrán oído cantar «Este mal que se quita durmiendo, yo bien le entiendo». Pues vuelvo a decir que entiendo este mal, porque se le quitará mañana, queriendo Dios, al amanecer, porque es achaque borrachal, que le proviene de el accidente de alguna arroba sin sisa. Manden vuestas mercedes que le arropen para que le guarden el sudor, que será crítico, con que terminará la enfermedad.

Aunque los Alcaldes oyeron al médico, no se acababan de persuadir a que era sólo vino (aunque lo barruntaban) el mal de el sacristán, con que, por certificarse más, le dijeron al médico:

—Vuesa merced nos hable claro: díganos si es mortal la herida, o qué es esto que ha causado tanto alboroto en el lugar.

Como la pregunta era tan de aldea, los forasteros cortesanos no se pudieron contener, y así, se volvieron a las Alcaldes diciendo:

—Lo que el señor doctor dice es muy claro; pero ya que vuestas mercedes no lo quieren entender, se lo diremos más claro: en buen romance,⁵⁹⁵ dice el señor doctor que está borracho el sacristán, que no tiene otra enfermedad; que no ha habido almarada, ni estocada ni cosa que lo valga; que no hubo más que unas puñadas, como todos atestiguan; que se le subió a la cabeza, con la cólera, el vino, con que se le trastornó el temporal.

Uno de los Alcaldes era duro de cholla: no sé yo si era el hombre bueno, o el hidalgo; lo que sé es que suele haber caballeros que son peores que villanos. Este tal era cerrado de sienes, cabezudo, sin dar oído a razón, con que no reparó en que era gente de porte la con quien hablaba. Apellidó el auxilio Real de la Justicia, tratando de dar con todos los

595.- En lengua común.

forasteros en la cárcel, dando por causa que hacían burla de la Justicia de Móstoles, a que levantaba el grito diciendo:

—Yo les daré a entender, con meterlos en un calabozo, que los Alcaldes de Móstoles lo pueden ser de Corte. Llévenlos la cárcel, que yo los enseñaré cómo han de tratar con la Justicia.

Las voces, agitadas de la cólera, del Alcalde eran tales, que nadie sabía cuál era la ocasión del enfado; todos hablaban y ninguno se entendía. Al fin, el otro Alcalde, que estaba más sobre sí, considerando que su compañero estaba corrido de el suceso, le dijo:

—Señor Alcalde: estos caballeros no han delinquido; el borracho sí. Llevemos al sacristán a la cárcel, que estos señores yo los fío que no se irán y que mañana parecerán en nuestro tribunal. Maltratarlos porque nos dicen la verdad⁵⁹⁶ es dar lugar a que digan que⁵⁹⁷ la Justicia de Móstoles es peor que la de Arroyomolinos. Quédense⁵⁹⁸ aquí, que mañana nos queda harto tiempo para nuestra judicatura.

Hallóse allí un clérigo, persona de autoridad, que terció por los forasteros, con que todos los demás hicieron lo mismo, con que el Alcalde se moderó en la dureza de su cholla, aunque no quiso desistir de todo: mandó que se quedasen en la posada, pero con guardas. Al sacristán le llevaron en volandas a la cárcel, donde durmió la zorra hasta por la mañana, que despertó, Preguntaba con gran suspensión qué delito era el suyo, que tan sin hacerle cargo se hallaba aherrojado a un cepo, castigado con la falta de dos dientes.

El doctor, el cirujano, Carlos y don Antonio, apenas amaneció cuando se fueron la cárcel con sus guardas, donde hallaron al sacristán fresco como una lechuga, muy confuso de su impensada prisión. Tomole el pulso el médico, mandole escupir; todo lo hizo el sacristán con gran impaciencia. Preguntóle el médico que cómo se hallaba; respondió que en la cárcel, pero que nunca mejor, porque aquella noche se había soñado en deleitables gustos de los elíseos campos; pero que todo se le había vuelto en pesar, como moneda de duende, pues se hallaba sin dos dientes, amarrado a un pesado cepo; y levantando la voz con gran congoja, dijo:

—Sáqueme vuesa merced, señor Doctor, deste pasmo: ¿qué enfermedad es ésta, que me han aplicado cárcel por medicina?

Riose el médico; contóle todo el suceso, a que le respondió el sacristán muy a lo payo:⁵⁹⁹

—Pues, señor doctor, ¿ahora salen los señores Alcaldes con esa media espada?⁶⁰⁰ Si yo no tuviera estas sobras, ¿tuviera yo la falta de ser sacristán de Móstoles, pudiendo ocupar una plaza en la Iglesia de Toledo o en la Capilla Real? Pues ¿no se congoja mi mujer que la he bebido su hacienda, ni el lugar, que dice que nunca canto mejor que cuando he bebido bien, y se alborotan los señores Alcaldes? Déjense de niñerías; que unas puñadas más o menos ni hacen ni deshacen para el crédito de la Justicia. Sáquenme de aquí, que harto castigado estoy, sin dientes, amarrado a un cepo, después de haber pasado una noche la más deliciosa que he tenido en mi vida.

596.- Orig.: 'vergad' (p. 288).

597.- Orig.: 'due' (p. 246).

598.- Orig.: 'guedense' (p. 246).

599.- Rústico, ignorante.

600.- Impertinencia.

A este tiempo llegaron los Alcaldes, que se certificaron de todo, con que el Alcalde cabezudo se enfureció contra el sacristán diciéndole:

—Es tal vuestra borrachera, que alborotará el mundo, y cuanto y más el lugar. Venid acá; que irán a decir a Madrid, o adonde van estos señores, de la Justicia de Móstoles, que sufre estas maldades, pasando por ellas sin ejecutar en vos, y en otros como vos, un riguroso castigo. Pero yo os prometo que por esta vez no se os vaya en dulce la embriaguez.

A este tiempo llegó el cura con otros señores clérigos, que procuraron moderar el enfado de el Alcalde, pero él se estuvo terco en su tesón; mandó desembargar el bagaje de los forasteros por complacer a todos, pero sentenció al sacristán en treinta días de cárcel, con pena de cincuenta reales al carcelero si se probase que le había permitido beber vino, que esto se pudiese redimir a dinero para gastos de Justicia; pero que en su lugar entrase el barbero, que fue causa de tan afrentoso suceso para el lugar de Móstoles. Esta sentencia se ejecutó al punto; trajeron al Barbero a la cárcel, donde le enjaularon al lado de el sacristán, el cual en voz vinosa y ronca se le querelló de su idiotez acriminando su necia prevención, causa de tantos males. No se atrevió el barbero a responder, pero el doctor, que se le hacía tarde, respondió por él con un texto usual:

—«Aliquando dormitat⁶⁰¹ Homerus»: de hombres es errar, y así, deben los señores Alcaldes perdonarle.

Pero no fue posible. El cura tomó por su cuenta la soltura de los presos con que a los forasteros se les hacía tarde para el viaje; se despidieron de el cura, alcaldes y demás gente de plaza, con que montaron en sus mulas. El doctor con el cirujano se fueron a Madrid, y Carlos con don Antonio siguieron su viaje a Casarrubios del Monte,⁶⁰² donde antes de comer visitaron la milagrosa imagen de la Virgen de Gracia, que está en el Convento de San Agustín. De allí fueron a hacer noche a Santa Olalla, donde admiraron el raro milagro que cada año obra Dios en veneración de su imagen enviando un pájaro de género no conocido, el cual días señalados viene todos los años a limpiar una imagen de un Santo Cristo que está sobre una puerta de la villa,⁶⁰³ y hecha su diligencia se vuelve a ir, y aunque le amenazan tocando trompetas y diferentes instrumentos. no desiste de su ministerio. Desta villa fueron a parar nuestros caminantes a Talavera, donde hallaron noticias de Andrés, que les dejó escrito un papel cuyo tenor es el siguiente:

Mi desgracia, señores, ya el ruido se la habrá dicho a vuestas mercedes juntamente con mi fuga, porque siempre he tenido para mí que más vale salto de mata que ruego de buenos. Lo que vuestas mercedes no habrán sabido será el instrumento con que barrené la vida de aquel sacristán impertinente; que tampoco yo lo sé ni lo he acabado de entender, porque mis puños nunca se han graduado de almaradas, fatales instrumentos de la muerte de un sacristán que me cupo por suerte cuando él la tuvo muy mala en meterse conmigo. Por cuya causa voy llorando mi mala fortuna, pues ya que hube de obrar una hazaña tan notoria, fuese con un tal pregonero de la muerte, o con un cual rascador de teclas, y no con un rey de Marruecos o con un emperador de Trapisonda, con que podía ilustrar mi linaje grabando en mis armas un puñete. Esta es la causa que me lle-

601.— Orig.: 'domitat' (p. 248).

602.— En la prov. de Toledo.

603.— Según la leyenda, el pájaro con su aleteo quitaba el polvo y las telarañas al Cristo crucificado que estaba sobre la puerta de Maqueda.

va desesperado, huyendo de mí mismo, hasta parar en Portugal, porque los órganos de Móstoles me van dando prisa a que me aparte de la jurisdicción de sus fuelles, porque el alma de aquel probete pide venganza en recia consonancia contra mí; con que me es fuerza, por todos estos títulos, alejarme de los países de Móstoles con más prisa de lo que yo quisiera. Suplico a vuestras mercedes, amos y señores míos, que no se detengan, y ya que el alma del sacristán se la llevaron los diablos por la mala cuenta que tuvo con los órganos de su iglesia, no quieran vuestras mercedes que la mía se atormente en el infierno del aguardar. Vuélvoles a suplicar a vuestras mercedes, por amor de Dios y de la Virgen del Buen Suceso, que no se detengan, porque mientras vuestras mercedes me faltaren me obligan a fijarme a las puertas de Yelbes⁶⁰⁴ pidiendo por Dios que guarde a vuestras mercedes de sacristanes de Móstoles para dejármelos ver como deseo. A los pies de vuestras mercedes. B. S. M. su criado Andrés Roy.

Causoles tanta risa a los dos caminantes el papel de Andrés, que no sabían qué hacerse, ponderando ya la congoja de Andrés pensando dejaba muerto al sacristán, ya el coraje del Alcalde cabezudo, ya la borrachera del sacristán, ya la necedad del barbero, que todo junto era un gracioso entremés, digno de solemnizarlo con risa, con la cual pasaron gran trecho de su viaje.

CAPÍTULO XXIV

Siguen don Antonio y Carlos su viaje y hácenle una burla a Andrés

CANSADO y molesto ejercicio es caminar, pero en edad robusta, con el hechizo de la buena conversación se modera de manera que se convierte en entretenimiento apacible. Así les sucedió a Carlos y don Antonio, que divertidos con la variedad de los acasos de un camino se hallaron en Badajoz, postrer lugar de Estremadura, fin de la Corona de Castilla, donde se detuvieron tres días descansando de la molestia de el camino y por aguardar a un caballero de el hábito de Alcántara que se llamaba don Basilio, que era muy conocido en toda aquella tierra por ser camarada muy valido⁶⁰⁵ del Gobernador de las Armas de Portugal. Vivían⁶⁰⁶ todos en una posada, donde con músicas, bailes y todo género de divertimento los entretenían a costa de su dinero, porque en semejantes estancias todo género de vicio se compra. Harta lástima es que pase esto en tierra de católicos cristianos.

De esta posada salieron los tres camaradas, y como don Antonio y Carlos habían contado a don Basilio el suceso de Móstoles, forjaron entre los tres de hacerle una burla a Andrés por que no se alabase de que era burlón sin pagar la patente. Pasaron la puente, en la cual tardaron más de lo que les permitía el deseo, pues sin considerar con admiración la hermosa antigualla de la puente de Badajoz, les arrastró todo el cuidado la burla que lle-

604.- Elvas, a unos 10 km al O de Badajoz.

605.- De máxima confianza.

606.- Orig.: 'Viuiá' (p. 251).

vaban tramada contra Andrés. A buen paso aportaron cerca de Yelbes, de adonde se apartó don Basilio por elegir diferente posada, donde sin nota pudiese disponer el negocio.

Como don Basilio era Cabo de la Milicia que estaba en los castillos y era muy conocido de todos, requirió a la Justicia de Yelbes le diese favor y ayuda para prender a un hombre, que convenía al servicio del Rey; al punto se mandó a los ministros que prendiesen la persona que les dijese don Basilio. Con esta prevención se estuvo quedo don Basilio, dando lugar a que Carlos y don Antonio tomasen posada, pero a poco rato (que Andrés estaba ya en el mayor calor de sus locuras festejando la bienvenida de sus amos) entró don Basilio con todos los ministros de Justicia, alguaciles y corchetes, que sin dejarle respirar echaron mano de Andrés, diciendo don Basilio a sus amos que perdonasen, porque era cédula particular del Consejo de Guerra para que se hiciese aquella prisión; que el negocio, según entendía, era pesado, pero que las leyes de aquel reino le defenderían la vida.

Andrés que se vio asir de alguaciles y corchetes sin saber cómo le había venido tan gran desdicha, le dijo a don Basilio:

— Señor Maestro de Campo: Vuestra Señoría no me conoce; que a saber quién yo soy no hiciera esta prisión tan sin qué ni para qué. Porque yo nunca he tenido que ver con la guerra, ni le he tomado una mano a su Consejo para que por su mandato me lleven a embanastar en un calabozo. Ciertas puñadas tuve con el sacristán de Móstoles, el cual tenía el alma tierna con demasía. Apretésela con alguna pujanza en una refriega de puñetes, donde que quiso que no quiso se la entregó al Diablo follador, que es abogado de los malos sacristanes. Este no es delito, sino hazaña muy notable para premiarla el Consejo y no para tratar de el castigo; que es caso de inquisición y contra la regalía⁶⁰⁷ introducir rigor de justicia donde todo había de ser premio triunfal. Para su jurisdicción tiene el Consejo de Guerra autoridad; pero se meten adonde no le llaman, pues porque a fuerza de brazo ejecuté el castigo de Dios en un mal sacristán que alborotaba con sus malos sones la iglesia, el Consejo de Guerra hace autos contra mí, da requisitoria para que me prendan, pretendiendo por via de fuerza hacerla a un ministro de Dios tan legal como yo. ¡Vive el Señor de Pinto, que es muy gran injusticia!

— Amigo —respondió don Basilio—: yo no sé la causa de esta prisión. Lo que sé es que por particular comisión me mandan que haga esta diligencia: que en llegando a Aldea Gallega,⁶⁰⁸ que son tres leguas de Lisboa, que es la travesía del Tajo, me ordenan que abra un pliego para que se ejecute lo ordenado dentro de veinte y cuatro horas. Mirad vos en qué habéis delinquido, que según vuestra conciencia será o no la justicia.

Cuando Andrés oyó el aparato que traía su prisión quedó atolondrado, porque Consejo de Guerra, abrir pliego, y a las veinte y cuatro horas ejecución de justicia, le hizo una ruidosa disonancia, que le obligó a decir con gran suspensión:

— ¡Malo es esto, señores! Caso de escalera⁶⁰⁹ parece. ¿Colgarme quieren sin ser día de mi santo, siendo la causa porque de una puñada acabé con un mal sacristán? Pues ¡vive el Señor de Pinto que es injusticia! —aquí levantó el grito, diciendo—: ¿Cómo, señores amos

607.— Autoridad.

608.— Aldeia Galega do Ribatejo.

609.— Cadalso.

míos, permiten vuestras mercedes tal sinrazón? ¿Para cuándo es la de Juanes envuelta en la zabullida?⁶¹⁰ ¡Aquí de el valor de mis amos!

Con quienes se asió tan fuertemente que no era posible desasirle. Al fin, a pura fuerza le llevaron a la cárcel, donde estuvo en un calabozo hasta el otro día, que le sacaron maniatado en su mula habiéndose entregado dél don Basilio, que le llevó con todo cuidado hasta Aldea Gallega, donde la noche que llegaron procuró que le guardasen en casa conocida, donde a poco rato de la noche entró don Basilio acompañado de un clérigo con cara de pésame, o semblante de réquiem, para decirle cómo era mandado por orden superior que ejecutase lo decretado dentro del dos días, que aguardaba el verdugo para la⁶¹¹ ejecución, y que según llegaba a entender era muerte de horca. Para que tuviese más tiempo de disponer su alma se lo prevenía; que allí le traía el confesor, con quien podía ajustar su conciencia, porque aunque no había abierto el pliego, juzgaba con bastantes fundamentos que había de morir.

En gran aprieto de congoja le puso don Basilio a Andrés, el cual tragando la píldora de la burla, se le saltaron las lágrimas de los ojos; pero cobrando aliento, le pidió con dolorosa voz a don Basilio hiciese llamar a sus amos, porque ya que había de morir, les quería encomendar su alma a vuelta de su hacienda.

Dejole don Basilio a Andrés con un clérigo que venía de jornada y sabía de la cantaleta que se le daba. Dio don Basilio la vuelta con toda diligencia, trayendo consigo a Carlos y a don Antonio, a quienes Andrés, condolido, como quien aguardaba la muerte por horas, les pidió perdón de los enfados que les había causado con sus burlas. Pídióles que ocultasen su muerte de horca, por que no se dijese que había habido asturiano que no trujese consigo la ejecutoria de hijodalgo; que amparasen una gorróna que dejaba en Madrid con obligaciones de hijos, que la favoreciesen para que no anduviese tras lacayos, que era gran trabajo; que su hacienda eran tres vestidos: dos que traía y uno que dejó empeñado en Madrid, los cuales se podían guardar para cuando sus hijos fuesen grandes; que esperaba en Dios habían de ser sus criados para que los amparasen, si quiera por la buena voluntad con que los había servido su padre.

Con esta declaración remató Andrés la noticia que daba de su última voluntad; abrazó a Carlos y a don Antonio, los cuales pesarosos de que la burla pasase tan adelante, le rogaron a don Basilio que abriese el pliego para saber el orden que le daban, que puede ser fuese otro orden diferente del que imaginaba. Respondió don Basilio:

—Yo le abriré. Pero según las circunstancias que trae por afuera es evidente que es sentencia de muerte; porque si así no fuera, ¿de qué servía la prevención de verdugo?

A que replicaron todos diciendo que se abriese, fuese lo que fuese, a que respondió Andrés muy dolorido:

—No tienen que cansarse, señores; porque que es cierto lo que el señor Maestro de Campo dice, porque esta maldición me echó una vieja porque la llamé alcahueta.

—No obstante —dijo don Antonio—, ábrase el pliego: salgamos deste preñado.

Ya en este tiempo estaban todos que no podían sufrir la risa, con que don Basilio tomó el pliego en la mano y echándole una bendición, dijo:

610.— Andrés ruega sus amos que no dejen en la vaina sus espadas. Alude al famoso espadero sevillano de origen vasco.

611.— Orig.: para que la' (p. 253).

—¡Plegue a Dios que seas de vida!

Rompió la nema y leyó así:

Mi Maestro de Campo don Basilio: al punto que abriéredes este pliego ejecutaréis en Andrés Roy la sentencia que se os ordena: dad orden que se le quiten las prisiones y que se eche un bando que nadie sea osado a llegar treinta pasos de la horca.

Con gran atención estaba Andrés oyendo la sentencia; pero cuando llegó don Basilio a nombrar la horca se estremeció, diciendo:

—¡Jesús sea conmigo!

Prosiguió don Basilio leyendo el orden, que decía:

Sacaréis a Andrés Roy en un borrico a la brida, con un pregón que diga: Esta es la justicia que manda hacer el Consejo de Guerra de las Burlas: asustar a este hombre por burlón mayor matasacristanes. Quien tal hace, que tal pague.

A este tiempo no pudieron todos contener la risa, con que Andrés entendió la burla que le habían hecho, con que se cobró de tal manera que se levantó diciendo:

—Yo prometo no burlarme más en mi vida. Sáquenme de aquí por Dios, porque, aunque conozco que ha sido burla, no me acabaré de persuadir a que lo es hasta que me quiten los grillos mandándome dar de comer; por que ha tres días que ni como ni bebo, por lo cual tenía poco el verdugo que hacer conmigo, porque horca por horca, la de la hambre es más penosa.

Mucho dijera Andrés fuera del susto, pero don Basilio le hizo callar amonestándole que no se burlase más, por que los burlones suelen caer, como él, en la trampa y los tratan sin piedad. Andrés se lo prometió así, y como ya estaba asido de un plato de pescado fresco arrimado a un jarro de vino, aseguró lo prometido con un brindis de media azumbre.⁶¹²

CAPÍTULO XXV

*Entra Carlos en Lisboa con intención de retirarse del mundo,
pero embarázase en nuevo empeño*

LA risa de todos fue tal, que en toda la noche nadie sosegó; sólo Andrés, aunque tenía buen ánimo, quedó tan suspenso del bullicio natural, que en muchos días no estuvo para burlas; que reparado de sus amos, viendole tan circunspecto, con achaques de pasmo, no era posible tener la risa, de que enfadado Andrés, le decía a sus amos:

—Vuestas mercedes con la burla pasada me han hecho callar, que no fue para menos que para dejarme sin habla; pero confianza en Dios, que me la volverá para que pague otro pobrete lo que vuestas mercedes pecaron.

Amareció el otro día, en que trataron de embarcarse para llegar a la insigne ciudad de Lisboa, donde ya el pariente de don Antonio sabía que habían de llegar aquel día, porque el día antes había enviado una fragata de tres remos por banda que en el barco de la vez⁶¹³

612.— Una azumbre equivalía a 2 litros.

613.— De línea regular.

avisó cómo habían llegado los caminantes, con que a la mañana se embarcaron en la fragata, la cual en dos horas atravesó el río, que por aquel paraje tiene tres leguas de ancho, y por otras más y menos. Llegaron, en fin, a saltar en tierra en terrero de Palacio, habiendo admirado dende la mar aquella selva de casas, montes de edificios, laberinto de población, que asistiendo más de dos horas a la vista de la ciudad, les día pena llegar tierra, por no gozar más de espacio de la hermosura de su vista.

Aguardándolos estaba, con algunos amigos, el pariente de don Antonio, que les dio la bienvenida entre el halago cortesano de sus brazos. Despidiéronse de don Basilio, que tenía su estancia en el Castillo, siendo la de nuestros forasteros hacia el Loreto, distancia opuesta una de la otra. Dejaron dispuesto verse al otro día en Palacio, con que cada uno se fue a su posada; la de nuestros forasteros estaba tan prevenida de regalos como de buena voluntad, dándose las manos lo uno a lo otro para festejarlos. En aquellos primeros días todo se les fue en ver las maravillas de aquella populosa ciudad, escala del mundo; admiráronse de la sumptuosidad de los templos, celebraron los aliños, aplaudieron los festejos, gustaron de los regalos, tanto, que no sabían cómo gozar lo mucho sin dar de mano a lo más, juzgando no haber lugar en el mundo que abundase tanto de todo.

Dos meses fueron los que Carlos gastó en poblado, embriagado del deleitoso bullicio de aquella ciudad, hasta que le llevaron a los jardines y quintas que tres leguas en contorno cercan aquella populosa población. Aquí fue donde Carlos se disgustó del ruido cortesano, con que eligió por habitación la quinta del pariente de don Antonio, que estaba dos leguas del lugar, entre el Convento de Nuestra Señora de la Luz, de frailes de la Orden de Cristo, obra de los reyes de Portugal digna de toda veneración, y de el Convento de Olivelas,⁶¹⁴ de monjas bernardas, maravilla de España,⁶¹⁵ seña gloriosa de la liberalidad católica del rey don Dionís de Portugal. Esta estancia eligió Carlos para su asistencia, escarmentado de lugares grandes, pretendiendo retirarse a aquel ameno sitio el tiempo que residiese en aquel país. Su ejercicio era asistir ya a una iglesia, ya a otra; de uno en otro convento pasaba la mañana, y a la tarde se entretenía con los comarcanos vecinos en la suave variedad de los jardines que miran todo aquel contorno.

Tan alegre como gustoso pasaba Carlos esta solitaria vida, dejándose comunicar algunas veces de los amigos de la ciudad, o ya para celebrar los concursos en las festividades, o ya para entretenerse en algún particular festejo o para variar el gusto con los alegres divertimientos de aquel país, como Belén,⁶¹⁶ entierro de los reyes de aquel reino, si magnífica emulación del Escorial, la Torre de San Gian,⁶¹⁷ San Josep de Ribamar,⁶¹⁸ y al fin toda la ría, que son más de quince leguas de largo, que todo es milagro de la Naturaleza con valientes esmeros del artificio, de estaba tan pagado Carlos, que daba muchas gracias a Dios de que le había apartado del bullicio del mundo a vivir en la deleitosa sazón de aquella soledad. Pero, o el Demonio que temía se asegurase Carlos en su gustosa vida, o que Carlos no se recataba de los tropiezos en que el apetito suele caer, o todo junto (que es lo más

614.- Por 'Odivelas' También se le llama São Dinis.

615.- La separación definitiva de ambas Coronas se estableció en el Tratado de Lisboa (1668).

616.- Santa María de Belém, o Monasterio de los Jerónimos.

617.- San Julián de la Barra. Uno de los baluartes que defendían la entrada al estuario del Tajo.

618.- Antiguo convento cercano a Oeiras.

cierto., porque nunca el Demonio obra sin mi destrozo de mi quietud, y siempre soy yo el mayor enemigo que tiene mi alma contra sí), la ocasión de la vista repetida fue fuerte batería para el corazón de Carlos, que cobarde por achacoso, si débil por acostumbrado al vicio del amor, fue fácil el rendirle, aunque la munición era poderosa para triunfar de otro más valiente campeón; con que cuanto más activa fue la causa, tanto más rendida fue la voluntad de Carlos al veneno atractivo de los ojos de una dama hija de Sevilla enjerta en Lisboa con sobrescrito de matrimonio, aunque con lectura de amistad indecente.

Un caballero, de los muchos que ilustran la real corona de aquel reino, salió en busca de más honra que la que había heredado de sus padres, pretendiendo por su espada eternizar su nombre en el bronce de los venideros siglos. Siguió en Flandes el concurso de las armas, donde se graduó con la jineta⁶¹⁹ de capitán; subió a ser Maestre de Campo de un tercio de Infantería.⁶²⁰ Deste puesto, ya sañuda su fortuna, le encaminó su estrella a la carrera de las Indias con puesto competente a sus servicios; pero fue tan poco afortunado en los viajes que hizo, que no sacó otro logro que los amores de una dama sevillana, la cual picada o de su talle o de su buen proceder, se rindió a su gusto, olvidando su honra en la casa de sus padres (aunque de moderada estofa) por lograr a rienda suelta lo desenfrenado de su gusto. Vista por el Marte Adonis lusitano su mala estrella en la mar cuando los servicios de la tierra se olvidaban sin premio, trató de volver a su patria, cargado de el laurel de sus hazañas, a gozar de la hacienda que le dejaron sus padres en gustosa compañía de su dama, a quien dio título de esposa por disimular el qué dirán de las gentes (porque más asusta el qué dirán en el mundo que la justicia de Dios). Dispuso vivir en una quinta que tenía, donde determinó pasar con decencia gustosa el tiempo que no le hiciese horror el pecado. Era doña María (que este era su nombre) entendida, briosa y de buen gusto, con que tenía rendido a su soldado amante más que Venus al dios⁶²¹ fabuloso guerrero. En este estado vivieron algunos años en amigable correspondencia del cariño hasta que o se cansó la voluntad depravada o el vicio protervo se enhastió, o porque no es novedad en el amor que toca en vicio, pues no tiene más vida que la que le comunica el aire de el apetito.

Gigante era el amor de los dos amantes cuando Carlos, si no arrepentido, muy enmendado de su antiguo trato, iba y volvía al lugar y al convento de nuestra Señora de la Luz, y siempre pasaba por la puerta de los dos amantes. La continuación de el paso, con la cercanía de la posada, ocasionaron en doña María algún cuidado, siendo el de Carlos demasiadamente curioso, reparando en que en un esconce⁶²² de la soledad, separado de el bullicio de la ciudad, viviese una dama de tan gallardo garbo, de lengua no nativa de la tierra, si de castizo romance de Castilla.

Era el tiempo cercano a la Pascua de Navidad cuando el fuego de la ocasión dio en la pólvora del vicio, con que voló con lastimoso estrago los propósitos santos de los retiros de Carlos. Víspera de Navidad era, y como en el convento de Olivelas hay la mayor armonía de música de Europa, es muy célebre aquella noche en aquel convento. Avisáronle los amigos a Carlos cómo aquellas Pascuas habían de ser sus huéspedes, con que se previno

619.- Lanza corta rematada con punta dorada y borla. Era insignia del capitán.

620.- Suplo 'Infantería' (p. 258).

621.- Orig.: 'el Dros' (p. 258).

622.- Rincón.

Carlos para regalarlos, porque, según el sentir mundano, no hay fiesta donde falta la comodidad con el regalo. Hicieron colación⁶²³ y al punto se fueron a gustar de los villancicos, que era lo que les traía del lugar. No quiso el galán de doña María que su dama perdiese el entretenimiento de la solemnidad armoniosa de aquella noche, con que dispuso ir a maitines.⁶²⁴ Acomodáronse todos lo mejor que se pudo, cantáronse los maitines con gran armonía, con que se dio lugar a que todos se volviesen a sus estancias.

Carlos con los demás amigos, como más diestros, se salieron de la iglesia antes que hubiese el ahogo que sucede en las puertas cuando hay concurso de gente. No le sucedió así a doña María y a su galán, que, descuidándose, salió más tarde, a tiempo que hubo el mayor tropel, donde le sucedió un azar, que fue que entre la gente que salía hubo un mozuelo atrevido que se le antojó pellizcar la dama forastera. Disimuló doña María, por no poner a su galán en ocasión de embarazo; pero el mozuelo, a título de ser tan loco como noble, fue tan poco atento que obligó al galán de doña María a darse por entendido; sacó la espada, como quien era tan maestro en su destreza como mozo en manejarla, con que a pocos lances hizo que el descomedido bergante y su loca compañía entendiesen que la dama a quien procuraban ajar con indecencia llevaba escolta tan bien guarnecida que los podía acuchillar sin recelo de quedar desairado. Metiose gente de por medio, y el agua de un turbión, con que se apartó la pendencia, No quedó muy satisfecho el mozuelo de su empeño, pues el galán de doña María, a dicho de todos, quedó muy airoso.

Amainó la tempestad del agua, con que hubo lugar para que doña María se volviese a casa con su galán; pero a pocos pasos de el camino hallaron seis embozados que aguardaban la ocasión; pretendieron asir los frenos de las mulas, pero no lo consiguieron porque no atinaron, por ser de noche y porque el galán de doña María se recató apartándose por otra senda; pero reconociendo que le venían a embestir, sacó la espada, con la cual dio un cintarazo⁶²⁵ a la mula en que iba doña María, la cual a cuatro pies disparó a todo correr, y viendo que doña María había salido del riesgo, procuró su galán defenderse de los seis embozados, que no era fácil, aunque el valor lo pensó. Jarretáronle la mula,⁶²⁶ con que tuvieron lugar de acometer al dueño para acabar con su vida, que no fue fácil, porque el valor desesperado obra imposibles. Bien se conoció esto en la resistencia que hizo el pobre caballero a sus contrarios; pero, como eran seis, fue mucho no acabar con su vida, y lo hicieran, a no ser socorrido de la gente que asistía en la quinta más cercana, que era la en que estaba Carlos con sus amigos, que al punto que oyeron el ruido de la pendencia salieron al socorro; pero como el duelo era infame, no se apartaron de la querrela los embozados, antes, como vieron que no eran más que Carlos y don Antonio a la defensa del pobre caballero, tiraban a los metedores de paz como a enemigos, con que tuvieron harto que hacer los dos amigos en la defensa que emprehendieron, hasta que llegaron los demás amigos en su socorro, con cuya vista procuraron retirarse los embozados; pero, enojado don Antonio del mal término de tirarle como a enemigo metiendo paz, no se contentó con que se retirasen sin que pagasen con su sangre la ruindad de su término. Enconado,

623.- Cena ligera.

624.- Oficio religioso nocturno que se celebra a partir de medianoche.

625.- Golpe propinado con lo plano de la espada, no con el filo.

626.- Le cortaron las patas.

los seguía de muerte, con tanto coraje, que necesitaron Carlos con los demás amigos partir la pendencia, por que no pasase a más y por socorrer al pobre galán de doña María, que se desangraba.

Retiráronse los embozados como pudieron, con que tuvieron lugar de llevar, los unos, a la quinta el herido, y los otros fueron por el cirujano, y los que quedaron en casa le procuraron apretar las heridas, que eran, algunas, de consideración, particularmente una de la cabeza, que era de muy mala calidad. Llegó, al fin, el cirujano; tomole la sangre, curole y mandó que por ningún caso le moviesen de aquella estancia, con que fue fuerza que el pobre caballero curase sus heridas en casa ajena. Las heridas eran peligrosas al paso que el ánimo de doña María era, al fin, medroso, como de mujer, con que⁶²⁷ se afligía con grandes extremos. Consolábanla todos con pronósticos del buen suceso, pero como la pena era del gusto, no la aliviaba la futura esperanza. Trataron de acomodar a doña María lo que restaba de aquella infausta noche, pero no fue posible, porque el apetito desabrido del gusto no se atreve a sazonzarse del regalo, con que fue fuerza pasar la noche en vela de buena conversación, por divertir a la angustiada dama.

Este fue el principio que tuvo Carlos para su nuevo empleo; ésta fue también la primer luz cercana que tuvo doña María de los lejos⁶²⁸ de su perpleja voluntad, pues si le miraba de paso con atención gustosa, le atendió de cerca con deleitoso halago, tal, que a pocos pasos creció a ser conocido amor. De paso reparaba Carlos en la dulzura de sus ojos, en la gravedad de su rostro, en el aire de su talle; pero ya con experiencias más vecinas, se encendió el apetito en tan viva llama de el amor vicioso, que no dejó potencia a quien no comunicase su fuego.

Fácil fue la primer entrada del cariño, pues ambos a dos se hallaron abiertas las puertas del halago, con que parece que sólo tuvo de costa este empeño la desgracia del uno para que se confirmase el amoroso vicio de entrambos (lección de que podíamos tanto aprender cómo escarmentar); pero no fue pequeña la costa, pues perdió Carlos su libertad, rindiéndola a la sujeción de doña María en la brevedad de treinta días que la asistió en su casa mientras estuvo de peligro su galán; pero tampoco le salió barato el hallazgo de el nuevo amor a doña María, pues si Carlos, rendido al veneno de sus ojos, idolatraba en su imagen siendo prisionero de sus gracias, doña María, sin atreverse a publicar su rendimiento, lloraba el imposible de poder corresponderle, por estar asida a la cadena de su antiguo galán. No perdía Carlos punto en dar a entender su amorosa ansia a doña María, la cual sin poderse ir a la mano,⁶²⁹ le permitía a pausas su cuidado, engañada o ya a título de cortesana urbanidad, o ya con la permisión diabólica que se ha introducido en el mundo de que es lícito lo desahogado en la escuela de entendidos.

Las heridas del pobre caballero caminaban muy despacio a su sanidad, particularmente la de la cabeza, pero fue Dios servido que en treinta días tuvo gran mejoría, con que se fue a convalecer a su casa, donde considerando el mal estado en que le pudo coger la muerte, temió la cuenta final, de que resultó el tratar de mudar de vida, para cuya resolución tardó algunos días y aun meses (porque para determinarnos para salir del mal vivir en ofensa de

627.- Orig.: 'qne' (p. 261).

628.- En la pintura, lo que aparece difusamente en segundo plano, fondo.

629.- Sin poderse reprimir.

Dios todas son largas, pero para la ofensa de Dios todas son priesas). En estos días de suspensión no se descuidó Carios de la asistencia, ya por medio de papeles o ya por agencia personal, pero doña María, aunque experimentaba su anhelo, no acababa de asegurarse de su rendimiento amoroso, porque, como le había visto a Carlos devoto, modesto, atento y callado (señas todas de espiritual contemplativo), no se atrevía a presumir que, siendo el exterior tan ajustado, vivía en su corazón el vicio amoroso de quererla. Entendió Carlos el achaque de que adolecía su dama, que era la causa de su medroso retiro, con que se determinó a satisfacer sus dudas escribiéndola un papel, que por breve merece toda atención:

Incrédula, señora, estáis de que mi voluntad os ama, pudiendo aseguraros en mi afecto que⁶³⁰ si no os ama, os adora; y no me quiero persuadir a que es poco vuestro conocimiento, sino porque es mucha mi desgracia; pero tampoco⁶³¹ creo que es mala fortuna, pues me permitís que os ame. ¿Es acaso vuestra incredulidad traza de vuestro ingenio para apurar más mi voluntad en el tormento que daís a mi firme sufrimiento, o es admiración la que os causa la constante suerte de amaros o es premio prevenido de lo que costáis a un corazón que es todo vuestro? Dadme licencia, señora, para que crea que es todo, porque apurar la fineza de mi amor es admiración, porque no hay más a que llegar es premio, porque no hay más a que aspirar por dicha de merecer, que todo es felicidad si me admitís a ser vuestro.

Como la viciosa voluntad caminaba a toda prisa, con el aliento deste papel batió con más fuerza la flaca muralla con que doña María resistía el galanteo de Carlos, a quien ocultamente rendida, le permitió su amoroso cuidado dándole licencia a Carlos para que la comunicase algunas noches por una reja que caía al camino, que como no era pasajero⁶³² les permitía lugar sin zozobra a su dulce conversación. La cual, como su galán de doña María estaba retirado por la convalecencia de alma y cuerpo, se continuaba sin que hubiese temor de embarazo;⁶³³ pero como doña María estaba incrédula de la voluntad que Carlos la mostraba, no acababa de sosegar a Carlos con allanarse a la creencia de su fineza, de que resultaba en el corazón de Carlos, desabridos sinsabores que le molestaban, con que se determinó a decirle a doña María su sentimiento en estas tres décimas:

¿Ser tú ingrata y yo no muero?
De bronce, Amarilis, soy,
pues que no me mata hoy
perder lo que tanto quiero.⁶³⁴
Pero ya lo que es infiero,
pues como por feliz suerte,
vida y alma te di al verte,
aqueste infeliz pesar
no halla vida que quitar,
con que no me da la muerte.

630.- Orig.: 'que, que' (263).

631.- Orig.: 'tan poco' (p. 263).

632.- Transitado.

633.- Orig.: 'embaço' (p. 264).

634.- Orig.: 'quioro' (p. 264).

Es tal mi dolor creyendo
que no muero, que, a mi ver,
más siento el no padecer
que padeciera sintiendo;
con que, si tú conociendo
en mí este dolor, me das
la vida otra vez, harás
que, volviendo yo a vivir,
tenga más con que sentir,
pero no que sienta más.

Consuele este mi dolor
el que en tan grave tormento
da valor al sentimiento
que es la cordura en mí amor;
con que cesará el rigor
de tan notable pesar,
pues si se llega a mirar,
más pena pudiera ser
deshonra en propria mujer
que en ajena el no gozar.

El porfiar mucho, vence, y más en la lid de la voluntad, que ejecutada de los apremios de finezas hace gran batería, y más donde sólo halla la resistencia caprichosa. Ésta la había en doña María cuando el empeño amoroso de Carlos en campaña abierta peleaba por rendir la plaza de su afecto a fuerza de los bríos de su cariño, que poderosa ya, obligó a doña María a que le correspondiese olvidando el empeño de su primero galán, porque puede ser que se le hacía de mal a una mujer viciosa permanecer tanto tiempo en el crédito de ser firme, o, por mejor decir, entendamos que así lo permitió Dios para que su galán no tuviese tantos tropiezos⁶³⁵ que le embarazasen a salir del mal estado en que permanecía con la ilícita amistad de doña María. ¡Oh buen Dios y Señor, el cuidado que tiene de nuestro bien cuando nosotros nos olvidamos de Él apeteciendo siempre nuestro mal!

Con los auxilios que Dios le daba al galán de doña María, batallaba procurando desasirse de la cadena en que le tenía su vicio; porque aunque para caer en la culpa no ponemos resistencia, pero para entrar en el reino de la gracia se forceja. ¡Oh vil natural humano! ¡Oh inadvertido proceder del hombre! Al fin, ya se resolvió a apartarse de la dama en ocasión que se había ya rendido a los amores de Carlos. Propúsole⁶³⁶ amigablemente a doña María el horror que Dios le había hecho merced de comunicarle, considerando la desdicha en que había estado cinco años en desgracia de Dios ligado a la viciosa cadena de su amistad; propúsole la determinación que había tomado de volverse a Dios apartándose de las criaturas que tanto mal le habían ocasionado, como había sido ponerle en el infeliz estado de la desgracia de Dios; diola a entender su ansia, su dolor, con fija determinación

635.- Orig.: 'trepiezos' (p. 265).

636.- Orig.: 'Propuselo' (p. 265).

de mudar de vida para no ofender a Dios; pero aunque este era su firme propósito, no huía la cara a la obligación que la tenía, porque su ánimo era siempre el asistirla, para que nunca pudiese calumniarle el mundo que la falta de su asistencia ocasionaba la perdición de una criatura a quien amaba con tantas veras de obligado; que la suplicaba eligiese el estado de religiosa, que él se obligaba a hacer todo el gasto; que si no tuviese espíritu para religiosa, eligiese el estado de casada, para cuyo efecto él buscaría persona de toda satisfacción, que con la dote que le daría pudiese vivir toda su vida con honra y sosiego y con toda seguridad de conciencia.

Estas fueron las proposiciones que el galán de doña María la propuso; que aunque para otra fueran de gran conveniencia, para el capricho de doña María fueron de gran enfado, porque aunque era lo que doña María deseaba, que hubiese ocasión para salir de su antiguo empeño para renovar su vicio con la amistad de Carlos, no obstante, incitada del Demonio o queriendo dar a entender que sentía el despego que su galán usaba con su ya fingida fineza, se embraveció de manera que a no ampararle Dios peligrara el alma del pobre caballero. ¡Oh vil linaje de bravura, que lo mismo que su ingratitud desea, eso mismo acrimina en el tribunal de su coraje!

Retirose muy enojada, sin darle respuesta a su galán, por saber de la voluntad de Carlos, su nuevo empleo, qué sentía acerca de esta novedad, a que le respondió el ya embriagado mozo con la política ordinaria de un rendido, remitiéndose a su voluntad, dándola a entender que en el efecto se probaría cuál era la voluntad más acendrada, pues él, por lograr sazones de su cariño, había muchos días que barajaba la jornada de Sevilla que su tío le mandaba que hiciese para convoyar una parienta suya a Madrid, y que por lograr la asistencia de su vista había faltado a la debida obediencia de su tío, que él no daba parecer donde era tan conocido el suyo.

Entendido este género de sentimiento de Carlos, trató doña María de humanarse con su galán, aunque no fue tan luego que no tardase muchos días con la demostración de su enfado. Al fin propuso a su galán su gusto, que era volverse con sus padres, dictamen que no fue muy fácil de acabarlo con el arrepentido caballero, porque, como conocía el desahogado natural de su dama, temía dejarla en su libertad; pero como la resolución de doña María era fundada en su vicioso gusto, no tuvo lugar el acertado dictamen de su galán, el cual, por salir del empeño habiendo hecho lo que debía, se conformó con él, determinando, sin que nadie lo entendiese, volverla a casa de sus padres. Bien entendió doña María que su galán estaba conforme con su gusto (aunque no se lo había dicho con claridad), y así, avisó a Carlos dándole licencia para que hiciese la jornada de Sevilla, pues presto se habían de ver allá sin los embarazos de otro dueño.

Con esta noticia determinó Carlos hacer su jornada, con que el día antes que saliese de la quinta para hacer su viaje se fue a despedir de doña María y su galán, a quien se ofreció con la urbanidad acostumbrada. Fuele respondido en la misma forma, agradeciendo las atenciones de la asistencia de su cura. Con esta diligencia cumplió Carlos con la publicidad de su cortesanía, dejando para la noche la despedida de doña María por que no faltasen los requisitos de fineza en tiempo que comenzaba a poseer. Aquella noche la pasaron los dos amantes con ansias amorosas de dos almas que se quieren en ocasión que el accidente cruel de una ausencia los divide. La luz de el día los obligó a retirarse, doña

María a su descanso y Carlos a su quinta, donde trató de disponerse para irse aquella tarde a Lisboa a prevenirse para la jornada.

La luz del día era aún muy corta; no obstante, reconoció a la puerta de su casa a un hombre que, trayendo del diestro⁶³⁷ un caballo, menudeaba los golpes solicitando que le abriesen. Carlos advirtiendo en el hecho, por si acaso era algún personaje que pretendía alguna sinrazón, se previno de una pistola, de dos que traía, con que preguntó quién era el que a aquella hora llamaba. El día no era aún bien claro, con que no daba lugar a que se conociesen los dos amigos, pero a la pregunta de Carlos le conoció don Basilio en la voz, con que se dio a conocer a Carlos, que cuidadoso de la impensada venida, le preguntó la causa. Respondióle don Basilio que le importaba retirarse con secreto, porque la Justicia había de hacer diligencia por prenderle, y lo mismo haría su Cabo, con que le importaba ocultarse, porque le había sucedido un enfado considerable en el lugar aquella noche.

—Bien me parece —dijo Carlos—. Y no ha de ser en mi casa el retiro, por si acaso nuestra amistad es indicio para que la Justicia os busque en ella. Yo tengo persona de toda confianza donde estéis hasta que se sosiegue el cuidado de la Justicia. En este valle es, y así, antes que os vean los de casa vamos adonde con toda seguridad podáis estar mejor que en mi propia estancia.

Con esto se fueron los dos a una quinta cercana, que era de un amigo de Carlos, que admitió el huésped con gran gusto. Carlos, con este impensado accidente, fue fuerza detenerse algunos días, con que avisó a su dama doña María, con quien pasaba todas las noches en dulce conversación, agradeciendo a la Fortuna el azar de don Basilio, que barajó su ausencia.

CAPÍTULO XXVI

Sale Carlos de Lisboa con don Basilio, que en el viaje hace relación de los naufragios de su vida

EL embarazo de don Basilio ocasionó a que Carlos alargase la jornada algunos días, en los cuales el Cabo de Guerra, junto con la Justicia del lugar, hizo todas sus diligencias por dar alcance a don Basilio, que todo se frustró con la buena diligencia de Carlos y de su amigo, que le ocultó en su casa, con que se resfrió el calor de los que le buscaban para prenderle, dándole lugar a que se ausentase con toda felicidad. Mientras la Justicia con todo calor hacía sus diligencias no se descuidaba Carlos, por medio de sus amigos, en averiguar los medios con que la Justicia daba alcance a don Basilio. La diligencia fue hecha con tan prudente secreto, que se supo cómo ya estaban todos persuadidos a que don Basilio se había pasado a Castilla, con que cesó la Justicia de hacer sus diligencias.

Asegurados con estas ciertas noticias, determinó Carlos hacer su jornada en compañía de don Basilio, y para que fuese con todo acierto, sin que peligrase la persona de don Basilio, se buscó guía fiel para que los encaminase hasta salir de aquel reino por trochas

637.— De las riendas.

y veredas no usadas. Prevínose una faluca⁶³⁸ para que los pasase el río en tiempo que la marea fuese a media noche. Mudó don Basilio de vestido; introdújose a mozo de mulas, con un parche en un ojo, una raya muy bien imitada que le cruzaba la cara, con que les pareció que estaba todo tan bien prevenido que no se debía temer el riesgo. Despidiose Carlos de don Antonio y los amigos, con que hizo su viaje con harta descomodidad los cuatro primeros días, porque no entraron en poblado hasta llegar a la Andalucía, donde ya desahogados de los temores de la Justicia, que les daban alcance, se fueron poco a poco enmendando en los regalos de aquel reino las descomodidades pasadas.

Con los embarazos del retiro de don Basilio no pudo Carlos comunicarle para que le participase la noticia cierta de su empeño y juntamente le dijese su patria con la calidad de sus padres, porque siempre le había conocido cuidadoso en ocultar su patria, procurando desvanecer las noticias de los blasones de su sangre, con que viéndose ya fuera del riesgo de ser preso en Portugal, le apretó, como amigo, le diese noticia de todo, para estimarle como debía, y si era necesaria su persona para satisfacer algún duelo, que le empeñaba su palabra que podía fiarse dél. Notablemente rehusaba don Basilio manifestar su calidad, nobleza y patria, por lo trabajoso de sus azarosas fortunas, entendiendo que le convenía, para su sosiego, ocultar sus padres, por cuya causa se había mudado el nombre y el apellido para no ser conocido de nadie en el mundo; pero fue tal la batería de la amistad de Carlos, que le obligó a romper el secreto que tanto tiempo había reservado en su pecho, sin que trabajos, azares de fortuna continuados, le hiciesen levantar la voz (siquiera por desahogarse) haciendo relación de las penas que le afligían el corazón lastimado.

—Mi patria es Madrid —dijo don Basilio—; mi calidad, conocida entre las familias ilustres que coronan aquella ilustre villa, corte de los reyes de España; la hacienda libre, mucha, con un mayorazgo de seis mil ducados de renta; mi nombre es don Álvaro; mi apellido, Vargas, con que os he dicho mi calidad y hacienda. Pero fáltame deciros de mi mala fortuna, que es la que me trae arrastrado por el mundo sin dejarme respirar para el desahogo del violento cordel de mis trabajos. Desde el año diez y ocho de mi edad me miró la Fortuna de contrario aspecto, pues pluguiera a Dios que el primer tropiezo suyo fuera el último de mi vida, con que hubiera acabado la miseria de mis duelos a manos de los primeros encuentros de mi desgracia. Vi una dama en Madrid, en la iglesia del Carmen, principio de todas mis desgracias, que no es nuevo que la vista ocasione al apetito, que por conseguir su anhelo se precipita en despeños de infortunio. Vuelvo a decir que vi una dama, que vi cosas que, por más veces que se repitan, nunca pienso que se les puede dar el alma a lo que la vista concibió gustosa para presentarlo al entendimiento, que se rinde a los violentos halagos de la voluntad.

Tercera vez digo que la vi, con que una y mil veces digo que apenas mis ojos descubrieron el hermoso objeto de mi dama cuando, arrebatado de un dulce embeleso, bebí el veneno del amor en la penada⁶³⁹ taza de un recatado mirar. Turbeme de enamorado, asegurándome dueño con sólo las armas de mi deseo, pero mirando a la luz de la razón desconfié de mi dicha, con que lo juzgué por un antojadizo acaso, pero como la causa era violencia de amor, toda aquella mañana batallé con dos contrarios: empeño de la volun-

638.- Barca.

639.- Vaso de boca estrecha, frasco.

tad y desconfianza medrosa, con que a fuerza de tan fuertes armas me rendí, pidiéndoles cuartel⁶⁴⁰ a mis contrarios.

Esto era ya a la puerta de la iglesia, donde mendigo de su favor pedía limosna de consuelo. Fui bien librado por atrevido, porque como era el día de nieve tuve ocasión para brindar al sol de mi cuidado con mi coche; acetolo la madre, que en breve traspuso en su retiro a su hija, cuyo girasol fui a pesar del embarazo de la nieve. Rondé su calle, galanteé con continua asistencia, sin que pudiese alcanzar el menor asomo de cuidado, con que me alimentaba de descuidos. Hablé a la madre, la cual me propuso matrimonio, a que no dejé de dar esperanzas, aunque hice todo esfuerzo para que fuese mi dama; pero barajome la propuesta, cortándome todo el paso a mi pretensión dándome término para considerar mi empleo, que fue darme tiempo para que creciese más mi llama con la permisión que me dio de ver a Laureana (que este era su nombre), con que acabó el fuego de mi amor de apurar la materia de mi sufrimiento: rompiendo dificultades, allanando. imposibles, le di la mano de esposo a Laureana habiendo precedido las amonestaciones que dispone la Iglesia con la prisa que pedía la necesidad de mi anhelo.

En dulce y apacible coyunda pasé algunos meses en compañía de mi amada esposa. ¡Oh Carlos amigo, con que dolor del alma lo relato, pues tan viva está hoy en mi pecho como el primer día que la vi! Hasta que un tío mío, noticioso de mi nueva determinación, dio alcance a parte de mi gustoso empleo; afligiome con severidad, diome tormento de baldones, cercenome el ordinario fausto, hasta dar cuenta a un ministro grande de Justicia para que me acertase los pasos de mi devaneo, porque aún estaba oculto el hecho de mi matrimonio. Negué a todas las preguntas, pero salí condenado en destierro de Madrid. La cual determinación no manifesté a mi esposa Laureana; sólo la dije que me era fuerza ir a Toledo, como en la verdad lo tenía dispuesto, juzgando que con mi ausencia se sosegaría mi tío; pero engañeme, porque apenas salí de Madrid cuando entendí que llegó a noticia de mi tío mi empleo, con que, colérico de honrado, trataba de maltratar a mi esposa por medio de la Justicia, formando causa a la madre de Laureana de que era hechicera, que dos testigos aseguraban que en un poco de dulce me había dado el hechizo.

Asusteme como noble, pero olvide el agravio como amante, con que la noche antes que la Justicia hiciese la diligencia avisé a Laureana del peligro en que estaba, con que tuvo lugar de ausentarse con su madre, la cual, aunque hechicera, no pudo disponer las materias tan a su salvo que no cayese en manos de la Justicia, que la buscaba con gran cuidado. Al fin la llevaron a la cárcel, donde la pusieron a vista del potro; pero viendo que el temor del tormento no la obligaba a confesar su delito, probado con dos testigos, la dieron una rigurosa tortura, y aunque no confesó su culpa, declaró que no era su hija Laureana, porque lo era de una señora principal de Cerdeña, habida en la cuestión de unos ocultos amores; de todo lo cual debía un tal personaje que vivía en Mecina, puerto de Cicilia, por cuya orden socorría su madre a Laureana. Con esta declaración, sin confesar otra cosa, murió la tal que se decía madre de mi esposa.

Todo esto, amigo Carlos, tuve por patraña,⁶⁴¹ creyendo que los hechizos fueron el imán que me había sólo violentado a los amores de su hija; que a no ser así, ni yo quisiera con

640.- Rendición.

641.- Se refiere a lo de 'una señora principal de Cerdeña'.

tanto extremo a Laureana siendo de tan vil linaje, ni mi esposa, siendo noble, se valiera de tan vil medio para rendir mi voluntad, con que corrido, enamorado, ofendido, aunque idolatrado en mi esposa, me ausenté de Madrid sin saber la derrota que llevar, pues me consideraba combatido de amor con agravios, de voluntad con deshonra.

Elegí, al fin, la jornada de Flandes; fuime a San Sebastián, donde me embarqué en una nao flamenca, que a dos días de viaje dimos con tres navíos de Holanda que nos acañonearon todo un día, dándonos a su salvo las cargas que quisieron, sin hallar flaqueza en los defensores hasta que nos abordaron, donde por más que nos defendimos a costa de mucha sangre⁶⁴² nos rendimos, pero tan desangrados que no podíamos mover las armas. Estimé el enemigo la presa, tanto por ir el bajel rico cuanto por hacer prisioneros a hombres que habían mostrado tan gran valor en su defensa. Llevarónnos prisioneros a Holanda, donde pasamos cuatro meses de prisión con harto desconsuelo, porque faltarle a un católico en los trabajos el alivio del alma es gran tormento. Los santos de aquel país son Calvino, Lutero, Bucero,⁶⁴³ con otros semejantes que arden y arderán para siempre en el Infierno. Mis compañeros como eran flamencos, negociaron nuestra soltura en un canje que se hizo en Bruselas, donde se trocaron unos por otros. Vímonos, al fin, con libertad, con que cada uno procuró tomar su derrota.

Mis camaradas se fueron a sus casas, y yo al ejercito de España, donde, desesperado, procuré hablar al General, a quien supliqué que cuando se ofreciese la ocasión me hiciese merced de que fuese yo el primero en el avance, porque deseaba morir con honra. Cumpliose mi deseo, pues a pocos días se ofreció asaltar un fortín del enemigo, en cuyo empeño fui yo de⁶⁴⁴ los primeros, siendo el postrero que hirieron, cayendo dentro a distancia corta. Rindiose el fuerte, y como la desesperación es madre de tan admirables como prodigiosas hazañas, compadeciose mi fortuna de que mi valor se quedase sepultado en la muerte, a que atendió mi Cabo, gustoso de haber visto el brioso arrojito de mi pecho. Hízome buscar viendo que faltaba; halláronme, a su parecer, sin vida, pero a la verdad en un grandísimo desmayo por la vertida sangre, pero como su cuidado le daba prisa, apuró las señas que daba de cadáver, que con alientos de la medicina se reconoció la vida en brazos de la muerte. Hízome curar, con que a breves días sané, y para que con más gusto convaleciese me dieron una compañía de Infantería, en cuyo ejercicio serví dos años con varios encuentros de guerra, pero de todos, Dios sea alabado, salí muy airoso.

Ofreciose en este tiempo enviar a Milán gente; hízome merced el General de que fuese su cabo para convoyar un tercio de aquellos Países a Milán, en cuyo empeño pasamos hartos trabajos, marchando siempre con el enemigo a la vista hasta que el señor don Gonzalo de Córdoba⁶⁴⁵ divirtió al enemigo, con que tuvimos lugar de dar fin al viaje sin azar considerable, antes con gran felicidad del peligroso empeño. Ocupome el señor don Gonzalo en el ejercicio de capitán de Corazas;⁶⁴⁶ llegose el invierno, en que nos acuartelaron; ofreciose pasar a Génova, donde tuve noticia de que mi Laureana estaba en Nápoles, que

642.- Orig.: 'san|sangre' (p. 273).

643.- El teólogo alemán Martin Bucero.

644.- Orig.: de|de' (p. 273).

645.- Gonzalo Fernández de Córdoba y Cardona, bisnieto del Gran Capitán

646.- Caballería.

había pasado grandes trabajos dando vuelta a Europa por hallarme. Gran movimiento hizo en mi corazón esta noticia, porque mi afecto siempre es uno; pero como en aquella sazón no estaba tan enterado de la verdad como hoy, procuré socorrerla sin ponerme en el lance de verla la cara; porque aunque el amor domestica, la honra embravece.

Con este dictamen traté al punto de embarcarme, porque aunque la noticia era de que estaba en Nápoles, y no en Génova, presumí que era disimulo prudente de un religioso que fue el mensajero, con que a toda priesa me aparté de Génova por no ponerme en ocasión de que el coraje de mi honra estragase mi amor con el hierro de mi espada. Volvíme a Milán, donde cursé las armas otros dos años sin que en ellos olvidase el amoroso fuego de mi esposa Laureana. Sucediome un enfado con un coronel alemán; salimos a campaña, donde quedó sepultada su arrogancia; retireme del ejército con todo cuidado, porque el coronel muerto era soldado de opinión, con que el General se habría conmigo con todo rigor, de que me retiré a toda priesa y vine a parar en Roma.

En Roma, como corte tan populosa, traté de olvidar el cariño de mi esposa, que me atormentaba el alma, para cuyo efecto me pareció bien una matrona romana, casada con un gentilhombre⁶⁴⁷ de aquella ilustrísima ciudad. Hice las caravanas⁶⁴⁸ de enamorado español, que en aquellos países son muy celebradas, juzgando que sólo el español supo enamorar con arte cariñosa. No fui admitido a los principios, pero mi porfía, que corría al⁶⁴⁹ paso de mi apetito, la obligaron a hacer estimación de mi cuidado, con que se determinó a pagar mi voluntad. Era la tal dama muy vana de puro honrada, con que dificultó mucho más la empresa, pero todo lo venció mi asistencia. Permittiome entrada en su casa, con que os digo todo lo que puedo significaros, porque la permisión de la voluntad es lo más, siendo lo demás menos. Algunos lances pasaron en nuestra viciosa amistad, que por no cansaros no os los relato; sólo os digo que a ser posible olvidar a mi Laureana, sólo por doña Olimpa fuera posible, porque era hermosa sin achaque de necia; entendida⁶⁵⁰ sin el azar de presunción; dama cortesana sin bachillerías⁶⁵¹ palaciegas. Un año fue el tiempo que nos dio de barato el amor en nuestro vicioso empleo, hasta que llegó su esposo a tener noticia de nuestro ilícito trato: como prudente disimuló la congoja; como honrado rondó el homenaje⁶⁵² de su honra, que a pocas atenciones descubrió que era entrada la inestimable fuerza de su honor entregada al albedrío de mi gusto. ¡Oh lance terrible, injusta ley, que padezca desdoro el crédito más zanjado con lauros y coonas por la facilidad de una mujer!

Incitole el honor a la venganza, con que, colérico discreto, trató de limpiar la mancha que nuestro lascivo vicio había echado en la limpia tabla de su honor. Fingió una jornada, verdadera a nuestro deseo, porque siempre los amantes son necios de puro ciegos. Llegó el día señalado, despidiose de su casa con noble coraje de volver a ella a lavar con la sangre de dos adúlteros la torpe mancha de su honra; simuló grandes finezas con su esposa, porque más sabe fingir el corazón vengativo que el arte de la industria. Creyó doña Olimpa las finezas de su esposo. ¡Oh, qué mal hace el que cree la paz de el que ha ofendido! Dejele salir

647.- Hombre distinguido.

648.- Diligencias, pretensiones.

649.- Orig.: 'el' (p. 275).

650.- Orig.: 'atendida' (p. 275).

651.- Aires de grandeza, impertinencias.

652.- Bastión.

de casa para avisarme de que su esposo no estaba en el lugar. ¡Oh, qué fácilmente que cae en el lazo el pájaro vicioso! Así como recibí el aviso de doña Olimpa traté de desocuparme de todo; despaché a un amigo que volvía a España, que se había de embarcar al otro día de mañana, y por que no me embarazase me despedí dél aquella tarde, acabando de agenciar todo lo que era necesario para su viaje. Llegó la noche, en que sin detenerme a más que ir a mi casa, donde tomé dos pistolas, mudé de habito, con que me fui a casa de doña Olimpa tan gustoso y alegre como si mi vicio no tratara de castigar mi osadía. ¡Oh, que olvidado está el delincuente de que no hay instante que no le amenace lo sangriento del castigo!

Recibiome doña Olimpa como quien había de gozar de su amante sin zozobras de otro dueño. Profanamos el tálamo conyugal hasta la una de la noche, hora en que o mi delito o mi desdicha, o Dios, que es lo más cierto, me tenía desvelado para que yo sintiese al esposo mi dama que forcejaba con una puerta distante otras dos de la cuadra en que estábamos. Desperté a doña Olimpa, díjela el peligro en que estábamos, que recogiese sus joyas, fiando de mi nobleza que no la faltaría, hasta perder la vida en su defensa. Asustose doña Olimpa, pero alentada de mis bríos recogió sus joyas en un lienzo a tiempo que forcejaban ya por romper la puerta en cuya cuadra estábamos cerrados: diligencia que yo hice previniendo el suceso, por no fiar la vida de el gran descuido de un criado. El noble esposo de mi dama, armado de honroso coraje, porfiaba en romper la puerta; pero como yo vi que no había otra senda por donde aventurar la vida sino rompiendo por mis contrarios, abrí la puerta, al mismo tiempo tiré un carabinazo al que traía la luz, que cayó muerto, pero en el mismo tiempo recibí tres balazos, que aunque me hirieron crudamente, no me acertaron los bríos, pues me arrojé a mis contrarios sin que me perdiese el lado mi doña Olimpa, la cual me siguió briosa. Cogiles el paso de la escalera; valiéndome de la falta de la luz me favorecí de la tiniebla, con que nos pusimos en la calle, de la cual con toda diligencia nos procuramos ausentar.

Así como me vi fuera del riesgo pensé cómo acabar de asegurarme; volver a mi casa era riesgo conocido; fiarme de otra persona, era contingente la seguridad, con que me determiné a poner en salvo a doña Olimpa y tras esta diligencia asegurar mi persona, para cuyo efecto llegué a un convento de monjas, donde llamé con grande priesa; abriome la puerta un capellán, contele la desgracia, fuimos a la iglesia, en cuyo coro asistían a aquella hora algunas religiosas a quien propusimos la necesidad, que entendida de aquellas piadosas almas, dieron cuenta de todo a la priora, que al punto bajó con la portera y recibió a mi doña Olimpa, que al entrarse en el convento volvió a mirarme, con que se desmayó. Cerraron la puerta, con que me fui con el capellán a su aposento, donde me curó las heridas como supo; ministrome papel y tinta para escribir a un amigo para que recogiese mi ropa, joyas, con algún dinero, para entregarlo a doña Olimpa con todo secreto antes que lo embarazase la Justicia.

Hecha esta diligencia me salí con el capellán hacia la marina. En el camino topamos a mi camarada, que al punto le conocí; contele mi desgracia en breves razones, encomendele a doña Olimpa, a quien entregase toda mi ropa, persuadile a que se fuese, por que no le tuviesen por sospechoso en el delito, pero no fue posible desviarle de nosotros, con que hubimos de ir juntos a buscar un barco que me llevase a la tartana en que iba embarcado mi amigo. Por más diligencias que hicimos no fue posible hallar un barco, con que me vi perdido, porque ya venía rompiendo el alba, con que era peligrosa la estancia; pero como

el valor en las mayores dificultades abre senda para salir del empeño, como vi que la tartana estaba cerca y que no había otro medio para salir de Roma, donde peligraba mi vida, eché la ropa fuera y fiado en Dios y en la Virgen María su Madre me arrojé al agua, donde guiado de la corriente fui a parar a la tartana harto desmayado, que a no ser tan breve la jornada acabara mi vida en el Tíber. Subí a la embarcación, pregunté por mi amigo a tiempo que salía ya a dar orden de caminar; quedó admirado de verme en aquel estado, hícele breve relación de mi trabajo, con que al punto mandó levantar la ancla, alzamos vela, y antes que saliese el sol estábamos ya en alta mar. Hízome acostar, dispuso que un medio cirujano, que iba de viaje, que me viese las heridas, las cuales, aunque lo⁶⁵³ eran de tres balazos, no fueron de peligro.

Como el aire era favorable soltamos todo el trapo, con aquel día caminamos con largo viaje; el segundo día nos dio calma, con que nos fuimos poco a poco hasta el cuarto día, que nos amaneció por proa una galeota de turcos de que procuramos con todo empeño desviarnos, pero no pudimos: la gente era poca; el bajel, desarmado, y el enemigo prevenido para pelear, con que a poco rato se puso a tiro de cañón, rindiéndonos a pocos cañonazos. Pasáronnos a la galeota, que era de un turco residente en Túnez, el cual había hecho otra presa, de que su bajel venía muy ocupado, y así, mandó, que se alijase todo lo que se pudiese en el nuestro, pero viendo el patrón que si encontraba alguna embarcación de guerra le podía dar en que entender, se determinó dar la vuelta a Túnez, que ejecutada su determinación se puso en pocos días en La Goleta,⁶⁵⁴ donde nos echó en tierra con toda la presa que había hecho, entregándolo todo a un cuñado suyo, con que se volvió a su piratería.

Quedamos los cautivos en su casa, donde a cada uno se nos señaló ejercicio. A mí me dispusieron que cargase un serón⁶⁵⁵ de estiércol en un mal rocinejo en que lo acarrease desde el lugar a una huerta que tenía mi patrón fuera de el lugar. Todo el tiempo que asistí en Túnez, que fueron cinco meses, me ocupé en este ministerio, porque no tenía otra habilidad. El hortelano era un valenciano de prudente valor, con quien descansaba comunicándole el ahogo de mis trabajos, por cuyo rigor vine a parar en aquel duro cautiverio. Él me consolaba haciéndome relación de las tragedias de su vida hasta llegar cautivo a Túnez, estimando por gracioso barato de fortuna la esclavitud en que estaba. Es todo muy largo, y así, lo dejo, porque no os quiero enfadar.

Digo, pues, que con este hortelano era toda mi comunicación, porque como él había años que estaba cautivo, era práctico en todo, industriando a los cautivos que venían de nuevo en el modo de buscar la vida. A mí me cobró afición, como me comunicaba⁶⁵⁶ más; valiome muchos documentos que me aprovecharon harto para el trato de aquellos bárbaros. Solía yo ir algunas veces a La Goleta, que es el puerto de mar de Túnez, donde trabé amistad con un renegado viejo, el cual me acariciaba como si yo fuera su hijo; lloraba a solas conmigo su desventura, congojándose de el mal estado en que tenía su salvación, sin hallar camino ni forma de volver a España para reconciliarse con la Iglesia. Díjomelo tantas veces, que me influyó alientos para procurar la salvación de aquella alma saliendo

653.- Orig: 'no' (p. 278).

654.- Puerto situado a unos 10 km al S de la capital.

655.- Cesta de carga, más larga que ancha.

656.- Orig.: 'municava' (p. 279).

juntamente con él del cautiverio. Trátele con mi hortelano, el cual me aconsejó que tentase el vado poco a poco, que le cogiese prenda⁶⁵⁷ al renegado, porque este era el mejor medio para salir de la esclavitud de Túnez, porque los demás eran largos y con grandes embarazos, por ser aquel reino poco comerciado de los tratantes de España.

Con esta inteligencia, la primera vez que fui a La Goleta procuré hacerme encontradizo con el renegado, el cual apenas me vio cuando me echó los brazos diciéndome que no sabía qué hallaba en mí, porque siempre que me encontraba le decía el corazón que era yo el que le había de sacar de el mal estado en que estaba. Yo le respondí que lo mismo pasaba por mí, pero con una diferencia, la cual era ser él libre y yo esclavo; que de mí no se podía esperar tanto cuanto⁶⁵⁸ de su libertad, pero que, no obstante mi esclavitud, que mirase en lo que le podía servir, porque valor no me faltaba, aunque me había sido contraria mi fortuna hasta llegarme a aquel miserable estado; pero que en servicio de Dios, por el bien de su alma perdería con gran fineza mil veces la vida. Con esta corta oración quedó el renegado muy alegre, volviome a echar los brazos, avisándome que me saliese temprano de el lugar porque me había menester hablar despacio en parte donde no fuéramos notados. Despedímonos con grandes muestras de amistad, con que procuré, con toda la priesa que pude, despachar lo que llevaba por mi cuenta.

Salí de La Goleta caminando poco a poco, aguardando al renegado por si cumplía su palabra. Con harta fatiga seguía mi camino con mi rocinejo, que llevaba cargado, ya juzgando que era engaño, ya me consolaba que podía ser verdad. Fue Dios servido que entre unos olivares cerrados, que estaban una legua poco más de La Goleta, me apartó de el camino, retirándome para lo más cerrado de el olivar, donde considerando que estaba solo, sin más auditorio que el mío, sacó de el pecho una mediana cruz, a quien adoró de rodillas confesando con lamentables voces la fe de Cristo nuestro Redemptor, detestando la bárbara secta de Mahoma, maltratando su cara con bofetadas, dándose muchos golpes en los pechos, con que daba a entender el dolor que tenía de haber dejado la fe santa de Cristo. Más de media hora gastó en este santo si doloroso acto, bañando con abundancia de amargas lágrimas la tierra que hollaba; pero reparando que también yo, arrodillado, le ayudaba a llorar sus culpas, me dijo con tierno sentimiento:

—Llora, amigo, llora; que tus lágrimas serán ayudadas de toda la Iglesia Católica en el Tribunal de Dios, porque, aunque pecador, eres su fiel oveja, que no has dejado la marca de su rebaño. Llora, te pido, para que oiga Dios mi infame clamor, pues medroso de penas temporales me borré de la lista de su bandera. Llora sintiendo mi maldad; pídele a mi Dios y Señor no me castigue dignamente con olvidarme; oblígale, amigo, con tu llanto, abra camino a mi valor para que derrame mi sangre por su fe, ya que Él, fino amante, la derramó por mí clavado en una cruz.

Congojado entre amargas ansias el dichoso ingrato, me tenía asido, mediando entre los dos la sagrada cruz de Cristo nuestro Redemptor; pero como el tiempo era tasado, le procuré animar para que me dijese, fuera del desmayo de la angustia, qué pretendía de mi amistad. Respondiome que su anhelo era salir de aquel miserable estado, y que a él no le faltaba más que hombres de valor que le ayudasen para salir con su intento, que no se

657.- Compromiso, garantía.

658.- Tanto como.

atreví a fiarse de los cautivos porque no los conocía; pero que en mi cara había hallado tan particular influencia, que le obligaba a fiar de mí su vida y su alma asegurado de mis alientos; que si se había engañado, me pedía guardase secreto hasta que Dios por su divina misericordia abra camino para su salvación, pero que me alentase a seguir su determinación, porque del empeño, con el auxilio de Dios, saldrían con toda felicidad con él, porque el medio era fácil.

Con gran atención estuve a todo lo que el renegado me quiso decir, hasta que puso término a sus palabras, con que le respondí asegurándole de que no se había engañado en la elección, porque a trueque de que salvase su alma daría mil veces la vida, la cual había aventurado con todo valor en las lides de algunos años peleando por las banderas de mi Rey con aprobación de soldado; con que para emprender algo en el servicio de Dios, esperaba en Él que lo ejecutaría con más bríos en el servicio de mi Príncipe, donde había probado bien el valor; pero que le advertía que pensase bien la forma de su fuga, porque la ejecución, con todo empeño yo la tomaba por mi cuenta.

Muy alegre quedó el renegado con mi respuesta, con que considerando mi resolución, me abrazó con grande aprieto, dando gracias a Dios de que le había guiado a tan seguro puerto. Yo le propuse afianzar más en la fe, pero no fue menester mucho, por que le tenía Dios tocado de manera que cada instante repetía con amargas lágrimas fervorosos actos de dolor de verse en aquel miserable estado. Volviome a pedir la palabra y mano que le había dado, asegurésela con juramento, de que satisfecho, me dijo que eligiese hasta treinta compañeros de valor, avisándole con tal seña para que él dispusiese la forma de nuestra fuga. Con esto nos despedimos, él para La Goleta y yo para Túnez, de adonde salí al otro día para mi ordinario. ejercicio.

Eran mis jornadas a la huerta, donde comuniqué con el hortelano lo que me había pasado con Muley Hamet; aprobó todo lo sucedido, alegrándose notablemente de mi fortuna; díjome que él no podía ser uno de los que me acompañasen, porque era tal su fortuna, que tenía a mucha dicha verse fuera de España en tan desconocido estado como en el que se hallaba; que procurase no dejar pasar la ocasión de mi libertad, que lo que podía hacer era señalarme personas de quien me podía confiar, porque la experiencia que tenía dellas lo aseguraban. Diómelos por memoria, obligándome a que al punto los buscase, disponiéndolos para que en habiendo la ocasión no se perdiese por tener que hacer. Despedime del hortelano, volviome a Túnez, hablé con los cautivos, que todos conformes se ofrecieron al empeño con secreto.

Hecha esta diligencia, entendidas las señas con que nos habíamos de gobernar, se me ofreció el ir a La Goleta, donde me encontré con Muley Hamet mi renegado, el cual me volvió las espaldas sin permitir que me carease con él. Sentí el desvío, tanto por mi libertad como porque presumí que el Demonio le había vuelto a enredar, con que aquella alma se acababa de perder. No me atreví a buscarle, por que no se entendiese mi cuidado; despaché a lo que iba, con que me volví harto afligido camino de Túnez; pero apenas había caminado media legua cuando Muley Hamet se me hizo contradizo a caballo, muy galán, que sin apearse me dijo:

—Perdóname,⁶⁵⁹ amigo, de no haberte hablado en La Goleta, porque ha sido por hacer nuestro negocio. Dentro de seis días te aguardo con los demás compañeros fuera de La Goleta, junto a la cala que tú bien sabes, que queda hacia la parte del Norte. Todo lo tendré prevenido, con que ayudándonos Dios, que así lo espero en Él, nos veremos entre católicos cristianos —con este breve aviso dio de pies al caballo, pero luego volvió la rienda, diciendo—: Amigo: no haya falta, por la sangre que derramó Cristo por nosotros en la cruz.

Con esto volvió a dar de espuelas al caballo, con que se entró en La Goleta. Yo procuré apresurar el paso, deseoso de llegar a Túnez para prevenir a mis compañeros. Llegué, al fin, cansado de caminar a pie arreando una mala cabalgadura, pero antes de retirarme a mi baño⁶⁶⁰ di vuelta a otros, donde estaban los que habían de emprender conmigo y Muley Hamet el hecho. Con esto me volví a mi estancia, donde gasté la noche a ratos durmiendo y a ratos pensando en el fin de nuestro empeño.

Amaneció Dios, con que nos levantamos al trabajo ordinario. Aquel día, con los siguientes, los gasté, lo que me sobró de mi ejercicio, en prevenir mi conciencia ajustando cuentas con Dios en una confesión, por si acaso llegaba la ocasión de acabar con la vida. Despedime de mi hortelano con hartas lágrimas de entrambos; pidiome que en viéndome en tierra de cristianos le encomendase muy de veras a Dios y que le escribiese dondequiera que parase. Ajustadas todas mis prevenciones, llegó el día que yo ya tenía dispuesto con mi patrón de ir a La Goleta, con que en nombre de Dios salí de Túnez, entré en La Goleta, donde hice mi negocio muy despacio procurando con cautela detenerme hasta la tarde, tiempo en que salí de la Goleta, pero a breve espacio del camino me embosqué en lo más oculto de un olivar para en anocheciendo salir en busca de Muley Hamet, que tan puntual como deseoso de su bien, le hallé en el señalado lugar.

Recibiome entre sus brazos con amorosas caricias, pero como el tiempo era necesario lograrlo, dimos traza de buscar los demás compañeros, que algunos dispusieron con licencia de sus patrones venir a La Goleta, donde les dije que me aguardasen en parte retirada para que con tal seña mía acudiesen al reclamo; otros, a breve rato de la noche llegaron hartos cansados, por venir por veredas extraviadas. Al fin, juntos todos nos acercamos a la caleta, donde nuestro Muley Hamet tenía un barco longo con toda prevención, pero pequeño bajel para asegurar nuestra fuga, todo lo cual tenía reparado Muley Hamet, y así, nos dijo que no nos afligiésemos, que nos embarcásemos, que presto hallaríamos mayor bajel, que lo encomendásemos a Dios.

Al punto le obedecimos, y con gran silencio fuimos bogando poco a poco hasta topar con un bergantín que estaba surto en aquel paraje; subimos a la cámara de popa, donde pasamos a cuchillo a tres moros que le guardaban. Con este buen suceso alijamos todo lo que traía el barco de prevención en el bergantín, con que dentro de dos horas nos vimos ya bogar apartados de tierra en el nombre de Dios y de la Virgen María. Unos a otros nos abrazamos, prometiendo con juramento de morir en defensa de nuestro redemptor Sebastián Pérez (que este era el nombre de Muley Hamet siendo cristiano). Con gran alegría fuimos caminando todo el resto de la noche hasta al amanecer, que se levantó una mareta que nos dio hartos en que entender, a que se siguió dar vista a una galera, para cuyo reparo

659.— Orig.: 'Perdoneme' (p. 283).

660.— El lugar en que estaban recogidos los cautivos.

nos cosimos con la tierra procurando seguir nuestro viaje. Fue Dios servido que como la mar andaba tan alta no hizo caso de nosotros, tratando sólo de mirar por sí, con que dando muchas gracias a Dios seguimos nuestra derrota sin embarazo hasta doblar un cabo. Ya nos parecía a todos que gozábamos de la amada libertad, pero nos engañamos, porque la mar se embraveció con tanta furia, que nos obligó a guarecernos de una caleta, donde entramos con todo cuidado, pero dando vuelta a un recodo de tierra que la caleta hacía dimos con una galeota de turcos que se amparaba de la bravura de la mar en aquel recodo.

Hartas diligencias hicimos por virar la vuelta de mar, pero no fue posible, porque estábamos tan debajo de la galeota, amparados por un lado de la tierra, que ni la galeota nos pudo tirar la artillería ni nosotros salir de aquel peligro; tampoco nos pudieron aferrar, y así, reconociendo que éramos esclavos fugitivos, sin armas, abordaron en su esquife a nuestro bergantín veinte turcos, juzgando que al punto nos rendiríamos; pero hallaron en nosotros tan linda resolución, con tanto valor, que volvieron a virar, muertos algunos, con otros heridos. En esta vuelta de el esquife nos animamos unos a otros a morir en defensa de nuestra libertad. Sebastián Pérez nos alentaba con una cruz en la mano diciendo maravillas. Pidió a un religioso de San Francisco, que era uno de los compañeros, que le absolviese, por si acaso moría en la defensa; el santo religioso lo hizo con gran fervor, así a él como a los demás, y tras esto obró en la defensa tanto y más como los demás con un alfanje que había sacado de Túnez.

En estas santas y católicas disposiciones estábamos todos cuando abordó la galeota procurando echar toda la gente que pudo en nuestro bergantín; aquí fue donde visiblemente nos socorrió Dios, pues en treinta y dos hombres que éramos hallaron la resistencia de mil leones. No obstante, nos víamos ya muy acosados, pero proveyó Dios en este tiempo que los esclavos de la galeota se levantasen apellidando libertad. Quiso retirarse el arráz,⁶⁶¹ reconociendo el valor con que era resistido, con que podía correr riesgo su vida en la solicitud de nuestra prisión. La mar nos impedía la fuga. la voz de libertad de los cautivos nos incitaba a nuevo empeño, eligiendo o morir como nobles o vencer como bien afortunados, y así, sin perder la ocasión saltamos dentro de la galeota como nobles desesperados, siendo el primero nuestro Sebastián Pérez, a quien imitamos en el valor. Como el choque fue tan furioso, diéronnos lugar los turcos para que viésemos los forzados cautivos en la cámara de popa con no más armas que algunas piedras. ¡Oh, lo que la necesidad alienta!, pues incitados de la común en que estábamos, fue tal el arrojo de nuestros treinta y dos compañeros, que rompieron por en medio de los turcos hasta juntarnos con los forzados cautivos, que, puestos en un cuerpo, acabamos de rendir la galeota, pasando a cuchillo casi todos los turcos.

Ya que nos vimos señores del bajel, libres de nuestra esclavitud, tratamos de salir de allí; pero no fue posible por la bravura de la mar, que nos detuvo tres días en aquel abrigo hasta que abonanzó el tiempo, que nos dio lugar a que con próspero viaje llegásemos a Mecina, puerto principal de Sicilia, casi todos heridos y algunos muertos, pero ninguno de nuestra escuadra, aunque muchos maltratados de peligro; pero en Mecina sanaron, donde los dejaremos hasta el capítulo siguiente.

661.- Capitán.

CAPÍTULO XXVII

Acaba don Álvaro de contar los sucesos de su vida

O H, lo que alborota⁶⁶² una dicha, lo que inquieta una felicidad! ¡Cuál se estima la posesión de la libertad perdida! ¡Cuál se remozan los ánimos con una buena fortuna granjeada a fuerza de valor, a méritos de la bizarría! Todo este tropel de gritos nos invadió a mis compañeros y a mí viendo que dábamos fondo en el puerto de Mecina, seguro amparo de nuestra libertad, Saltamos en tierra, y todos juntos en procesión, en el hábito que nos cogió la fortuna, fuimos a dar gracias a Dios y a la Virgen, que nos sacaron de aquel mísero cautiverio. Sólo nuestro Sebastián Pérez, bañado en lágrimas de sentimiento, se quedó en la galeota,⁶⁶³ diciendo no era merecedor de entrar en el templo de Dios hasta reconciliarse con su esposa la Iglesia, que él allí le daría las gracias, aunque ingrato, dignamente privado de tanta dicha.

Hecha esta debida diligencia, tratamos de que cada uno tomase su derrota. La galeota, con su artillería, se entregó a la Hacienda Real; el bergantín, con lo demás que traía la galeota, repartimos como hermanos, por que cada uno fue único en la hazaña, porque todos obraron como muchos. Sebastián Pérez no quiso entrar en la partición, porque traía sobrado para sí y aun para todos; la galeota estaba muy rica, porque había apresado una nao de Génova que volvía de España, con que a todos nos cupo gran parte, particularmente a mí, que fui el instrumento por donde se comunicó la libertad de tantos esclavos.

Hecha nuestra partición con mucha paz, como nos vimos con libertad y dinero que gastar, trató cada uno de volver a su solar conocido. Sebastián Pérez, despidiéndose de todos con gran cariño, se fue a Roma a reconciliarse con la Iglesia; sólo yo me quedé en Mecina por muchas causas, particularmente por dos, que eran doña Olimpa y Laureana. Désta (como ya os dije) por buscar la persona que nos declaró su fingida madre la socorria; también por saber, de más cerca de Roma, en qué había parado la desgraciada doña Olimpa. De todo me informé fácilmente, porque de Roma me avisaron que el marido de doña Olimpa se había ausentado, que doña Olimpa estaba en su reclusión, habiéndola mi camarada entregado todo lo que en mi casa había dejado (que era cantidad), con que quedé algo consolado. La persona que socorría a Laureana, aunque me confesó que la enviaba dinero, fue con tantos misterios y con motivos tan escrupulosos, que me dieron a entender, según el miedo del declarante, que no era hija de buenos padres; no obstante, siempre quedó misterioso el suceso.

En esta averiguación me entretuve algunos días, sin acabar de determinarme a tomar modo de vida, porque volver a España me lo impedía el honor; a Milán, la muerte del coronel alemán; a Flandes, era comenzar de nuevo, con que me fui a Palermo, corte de aquella isla, donde pasé unos días, hasta que un día llegó a mí un camarada que me avisó cómo un caballero romano hacía grandes diligencias en busca de un soldado de mis señas, aunque no de mi nombre; que mirase si me importaba para andar con cuidado. Agra-

662.- Orig: 'albrotá' (p. 287).

663.- Orig.: 'la Goleta' (p. 287).

decile el aviso, dejando para mí solo la consideración de lo que debía temer o cómo me podía desviar del peligro que amenazaba a mi vida. El tiempo no era para hacer jornada, porque era invierno, con que me determiné a ocultarme la tierra adentro procurando dar lugar al tiempo, que es gran médico que todo lo cura. No obstante, por no fiarme de mi parecer, comuniqué la materia con un Maestre de Campo mi contemporáneo en Flandes, con quien tenía íntima amistad. El cual me dijo era desacierto el ausentarme, que lo que él hiciera fuera despojar de la vida a mi enemigo, supuesto que él no venía a otra cosa si no era a vengar su afrenta con mi sangre; que lo más seguro era acabar con él, con que aseguraba mi vida, que de otro modo no la tenía segura. Como mozo poco experimentado, o por decir mejor, como mal cristiano, me pareció mejor camino para desahogarme de las asechanzas que me amenazaban quitarle la vida a mi enemigo. Para ejecutar mi intento me valí de el mismo Maestre de Campo que me dio el consejo, con que entre los dos consultamos el negocio hasta ponerlo en términos de ejecución. Quitele, al fin, la vida a mi contrario cuerpo a cuerpo en campaña, sin valerme de más que de mi espada, porque bastaba el descrédito que por mi vicio padecía. ¡Oh infame maldad la de el vicio, que no bastó quitarle la honra, sino que para guardar mi vida fue mejor elección quitársela al ofendido!

Supo la Justicia mi delito, hizo diligencias por prenderme; consiguiolo sacándome de una iglesia (que un ministro apasionado, ni a la Iglesia respeta). Metieronme en un calabozo, trató el fiscal de acriminar la causa, tuvieronme encerrado algunos días hasta tomar mi confesión, que fue confesando llanamente la muerte, obligándome a probar que fue por defender mi vida, porque aquel gentilhombre había días que me buscaba para darme la muerte. Con esta declaración me sacaron del encierro, con que traté de defenderme. Envié a llamar a mis amigos, con que el rigor de mi prisión se moderó, tomando mi causa otro color con la prueba, en que fue testigo un criado suyo. No obstante, el juez apretaba con gran empeño; valímonos de diferentes medios para moderarle, pero ninguno aprovechó, hasta que me dieron noticia de que una madona viuda era su mayor valimiento. Alegreme con este aviso, porque aunque las mujeres son vengativas, también son muy efectivas en las causas de piedad, disponiendo con maña todo lo que quieren, porque la buena cara trae contigo el buen despacho. Con esta noticia me determiné a escribirle por mano de un amigo mío, siendo tan bien afortunado, que con estos pocos renglones que diré la obligué a todo empeño:

Un soldado noble español, mi señora, llega a vuestros pies con el mensajero de un papel, suplicándoos que le amparéis de un juez que, o por mal informado o por poco versado en la escuela del amor, pretende castigar, sangriento, delitos que se han ejecutado en favor de una dama para seguridad de su propia vida. El delincuente es don Álvaro de Vargas, tan honrado, que estima más perder la vida que poner en contingencia la de su dueño. Este tal os elige por patrona, y pues sois noble, mirad vos si os obliga, siendo la poderosa para amparar a un criado vuestro. Don Álvaro de Vargas.

Leyó Madama mi papel; respondió de palabra a mi amigo que bastaba mi apellido, siendo de Madrid, para obligarla a mayores extremos. Además, que en su pecho tenía la piedad su tribunal muy de asiento; que la dejase obrar para que viese cómo disponía el negocio de manera que se entendiese en los efectos cuán ejecutiva era su piedad en favorecer soldados forasteros en causas tan naturales como aquélla era. Con esta noticia aguardé

en mi prisión con algún consuelo la sentencia, la cual, como mi ángel de guarda era tan efectivo, me sacó de la cárcel con un destierro, con que salí en fiado, dándome tres meses de término para aguardar tiempo para embarcarme.

Como me vi fuera de la prisión, al punto fui a dar gracias a Dios a su templo; pero aunque le damos gracias de las mercedes que nos hace, nunca acabamos de enmendarnos de ofenderle. Cumplida esta primera obligación, fui a darla gracias a Madama Hipólita (que este era tu nombre); echeme a sus pies cumpliendo con el rendimiento de obligado, reconocido de el amparo que en mi causa tuve en la piedad noble de su pecho; ofrecime todo a su servicio, hice todo lo que me tocaba como noble agradecido, de que Madama Hipólita se dio por satisfecha. Pero apenas la miré con toda atención de agrado, como a mi única protectora, cuando con alegre asombro se me figuró a mi Laureana, porque aunque era ya mujer de cerca de cuarenta años, estaba tan entera que no parecía madre, sino hija, Notable desasosiego me causó la vista de Madama Hipólita, porque se me renovaron las especies de mi esposa Laureana, imaginando gozaba con gran viveza la copia de⁶⁶⁴ su original que tenía grabado en el alma. ¡Oh, qué tarde olvida el que ama! ¡Oh, qué fácilmente se turba el que quiere!

Bien conoció Madama Hipólita mi turbación, pero no pudo dar alcance a la causa de mi desasosiego. Hízome tomar silla, pero antes que me diese a entender la estimación que hacía de mi reconocido rendimiento me dijo le jurase como caballero de decirle la verdad en lo que me preguntase. Suspenso de su prevención, la respondí que era escusado el juramento cuando mi obligación me rendía a obedecerla; pero por que no pensase que lo repugnaba, lo hacía sobre la cruz de mi espada. Satisfecha de mi empeño, prosiguió Madama Hipólita diciendo:

—En un papel que me enviastis para os amparase en vuestro pleito es vuestra firma don Álvaro de Vargas, pero en el crimen de que os acusaban sois don Basilio de Monroy; decidme, por vuestra vida y por el juramento que habéis hecho, cuál de los dos es supuesto y cuál el verdadero.

No me pareció a mí que era más que curiosidad cortesana la pregunta de Madama, con que la respondí que el verdadero nombre mío era don Álvaro de Vargas, que un gran trabajo que me había sucedido en España me había obligado a mudar el nombre, con el apellido, que todo fue originado de una dama a quien quería más que a mi vida, sin que mis contrarias fortunas pudiesen borrar de la tabla de mi corazón su estampa; que me hiciese merced de no renovarme la llaga, porque era en mi afecto tan sensible que me saldría deshecho en lágrimas el corazón a los ojos. No bastó esta súplica de mi dolor para que Madama Hipólita dejase de proseguir dando alcance a su pretensión; preguntome si era de Madrid, cómo se llamaban mis padres, qué hacienda era la suya, y al fin, fue tanto su empeño, que me obligó a que la hiciese relación de todo el suceso de mi esposa Laureana.

Apenas entendió Madama Hipólita toda mi fortuna cuando soltó las ligaduras de la modestia recogiéndome entre sus brazos, juntando su cara con la mía, apellidándome hijo con gran ternura. Quedé tan fuera de mí con el impensado suceso, que no sabía qué decirme; sólo tuve aliento para preguntarla la causa de su arrojó. A que me respondió, toda bañada en lágrimas:

664.- Orig: 'de de' (p. 291).

—Yo soy, hijo mío, la triste madre de la desgraciada Laureana; yo la que la he perdido cuando tú la dejas perecer a manos del rigor de la Fortuna. Yo soy Hipólita de Lipari, noble con ricos bienes en este reino, pero tan infeliz, que habiéndome dado Dios una hija de legítimo matrimonio, heredera de mi casa, no tengo noticia, della porque debe de andar huyendo de tu crueldad. No te culpo de ingrato, hijo, porque, advirtiéndome tu nobleza, bastante causa has tenido para olvidalla; culpote de poco amante pundonoroso, pues no has hecho la averiguación que debías para saber que era mi hija. Y por que no ignores, la verdad, sábetete que a mí me casaron, contra mi gusto, con igual mío deste reino, adonde me trajeron niña desde Cerdeña, de adonde eran mis padres. Fue Dios servido de llevarse para sí a mi esposo a pocos meses del matrimonio, dejándome niña, viuda, con no mala cara. En este tiempo vino de España a Palermo un caballero de lo noble de España, aunque pobre, pero galán, brioso si de gallardas prendas; vímonos un día para congoja suya si por fortuna mía, pues él vive desterrado sin alivio cuando yo le gozo enamorada cuando me lo permite la ocasión. Fácilmente nos conformamos los dos, porque confrontaban las estrellas. Dispusimos que el Virrey le hablase a mi padre para que se ajustasen nuestras bodas; pero como mi fortuna es tan adversa a mi gusto, todo lo desbarató mi padre, retirándome de la comunicación de las gentes; pero en vano fue el cuidado de mi padre, porque con la violencia paternal creció a mayor voracidad la llama de mi amor: permití y aun dispuse con traza que entrase en mi retiro mi galán, donde con mano y palabra de esposo me gozó. Pero como las prisiones son insufribles para los vuelos del amor, traté de hacer fuga de mi casa para gozar en compañía de mi esposo el sosiego del sacramento del matrimonio; pero fui tan desgraciada que me dio alcance mi padre. Retirome a un castillo, querrellose de mi esposo, a quien el Virrey, sabiendo la verdad, desterró de Palermo por sosegar a mi padre, con quien dispuso que me diese casa aparte, que él empeñaba su palabra de que yo estaría a su obediencia en todo lo que no fuese casarme con otro. Con este ajuste se sosegó mi padre, pero yo vivía zozobrada reconociendo que estaba preñada de la desgraciada Laureana, con que procuré ocultar mi preñado de mi padre. Valime en el parto de aquella mala hembra que se decía en España su madre. Ocultela de mi padre, el cual procuraba dar alcance a mi hija para quitarla la vida. Al fin, como aquella infame mujer trataba de irse a España, porque la Justicia la buscaba por causa de unos hechizos que la acumulaba, de que yo no tuve noticia, como moza sin experiencia, afligida con las amenazas de mi padre, no sabía qué hacerme. Al fin, la mala mujer, sin licencia mía, la llevo consigo a España, de adonde me avisó de su estancia, de que en algún modo me holgué, porque estaba segura mi hija Laureana de las asechanzas de mi padre. Allá la sucedió lo que vos me habéis contado. Esta es mi lastimosa tragedia, hijo don Álvaro; ya no tendréis disculpa huir de mi Laureana, pues es inocente, hermosa y tan buena como vos. ¿Qué me respondéis, hijo? ¿En qué dudáis?

Tan enajenado estaba, de puro gozo, que no cabía en mí, pues aunque me hablaba Madama Hipólita, a que debía responder, no sabía cómo, porque la tropelía⁶⁶⁵ de el hallazgo de mi buena fortuna me embarazaba la lengua, hasta que, o avergonzado de mi natural engaño o confuso de mi trabajosa incredulidad, me eché a sus pies pidiéndola perdón en nombre de Laureana, jurando de buscarla hasta que concediéndome la Fortuna el dichoso

665.- Confusión, violencia.

encuentro la volviese a su casa; pero yo, Carlos, soy tan desgraciado que, habiendo dado vuelta a toda España, con gran parte de Italia, me la oculta el Cielo para mi tormento.

Como Carlos vio el sentimiento tan justo de don Álvaro, no le quiso dilatar más las ciertas noticias que tenía de Laureana, y así, le dijo:

—Proseguid, amigo don Álvaro; no os quejéis tanto de vuestra fortuna, pues os puedo comunicar verdaderas noticias de vuestra esposa. Yo sé dónde está Laureana, aunque ha algunos años que no la veo; pero no ha veinte días que tuve carta suya, y en mi ropa pienso que tengo algunas tuyas.

Con esta alegre nueva quiso don Álvaro cortar el hilo a su narración, pero no se lo permitió Carlos, aunque hacía tales locuras de alegría que movía a lástima el ver que podía tanto un gusto como una pena. Ya que se hubo sosegado don Álvaro, por sazonar a Carlos prosiguió diciendo que continuaba⁶⁶⁶ la casa de doña Hipólita, donde el juez, que era hermano de su esposo, que tan criminal se le había mostrado en su causa, vino a darse por amigo, que sabido el parentesco se alegró infinito.

—Dentro de pocos días fuimos Madama Hipólita y yo al lugar donde don Gregorio, padre de Laureana, estaba retirado, que sabiendo quién yo era, lloró de gozo conmigo. Sólo un día de estancia nos permitió el tiempo, por que no entendiese el padre de Madama Hipólita su jornada, porque él estaba creyendo que don Gregorio había vuelto a España dejando a su hija viuda hasta la muerte, que se la deseaba para que entrasen a heredarle unos sobrinos suyos, hijos de su hermano. Algunos meses me detuvieron en Palermo, aunque yo anhelaba por buscar a mi esposa; pero como don Gregorio hacía las diligencias en Italia, no permitió que me ausentase hasta que tuvo ciertas noticias de que mi esposa había vuelto a España. Con esta ocasión me dieron licencia para embarcarme, como lo hice, dándome Dios buen viaje para llegar a Barcelona, donde busqué a Laureana, penetrando todos los puertos, ciudades, lugares, desde Cataluña Aragón, Valencia, hasta Cádiz; sólo Vizcaya y Navarra, que son de poco o ningún comercio con Italia, me falta por averiguar. Tres años ha que asisto a esta pretensión. Cuando pasé por Madrid, sin darme a conocer a mis parientes, saqué por el Consejo de Guerra, por vía de entretenimiento, el sueldo que gozaba en Lisboa, de adonde penetré todos los puertos y ciudades que tiene Portugal y Galicia. Cuando os encontré en Badajoz fue porque avisaron que había llegado allí una forastera de las señas de que yo había avisado a mis correspondientes, pero no era ella. En Lisboa me he estado, juzgando siempre la he de hallar en estos⁶⁶⁷ puertos, por que en Castilla, según su miedo, no se asegura. En Cataluña, Aragón, Valencia y Andalucía tengo yo personas que si allá hubiera llegado ya tuvieran rastro della, con que no me han avisado nada.

En este estado he tenido mi pretensión, rogando a Dios me descubriese dónde estaba mi esposa, hasta que la noche que os fui a buscar para que me ocultádes de la Justicia llegué a una casa de conversación donde se jugaban trucos con otros juegos; sobre una mano se tomaron votos, sentencié lo que entendía, enfadose el perdidoso, procuré moderarlo, arrojome un mentís, a que correspondí dándole una bofetada. Retirose mi contrario a la sala de los trucos, de adonde sacó un taco con que me aguardó al salir, ejecutando en mí un golpe con el taco a tiempo que saqué la espada, con la cual, antes que acabase de afren-

666.- Orig.: 'continaava' (p. 294).

667.- Orih.: 'ostos' (p. 295).

tarme, satisfice al duelo con la sangre de su vida. Retíreme con todo cuidado, busqueos en vuestra quinta, llegando a tan buen tiempo que encontré con vuestro amparo para que con toda seguridad me retirase del reino de Portugal al fértil de Andalucía, donde a trueque de lo lastimoso de mi fatal fortuna me habéis comunicado las noticias que tenéis de mi Laureana. ¿Dónde está, amigo Carlos? ¿Dónde tenéis sus cartas, que cada letra será para mí alegre estrella de mi dichoso hallazgo? Hablad. ¿De qué os reís?

Respondió Carlos:

—De que ando mirando los bolsillos, donde no hallo siquiera una letra con que os consoléis, siendo así que siempre traigo cartas tuyas conmigo... Pero aguardad, que hoy he envuelto unas cintas en un papel que entiendo que era una carta tuya.

Escudriñó los bolsillos, donde halló la carta en que había envuelto las cintas, la cual reconoció don Álvaro atendiendo a que la firma decía: «Servidora vuestra, la desdichada Laureana».

—¡Y cómo es verdad —dijo don Álvaro— que eres desgraciada, pues siendo tu esposo, que te ama con todo extremo, te arrastra la Fortuna por todo el orbe sin haber podido darte alcance tu esposo para obviar tu fatiga!

Fue tan grande el ahogo de don Álvaro, apretado su corazón de dos contrarios como es la pena con alegría, que le desfogó⁶⁶⁸ en lágrimas sin poder contener el llanto, porque el amor, aunque niño, suele hacer llorar a Marte. Lastimado Carlos del exceso de su amigo don Álvaro, le procuró alentar a mayor consuelo procurando acabase de leer la carta, en la encomendaba que hiciese diligencia por saber de don Álvaro juntamente de sus padres, que entendía vivirían en Cerdeña, de que no tenía más noticia que la confusa que la había dejado su desgracia; pero que esperaba en Dios que había de premiar su trabajosa inocencia dándole conocimiento de sus padres, con conformidad de su esposo. Esto repetía muchas veces, con que don Álvaro se enternecía más

Bien quisiera don Álvaro apartarse del camino para ir Pamplona, pero Carlos le dio tales razones que le convenció a aguardar la respuesta de don Juan, el castellano del Castillo, en cuya casa estaba aún Laureana, que su prudente virtud se hacía lugar con todos. Llegaron al fin a Sevilla, escribieron a don Juan, el castellano, advirtiéndole lo que pasaba para que proviniese a Laureana de modo que no la cogiese de susto el hallazgo de padres y esposo, porque suele matar tanto un gusto como una pena. Escribióla don Álvaro con gran cariño, asegurándola de toda su fortuna. Carlos la decía que diese gracias a Dios de que ya amanecía el día de su felicidad. Con esto cerraron el pliego, bien contra la⁶⁶⁹ voluntad de don Álvaro, porque quisiera ser el mensajero, pero como se había rendido a Carlos, seguía al norte de su dictamen.

Desocupados quedaron los dos amigos para tratar de ver Sevilla, como lo hicieron, admirándose a cada paso de las grandezas que la ilustraban. En esta ocupación se entretenían Carlos con don Álvaro cuando llegó a Sevilla doña María, acompañada de dos gentilhombres, en una litera, que por orden de su galán lusitano la convoyaron hasta ponerla en casa de sus padres, donde se apeó muy alhajada de galas, de joyas, con muy buen golpe de dinero. Al punto despidió el carruaje, con que trató de buscar a su galán Carlos, el cual

668.— Orig.: 'desfojó' (p. 296).

669.— Suplo 'la' (p. 297).

por no dar nota con su cuidado se había abstenido de preguntar en la casa de doña María si había venido, contentándose con rondar su calle tarde y mañana, con que alimentaba la necesidad de su anhelo.

Pocos fueron los días que le molestó su esperanza, aunque fueron tardos, porque a dos días de su llegada alcanzó doña María a ver a Carlos que pasaba por su calle. Al punto le ceceó, a cuyo reclamo no hubo ave más presta que Carlos, adivinando el hallazgo de su dama. Fácil fue en Carlos conseguir su apetito, porque donde hay voluntad sin freno de la virtud no hay lance que no llegue al paradero del vicio sino que entre Dios a mediar. En esta ocasión permitió Dios su ofensa con alegre paz de los dos amantes, pudiendo turbarla con riguroso castigo merecido; pero ¡qué dello nos consiente Dios! ¡Qué mucho que nos sufre, qué poco que nos enmendamos!

Dispusieron los dos amantes la seguridad de sus gustos sin el embarazo de sus padres de doña María. Alquiló Carlos una casa a la vuelta de su casa, en que puso una mujer confidente de su dama, con que aseguró los temores de doña María que tenía de sus padres, porque aunque era viciosa, cuidaba del respeto que debía. Seis meses fueron los que se estuvo Carlos en Sevilla, hasta que su tío le mandó convoyase hasta Madrid a una hermana suya viuda, con su casa, persona de edad mayor. Era tan grande el lazo de la voluntad que había entre Carlos y doña María, que le respondió Carlos a su tío que no podía por hallarse enfermo, sin salud para el viaje; no obstante, apretó de manera su tío, que la misma doña María le obligó a que cumpliera con lo que le mandaba, con palabra de volver a la cadena de sus brazos. Harto contra su voluntad obedeció Carlos, pero como el amor se precia de obediente, rindió Carlos su gusto al mandato de su dama.

Mientras estuvieron Carlos y don Álvaro en Sevilla se avisó a Palermo a Madama Hipólita del hallazgo de Laureana, suplicándola remitiese información de la legitimidad de su hija. Llegó a tiempo el aviso en que era ya muerto el padre de Madama Hipólita, de que resultó que don Gregorio gozase en pacífica posesión de su esposa. Con que, visto el aviso, se puso don Gregorio en camino para España, aportando a Sevilla seis días antes que Carlos y don Álvaro hiciesen su jornada a Madrid, a quien encontró muy acaso, porque como le soplaba ya la Fortuna, todos los acasos eran felicidad. Al punto conoció don Álvaro a don Gregorio, con que todos juntos dieron gracias a Dios de tanto bien. Por cartas de la estafeta antecedente sabía Carlos cómo Laureana caminaba ya desde Pamplona a Madrid en compañía de don Juan el castellano, con que todos alargaban las esperanzas de llegar presto para solemnizar con alegría el hallazgo dichoso de Laureana, que la hallaremos ya en Madrid en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXVIII

Descríbese el alegre viaje que tuvieron hasta llegar a Madrid

AUNQUE el caminar siempre cansa; no obstante, cuando los que caminan son gente moza, divierten al trabajo de manera que olvidan el afán con los chistes con que lo pasan. Así les sucedió a nuestros caminantes pretendientes del lugar a la villa de Madrid, corte del Rey de España, madre de forasteros, depósito de fecundas letras, erario de ingenios, casa de valientes, cuna de hermosuras, jardín de galas, pompa del poder. Caminaban, digo otra vez, entreteniéndolo el camino con juegos, con chistes, con chanzas, con sazones de ingenio, por divertirse, para llegar al deseado paraje de la Corte. Sólo Carlos, como dejaba el gusto asido a la presunción de su dama doña María, que quedaba en Sevilla, todo lo convertía en penas, porque alejarse del bien, cada paso que se da es un tormento. El buen humor de Andrés su criado (que no se le había olvidado) no era bastante para divertir a Carlos de su pena, de que se amohinaba Andrés, siendo así que se esmeraba en las burlas que continuamente hacía por sólo alegrar a su amo; pero como los males del alma no se curan con medicinas humanas, frustrábanse⁶⁷⁰ sus agencias para el consuelo de Carlos.

Era todo su pleito de Andrés con Alonso, criado de don Álvaro, porque sabiendo la burla que sus señores trataron en Yelbes de hacerle, la calló, sin avisarle el daño que le amenazaba, por cuya causa siempre trataba de desquitarse. También era el pleito con un criado de don Gregorio, siciliano bozal, que apenas sabía palabra de la lengua española, muypreciado de valiente, procurando con visajes explicar su valentía; pero como Andrés era burlón, reconociendo que la valentía del Siciliano consistía en el gesto de su cara o de sus ojos, a cada paso le desafiaba. Respondía el Siciliano que la Descomunica⁶⁷¹ no le permitía salir campaña, con que Andrés con los demás le daban vaya, de que el pobre Siciliano desatinaba. No sé quién le dijo a Andrés que el apóstol San Pablo en sus Epístolas decía que todos los isleños era gente perversa, pero que los sicilianos eran peor que todos. Con esto le apretaba Andrés, diciéndole:

—Amigo Nicéforo, esto no lo puedes negar, porque es de fee, pues te quemarán por no puro⁶⁷² si lo negares.

Con esta frialdad⁶⁷³ de Andrés bramaba el Siciliano, jurando de vengarse de todos los que le daban en que entender.

Alonso, el criado de don Álvaro, era marrajo,⁶⁷⁴ a todos ayudaba, que visto de Andrés, le decía:

—Calla moscón, que tú me lo pagarás.

A que respondía Alonso:

670.- Orig.: frustruarse' (p. 299).

671.- Descomunicación, excomuni6n.

672.- Hereje.

673.- Impertinencia, malicia.

674.- Malicioso.

—Callemos todos, porque sacaré el testamento hecho al pie de la horca en Aldea Gallega. A que respondía Andrés:

—Algún día quedaremos iguales; yo te prometo que no me la vayas a pagar al otro mundo, porque antes hemos de ajustar partidas.

Con estas chistosas locuras procuraban divertir el trabajo del camino. Llegaron al lugar de La Conquista⁶⁷⁵ de noche, algo tarde, a que se le juntó el trabajo de que apenas había posada, porque se juntaron tropas de Castilla, que juntas con las de Andalucía dificultaban la comodidad del hospedaje. No obstante, hubo en un mesón camas para los señores, acomodándose los criados con las ordinarias de los arrieros.⁶⁷⁶ Era Andrés muy acomodado, con que trató de mejorar de cama procurando que la huésped le acomodase. Tanto la instó, que le dio sábanas con una almohada, aconsejándole que recabase con la criada de el mesón que le diese su cama, pagándosela. Así lo hizo Andrés, dándole un real de a dos de plata a la mozueta, que estaba segura de que para su sueño no podía haber mala cama; además, que el acomodarse con algún pasajero era fácil.

Esta diligencia se concluyó a las once de la noche, hora en ya todos descansaban. Cogió Andrés sus sábanas, con su almohada, mulló su cama, apretose un pañuelo por la frente, con que trató de descansar del trabajo del camino. Quedose dormido, que no debiera, pues a pocas horas de su sueño fue en la que se levantaron los arrieros a dar cebada a su ganado. El uno dellos, volviéndose ya a sus jaldas,⁶⁷⁷ pasó por el aposento donde dormía Andrés, que era el de la moza de el mesón; antojósele arrimarse a la puerta, que la halló entreabierta, juzgando ser descuido de la sirvienta, pero como era de noche, y Andrés mal barbado, con un lienzo por la frente, se le figuró al arriero Tarquino que era la dama mesonera embriagada entre la dilicia del sueño, con que sin más reparo se arrojó lascivo sobre Andrés, el cual medio despierto de el letargo del sueño, reconoció que a gran furia le besaban unos bigotes de Chinchón o Colmenar de Oreja, lugares de el reino de Toledo, donde son más esparto que bigotes los que habitan todo aquel terruño; pero en la pesquisa repetida se desengañó el Tarquino arrieril reconociendo que había errado el golpe, con que sin aguardar a mayores desengaños, así como le cogió la mala tentación trató del arrepentimiento, transponiéndose con gran priesa en su rancho, donde cubierto con su manta hizo el disimulo que dormía.

No le sucedió así a Andrés, pues apenas sintió la paz⁶⁷⁸ horrible cuando a grandes voces alborotó todo el mesón llamándole a Nicéforo diciendo que era un infame sodomita, que le había querido forzar entre sueños. Tomó la espada buscando a Nicéforo, jurando que le había de matar. Fue Dios servido que aquella noche durmió Nicéforo a los pies de la cama de su amo. Las voces de Andrés fueron de manera que todos los que había en el mesón a aquella hora despertaron. Como el coraje de Andrés se adelantaba en voces, fue fuerza que el mesonero, que era cuadrillero,⁶⁷⁹ saliese cargado de la vara, con su espada, acompañando a Andrés para prender a Nicéforo, que dormía a sueño suelto en el aposento de sus amos,

675.— Conquista de la Sierra, en la prov. de Cáceres.

676.— Solían acomodarse en la caballeriza o en el patio de la venta, sobre las albardas de sus asnos.

677.— O 'enjalmas': albardas.

678.— Beso de amistad.

679.— Miembro de una cuadrilla de la Santa Hermandad,

donde llegó el alboroto, que a todos los obligó a tomar las armas procurando saber la causa de tan ruidoso tumulto. Acompañábalos Nicéforo, a quien Andrés, ciego de cólera, le tiró una estocada; rebatiéronse, obligándole a que se retirase hasta que se supiese la causa del empeño. Contó Andrés el caso; enfadose Carlos, díjole que era un ruin hombre, porque Nicéforo no había salido de su aposento, Disculpábase Andrés con la verdad, de que un hombre le había dado un beso. El huésped, como era cuadrillero, quería prender a Nicéforo, con que todo era una mala confusión. A este tiempo salió la huésped de su aposento; procuró informarse de todo, y como sabidora de los antecedentes, dijo con gran flema:

—En verdad que pensé que era otra cosa. Todos dicen verdad, pero no se ajustan a entenderla. ¿No saben que aquel aposento es de mi criada? Pues ¿qué quieren? El señor Andrés se acostó en su cama a deshoras sin que nadie lo viese; ella anda algo verrionda, pensó alguno cogerla dormida, halló la puerta entreabierta, entrose, que non debiera, y con la tiniebla de la noche todos los gatos son pardos; pensó que hallaba a mi criada y besó al señor Andrés. Esta es la verdad, que no hay otra.

Con la solución de la huésped quedó Andrés cortado. Los demás aplaudieron a la huésped, dando vaya a Andrés, que respondía:

—¡Ni de burlas, señores míos, en esas materias!; porque los asturianos, todas las cosas hacemos cara a cara con las que no tienen bigotes.

Sosegáronse todos, tratando de vestirse para almorzar, continuando su viaje. Avergonzado cazurro⁶⁸⁰ iba Andrés, bastante causa para que todos le diesen cordelejo, pero él se defendía con que los asturianos eran muy escrupulosos en semejantes materias.

Desde el lugar de La Conquista salieron las tropas juntas, por asegurarse de ladrones. Andrés hizo su rancho con unos estudiantes que iban a Salamanca, que como eran mozos burlones, fácilmente los persuadió a su pretensión. Era por octubre, pero fue tanto el calor de aquellos días, que los obligó a caminar de noche, con que todo el día se estuvieron en Almodóvar del Campo.⁶⁸¹ Toda la siesta gastó Andrés con los estudiantes en prevenir el modo que se había de tener para vengarse de Alonso, el criado de don Álvaro. Dispusieronlo tan bien, que así como lo pensaron sucedió ello. Solía Alonso adelantarse una hora delante de la tropa a prevenir la posada Llegaron a Caracuel⁶⁸² a las once, donde no parecieron los estudiantes porque se adelantaron de manera, que casi a la misma hora llegaron a cenar en Ciudad Real. La tropa de Carlos cenó en Caracuel, montaron todos, llegaron a Ciudad Real, donde quisieron refrescar, y aunque era tarde lo consiguieron, deteniéndose un rato.

Como Andrés vio la ocasión que se detenían, apartose de la tropa y a rienda suelta hizo su camino a Peralvillo, que aunque es una legua larga, como es buen camino, presto se puso en lo alto del lugar, donde se castigan delincuentes.⁶⁸³ Aguardando estaban los estudiantes la ocasión, y como atendieron a que venía Andrés con mucha prisa juzgaron ser Alonso; pero, reconociéndose, retiró Andrés su mula, soltó la capa, caló el rebozo de la montera, con que aguardó la ocasión que deseaba para vengarse de Alonso, que a poco ra-

680.— Con gesto de disgusto.

681.— En la prov. de Ciudad Real.

682.— Caracuel de Calatrava, en la prov. de Ciudad Real.

683.— En el cerro llamado 'de las Horcas' o 'de los Palos'.

to reconocieron que venía procurando trasponer el camino que hay de allí a Málaga,⁶⁸⁴ pero al emparejar con Andrés, y sus amigos los estudiantes, simulados salteadores, le detuvieron la mula obligándole a que se apease, atáronle las manos atrás, desnudáronle a toda prisa, hasta la camisa, previniéndole que se encomendase a Dios, porque allí había de morir atado a un palo de aquellos que sobraban en ausencia de los infames cuerpos que los ocuparon. Comenzó Alonso a hacer plegarias, pero nada le bastó para dejar de subirle en un instante como pudieron a un palo donde le ataron de pies y manos, dándole a entender le daban media hora de vida para encomendarse a Dios. Con esto le dejaron entre dos asaetados, que parecía uno peor que ellos; los estudiantes se llevaron la mula con los vestidos de Alonso, siguiendo su camino hasta Málaga; Andrés volvió la rienda, procurando apartarse de aquel lugar para aguarda toda la tropa que venía caminando.

El día se acercaba cuando el pobre Siciliano, que venía medio dormido, hacía la guía a lo largo a los demás. Al emparejar con los asaetados, aunque Alonso estaba casi muerto, que apenas podía hablar; no obstante, como reconoció que se le acercaba el socorro sacó fuerzas de flaqueza, pidiendo en mal articuladas voces favor. La mula del Siciliano, reconociendo el asombro del infame suplicio, cejó⁶⁸⁵ pavorosa, con cuyos temblores acabó de despertar Nicéforo, el cual asombrado de las voces de Alonso, pareciéndole que era uno de los asaetados que hablaba, se desmayó, dando lugar a la espavorida bestia a que viéndose sin gobierno le sacudiese de sí tirándole dos coces, con que dejó al pobre Siciliano más muerto que vivo en la campaña.

Bien entendió Andrés (que venía cerca) lo que le había sucedido a Nicéforo, pero íbase deteniendo por que llegasen otros primero; lo cual en breve sucedió, porque advirtiendo en el impensado arrojado del Siciliano, procuraron todos llegar presto al socorro; pero cada uno, como oía que hablaba el asaetado, apartaba la mula procurando retirarse del asombro. Algunos pasaron así, sin atreverse a socorrer al que pedía favor, hasta que llegó toda la tropa, que aunque les causó pavor, no obstante, se apearon procurando saber la causa, donde todos peligraban en la borrasca del horror, porque aunque Alonso clamaba doliente, nadie le conocía, hasta que don Álvaro reparó que era su criado, con que trató de bajarle, aunque Andrés ni en este lance se la quiso perdonar, pues le dijo:

—¡Ah señor Alonso! ¿Cuál habrá sido mejor, verse aquí en Peralvillo colgado de veras entre dos asaetados, o amenazado de burlas con la horca en Aldea Gallega? Baje vuesa merced, señor moscón. Sepa que todo se paga; mire el valiente de Nicéforo también cómo le va, consuélense el uno con el otro.

Toda la tropa estaba ocupada: los unos se apartaron a socorrer al pobre Siciliano, los otros a desatar a Alonso, que estaba más muerto que vivo. Sentáronle junto a la ermita, diéronle unos bizcochos con un poco de vino, con que se alentó para quejarse de Andrés, afirmando que él tenía la culpa de aquel fracaso, que juraba a tal y a cual que le había de matar. Respondió Andrés:

—Amigo mío, yo no lo he hecho, pero me holgara de haberlo ejecutado.

684.— En la prov. de Ciudad Real. Del pueblo se decía: 'Málaga, en cada casa un ladrón'.

685.— Retrocedió.

Bien conoció don Álvaro la burla, pero procuró barajarla metiéndolo todo a barato, porque no era posible que fuese Andrés el autor, porque había venido toda la jornada en su compañía; pero que cuando fuese así, bien sabía Alonso que se la debía.

—Así es verdad, señor —respondió Alonso—, pero no pensé yo que en Peralvillo se pagaban las deudas con burlas tan pesadas. Pero voto al que vendió a Cristo que me huelgo por sólo haber visto voltear al valiente Nicéforo, que nos anda quebrando la cabeza con que *toti chichiliani somo*⁶⁸⁶ *qualque leoni* y se desmaya de ver a un pobre hombre atado a un palo. Válgale el Diablo, que si él fuera hombre me desatara, con que no hubiera tanta publicidad en la burla que me han hecho, pues además de los sustos que he llevado, me obliga a ir en el puro cordobán⁶⁸⁷ al lugar.

Fue tanta la risa que les dio a todos del desahogo de Alonso, al paso de la graciosidad de la burla, que no sabían qué hacerse. Sólo Nicéforo callaba, que los porrazos de la mula con el asombro del asaeteado que hablaba le hicieron callar. Como se detuvieron algún tiempo en este suceso, salió el sol, con que se dieron prisa a caminar. Acomodaron a Alonso en la mula de Andrés, que a ratos en la mula de el mozo de mulas, llegó a Malagón muy contento de haberse vengado de los dos camaradas. Los estudiantes, ejecutores de la pesada burla, aguardaron la tropa a la puerta del lugar, donde había cerca una escuela de niños, a quien azugaron para que cuando entrase Alonso le diesen⁶⁸⁸ vaya. Fue de los primeros que llegaron Alonso, a quien como los muchachos estaban de aviso, así como le columbraron le dieron gritos diciendo:

—¿Dónde llevan el penitente? ¿Hanle azotado en Peralvillo, o le llevan a curar por haber sido la disciplina de mucha sangre?

Eran tan grandes los gritos, con el tropel de los muchachos, que le obligaron a don Álvaro a azotar la mula de Alonso para que llegase presto a la posada, donde se juntó todo el lugar a ver el hombre desnudo. Apeose Alonso para entrarse en un aposento, del cual no salió hasta que a la tarde montó a caballo para ir a Toledo. Mientras Alonso estuvo retirado, Andrés le cocaba⁶⁸⁹ a la puerta diciéndole:

—¿Qué hay, moscón? Así paga quien debe.

Sólo el Siciliano no acababa de digerir la burla, porque le parecía que había perdido el crédito de valiente; aunque su amo don Gregorio le procuraba alentar, no fue posible entrarle en calor. Los estudiantes, mientras la siesta de aquel día, compusieron una jácara para que Andrés la tomase de memoria para que se la cantase a Alonso, lo cual hizo él de muy buena gana, con que al otro día se la cantó en Orgaz mientras se detuvieron en aquel lugar. La cual decía así:

Braveaba el buen Alonso
 puesto al aire en Peralvillo;
 que el airarse es de muy muerto⁶⁹⁰
 si el airarse es de muy vivo.

686.— Orig.: 'como' (p. 305).

687.— En cueros.

688.— Orig.: 'diesse' (p. 306).

689.— Le hacía burla.

690.— Orig.: 'murto' (p. 306).

Ligado con dos cordeles
le dejaron sus amigos,
por que no afloje la piel
o porque estire el pellico.
Bamboleado entre dos bravos
le arbolaron dominguillo,⁶⁹¹
por que no piquen las aves
a aquellos maduros higos.
Bacallao puesto a secar,
al húmero los tocinos,
zaque⁶⁹² con mosto sin agua
parece al aire Alonsillo.
Sin antiparas⁶⁹³ tremola
el cordobán vellocino,⁶⁹⁴
que con ser su piel humana,
es su cordobán⁶⁹⁵ de vino.
Cantimplora de La Mancha
le hizo el Alba parecido,
que el céfiro⁶⁹⁶ le menea,
la Aurora le influye el frío.
Riose el Alba de ver
tan liado a su enemigo,
que a lo menos desta vez
no se irá por pies al río.
Muchos piensan que es de burlas,
mas él, que es de veras dijo,
que lo que es de risa en unos
es de pesar al mendigo.
Turbose un siciliano
siendo deste horror testigo,
de ver que hablaba tan claro
quien tan puro encierra el vino.
Desmayose el valentón,
soltó la rienda y estribo,
con que sacudió la mula

691.- Espantapájaros, pelele.

692.- Odre, cuero de cabra, cosido, para contener vino o aceite.

693.- Polainas.

694.- El cuero del carnero, con su lana.

695.- Cuero, odre.

696.- La brisa.

de un corcovo⁶⁹⁷ al bridón⁶⁹⁸ frigio.⁶⁹⁹
 Todo este caso miraba
 aquel burlón Andresillo,
 montañés por lo doblado;
 por el colete, sencillo.
 Mas como vio su venganza
 ejecutada, en un grito
 cantó con tono burlesco:
 «Bien lo paga quien tal hizo».

Con estos chistes, o otros semejantes, se llegó el plazo de acabar con el trabajoso camino aportando al deseado fin, término de las esperanzas de unos si principio de azarosos empeños para otros, porque el día del triunfo del bien afortunado suele ser el trágico de el infeliz. Aguardábalos el tío de Carlos acompañado de don Juan, el castellano de Pamplona, que había cuatro días que había llegado a Madrid trayendo consigo a Laureana, como se lo había escrito a Carlos. El cual como se apeó, tomó de las manos a don Gregorio y don Álvaro, con quienes se encaminó hacia don Juan, advirtiéndoles que aquel caballero era el depositario de la joya que buscaban.

—El señor don Juan —dijo Carlos— es en cuya casa ha estado hasta ahora, desde que salí de Pamplona, Laureana. No hay sino estimar el hallazgo con la buena fortuna de tenerle por amigo bienhechor, satisfaciendo en amistad de buena correspondencia obligaciones a tan gran caballero.

Don Gregorio con don Álvaro, advertidos de Carlos, procuraron echarse a sus pies. Don Juan los recibió en sus brazos, procurando retornar en afectos cortesanos nobles atenciones de pechos agradecidos. Igualmente se gozaron todos del hallazgo como si fuera propia hija, porque, como decía don Juan que era tan cortesana, tan prudente Laureana, que a su mujer y hijas dejaba tan sentidas de su ausencia como si fuera hija o hermana suya, pero que todo lo llevaban con alegre gozo por ver premiada su valerosa constancia con el deseado fin de sus trabajos.

No quisieran don Álvaro, y don Gregorio se alargase tanto en la conversación, negándoles, mientras duraba, al uno su hija y al otro su esposa. Reparolo Carlos, con que le dijo a don Juan:

—¿Donde está, señor, Laureana? No nos escasee Vuestra Señoría este bien: déjenosla ver, pues ha tantos años que su padre y su esposo carecen de su vista.

—Ahora vendrá —respondió don Juan—, que ya ha ido el gentilhombre con el coche a avisarla para que venga.

En esto que oyeron rodar el coche, que paraba a la puerta, salieron todos a recibir a Laureana; su padre, con su esposo, para recogerla en los brazos, cuando en los demás sólo curiosidad para conocer la mujer valerosa que tanto se desea hallar. Don Gregorio fue el primero que llegó al coche con intención de arrimarla a su pecho entre sus brazos, pero la dama recatándose de el padre, que no conocía, rehusó el amoroso lazo de el que la dio el

697.— Salto hacia arriba de la caballería, arqueando el lomo.

698.— Jinete.

699.— De Frigia: antiguo reino de Asia Menor. Aquí se usa como 'valentón, bravucón'

ser. Reparó don Gregorio en la prudente modestia de su hija, y vuelto a don Álvaro, que le seguía, le dijo:

—Llegad, hijo don Álvaro, que a vos os conocerá con los ojos de su buena voluntad aunque algún tiempo os temió por enemigo, porque a mí, aunque soy su padre, me desdena por no conocido.

Oyó Laureana lo que don Gregorio le decía a don Álvaro, que impaciente quería ser el primero que se viese entre sus brazos; pero detúvole su esposa, advirtiéndole que su primera deuda era la de su padre, pero que era tan desgraciada que, siendo en su obligación la primera, porque no era ingrata al ser que le debía, por falta de conocimiento se puso a riesgo de ser la última.

—Pero con vuestra licencia no será así, porque antes que os dé mis brazos han de ser de mi padre, a quien dichosa reconozco.

Sin detenerse más se apeó, asegurando la permanencia de su fortuna en los brazos de don Gregorio, que aunque Laureana rendida a sus pies le besó la mano, pero el padre, con el hallazgo de su hija, la subió a su pecho, donde en alborozos de su corazón conociere el amoroso efecto de sus lágrimas, pues en su hija prorrumplía en llanto la alegría cuando en su padre con sobresaltos festejaba el gozo. A todo esto don Álvaro, aunque veía bien ocupada a su esposa, no se daba por satisfecho hasta gozar de tan buena fortuna. No sé yo si se picó de celoso, porque la voluntad con nadie parte intereses del cariño; lo que yo sé es que Laureana, quizás por evitar desazones del amor, no se atrevió a trampear por más tiempo el amoroso lazo de su esposo; dejó el de su padre don Gregorio por añudarse con su esposo don Álvaro, el cual bañado en lágrimas de gozo recibió a su esposa Laureana tan tierno como amante, avergonzado de haber creído delitos no imaginados de su inocencia, aunque asegurados del duelo de su honra; pero no obstante esta turbación, los dos amantes esposos solemnizaron con el alma el dichoso fin de sus trabajos, También Carlos gozó de esta cortesana alegría, pues todos le dieron las gracias por haber sido el Colón de las Indias de tan alegre paz.

Los circunstantes dieron el parabién a don Gregorio, don Álvaro y Laureana, que le admitieron como tan interesados en día tan feliz. El tío de Carlos tenía bastante prevención para todos, con que no permitió que saliesen de su casa hasta que don Álvaro supiese en qué estado estaba la suya. Obedecieron todos; hizo don Álvaro su diligencia, halló que era muerto su tío, habiendo dejado su hacienda a un primo suyo por vía de administración. Presentose don Álvaro ante la Justicia, hizo información de quién era, con que se le mandó entregar su hacienda, de que resultó pasarse a su casa en compañía de don Gregorio y su esposa Laureana, donde en amorosa paz gozó la felicidad de hijos en compañía de su esposa, la cual en premio de sus trabajos, tan varonilmente sufridos, la premió Dios con tan alegre descanso.

El rigor de el invierno comenzó tan temprano aquel año, que aunque Carlos procuró dar la vuelta a Sevilla no fue posible, porque ni su tío le dio licencia ni el temporal le dio lugar para hacer jornada, con que andaba Carlos como espantado, fuera de sí, porque un amante no vive si no es adonde ama. Echábanlo de ver sus amigos, de que se le ocasionaban reprehensiones, las cuales no labraban en su pecho más que un ordinario enfado, sin poder dar respuesta a sus amigos, porque la razón, aun a los más apasionados convence. Con esta desazón le detuvieron el tiempo y sus amigos hasta el enero siguiente, que tuvo

una carta de doña María en que le avisaba cómo estaba determinada a venirse a Madrid, y a qué Carlos se detenía tanto, que su padre había muerto; que sus hermanas se morían por ver la Corte, que le rogaba que compañía no saliese a recibirlas, por no dar nota a la gente que iría en su compañía; que para principios de abril sería su jornada. Con esta carta quiso Carlos romper por todo, pero sus amigos le divirtieron del intento, acabando con él que no saliese de Madrid, como lo hizo, porque un discreto, aunque el apetito atropella, siempre da lugar para que venza la prudencia.

Pasose el tiempo más desabrido del invierno, dando lugar a que doña María con su madre y hermanas llegasen a Madrid. Apeáronse en una casa que Carlos les tenía prevenida en la calle de La Luna, donde con sumo gozo se vieron los dos amantes, que si⁷⁰⁰ en lo público se esmeraron simulaciones, en el espejo de sus ojos se publicaban los gozos con que sus dos corazones se festejaban. La madre de doña María bien tenía entendido el cariño de los dos amantes, pero como dependía su vanidad, con su sustento, del gusto de sus hijas, no se había atrevido a barajar el vicioso trato de Carlos con su hija, que les duró por espacio de seis meses, hasta que Dios fue servido de romper el vicioso lazo, con que le dio vista a Carlos para que conociese su despeño.

CAPÍTULO XXIX

Suceso de doña María, por cuya causa sale Carlos de Madrid

QUÉ breves son las horas que permite el vicio al gusto! ¡Qué apresurados los términos de la alegría en el solar vicioso! ¡Qué fatales pronósticos los de la culpa! Y al fin, ¡qué bueno es Dios para el hombre, pues del veneno del pecado forma triaca de escarmientos al corazón más doliente del tosigo de la culpa!

En los seis meses que les permitió el vicio descanso a los dos amantes les sucedieron mil azares,⁷⁰¹ porque no es nuevo ser azar lo que parece ser flor;⁷⁰² pero el continuado cariño los animaba a tolerar con buen ánimo la mala condición de la madre de doña María, la cual, o porque quería vender a mayor precio la buena cara de sus hijas (¡infame trato!), o porque quería ver lograda la hermosura en brazos de la estimación, fuese su dictamen el que fuese, la madre de doña María procuraba barajar el amoroso empleo de los dos amantes, cuya industria o traza fue causa de la muerte de su hija, si feliz ocasión de la vida del alma de Carlos, lograda en el último lance de la Fortuna. ¡Dichoso hombre, que aseguró su salvación con la experiencia del ajeno afán!

La traza fue muy común, aunque muy costosa. Vendida la tenía ya a su hija con el peso de la honra, aficionándola al empleo del matrimonio. Con esta voz fueron muchos los que apetecieron el oropel de la cortesana recién venida, aunque todos se casaban de futuro, pero ninguno de presente, pretendiendo gozar de contado a pagar con letra de promesa. Destos engaños cortesanos gustaba doña María, porque como amaba tiernamente a Car-

700.- Suplo 'sí' (p. 311).

701.- Orig.: 'azahares' (p. 311).

702.- 'Azar' y 'flor' son términos del juego de naipes. 'Azar' es salir mal una jugada. 'Flor' es la jugada engañosa.

los (a quien su madre con la traza del matrimonio le procuraba apartar de su presencia), daba gracias al engaño por el bien que la estaba la continuación de su cariño. De ninguna destas agencias era Carlos noticioso, porque aunque doña María en el semblante daba a entender la desazón de su gusto, procuraba ocultar la verdadera causa, porque es política ordinaria de la voluntad ocultar las penas por que no se desazone el amor; pero no obstante el prudente disimulo de doña María, bien recelaba Carlos la contraria agencia de la madre de doña María; que es engaño manifiesto del traidor entender que la risa de la cara es bastante rebozo para ocultar su traición. Así sucedía en este caso, porque Carlos bien entendía el lance, pero como prudente menesteroso procuraba dar a entender a la madre y a la hija que tenía satisfacción de su trato, para que ni su dama de recelosa desmayase en su voluntad, ni la madre de conocida se despeñase contra él en su empeño. Con todo este penoso cuidado caminaba Carlos en el paraje de su vicio, hasta que la misma pena, o el merecido castigo, le abrió portillo para alcanzar a ver con la luz del propio conocimiento el despeño que le aguardaba si proseguía en su viciosa vida.

Vagaba en la Corte en este tiempo un ilustre caballero de pocos años en edad, si de muchas en sus vicios, corta capacidad, estremado en todo, porque en todo era vicioso, antojadizo. Como sus pasos eran todos encaminados a encontrar con novedades, sazones de su apetito liviano, tropezó su vista un día con la hermosura de doña María: día triste si fatal para la dama, cuanto alegre y gustoso para el antojadizo galán. Fue en el Prado⁷⁰³ la primera vista, con que pudo prudentemente juzgar que todos sus anhelos se podían quedar como primerizas flores, que nacen con la luz para acabar con su vida a la primer tiniebla. No fue así en este vicioso caballero, pues habiendo reconocido el empleo de su gusto entre dos luces, despidiéndose ya el día, cobró nuevas fuerzas cuando se certificó con la luz (que fue premio de su devalo dar alcance a la casa donde se ocultaba su cuidado). Rondó la calle antes de dar el asalto al homenaje de su anhelo, por si hallaba algún tropiezo a su liviana pretensión. No halló ninguno, porque el de Carlos, que la visitaba en su casa raras veces, aunque en otra se trataban cada día; con esta noticia se aseguró de que podía pretender sin tropiezo que le embarazase el empeño.

El primer tiro que hizo fue a la muralla de la madre que guardaba aquella joya. Supo un día que asistía sola en su casa, porque sus hijas, con otras amigas, habían salido a paseo. Con esta ocasión la visitó para darla a entender su achaque, procuró que fuese el médico que tomase por su cuenta la cura de su enfermedad. A toda esta relación de su mal le recetó desvíos, sin darle esperanza alguna de su achacosa pretensión, para cuyo fin pagó el desengaño de la madre con una joya de precio para la hija, procurando darla a entender que si así pagaba desvíos, ¿cómo satisfaría halagos? No parece que la taimada vieja quería recibir la joya, pero fueron tales las súplicas de don Fernando (que este era su nombre), acompañadas de las atractivas luces de los diamantes, que doblaron su industriosa disimulación, comunicándole en retorno un breve consuelo de esperanza.

Con esta fuerte si bien dispuesta batería se retiró el antojado galán. Volvió doña María del campo, a quien su madre le presentó la joya advirtiéndola que eran despojos de un rendido amante; que la acetase dejándose gobernar por su industria, de quien esperaba que la mejoraría de más honrosa fortuna. Miró doña María la joya sin tocarla (que es muy

703.- El Paseo del Prado, la alameda por la cual damas y caballeros se paseaban en coches por las tardes.

escrupuloso el cariño); respondió a su madre procurando que valiese su razón en la sala del más apasionado juicio. Por ningún lado (la dijo) me puede estar bien el recibir la joya, porque si era por galanteo, ya se sabía que no trataba de eso, porque sólo Carlos había de ser su galán mientras viviese; que siendo así, no era bien admitir agasajo, pues no se le había de dar satisfacción; que si era empeño para matrimonio, que tampoco debía admitir la dadiva, porque parecía compra donde la tela no se vendía, con que se resolvía a desechar la prenda.

Muy cortada quedó la astuta vieja con la respuesta de la hija; pero sin darse por despedida lo remitió a donaire vergonzoso, asegurando su pretensión en la porfía de su agencia. De la cual se amohinaba su hija, pero sin que la aprovechase, porque era empeño de su madre el galanteo del nuevo amante que hacía milagros de liberal. Otra mayor pena era la que angustiaba a la desgraciada doña María, que era ocultar estos tratos a Carlos, que impaciente discursivo le refería su celoso sentimiento, el cual a fuerza de industria cariñosa procuraba la dama sosegar. No obstante, siempre el peso del recelo amante brumaba el fatigado corazón de Carlos, con que era fuerza que resultase su pena en sentimiento lastimoso de su dama.

En este estado vivían los dos amantes cuando, desesperada la madre de conseguir su pretensión por el camino que había tomado, procuró dar un tiento a la desesperación. Obligola a tomar esta derrota las extraordinarias hazañerías de el apetitoso galán, a quien (a su parecer) veía herido de la mortal herida de amar a su hija doña María, que disgustaba de su galanteo embriagada de los amores de Carlos, dificultad que no había podido vencer con su mañosa agencia, con que se determinó al último aliento. Apresurole esta ejecución la traza de don Fernando, que sintiéndose desfallecer de su antojo, la amenazó con la ruina de su casa.

Turbose la ambiciosa madre, con que trató de sosegar a don Fernando haciéndole noticioso de cómo su hija doña María vivía enamorada de un caballero que la galanteaba para casamiento, con que hacía dificultosa la pretensión por todos lados, porque su voluntad, con la coyunda de la esperanza del matrimonio, la obligaba a dar de mano a su galanteo; que ella era la que más perdía, lo cual se conocía en su empeño, pero que mientras Carlos la asistiese juzgaba que a ningún partido se rendiría aquella fuerza; que diese traza como apartar a Carlos de su casa, que era el medio más eficaz para salir con su pretensión.

—Si no está más que en eso mi vida, delo vuesa merced por hecho; que no pasarán veinte y cuatro horas sin que yo disuelva este amoroso trato⁷⁰⁴ —dijo el arrebatado amante—. Vuesa merced no pierda punto en hacerme merced, que lo que toca a mi diligencia no la dé cuidado.

Ya a la madre la había pesado de haber dicho al desesperado amante el punto de la dificultad con que se embarazaba su pretensión, con que volvió sobre sí diciendo:

—No entiendas, hijo, que lo que te he dicho ha de ser para ocasionarte a precipitada cólera contra Carlos, que eso será acabar con todo, porque si Mariquita llegara a entender que por su causa padecía Carlos algún detrimento, no fuera posible acabar con su natural a que dejase el empeño de arrojarse en una desesperación que a todos nos estuviera mal. Esto ha de ser con modo, con maña, porque por violencia somos perdidos. La traza que a mí se me ofrece es que tú dispongas a alguna persona grave, de quien no se pueda enten-

704.- Orig.: 'rato' (p. 315).

der simulación, la cual hable a su tío, a quien Carlos respeta como a padre, que le obligue a salir de Madrid a título de otro negocio, con que quedaremos consiguiendo nuestra pretensión; porque eso de quitarle la vida no nos está bien a ninguno, porque con su muerte pierdo mi casa, y vos a Mariquita, que es una venenosa sierpe en tocándole a Carlos su amante. Pensémoslo bien, que a todos nos importa.

Atendida de don Fernando la traza de la madre de doña María, aunque tenía ya tomada resolución de quitar la vida a Carlos; no obstante como amaba con antojo, cejó de lo determinado haciéndole fuerza lo que le dijo la madre de doña María, que si Carlos padecía algún detrimento lo pagaría su amor, con que se resolvió a seguir el consejo de la mañosa vieja. Despidiose con este intento, prometiendo seguir su dictamen, como lo vería por la experiencia.

Mientras la madre le estaba diciendo a don Fernando cómo Carlos era el impedimento de su pretensión pasó por junto a la sala donde estaban una criada de doña María que era toda su confidencia, la cual atendiendo con cuidado, oyó decir a la vieja cómo Carlos impedía su pretensión, a que respondió don Fernando que presto disolvería el lazo de los dos amantes. No se atrevió la criada a ser centinela de lo demás de la conversación, retirándose cautelosa por que no lo entendiese su ama; la cual apenas despidió la visita cuando se entró a saber si las criadas estaban ocupadas en el ejercicio de sus haciendas. Reconoció que lo estaban, con que se aseguró de su recelo. A breve rato vino doña María, con las demás amigas, de fuera, y viéndola su madre alegre, no quiso perder la ocasión, dándole noticia de cómo su amante don Fernando había estado en su casa desesperado de la pretensión de amor, de que le resultaba precipitada cólera, amenazando de despojar de la vida a Carlos por ser la causa del mal suceso de su pretensión. Turbada quedó doña María con la mañosa traza de su madre, porque como todo le tocaba en el alma, temblaba el corazón con temerosos celos; pero no obstante, aunque desmayada de medrosa, la preguntó a su madre si había procurado apartar a don Fernando de su intento, a que respondió la madre:

—Sí, hija, ya quedamos en eso; pero como don Fernando está tan loco por tus amores temo su resolución, aunque prometió que se valdría de una persona religiosa de grande autoridad para que dispusiese medios con que Carlos desistiese de la empresa, que según el efecto que hiciese su diligencia, tomaría él la resolución.

—Mal camino tomó don Fernando —dijo doña María— para conseguir su antojo, porque tocarme a Carlos es herirme en⁷⁰⁵ el alma, y es muy mal medio maltratar el corazón para rendir la voluntad. Vuesa merced, si me quiere ver viva, tome el manto, procure decirle a don Fernando que Carlos es toda mi vida, que si se la quita me pierde, pudiendo alargar su esperanza a que si se la conserva me gane.

Con esta resolución se apartó doña María de su madre, la cual temerosa de su hija, buscó a don Fernando, el cual ya había hecho la diligencia del tío de Carlos, que quedó atemorizado con la amenaza contra la vida de su sobrino tanto como su dama doña María. La madre procuró hacer todas sus diligencias con don Fernando, pero a todo la respondió que Carlos, o por muerte o por ausencia, había de faltar a doña María; que no se quejase, pues ella, que era ladrón de casa, le había dado noticia de la dificultad que pa-

705.- Orig.: 'con' (p. 317).

decía su pretensión con la asistencia de Carlos; que en esto no la ofendía, antes le parecía la lisonjeaba con introducir en su casa un asistente más amante, menos cosquilloso, con más conveniencias.

Quedó la vieja con esta resolución de don Fernando temerosa, pareciéndola que si Carlos entendía la maraña era fuerza hacer duelo, de que resultaría peligrar alguno de los dos, con que su casa, sus hijas, peligrarían también. No obstante esta cuerda consideración, dejó el suceso a la disposición del tiempo; volvió a casa, donde halló a su hija, a quien con toda disimulación dijo cómo su amante don Fernando era tan suyo que la había respondido que no quería más que su gusto, que bastaba que doña María disgustase de su resolución para ceder del estrago que su poderosa mano podía ejecutar en su Carlos. Ya en este tiempo la criada de doña María la había dicho las palabras que había oído a su madre cuando estaba en visita con don Fernando, de que había sacado el corazón de doña María recelosos presagios de su mala fortuna; pero no quiso darse por entendida con su madre; sólo la dijo que no se cansase, porque galán por galán, ninguno para su gusto sino Carlos.

De todos estos embarazos peligrosos estaba Carlos sin alguna noticia. Retirose a su casa a tiempo que halló a su tío muy congojado con la noticia que le habían⁷⁰⁶ dado de que si no apartaba a Carlos de Madrid le habían de quitar la vida. La persona que se lo advirtió era de tanta autoridad que no pudo dejar de darle crédito, con que el anciano prebendado procuró encaminar la acción con prudencia prevenida, como lo hizo, pues sin darse por entendido gobernó la materia de manera que consiguió el buen suceso que deseaba. Fingió una carta de un amigo suyo de Segovia, en que le pedía que, ya que por sus achaques no podía asistirle, le enviase persona tal que le pudiese acompañar en un negocio en que le iba la reputación; que fuese luego luego, porque en la presteza estaba la seguridad de su buen suceso. Con esta carta le halló Carlos a su tío en la mano, procurando hacer el papel de pensativo cuidadoso.

Preguntóle Carlos la causa de tan silencioso pensar; fuele respondido que sus años, con sus achaques, eran los que le molestaban, pues eran causa de no se pusiese en camino tan corto como era de Madrid a Segovia a socorrer a un amigo en un aprieto de reputación, que le fatigaba estar impedido en ocasión en que debía cumplir con sus obligaciones asistiendo a un caballero a quien debía todo afecto. Carlos que se picaba de honrado, correspondiente a su buena sangre, no hubo menester más espuela para salir de carrera a ofrecerse a su tío para que en su lugar, si era posible, fuese él a suplir por su persona. Fácilmente le acetó la oferta el discreto prebendado, pues no deseaba otra cosa, que era a lo que tiraba su mañosa discreción, con que le dijo:

—Pues ya que queréis ser mi sustituto para cumplir mis obligaciones, ha de ser luego la ejecución, por que la tardanza no estrague el buen suceso de la gratitud. Al punto montad a caballo para que vais amanecer a Segovia.

Esta postrera cláusula del mandato de su tío no se atrevió Carlos a obedecer, porque quería antes de ausentarse satisfacer a doña María con lo forzoso de su jornada. Rehusó Carlos salir aquella noche, pero su tío porfiaba en que era necesario salir luego; pero como las amantes son retóricos llevados del ardor de sus afectos, persuadió Carlos a su tío que

706.— Orig: 'avía' (p. 318).

se dejase la jornada hasta la mañana. La cual llegada, antes de ponerse de color⁷⁰⁷ se fue a casa de doña María, la cual ya sabía por medio de un criado de Carlos lo que había pasado con su tío, que era resulta de la amenaza que le habían hecho contra la vida de Carlos, de que dio doña María gracias a la Fortuna de haber sacado a su galán de tan manifiesto peligro con tan airosa disimulación.

Llegó Carlos a su presencia, propuso su jornada; pero aunque los recelos del peligro de su amante diligenciaban el buen despacho de su dama, la voluntad enamorada, turbada de que se le barajaba la posesión, pretendiendo barajar con llanto lo que debía pretender con ansia, muda retórica si violenta fuerza fueron las lágrimas de doña María, pues obligaron a Carlos a cejar de la obediencia de su tío, pretendiendo aventurar ésta por la que imaginaba su voluntad que debía a su dama. La cual reparando en la fineza determinada de Carlos cuán mal les estaba a los dos, procuró ceder del derecho de la posesión de sus cariños por no aventurar a su galán al despeñadero de su vida. Dio la vuelta a su semblante a tiempo que juzgó Carlos que diligenciaba que disistiese de la jornada, pero halló que doña María hacía todo empeño en que obedeciese a su tío, obligándole con tantas veras a que no se saliese del orden de su voluntad, que conoció era la suya el obedecer a su tío; pero no satisfecha doña María de que Carlos lo creía así, le procuró asegurar advirtiéndole que el sentimiento del alma en la ausencia de su dueño era natural flaqueza publicarla con el rocío de lágrimas, pero que siempre tenía lugar la razón, como más soberana, aunque la voluntad más se empeñase; que era verdad que lo sentía como amante, pero como tan suya, le pedía no atendiese a su sentimiento, sino a su razón, que gobernada con prudencia la obligaba a que le instase a que se fuese sin reparar en sus penas, pues cumplía con todos: con su tío juntamente con su afecto, de que quedaba obligada. Tan bien se lo supo decir doña María, tomolo tan a pechos obligada del recelo de su voluntad, que le obligó a Carlos a salir de Madrid dentro de una hora, porque es muy soberano el poder cuando se acompaña con el cariño, si tiene amor el que ha de obedecer.

Asegurada doña María de sus recelos con la obediencia de su Adonis Carlos, trató de moderar a don Fernando procurando con modestia desbaratar la máquina ruidosa de su anhelo, para cuyo efecto se retiró de la conversación ordinaria, dando a entender a su madre el sentimiento que le había causado la ausencia de Carlos, de quien su voluntad no se mudaría si no fuese por el honor del matrimonio: golpe que desahució a su madre de la esperanza que tenía de que don Fernando fuese el dueño de su casa. Pero la resolución de su hija la barajó su intento, con que la fue forzoso desengañar a don Fernando, que picado de la dificultad, o herido del duelo de que no fuese él el admitido en competencia de más antigua correspondencia, lo consideró, desesperado, por espacio de un mes, tiempo en que (¡oh liviandad bestial!) se determinó a vencer aquel imposible aunque atropellase por las heredados blasones de sus padres. Para cuyo efecto se fue a casa de doña María todo bañado en lágrimas (¡oh, lo que sabe fingir el apetito!), ahogado en penas, desesperado en ansias; pidió licencia para visitar a su madre, franquearon la puerta hasta la sala, donde hallaron a la imprudente vieja, que sin dejarle hablar le dijo:

—Hasta ahora, señor don Fernando, le he dado a vuesa merced trazas como conquistar el imposible de la voluntad de María, pareciéndome que en su amistad ganaba esta

707.— Las ropas de camino solían ser coloridas, fuera del riguroso negro que se vestía en la Corte.

casa honra y provecho, que mi hija, como más interesada, abriría los ojos para ver esta verdad, para cuyo efecto le avisé a vuesa merced cómo el único remedio de su achaque era la ausencia de Carlos. Ésta se ejecutó habrá un mes, en cuyo término no he faltado a la solicitud de mi deseo, procurando mover el corazón desta fiera a que se rindiese a darle a vuesa merced alguna esperanza de su pretensión; pero nada le ha movido, antes pienso que hoy está de peor calidad, porque cuando aquí estaba Carlos hablaba, veíamosla la cara alegre, pero hoy vive retirada, sin comunicar las amigas, ni a su madre ni a sus hermanas, negándose a codo genero de desahogo. Si alguna vez la digo que se alegre, que dé lugar a vuestro galanteo, me responde que vos no la galanteáis para mujer propia, porque no puede ser, sino para dama; que para eso, galán tiene a su gusto, por quien perderá la vida si fuere necesario. Toda esta verdad os he querido decir antes que me habládes palabra, para que conozcáis mi corta fortuna, pues entrando vos en esta casa, ni la necesidad me fatigara ni el crédito de mis hijas padeciera más ultrajes. Lo que os suplico es que, ya que mi dicha me es tan contraria, no la ayudéis a rodar al precipicio de la infelicidad: moderaos en las publicidades, retiraos de mi casa, porque mi hija adolece de pena, mi honra muere del recelo de un estrago. Esto os pido humildemente, os lo suplican mis lágrimas, mis ansias, mi honor, que es más que todo. Fiada estoy en que pudiendo dar tanta honra como habéis heredado con vuestra sangre, no la queráis ajar a nadie.

Suspense quedó don Fernando con la súplica de la madre de doña María, porque como todo era apartarle de su intento, sus sentidos no se atrevieron a más que suspenderse; pero como su determinación era un frenesí del apetito, no hizo operación en él la medicina eficaz de desengaños, con que acercándose a la madre de doña María, la dijo:

—Muy de otro color del que solía vengo ahora, señora, porque si vuesa merced, con mi con señora doña María, juzgan que mi entrada en su casa es con pretensión de galán se engañan, porque mi voluntad está tan apurada que no quiere hacer tal ofensa a mi señora doña María que la quiera para dama: para dueño la pido, para esposa la deseo; que no hay impedimento que lo embarace, porque donde vive mi gusto vive mi honra con sosiego. Vuesa merced la haga llamar para que entienda la última resolución de mi voluntad.

Levantose la madre, llamó a doña María, la cual violentada de todas las de su casa, pareció delante de don Fernando, el cual la volvió a repetir su intento con más sentidas razones, como quien reconocía la presencia de su dama. Nunca doña María juzgó por posible la locura de don Fernando, con que cuando se aseguró ser verdad quedó como fuera de sí, admirada del suceso. No obstante, cobrando valor con la fuerza de la razón que la profetizaba el alma (que como leal la anunciaba fatales tragedias de su vida), le respondió con modesta discreción, procurando reducir su licencioso apetito a términos razonables:

—Bien se echa de ver —le dijo— que lo que llaman amor es locura, pues el vuestro, don Fernando, siendo vos quien sois, pone en habla matrimonio con una mujer como yo, cuyas prendas son calidad humilde, hacienda ninguna, con mucha liviandad, que de todo tenéis noticia, siendo mozo, galán, descendiente de las mejores casas de Castilla, con muchos mil ducados de renta. Esto, en suma, es la verdad, la cual con toda claridad os he dicho para que os avergoncéis de sólo el haberlo pensado. La honra de daros la mano de esposa ya se ve cuál es, pero lo que mañana se ha de deshacer en la publicidad de un tribunal, no quiero dar lugar para que se efetúe con un engaño. Estimo la voluntad que

me mostráis, pero advertid que para esposa soy chica, si para dama soy grande. Suplícoos no os canséis en ofenderme, porque tanto ruido sin razón es más molestia que voluntad.

Con esto se retiró doña María, dejando furioso a don Fernando, que aseguraba con juramentos horribles que los elementos se habían de trastocar o él había de conseguir el deseado fin de la mano de doña María. La madre le procuró moderar, pero no fue posible. Llegó la noche pidiéndole que se fuese; respondió que le quitasen la vida, pero que de otro modo no saldría la de su casa. No bastaron sumisiones de la madre, súplicas de las hijas, en que entraba también doña María; pero a todo respondía que él era esposo de doña María en el alma, que no saldría hasta que lo fuese también en⁷⁰⁸ el cuerpo. Las lágrimas de todas le obligaron a retirarse a un aposento de la escalera, en que hizo por quince días su estancia, tan acabado de fuerzas, que no parecía hombre, sino fantasma. Todas estas locuras de don Fernando labraron en doña María cierta razón de estado, a quien llamaba compasión, con que más humana se dejaba comunicar. Este fue el principio para que a doña María le pareciese muy bien la boda, la cual se hizo, habiendo precedido las amonestaciones con todos requisitos, para⁷⁰⁹ la seguridad de el empeño, en el cual se quedarán hasta el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXX

Muere doña María, con que escarmienta Carlos

TANTA vida le permite la traición a la lealtad cuanto tarda el ruin corazón en determinarse a ejecutar el acto de ingratitud, con que tanto vive el leal como le gusta al traidor. Muy fuera de imaginar tan raros sucesos estaba Carlos en Segovia, detenido de los cariños de su dama doña María si también obligado de las atenciones de un caballero de aquel lugar amigo de su tío, de quien industriado, entretenía a⁷¹⁰ Carlos con políticas apariencias, aunque no fueran bastante fuerza a no ayudarle doña María con la estafeta dos días en la semana con cartas llenas de caricias pretendientes de que se estuviese en Segovia (porque si volvía a Madrid descubriría el escollo de la pretensión de don Fernando ayudado de la agencia de su madre), con que vivía Carlos seguro, en confianza de los empeños favorables de su dama, sin que le turbasen los agrios de la ausencia, pues le alimentaba con finezas su amada. No obstante, algo le decía el corazón, si no mucho, pero la voluntad lo desmentía, si no todo, lo que bastaba a convalecer del cuidado. Pronosticábale el alma, en la enfermedad de la ausencia, muerte de ingratitud, pero las letras de oro de su dama en vaso de triaca de papeles le volvían a la vida del consuelo. ¡Oh engaño sabroso, dulce adulación del amor, feliz hechizo de la voluntad, pues en estragos de fatal anuncio basta una letra para acabar con la muerte de una pena dándole nueva vida de una dicha!

708.- Suplo 'en' (p. 323).

709.- Orig.: 'par' (p. 323).

710.- Suplo 'a' (p. 324).

En esta armoniosa delectación de sentidos, si no adulada afectación de potencias, vivía Carlos cuando (¡oh mal, que presto caminas!) recibió una carta de su dama sin que el corazón le dijese sus recelos, porque quizás se quiso vengar desta vez del poco crédito que daba su voluntad a los anuncios que siempre le advertía. ¡Oh bárbara potencia si no lo gobierna la razón! Rompió la neta entre el descuido y el cuidado, porque nunca vive tan seguro, el que es discreto, que le robe la pasión todo el sentido. Abrió la carta, donde vio que decía así:

Aunque la voluntad, Carlos, suele oprimir al honor, pero éste, si le sopla el aire de vanidad con fuerzas de estimación, rompe la más fuerte cadena de el cariño, acabando con la coyunda más robusta de el amor. Todo esto te digo por darte a entender que me he casado con don Fernando, en que la vanidad de mi estimación voló como violenta mina la fuerza de nuestra amistad. Ya, Carlos, no soy tuya a fuerza de las violencias de el crecer; de don Fernando soy. No te digo más, porque bien sabes tú cuál fue mi voluntad. No me llames ingrata, porque no lo soy; dime que soy vana, que fui necia, que todo cabe en mí. Doña María.

Turbado, o como fuera de sí, quedó Carlos con la impensada novedad de que doña María le daba noticia en su carta, la cual volvió a leer muchas veces sin acabar de dar crédito a la verdad, que mensajeros sus ojos, envueltos en tiernas lágrimas publicaban desengaños. No sabía Carlos qué hacerse, con que formó un tribunal en su memoria donde asistieron como partes el amor ciego y la verdad con vista. Ésta alegaba no ser nuevo el presente suceso, pues el vicio amoroso siempre fenece con infiel gratitud; el vendado amor, como sin vista, proponía dificultades al hecho, tropelías a los sentidos, imposibles a la razón, contrariedades a todo lo que la experiencia tocaba. Indeterminable estaba Carlos, juez de dos contrarios litigantes, pues como le arrastraba la pasión del afecto no se aseguraba de la verdad, la cual sangrientamente imperiosa le desengañaba fiel cuando el amor le adulaba con engaños, a quien daba algún crédito, pero con recelos de que fuese más cierta su desgracia de lo que proponía industrioso su afecto; pero como contra el sol de la verdad no hay nubes de fantasía que la oculten para el que la quiere saber. Carlos, aunque apasionado de amante, dio crédito al mal suceso de su voluntad, con que dando de mano a incredulidades necias dio lugar al sentimiento, que a violencias de ahogos pretendía zozobrar el corazón de Carlos en el mar de su aflicción; pero como las experiencias hacen maestros, procuró Carlos cobrarse, porque no siempre está el sentimiento para desfogar en lágrimas.

Procuró Carlos hacer estómago de valor para hacer la digestión de tan dura pena. Retirose a su casa, donde atendió a desfogar su ahogo dando cuenta dél al caballero en cuya casa vivía, a quien pidió consejo para moderar su fatiga, porque el juicio atropellado de la tempestad de penas no está en disposición para ser piloto a solas en la derrota de el acierto. Mostrole la carta, hízole relación de su empeño, dándole noticia de la duración de su amistad. Atento estuvo el caballero amigo a la relación que le hizo Carlos de su aflicción, a que respondió, con la claridad que debía a su nobleza:

—Muchos días ha que tengo noticia de vuestro empeño, tanto, que vos mismo no la tenéis tanta como yo, porque no sabéis que la causa por que vuestro tío os envió a Segovia, que fueron recelos suyos de que don Fernando, esposo de vuestra dama, os despojase de la vida, porque así se lo avisó persona de todo crédito, para cuyo efecto fingió la carta con

que os obligó a venir a Segovia. Vuestra dama con el mismo presupuesto me ha escrito algunas veces os detuviese, dando por razón los mismos temores de vuestro tío, con que os podéis consolar, dando gracias a Dios de que a fuerza de un ingrato proceder os ha sacado de un empeño de tanto vicio como peligroso. Claro está que el sentimiento es preciso, pero es gran medicina para un achaque de la voluntad la purga de la ingratitud. Ésta, ya vuestros ojos dan fee della tocándola en los breves renglones de esa carta, con que no hay sino hacer buena cara al trabajo, pues se sigue dél el conocimiento de una infame correspondencia. Alegraos, amigo, con la experiencia, aunque sea costosa. Vámonos a la plaza, donde hallaremos con qué divertir el pesar en la diferencia de humores entendidos de segovianos ingenios. A vos no os toca en el crédito este azar de la Fortuna: en el gusto hace su efecto Vencer la vil fuerza del apetito, pequeña victoria es para un tan gran juicio como el vuestro. Vamos, amigo; dad lugar a la razón para que por la senda de la experiencia llegue al fin dichoso del conocimiento; que con esto es fácil descartar la pena que os maltrata, porque no hace herida la congoja cuando se conoce la causa tan contraria a la razón.

Con esto acabó de razonar el amigo, dando lugar a que Carlos, con principios de reconocido, le dijese que aunque la amorosa pasión le fatigaba, la medicina de la ingratitud le daba alientos para curar su voluntad doliente.

—El sentimiento, como vos decís, es natural; pero dando lugar a la razón, pienso desfogar el fuego de mis ansias en la helada esfera de lo ingrato, con que aunque más me hiera la voluntad con memorias del cariño, me despigaré con la experiencia del término infeliz de mi vicioso amor. Mudar de gusto me conviene, barajar el naipe me importa, para que con contrario alimento renueve a mejor vida mi constante si mal pagada voluntad.

Con este último acento se salieron los dos en busca de la conversación, donde halló Carlos nuevos desengaños en varios sucesos del vicio, que todos remataban en ingrata correspondencia, habiendo sido su principio una voluntad rendida a un⁷¹¹ dulce si sabroso embeleso. De todo echó mano Carlos, porque un bien acuchillado, de todo se vale para el reparo que pretende, de que resultó que Carlos se asegurase más en su determinación con dar de mano a la convalecencia del achaque de su mal correspondido afecto, con que sin responder a doña María procuró muchos días romper la cadena del cariño de su voluntad pretendiendo la libertad del consuelo. ¡Oh, con qué pretensión se halla un corazón asido a la cadena del amor torpe, pero con qué dificultad se deshace del duro lazo! Bien puede escarmentar el más atento si puede aprender a huir el más cuidadoso.

No era menor el ahogo con que doña María lidiaba en la palestra de su nuevo empleo, pues aunque en lo público su esposo procuraba acreditar el gusto con que vivía en competencia de su esposa, lo desazonado del alma se le conocía en los ojos, porque es engaño manifiesto querer ocultar a los ojos lo que siente el corazón. No obstante, igualmente obraba con su esposa en las atenciones del cariño, pero aunque éstas divertían algo de la pasión interior, reventaban en traidoras apariencias, mal rebozadas simulaciones. Estas mudas señas de su mal la obligaban a doña María a tratar sólo de enamorar a su esposo, pero con tan mala fortuna lo ejecutaba, que aunque era correspondida en lo forzoso, trataba ya don Fernando de sacudir el yugo de su cuello; huía ya todo lo que podía de su asistencia, recelábase del tiempo que llegaba a los umbrales de la noche, que era el que le acercaba al

711.- Orig.: 'aun' (p. 327).

tálamo tan apetecido, rehusaba la amorosa coyunda; tenía, al fin, los cariños de su esposa como zozobras de una pena. ¡Oh, qué fácilmente se ahíta el apetito del vicioso! ¡Qué novelero es su amor, qué veleitosa su voluntad! ¡Quién tal imaginara de los excesos del amor de don Fernando? ¡Quién tal dijera de los extremos de su voluntad? ¡Quién adivinara tan desastrado fin en un amor que apenas se le conocieron niñeces porque siempre fue gigante? ¡Oh infame vicio! ¡Oh torpe liviandad! ¡Oh villana locura!

Como asustado, o fuera de sí, andaba don Fernando, sin saber el rumbo que tomar en el viaje de su pretensión. Veíase casado, ajada su calidad tras el malbarato de su hacienda. Considerábase ligado a la infame coyunda de una mujer de mal trato, sujeto a los amores de una vil hermosura sin hallar forma como salir de aquel lazo en que le enlazaron sus locos apetitos. Todo le causaba ruidoso aparato a su imaginación, conque desesperado en dar forma para su alivio, dio cuenta del aprieto en que se hallaba a un pariente suyo que era muy dado al duelo de la honra, el cual le afeó lo hecho de manera que puso el corazón de don Fernando en mucho peor estado del que tenía, porque le borró del alma toda la llama que pudo quedar del incendio de su amor introduciéndole vergonzosa rabia, vengadora furia de la necedad que causó su desbaratada locura; pero no obstante el encono en que le procuró introducir el pariente, hizo don Fernando diligencia con algunos letrados, tomando su parecer acerca de si había alguna nulidad dirimente en su matrimonio para salir de aquel abogo. Muchos fueron de parecer que sí, porque miraban a que se siguiese pleito (porque a larga demanda, letrado rico). Otros, más estadistas, daban medios, pero todos en contra del sosiego de doña María, la cual sin saber desta tempestad que la amenazaba, vivía temerosa de los resabios de la nave de su fortuna, porque aunque don Fernando procuraba darla a entender que vivía gustoso con su trato, pero por instantes la decía el alma de que trazaba su muerte.

La cual no temía⁷¹² en balde su corazón, pues apretado don Fernando del horror que le causaba su infamia, de los baldones que ya le daban sus parientes, y, para mayor torcedor, de una boda que le trataban sus mayores, igual en calidad, en hacienda, con mayor dote de hermosura, sí⁷¹³ se desesperó para tratar de sacudir este pesado yugo sin dar a entender al mundo su desacierto. Propuso a sus parientes su infamia dándola nombre de hechicería, por cuya causa no pudo refrenar su voluntad. Consultose el caso en consejo interesado, donde asistían por consejeros los que observan leyes del duelo (que es lo mismo que del Demonio) sin acordarse de los preceptos de la Ley de Dios: fue condenada doña María a muerte sin haber delinquido en el hecho en más que haber dado oídos a un loco de apetitos (que no es pequeña culpa si se juzga en el tribunal del entendimiento). Fue la sentencia ejecutada por medio de un bocado de veneno, con tan ajustada proporción, que al tercero día destrozó la flor de la hermosura, vuelta en frío cadáver de belleza.

En este tiempo vivía Carlos en Segovia sin atreverse a volver a Madrid, porque como los trabajos de el vicio le tenían tan medroso como escarmentado, huía las ocasiones del despeño; pero como Dios ya le contaba por uno de los suyos, le puso en la ocasión para que le sirviese. Ofreciose que corrían toros en Madrid, cuya fiesta quiso gozar su amigo

712.- Orig.: 'tenía' (p. 329). y la fe de erratas no acierta con la enmienda.

713.- Esta vez sí, ya del todo.

el segoviano, con⁷¹⁴ que le obligó a que le hiciese compañía. Rehusó Carlos la jornada, pero como su amigo tenía gusto en ello, fue fuerza conformarse con su voluntad. Hízose la jornada con toda comodidad, con que llegaron a Madrid sin los azotes de los ahogos del sol. La noche antes de los toros la tuvieron en la plaza, donde la multitud de músicas chabacanas en compañía de cortesanas asistencias entretuvieron los forasteros andantes. A la mañana, el encierro les hizo plato al gusto. A la tarde, con valientes si diestros rejones ejecutados en la bravosidad de las fieras solemnizados con populares víctores entretuvieron el tiempo a los mirones; sólo Carlos con el achaque de melancolía faltaba al aplauso de tan aparatosa alegría, porque si el alma adolece, no hacen efecto las medicinas.

En la cera cercana donde Carlos estaba alcanzó a ver a doña María, que profetizando su muerte se entretenía en la fiesta con suspiros; cargada del torpe humor de sus recelos, no atendía al ruidoso aplauso del festejo, porque sólo miraba al Cielo, a quien pedía valor para sobrellevar tantas desdichas. Condoliose Carlos con el triste semblante de su amada prenda. Claro está que su voluntad, aún no bien convalecida, juzgaría eran lutos por su amor, pero a la verdad no eran sino torcedores de sus presagios. Tan embebida estaba doña María en su profunda imaginación, que no reparó en que Carlos la miraba, aunque una dama que a su lado estaba, en cuya casa se solían ver los dos amantes, lo reparó; pero por no darla más pena no se lo advirtió a doña María hasta que se acabó el concurso. A que respondió:

—Esté muy en hora buena Carlos, pues merece esa dicha al Cielo cuando yo esta pena por necia desvanecida.

Acabáronse los toros, siguióse la noche, en la cual la dijo doña María a su amiga:

—Mañana se va don Fernando a Toledo; no quisiera que a título de su ausencia se atreviera Carlos a entrar en mi casa, con que me ocasionará nuevas desazones con mi esposo. Por vida tuya que le avises que no trate de memorias pasadas, que bastan mis penas, que le suplico⁷¹⁵ no me ocasione pesares. Además, que él habrá ya mudado de color, con que no será necesario encargarle que no me vea; pero aunque yo lo puedo sentir, por el cariño que le he tenido, no me quejaré de su correspondencia, pues él ha cumplido como quien es, aunque yo en todo he sido la culpada.

—No hablemos en esto —la respondió la amiga—, que da pesadumbre; hablemos en los toros, que fueron buenos, así a pie como a caballo.

En esta plática las halló don Fernando, que volvía a cenar con determinación de ejecutar la mayor maldad que inventó la malicia humana. Despidiose la amiga, trataron de cenar, sacando don Fernando de los bolsillos por postre dos bocados de dulce, de que comió él uno, dando el otro a su mujer. ¡Desgraciada doña María que le comió! Acabose la cena, trataron de acostarse, hízose así; levantose don Fernando antes de amanecer, despidiose de su esposa doña María, con que montó a caballo para ir a Toledo. Aquella mañana se levantó doña María a la hora que acostumbraba, al parecer buena, con salud, aunque su mal humor no la daba lugar a que se alegrase. Llegó el tiempo de comer, en que apenas gustó de la vianda porque se sintió congojada, de que la resultó un mortal desmayo. Turbose la casa, llamaron al médico, que la halló con una gran calentura, sin atreverse a hacerla beneficio alguno hasta el otro día, juzgando ser fímera,⁷¹⁶ que la duraría todo aquel tiempo.

714.- Orig.: 'con|con' (p. 330).

715.- Orig.: 'soplico' (p. 331).

716.- Efímera. En el orig: 'fímera' (p. 332).

Pero llegó al tercer día, en el cual (¡Oh buen Dios, que piadoso que sois!) se le antojó a Carlos, muy acaso, a visitar a la amiga de doña María; buscola en su casa, respondiéronle que estaba en la de doña María, que había tres días que adolecía de un accidente peligroso. Tocole al corazón a Carlos la noticia que le dieron del peligro de la vida en que estaba doña María, porque aunque domesticado con escarmientos, olvida tarde el que bien quiere. Sin considerar el peligro a que se ponía (porque no sabía la ausencia de don Fernando), se determinó a visitar a doña María en su casa, que fue a tan buen tiempo que topó a la amiga de doña María al umbral de la puerta, la cual sin más reparo, por alegrar a la enferma, le introdujo en su cuarto.

No gustó poco doña María de que Carlos atropellase dificultades por asistirle en tiempo que faltaba don Fernando de su casa. Algo se alegró la desgraciada dama, pero como su muerte caminaba a largas jornadas, fue la alegría de paso. Su madre estaba fuera, con que Carlos la pudo hablar sin embarazo. Ya el violento veneno obraba su efecto, pues Carlos apenas conocía a doña María por lo disfigurada que la tenía el accidente. Tomola el pulso, que no le pareció bien. Dios que obraba en aquel aprieto con su suma misericordia, le enseñó a Carlos que hiciese el oficio de religioso advertido, diciéndola a doña María con un espíritu lleno de divina moción:

—Amiga: aunque mi voluntad ha sido tan viciosa, Dios, que es fiel Padre, me la ha mudado en esta ocasión para el bien de tu alma. Los accidentes de tu achaque son peligrosos: si no te has confesado, trata luego de ponerte bien con Dios, porque la medicina del alma es la mayor curación que puedes solicitar para tu vida humana. Perdóname si te molesto, porque, como te quiero con veras, puede en mí más los bienes que deseo granjearte de la gloria para siempre, que la desazón que te puedo ocasionar en la tierra.

Tan a tiempo fue hecha esta diligencia de Carlos, que movida doña María del auxilio Superior, incorporándose en la cama, vuelta a un Santo Cristo, con voz clara le dijo:

—Ya vos sabéis, Señor, las veces que he pedido, un año ha, a mi madre la medicina del sacramento de la Penitencia; mis pecados son de calidad que han cerrado la puerta a su conocimiento para negarme este bien, de que apelo a vuestra misericordiosa bondad suplicándoos que no permitáis que se pierda mi alma con accidente tan infeliz, teniendo en mi abono tanta sangre vuestra derramada en esta Cruz por mi remedio. Válgame, Señor, en esta hora para que me salve.

Y vuelta a Carlos, le dijo:

—Amigo: no sólo no disgusto del cuidado que tienes de la salvación de mi alma, sino que con todas las veras que puedo te suplico me traigas apriesa un confesor antes que mi madre vuelva, que embarace mi dicha.

Sin darla alguna respuesta bajó Carlos en busca de un padre de la medicina de la Gracia, a quien encaminó Dios, que era el que diligenciaba con su infinita bondad el remedio de aquella alma. En bajando Carlos al zaguán, que asomó a la calle, topó con un religioso amigo suyo, a quien al punto hizo subir al cuarto donde enfermaba doña María, a quien confesó con todo sosiego, quedando muy consolada la enferma, la cual con grandes ansias pidió le ministrase el sacramento de la Eucaristía, porque sentía era llegada la hora de dar cuenta a Dios de su viciosa vida. Carlos, que era el ministro de Dios en este aprieto (que también sabe Dios valerse de los pecadores para el bien de las almas redimidas con su sangre), salió a toda priesa a avisar a la parroquia; encontró con el médico en la escalera, volvió

con él a certificarse del estado de la enfermedad, tomó el médico el pulso, parecióle bien que comulgase, pero advirtió que no era el peligro tan de prisa, que bastaría que fuese a la noche, porque no daba tanta prisa el achaque, que queriendo Dios no era de muerte; que procurase sosegar la enferma; que hacía gran calor, con que ni los sacristanes ni el cura estarán en disposición de venir tan apriesa. Además, que no nos apresura el accidente.

Aunque la seguridad con que el médico habló podía sosegar a doña María, pero no fue así, porque como sentía la violencia del veneno que la había dado don Fernando, hacía grande instancia para que la diesen el Viático. Carlos, junto con el religioso confesor, aprobaban su pretensión a tiempo que llegó la madre de fuera, la cual como loca clamaba diciendo que dejasen a su hija, que no la fatigasen con memorias de la muerte, que lo que el médico decía era lo cierto, que se fuesen de su casa. ¡Oh bárbara infiel madre! Aunque los gritos de la madre podían turbar al más sufrido, pero Carlos y el confesor, con los demás circunstantes, la procuraban entrar por camino. El doctor enfadose, con que se fue; doña María clamaba al religioso pidiéndole que no la desamparase; también pedía a Carlos fuese por los sacramentos. La turbación en todos era grande, pero el confesor, sin embarzarse, la procuró ayudar en aquel trance. La madre viendo que iba de veras aquel hecho, fueron tales los gritos que dio, que obligó al religioso a asirla de un brazo, con que la echó fuera del cuarto para que con más desahogo pudiese, en compañía de la amiga, con otra hermana que la asistía, alentar a doña María para el viaje que por instantes aguardaba.

Volvió Carlos con el cura, que de secreto le traía todo el bien de los sacramentos, los cuales recibió doña María con gran consuelo, dando gracias a Dios por las misericordias que había usado con ella en la disposición de la salvación de su alma. Sosegose doña María con el consuelo que Dios le había dado de sus sacramentos, pero dentro de una hora dio su alma a Dios que la crio, que la había redimido con su sangre y también cuidó de que no se perdiese. Apenas murió doña María, cuando las señas del veneno se le conocieron en la cara: quedó tan negra, tan horrible, tan fiera, que atemorizaba al más valiente corazón.

Retirose Carlos a casa de su tío, donde con la consideración de aquel horroroso espectáculo acabó de escarmentar leyendo la trágica historia de su vida en el horrible cuaderno de la muerte de su dama, en que halló materia de varios escarmientos que le obligaron a descartar el vicio amoroso que con varios trabajos le oprimía. ¡Oh feliz hombre, que engolfado en el piélago proceloso de la liviandad, donde pasó tan peligrosas borrascas de peligros sin atender a virar la proa a tierra del descanso, pues gobernaba el timón de sus acciones el bárbaro piloto de su apetito, hoy se halla, a fuerza de escarmientos, guiado del amor de Dios en el feliz puerto de arrepentido!

Bien lo consideraba Carlos a sus solas, sin dar noticia a nadie del suceso. Unas veces, pavoroso de la muerte de su amada⁷¹⁷ prenda, le sacaba el corazón a los ojos deshecho en lágrimas funestas. Otras, alegre si gozoso, daba gracias a Dios de que doña María lograra su salvación por medio de su agencia. Otras, más temeroso, daba vuelta a los lances de su estragada vida, con que se avergonzaba de lo reacio que estuvo a las aldabadas con que Dios había llamado a las puertas de su conciencia, sin que jamás diese oídos al llamamiento de Dios, como si su alma no viviera en la casa de aquel cuerpo. De todo echaba mano su dichosa consideración, proponiendo la enmienda tratando de mudar de vida con retirarse

717.- Orig: 'amadada' (p. 335).

a la soledad segura de una religión, donde pudiese con más desahogo violentar su bárbaro natural. Con este intento se retiró a los Montes de Toledo, a su primer cuna, donde gastó algún tiempo en tomar acertada resolución. Una tarde que dio al ocio, por que no se le olvidase la muerte de su dama (espejo donde miraba su desahogada vida) escribió este soneto al pie de la muerte con la verdadera efigie de su dama, que todo él dice su vida con su ahogo:

Piloto malseguro, aunque contento,
 la mar surqué inconstante de mi vida
 en la endeble barquilla que, oprimida,
 tropezaba un peligro en cada aliento.
 En calma me quedaba cuando al viento
 de tanta inspiración era impelida,
 ¿Qué mucho si al deleite conducida,
 despreciaba el fanal entendimiento?
 Sólo era mi apetito el norte cierto
 que mi loca pasión, ciego, guiaba.
 ¡Oh, cuánto un ciego que otro guía yerra!
 Halle en el desengaño cierto puerto,
 pues cuando más seguro zozobraba,
 me llamaba la muerte: ¡Tierra, tierra!

En retirados ejercicios pasó Carlos dos años en la soledad de los Montes de Toledo, sin atreverse a volver a Madrid asombrado de la fatalidad de la muerte de doña María, la cual traía por despertador de la memoria de su vida. Dichoso él, que había sido tan feliz, que fue diligente ministro de la salvación de su dama, y que se valía de su memoria no para lastimoso estrago de su conciencia, sino para mayor torcedor en el examen de sus culpas.

CAPÍTULO XXXI

Apriétanle más a Carlos los desengaños del mundo

LA muerte de doña María, como se ha visto, ocasionó la ausencia de Carlos de la casa de su tío, de que resultaron notables desazones al venerable prebendado, siendo sus muchos años causa de grandes males, como también lo fueron de su muerte, porque como la ambición es mal frenético de parientes, y como los del anciano tío gozaron siempre dellos⁷¹⁸ (porque él fue toda su vida padre de todos), como le veían en mayor edad quisieron desposeerle en su vida de lo que les parecía se les debía en la muerte. Fue fácil conseguir su pretensión, porque la vejez es muy parecida a la puericia, que con la añegaza⁷¹⁹ menor del cariño se reduce a la voluntad de el que le engaña.

Como Carlos faltaba del lado de su tío, no tuvieron los ambiciosos parientes quien les hiciese oposición, con que, unida su maldad, aseguraban el fin de su pretensión. No

718.- De sus bienes, se sobrentiende.

719.- O 'añagaza': señuelo.

obstante, como eran tropas de ambiciosos, se dividieron en dos encontrados bandos, que cada uno agenciaba para sí solo, procurando que quedasen sin parte los demás. A vuelta de esta ambiciosa chusma entraban otros que, aunque no eran parientes, lo parecían en la codicia de entrar a la parte en el saco de la hacienda de el pobre caballero, a quien se le había muerto un sobrino de quien había hecho confianza a costa de gran parte de su hacienda, pues le destruyó más de lo que es imaginable; pero como sus padres le dejaron grueso patrimonio, la prebenda era de considerable renta; aunque todos tiraban al blanco de su hacienda, hubo para todo.

Apenas acabó la vida el sobrino que le asistía al noble prebendado cuando los hermanos de el muerto puestos en ala⁷²⁰ en competencia de otros, trataron de despojar al venerable anciano de todo su caudal. El uno con un enredo le quitaba los papeles; el otro, con una zalema⁷²¹ la plata; el otro la escritura de censo,⁷²² la hacían poner en su cabeza⁷²³ con un engaño; al fin, todos a una a quien más habilidad tenía de robarle, le iban desnudando al santo viejo.

La mayor diligencia y cuidado en que pusieron todo su empeño fue apartarle del cariño que tenía a su sobrino Carlos, dándole a entender lo distraído que había sido en vicios amorosos, los lances tan peligrosos que le habían sucedido tan a costa de su quebranto, la sequedad de su natural, la entereza de su condición, con quien, al fin, ninguno de ellos hacía baza,⁷²⁴ porque a ninguno daba lugar que la hiciese. Tan gran batería le dieron por este lado al buen caballero, que estando determinado a escribir a Carlos para que le viniese a asistir, le obligaron a echar mano de otro sobrino para que gobernase su casa. A pocos días fue tal el destrozo que⁷²⁵ hizo en la casa de su anciano tío, que le obligó a procurar mudar de gobierno. Los demás parientes, que estaban a la mira, hostigados de la soberbia ambición que el loco administrador tenía, sin hacer caso de ellos, instaban en que le revocase el poder para dársele a otro. Embarazada se vio la anciana bondad con la tropelía de tantos pretendientes, pensolo como quien no tenía malicia, aconsejose con quien pretendía ser interesado, con que erró la senda que iba al fin que deseaba, dando en el despeño de su mayor perdición.

Introdujéronle una arpía, maliciosa fiera, dama preciada de hermosa, contenta de haber nacido en el mundo, con tres maridos en baraja, quedándole uno por descartar, con algo de santiguar con mucho de embeleco. Tan buena maña se dio la señora, que siendo así que era persona a quien jamás el tío de Carlos había visto ni tratado, pero por medio de un primo suyo, asistente de la casa de el pobre caballero, la introdujo con su marido al manejo de toda su hacienda, sin quedarle algún dominio. Los medios para llegar a esta altura fueron dádivas cortas a los criados de casa, con promesas largas. Con esta bien afortunada agencia se entronizó en el mando, donde al punto trató de sacudirse de todo aquello que la podía embarazar en la permanencia de aquella rendida plaza. Negó las obligaciones al primo, maltrató los criados de palabra para que se fuesen, cercenó las raciones a los esclavos para que

720.- En formación de combate.

721.- Reverencia, adulación, caricia.

722.- Renta anual sobre bienes inmuebles.

723.- Se la apropiaban

724.- Congeniaba.

725.- Orig.: 'quae' (p. 338).

huyesen, puso tasa en la mesa del señor, cerró la puerta a la comunicación de los parientes, entendiendo ser todo necesario para mantenerse en la monarquía a que había ascendido.

Estas malas correspondencias de la dama gobernadora, con su marido, obligaron a toda aquella caterva de ambición a levantar el grito solicitando con toda diligencia la ruina de aquel tirano imperio; pero como el tío de Carlos vivía ya medroso a fuerza de sus años, no sacaron de sus agencias más que nuevo encono contra la gobernadora dama, que con gran satisfacción les decía:

—Mientras yo asistiere a ese caballero ninguno de sus parientes ha de entrar en su casa.

Y así como lo dijo lo cumplió. Las befas⁷²⁶ que les hacía eran sensibles; la falta que sentían de la casa de el anciano prebendado era grande, con que trataron de ingeniarse para salir con su intento, el cual sólo con que Carlos (en quien pusieron los ojos) quisiese venir a asistir a su tío era poderoso a derribar aquel padrastró⁷²⁷ que tan ajados los tenía a todos. El primo de la dama gobernadora tomó por su cuenta la agencia, escribiendo en nombre de todos a Carlos pidiéndole viniese a sacar a su tío de aquel tirano dominio; que no se escusase con las malas ausencias que le habían hecho, que les perdonase, que reparase la infelicidad de aquel pobre caballero, que mirase por el bien de todos. Acababa con grandes sumisiones, que es la añegaza de los pretendientes.

Recibió Carlos la carta, a que respondió estar en desgracia de su tío, con que no podía tomar la mano en el desempeño; que si su tío se lo mandase, no faltaría a tan precisa obligación, pero que no le imaginaba en tanto aprieto, pues sabiendo que le estimaba como a padre no le mandaba como a hijo, que si su tío gustaba, ya sabía que le tenía allí a su obediencia. Con esta carta desconfiaron todos de la venida de Carlos; no obstante, el primo de la dama gobernadora no se dio por vencido; apeló para la amistad de unas primas de Carlos, con quien se había criado, estimándolas como a hermanas; obligólas a que le escribiesen algunas veces, pero a todas respondió Carlos en la misma conformidad que la primera, con que desatinaba el ambicioso primo, aunque en año y medio no desfalleció buscando medios para conseguir su pretensión, pero ninguno aprovechó, sólo la ambiciosa tiranía de la dama y su marido puso en tal aprieto al tío de Carlos, que le obligó a escribirle esta carta:

Hijo, mis pecados son tan graves, que en castigo dellos me ha dado Dios tanta vida para que en este tiempo tan dilatado pague algo de lo que debo por mis culpas, pues no es sólo el castigo algunos trabajos con muchos años, sino conocer ingratos siendo fuerza tratarlos, pena de haberme olvidado del agradecido, de que me resulta, al parecer de mi cordedad, ser imposible atraerle mi socorro. Éste, hijo, está en vuestra mano: veníos luego, que espero con vuestra asistencia cobrar la perdida salud con salir de el ahogo en que me ha puesto mi vejez. Dios os guarde y os traiga presto con bien, como deseo. Vuestro tío.

Recibió Carlos la carta de su tío, y como la obligación en un pecho agradecido, al menor reclamo se obliga a obedecer, al punto trató de dejar el sosiego de la vida que tenía para poner sobre sus hombros la carga del cuidado de amparar a un desvalido. Acomodose con un rocín de campo que tenía, en que llegó a Madrid con dos horas de noche al

726.— Burlas.

727.— Impedimento, inconveniente.

siguiente día, con⁷²⁸ que no quiso a aquella hora inquietar a su tío, con que se fue a casa de un amigo, donde sosegó hasta la mañana, que informado de sus primas, se fue a casa de su tío, en⁷²⁹ cuya entrada halló algún género de dificultad, pero todo lo allanó su maña.

Recibíole el santo viejo todo bañado en lágrimas de gozo, sin hartarse de tenerle entre sus brazos, porque se prometía con su asistencia todo buen suceso en el fin que deseaba de su consuelo. No se atrevió el venerable anciano en aquella primer vista de su sobrino Carlos a desatar el lazo con que su prudencia tenía recogidas sus penas, porque como su ancianidad estaba tan medrosa de la tiranía de su mayordomo, temió que los que le asistían le entendiesen su determinación; pero para desabrochar su pecho con desahogo con quien estimaba, le dijo a Carlos:

—Vamos a misa hijo, que luego hablaremos.

El tirano administrador quiso acompañarlos con gran empeño, pero no lo permitió Carlos, que con resuelta urbanidad le dijo que él solo bastaba para acompañar a su tío, lo cual se hizo sin que los acompañase nadie. Fuéronse ambos a dos a un convento cercano, donde oyeron misa, que acabada, le dijo su tío a Carlos que entrase en el claustro, donde en una capilla desfogó el anciano paciente la pena que con prudencia reservaba en el pecho. ¡Oh espejo del mundo, fiel historia de lo que él es, pues quien se vio en él en la mayor altura del poder llora su abatimiento y se lamenta de la vil sujeción a que le ha traído el confiarse⁷³⁰ de una vil mujer, de un tirano curador!

Con lamentable congoja le hizo relación a Carlos del trance en que le había puesto su fortuna, pues pareciéndole mejor medio para su sosiego el de un criado para que manejase su hacienda, había sido su mayor ahogo, pues estaba rendido a un ingrato criado con una mujer liviana. Remató el venerable prebendado con que era tal el estado a que había llegado, que le cercenaban el bastimento cotidiano, con tanta demasía, que desfallecían sus fuerzas con el peso de tan gran miseria; que le pedía como a hijo, que como a tal le había tratado toda su vida, le sacase de aquella miseria tratando de reducir su hacienda a estado que pudiese disponer della en el fin de su vida, porque la muerte ya se acercaba, con sus años envueltos en tantas penas.

Con muchas lágrimas acabó el tío de Carlos la narración de sus trabajos, obligando a su sobrino Carlos a discurrir cómo ejecutar sin ruido la voluntad de su tío. Prometióle tomar resolución para acabar con sus congojas; volvíole a casa, donde quiso su tío que se quedase a comer con él; escusose Carlos con que era fuerza ir a comer con su amigo, temiendo que viéndole ya en amistad con su tío ejecutasen en la comida lo que a pocos meses ejecutaron con otros, sabiendo que también deseaban acabar con su vida. Despidiose de su tío, volvió a comer con su amigo, donde asistió hasta echar de casa aquella infame canalla.

Cuidadoso anduvo Carlos algunos días pensando cómo debía ajustar materia tan viciada, porque su tío ni quería que saliesen de casa ni quitarles el poder, porque decía era quitarles la reputación en que estaban, que el buen crédito era la vida del hombre, y así, no se atrevía a romper con aquella gente de manera que los señalasen con el dedo en el

728.- Orig.: 'en' (p. 340).

729.- Orig.: 'tia, con' (p. 341)

730.- Suplo 'el confiarse' (p. 341).

mundo. Tampoco quería que Carlos les diese a entender el mal trato que habían⁷³¹ hecho a su tío. Al fin, como temeroso de Dios con tantos años, todo le parecía que era ofensa del prójimo, queriendo más padecer que maltratar justamente a su ministro.

Embarazado se vía Carlos con la impertinencia escrupulosa de su tío; dolíale el trabajo en que estaba, pero no se atrevía a romper por no aumentar pesares a su tío. Tentó Carlos el vado con prudencia, procuró obligarlos con cortesías, pero como el ingrato tiene el pecho de acero, no hacían efecto violencias racionales de amistad. Con estas medicinas lenitivas⁷³² pasó Carlos contra toda su voluntad algunos días, en los cuales los ingratos administradores, temiendo el justo despojo por medio de la maña de Carlos, trataron de despojarle de la vida antes que él los echase de casa. ¡Oh inhumana maldad del ingrato, cruel empeño de la ingratitud!

Como Carlos no comía ni dormía en casa de su tío, salía y entraba a todos tiempos. Entró en una ocasión en que halló al pobre viejo rebozado con su capa, que aunque era en octubre daba a entender que tenía frío, como de hecho lo tenía, porque preguntándole la causa del rebozo, le respondió que tenía frío.

—Pues calentarse —respondió Carlos—: bajen el brasero con lumbre.

A que respondió el paciente anciano:

—Bien me holgara, pero puede ser que no la haya.

—Aguarde vuesa merced, que sí habrá⁷³³ —dijo Carlos.

Llamó a un esclavo; mandole que subiese al cuarto de la dama administradora, a quien dijese de su parte mandase que se encendiese un brasero para que se calentase la ancianidad de su tío. Volvió el esclavo con la respuesta, que fue que no había lumbre. Enfadose Carlos, sin poder refrenar su enojo subió al cuarto alto, donde encontró con la inconsiderada administradora, a quien con toda cortesía, aunque agria, la dijo su sentimiento, obligándola a que más por miedo que por voluntad respondiese que ya había mandado que se encendiese el brasero. Con esto bajó Carlos adonde estaba su tío, donde a poco rato bajó la criada con el brasero lleno de ascuas, a cuya calor se arrimó el necesitado anciano para calentarse. Arrimado estaba Carlos al bufete donde se puso el brasero a tiempo que volvió la cabeza a mirar qué ruido se hacía en la calle, mientras tanto, la criada que había traído el brasero echó un sahumero⁷³⁴ en él, con que se retiró a su cuarto. Volvió Carlos la cara, en que recibió gran parte del humo, de que le resultó privarle de la vista dejándole sin sentidos, con un calenturón tan vehemente que no sabía de sí. Su tío, con la fuerza del sahumero se dejó dormir, casi privado de todos sus sentidos. Quedó Carlos sin saber qué hacerse en lance tan apretado, donde peligraba su vida sin poder quejarse de el homicida, porque la causa fue el humo que pasó,⁷³⁵ con que no se podía justificar el delito, y ni aun para la queja daba lugar su efecto.

Sólo la tuvo Carlos para buscar remedio a tanto mal, que aunque sus primas lo dificultaban juzgándole por imposible, pero el deseo natural de conservar la vida alentó el des-

731.- Orig.: 'aviatú' (p. 342).

732.- Medidas paliativas.

733.- Orig.: 'harà' (p. 343).

734.- Materia aromática.

735.- Inhaló, respiró

mayo de Carlos para agenciar remedio, el cual halló en la ciencia de un médico, que sin ser de los primeros en opinión, fue el más acertado en la cura de un mal cuyo principio quedó sólo al discurso imaginario para procurar el acierto del remedio. Informóle Carlos del hecho, con los repentinos accidentes; el informe fue con tiempo, pues antes de dos horas ya el médico trataba del remedio aplicando otros sahumeros, que fueron tan efectivos, que aunque quedo Carlos como aturdido por unos días, pero sin accidente alguno que le molestase. Dio gracias a Dios por el buen suceso, asegurando seguir la derrota que había elegido para servirle.

Como el anciano tío de Carlos había aprehendido⁷³⁶ que era causa escrupulosa la determinación de echar de casa a los ingratos administradores de su hacienda, porque entendía que era quitarles el crédito, que era la vida más preciosa, no acababa Carlos de ajustar el sosiego de la casa de su tío, a que se añadía la inquietud de su natural, que a cada paso topaba con ocasiones que le incitaban a la venganza del conocido intento de quitarle la vida: causa muy notable, con que su conciencia se inquietaba. Quiso volverse a su retiro de los Montes de Toledo, pero embarazábale la noble fuerza de la caridad que debía ejercer con quien le había criado con tanta atención como si fuera su padre. Inquietábale el Demonio con los bríos de su coraje, proponiéndole ser cobardía vergonzosa el sufrimiento que tenía, pudiendo acabar con el acero lo que con la cristiana política no era posible. A esto ayudaba la desvergüenza de los criados administradores, que crecía alentada de la humildad de Carlos, que aunque con el favor de Dios se refrenaba, pagaba con continuos desasosiegos el mérito de su cristiano proceder. ¡Oh infame cobardía del ingrato, que se embarace al paso de la sufrida mansedumbre del amigo de Dios!

En este tiempo acaecieron algunos desmanes graves entre los sirvientes de casa con el bárbaro administrador, de que al parecer de todos resultó la muerte repentina de un criado antiguo, muy favorecido del anciano tío de Carlos; accidente que inquietó la paciencia del santo viejo, que aunque no dio crédito al disque, dio lugar a que su sobrino Carlos le hablase con resolución para que tomase forma en la disposición de la poca hacienda que le quedaba para vivir con sosiego lo que le quedaba de vida. Como el fin de Carlos era puesto en razón, aunque su tío rehusaba tomar nueva forma, no obstante, Carlos procuró darle a entender la obligación que tenía a disponer su testamento.

Hablóle con gran resolución, diciéndole que en buena salud era prudente ejercicio disponer el testamento, sin dejarlo para el tiempo en que le podía barajar su voluntad el accidente congojoso de un achaque mortal, que esa resolución era santa, racional, con que descansaba echando a un lado el cuidado en que le podía poner en la última hora de su vida la ejecución de su voluntad; que no le embarazasen disques de los parientes, que atendiese a lo que le pareciese que era razón, que no reparase en lo demás. Y para que por su parte no quedase la ejecución de un negocio tan importante a su alma, hacía cesión de todo lo que su voluntad le podía hacer merced en la persona que gustase su tío, porque para vivir sin necesidad le bastaba la poca hacienda que sus padres le habían dejado en los Montes de Toledo. Además, que por bien librado que fuese de su liberalidad, mucho más había gastado él de su hacienda en el discurso de su viciosa vida; que se alentase para hacer lo que debía a la seguridad de su conciencia, que era lo que le convenía para acabar la vida con sosiego.

736.- Se afirmaba.

Con gran atención estuvo el venerable prebendado oyendo lo que su sobrino Carlos le decía, en cuyas palabras dio alcance a la verdad de su corazón con la mudanza de su vida. Agradecióle el acertado consejo, prometiéndole que aquella tarde haría una minuta⁷³⁷ para que al otro día se otorgase el testamento, dándole poder para que junto con un primo suyo, a quien quedaba por heredero, dispusiesen el cumplimiento de su postrera voluntad. Dio Carlos gracias a Dios por el buen suceso, pues sin violencia ruidosa se obraba lo que era razón. Al otro día se otorgó el testamento, con que tomó Carlos la mano en todo. Mandó con mucha paz al criado administrador que desocupase el cuarto, que ajustase sus cuentas, que todo se hizo muy brevemente, habiendo conseguido Carlos un imposible, según el sentir de su tío; pero donde el fin es puesto en razón ayuda Dios para el acierto.

Con el gobierno pacífico de Carlos tomó forma de sosiego la caía de su tío; pero fue por ocho meses, porque como la edad era mucha; los achaques, continuos; los pesares, demasiados en los últimos años de su vida, con que el edificio de aquella anciana humanidad dio en tierra dando fin a su vida con gran sosiego; que parece que aguardaba Dios hallarle desembarazado de pesares para llevarle para sí. Habiendo recibido los sacramentos de la Iglesia⁷³⁸ con suma paz, dio su alma a Dios que la crió. Cuidó Carlos de el entierro de su tío, que fe hizo con honrosa publicidad, como se lo debía Carlos, pues aunque no fue en darle el ser, fue padre en las atenciones con que le asistió toda su vida.

Este fue un golpe para el tierno corazón de Carlos muy sensible, de que echó mano para perseverar en su nueva vida de la soledad hasta que Dios le encaminase con su auxilio al seguro puerto de una religión para servirle con más sosiego. Con esta resolución cumplió con el novenario;⁷³⁹ entregó a su primo los papeles que tocaban a la hacienda que heredaba, instruyole en el gobierno de ella, prometióle documentos⁷⁴⁰ para el gobierno de su vida, porque la elección de la experiencia es más cierta que la que da la ciencia de el discurso.

Ajustando Carlos lo que debía, se volvió a su soledad, donde nos da ejemplar para que, ya que le hemos imitado en los vicios, abramos los ojos para seguir sus pasos en apartarnos del mundo, logrando con su ejemplo los bienes de el que escarmienta de seguir la senda de los vicios prosiguiendo la virtud que tiene por premio la gracia de Dios con su gloria.

FIN

737.- Documento en borrador.

738.- Orig.: Iglesia' (p. 346).

739.- Nueve días de rezos en memoria del difunto.

740.- Advertencias, consejos.

CARTA DE CARLOS EN DESPEDIDA DE LA CORTE

ESCRITA A SU PRIMO, QUE ENTRÓ A HEREDAR LA HACIENDA DE SU TÍO

AMIGO: cuando los sabios y doctos amigos de Dios no me lo hubieran advertido muchas veces, la razón me lo dictara; que las advertencias de los amigos son las que con toda verdad descubren la fineza de la buena voluntad, porque en la observancia dellas se logran los bienes del mundo con la paz de la gracia de Dios.

Con esta verdadera inteligencia me he determinado a escribiros en la sazón que me aparto del bullicio de las gentes obligado de la merced que Dios me ha hecho de abirme los ojos del conocimiento, tomando por agentes de mi dicha los trabajosos lances de la borrascosa tranquilidad del mundo engañoso, con que dichosamente advertido me he retirado a esta aldea, mi primitivo solar, de adonde salí ciego, sin que mi vista racional diese alcance al furioso tropel de los trabajosos accidentes deste siglo, que siendo naturales en su ser, no nos persuadimos a creer esta verdad, con que los tenemos por accidentes, pero la experiencia nos enseña, como verdadera maestra, que la bonanza del mar del mundo es tempestad deshecha de continuas zozobras y peligrosos afanes.

Amigo: mis letras no pasan de las primeras, pero mi experiencia de tantos años de ahogos de ignorante mozo me obliga, agenciado de buena voluntad y de la propia sangre, a aconsejaros, para que nunca digáis con verdad que errasteis porque no hubo quien os advirtiese. A un docto cortesano oí decir que los consejos, para ser acertados, habían de ser de persona prudente, experimentada y de buena voluntad; en mí se halla la experiencia y la buena voluntad, con que, hallándose en vos la prudencia, lograremos ambos a dos el acierto en el obrar que deseamos.

La hacienda de nuestro tío, que Dios haya, que habéis heredado, os aconsejo que no sea causa de vuestra perdición, como en mucha parte lo fue de la mía, porque si yo no tuviera con qué lozanear no me hallara con las ocasiones tan a las manos.

También os aconsejo que el hallaros sobrado no os haga soberbio, porque la hacienda falta y permanece el crédito. Desto os aconsejo que cuidéis, procurando que sea de hombre modesto con estimación de verdadero, porque aunque la nobleza de la sangre acredita, el mal trato de la verdad infama.

Con toda buena voluntad os advierto que miréis con quién os acompañáis, que no os arrastre la nobleza de la sangre, sino las religiosas prudentes obras de la virtud; porque éstas ennoblecen a su dueño y a los que le asisten, y faltando éstas, sirve la nobleza sin ellas de apellidar con notoria publicidad la vileza de las obras del que las obra aunque noble, con que desacredita a los que le asisten.

La modestia y cortesanía es llave maestra de los corazones.

La lengua de cada uno es el espejo en que se ve quién es cada uno.

El que siempre habla mal, ¿qué bien puede aguardar?

Quien es descortés no puede ser entendido.

La virtud, la nobleza y el ingenio llevan el sobrescrito con la lengua.

Las palabras que no se parecen a la nobleza del corazón son torpes, porque las de los sentidos todas son indigestas.

Los presumidos de sabios les falta la prudencia, porque levantan⁷⁴¹ a mucho más el vuelo de lo que les permite las fuerzas.

Escuchar al necio con paciencia es trabajo provechoso, porque tanto se aprovecha aprendiendo a huir del mal como se logra en la lección del que enseña el bien.

Lección prudencial es que los que viven entre hombres sean tratables, porque la soledad sin grande espíritu es muy peligrosa; pero también enseña la prudencia que el trato no se ha de allanar tanto que llegue a ser vileza. Estimación propia sin figuradas es la que con todo respeto noble conserva amistad.

De comidas y bebidas os aconsejo con todo afecto que os escuséis, porque de un hombre estragado en demasiadas, viandas no se puede aguardar crédito de noble y prudente cortesano, porque con el exceso de la gula se hallan casi todos los vicios chabacanos pareados.⁷⁴²

La caridad con los pobres os encomiendo, y que sean los primeros vuestros criados y conocidos, porque si la caridad bien ordenada comienza desde el bienhechor, vuestros criados y conocidos son vos mismo, porque la voz del abogado es la que acredita o maltrata la opinión del poderoso.

A título de caritativo, no os allanéis al trato con las pobres vecinas, porque aunque las armas de la caridad son de gran fortaleza, en el ardid de la ocasión asegura el Demonio sus vencimientos.

Cortesanías con las damas son permitidas deudas del noble hábito cortesano, pero deben ser con cuidadoso reparo de que no pasen del trato de la urbanidad cortesana a agentes del apetito sensual.

Acertado será, en las fiestas públicas, festejarlas separado del tropel del pueblo, porque entre amigos cortesanos se goza de todo sin el peligro que la multitud de la plebe suele traer consigo, pero el hacerse singular cuando los amigos gustan que los acompañéis⁷⁴³ no lo tengo por acertado, porque la singularidad escandaliza cuanto obliga la urbanidad.

No os metáis en hacer paces entre dama y galán, porque si las hacéis ofendéis a Dios, y si no, ambos a dos se quejan de vuestra agencia, habiendo vos ofendido al Señor.

Contentaos con la decente pasada⁷⁴⁴ de vuestro honrado porte, porque es más segura estancia carecer de poco que el abundar de mucho, porque la decente cortedad trae consigo modesta cortesanía con discreta urbanidad, siendo todo al contrario en la abundancia, porque engendra soberbia, codicia, avara condición, con que aun para el mundo se hace aborrecible.

El cuidado que debéis tener con los ojos os encargo, y en particular en los lugares sagrados, porque será gran necedad el ir a buscar la salud y por la vista de vuestros mismos ojos agenciar el cuchillo de la muerte para que os quite la vida.

El respeto a los eclesiásticos os encomiendo con todo afecto, y aunque alguno tenga imperfecciones de hombre, bástale el estado con hábito de mayor perfección para que le respetéis con todo rendimiento.

Aunque el desahogo público del plebeyo obliga a que le corrija el noble, no obstante, y si el delincuente no es de su familia ni subordinado a su mando, no lo tengo por acertado, porque si el plebeyo es estragado no teme el rigor de la justicia; es cierto que perderá el respecto al noble, porque le enmienda.

Aunque el celo del acierto es estimable virtud de la nobleza, imprudente locura es tachar las disposiciones del gobierno de una monarquía sin más fundamento que el que propone el celoso discurso, porque las tachas apasionadas, ordinariamente son descrédito del más fecundo entender,

No os quiero cansar más; remato con acordaros que amando a Dios y al prójimo acertaréis en todo, con seguridad de conciencia y acierto en la Ley de Dios, que os guarde como este vuestro primo y amigo os desea.

Carlos

741.- Orig.: 'levanta'

742.- A la par, juntos.

743.- Orig.: 'acompañe'

744.- Muestra pública.

